

ALFAGUARA



Eduardo de los Santos

Yas



Narrativa Hispánica

Eduardo de los Santos

Yas

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*If you've ever been lost in a blue note,
then you know how I'm feeling tonight.*

APRIL BARROWS

*És un cant fruit del passat endinsat en el meu cor, esborrall desdibuixat de les ombres del
teu cos.*

SILVIA PÉREZ CRUZ

*Porque habían nacido para fugitivos, amaron siempre las películas, la música, las ciudades
extranjeras.*

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Para mis padres

Primera parte

I've forgotten you just like I should, of course I have, except to hear your name.

CHET BAKER

Uno

Sé cómo empezaba. Me pedía que escuchara algo, con esa voz suya lenta y oscura como la sangre en las películas, con ese acento ambiguo que se le notaba más a última hora. ¿Qué me pidió que escuchara? No lo recuerdo. Ha pasado demasiado tiempo.

Madrid sigue siendo una ciudad de más de un millón de cadáveres y todos se me parecen. Todos los cadáveres son el mismo cadáver, como todas las noches de insomnio son la misma noche: hay puntos eléctricos en los rincones, ruidos inquietantes de casa dormida y ventanas que tiemblan cuando un coche pasa por debajo. La persiana está subida. La única farola de la calle, encendida, y a su luz la habitación es amarilla y negra. Me levanto. Dejo a Irene dormida en el colchón. Recojo los vaqueros del suelo. Voy con ellos en la mano hasta la cocina, donde no molesto, donde no hay ventanas que tiemblen con el motor de los coches, ni pies fríos que frotar con mis pies fríos. Allí me siento y me los pongo. Otras noches tal vez me quedara ahí, en la silla, y esperara el sueño leyendo o escuchando música, pero sigo andando y en la entrada me calzo los zapatos, siempre a oscuras, y no leo, no escucho música. Cuando abro la puerta no pienso en si la Tierra es redonda o plana ni en si el mundo es un escenario.

Pero pienso en los muertos. En Raúl y en el cadáver ausente de Laura Merillo que tanto lo atormentó en sus últimos días. Pienso en los fantasmas reincidentes de Tania y de Espacio, y ahora, en la distancia, sus nombres suenan a frontera y fin del mundo, como los de las ciudades americanas en las que los creí perdidos, Sacramento, Los Ángeles, San Diego, y parecen pertenecer a otra vida, a una vida ajena, pasada. Y soy consciente de que a veces hablo como un viejo y, lo que es peor, de que escribo como un viejo, pero es que no hay remedio: a cierta edad uno se da cuenta de que hay cosas que ya se son y otras que nunca se llegará a ser. Es la línea de sombra, y es una línea que se atraviesa antes de lo previsto. Pienso en esto un segundo nada más, pero un segundo todas las noches del año. Laura. Raúl.

Tania Almada y Leonardo Espacio. Él es ahora uno de los poetas más populares de Argentina. Ha firmado en el Festival de Poesía de Rosario y ha sido uno de los escritores elegidos para el Bogotá³⁹ de este año. Espacio debe de haber cumplido los cuarenta, así que era su última oportunidad; y sospecho que la noticia tuvo que hacerle ilusión: en el tiempo que lo traté solía proclamar que la poesía es sobre todo ficción, en la línea de García Montero y compañía. Lo cierto es que la suya nunca se pareció a la de él, tenía algo salvaje y telúrico, al borde del *beat*, pero más estilizado. Ya he dicho que a veces escribo como un viejo. Y la pura verdad es que no he leído su último poemario, a pesar de la insistencia de Chema y de saber que mañana Espacio notará enseguida que no lo he leído. Sé que es la poesía que yo hubiera querido escribir, como Espacio es ya el poeta que yo hubiera querido ser, cuando aún escribía poesía.

Supongo que esto Tania lo supo desde el principio, de un golpe, al verlo y verme a su lado en el Soul Station; y supongo también que Raúl me habría advertido de habernos visto a los tres juntos. Pero ni Tania acostumbraba a decir lo que sabía —y ella siempre *sabía*— ni Raúl estaba aún para

decirlo. Los recuerdos son distintos según qué otros los acompañen: en la memoria los nombres reaccionan entre sí como elementos químicos.

Yo, que siempre vuelvo a los viejos sitios donde amé la vida, salgo de casa como cualquier otra noche de insomnio y recorro las calles de entonces. Es la luna llena de noviembre y empieza a hacer frío. En unas décadas, los que la vivimos diremos que fue la madrugada de martes más vacía que mi generación recuerda. No hay nadie en los bancos helados de Tetuán, no pasan taxis, no hay conductores parados en el carril bus de Bravo Murillo, desesperados, ojerosos, consultando el Maps. No hay ventanillas bajadas fumando en los cruces. No hay nadie sentado en los escalones del mercado de Maravillas, nadie durmiendo en la boca de metro de Cuatro Caminos, ni autobuses nocturnos esperando el verde en la glorieta, ni lunáticos con capas hechas de bolsas de plástico, ni borrachos, ni adolescentes clandestinas, ni corredores de apuestas deportivas aprovechando el descanso de un partido en Liaoning para gritarse en la puerta del Sportium.

Cruzo hacia el sur Chamberí adentro, el barrio donde crecí y donde permanece la casa de mis padres, que es la casa de mi niñez y de la de mis hermanos. Mi madre debe de estar durmiendo. Mi padre, como yo, sufre de insomnio crónico. También mis hermanos mayores tienen problemas para conciliar el sueño, mi hermana la que más. Los pecados del padre son heredados, igual que los fantasmas con los que hablaba Tania y las noches interminables en las que se aparecen, como les sucedía a los Buendía, que es lo que somos mi padre y yo, o eso dice Ire.

Tampoco hay nadie entre Bilbao y Tribunal. Nadie en la puerta de la Vía Láctea y nadie en el Dos de Mayo. No hay ruedas de salsa, no hay policía al acecho. Bajo hasta Pez, donde ya han instalado algunas luces de Navidad, apagadas, que ahora sospecho quizá nunca desinstalaron. Al final de la calle me paro, como cada noche de insomnio, ante el escaparate vacío y oscuro de La Pasajera, en la esquina con San Bernardo. A estas horas es un sumidero de silencios: el de esta ciudad hoy, el de esta ciudad hace seis años. Todavía puedo ver a Raúl al otro lado del cristal, desempolvando los libros con el plumero gris que me hizo comprar en mi primer día de trabajo, las dos mitades del mango de plástico unidas con cinta adhesiva, dando la espalda a los clientes, dándome la espalda a mí, que ya los había limpiado minutos antes, como si de aquello dependiera mucho, muchísimo, todo: la nutrición de los niños africanos, la Paz Mundial, el libre albedrío. Que la Tierra sea redonda o que el mundo no sea un simple escenario. ¿Qué fue lo último que nos dijimos? El cristal refleja la luz verde del semáforo de la esquina con Noviciado. Pienso —un segundo nada más, pero un segundo cada noche— en la luz de la ambulancia y en la luz fría del hospital al que se lo llevaron, y también en la luz del fuego de Tlatelolco que tanto le quitó a Laura Merillo, que tanto le arrebató a Raúl.

Había estado hacía unas horas cerca de allí, en la redacción de *Jukebox*. Desde el rellano de la oficina, en el tercer piso, y a través de un ojo de buey de los que ya solo quedan en algunos edificios viejos de esa zona de Madrid, se podía ver el mismo cruce. Chema, el director, me había citado para darme este encargo de último minuto que ahora me quita el sueño. La redacción estaba tan vacía entonces como la calle ahora.

—José María —le había dicho, y lo llamé José María para que supiera que hablaba en serio—, no quiero lo de Leonardo Espacio.

Su despacho, cuyas ventanas dan a un patio de vecinos que en verano retumba con el ruido de los aires acondicionados, parece solo el esqueleto de un despacho, igual que la redacción es como

el esqueleto de una redacción cuando todos se han ido. Chema tiene convertido el salón de la casa en oficina y la primera sala es la suya; *Jukebox* no da como para pagar otro alquiler y nuestros sueldos, así que la casa de Chema es mitad vivienda, mitad redacción. Cuando entré, él se hundió en el respaldo del sillón que, según su versión, había rescatado de la casa materna justo antes de un incendio que había provocado su propia madre para cobrar el seguro. De eso estaba convencido. Ahora le servía de asiento en la oficina y le contaba la historia a todo el mundo. Con el cuello muy rígido, la cabeza inclinada hacia atrás para ocultar una incipiente calva en el centro de un nido de cabellos tiesos, hacía tamborilear los dedos sobre las rodillas mientras mascaba un bic como debían de mascar cigarrillos los periodistas de otra época. Llevaba puestos los pantalones del pijama. Sus ojos miraban en picado y uno podía calcular, por su intensidad, con qué urgencia necesitaba explicaciones. Me dijo:

—¿Sabes lo que me ha costado conseguir la entrevista, Manu?

No me guardaba rencor: «Manu». Yo dije:

—Nada.

—Nada, exacto, por eso tenemos que aprovecharlo.

Chema conocía bien a Espacio. Años atrás habíamos pasado juntos muchas noches, los tres y Tania, en el Soul Station. En la revista, yo era el redactor de *Jazz&Blues*, ese fue el primer argumento. Y era verdad que Marta, mi compañera, la redactora de todo lo demás, estaba cubriendo un festival de música electrónica en el Matadero desde hacía días, y la otra mitad de la plantilla no podía hacerlo —Ire está de baja y el becario es fotógrafo, como ella—. Chema se dio una palmadita final en los muslos y empezó a revolver papeles, inclinándose sobre la mesa, cerniéndose sobre mí, en su inmensa altura de casa en derrumbe. Abrió un cajón tras otro. Dije: en una revista de música, ¿a quién le va a interesar el libro de Espacio? Me sonrió: a todo el mundo. Y dejó frente a mí, sobre la mesa, el poemario. Cerró los cajones de golpe. Era un hombre dramático, disfrutaba con esas cosas.

Pensé en no presentarme en el hotel. Se me ocurrió mientras miraba el libro y mientras lo miraba a él, es decir, el sitio que había ocupado él, porque Chema estaba ya esperándome en la puerta. Le diría: lo siento, Chema —y sería entonces Chema y no José María—, no sonó la alarma o yo qué sé, *mea culpa*, Chema, ya sabes que uno se equivoca de dirección, los atascos en Madrid son terribles, el taxi, tuve que ir a urgencias, pero, Chema, te prometo que lo intenté. Algo de ese estilo. Luego pensé que también era posible que Espacio no me reconociera: habían pasado seis años y a Leonardo Espacio solo le interesa, como solo le interesaba en los tiempos en que lo traté, Leonardo Espacio.

Chema me despidió en la escalera. El temporizador a veces salta antes de tiempo y durante el descenso me quedé a oscuras, pero yo iba como un sonámbulo y salí del edificio de una pieza. Tampoco sé qué hice hasta llegar a Tribunal, qué camino, qué calles. Las de siempre, supongo. Y entré al metro con el libro de Espacio en la mano. Temía que explotara al menor movimiento, como una bomba, y no había tenido el valor de guardarlo en la mochila. Antes, en la universidad, prefería una bandolera de cuero que era, a mis ojos, idéntica a la de Indiana Jones y a la que debían tener los poetas y los estudiantes de izquierdas, pero no he vuelto a usar una desde 2013. En ese momento ya sabía lo que iba a ocurrir. Sabía que esa noche no podría pegar ojo. Que habría puntos eléctricos en la habitación, en los móviles, en el ordenador, y que pasarían los coches y temblarían las ventanas y yo frotaría mis pies fríos con los pies fríos de Ire. Que dejaríamos la persiana levantada y entraría la luz de la farola para hacer del todo imposible el sueño. Que iría a la cocina, que no me sentaría, que recordaría algunas canciones antes de bajar a

la calle y pasear hasta Cuatro Caminos; y que eso no bastaría, que cruzaría Chamberí y que cruzaría Malasaña abajo y que llegaría a La Pasajera, y que pensaría en Raúl Basarte y en Laura Merillo, que después pensaría en Leonardo Espacio, y que buscaría un bar, cualquier bar, en el que esperar la llamada de Ire y la mañana. Todas las noches de insomnio son la misma noche.

Había abierto el libro de Espacio. Pelo rizado, más corto que el mío, moreno y vetado de gris, profundos ojos azul tormenta pero blancos en el blanco y negro. Miraba su foto de autor cuando llegué a la parada de Estrecho. Sentado en el último asiento del vagón, decidí que iría al hotel y le haría la entrevista, pero sin leerlo. Una pequeña rebelión. Lo siento, Chema, olvidé *Yas* en el metro volviendo a casa, imposible localizarlo después, ya sabes cómo es esto, Chema, pero parecía lindísimo. Diría «Chema» en vez de «José María» y diría «lindísimo» y lo diría con acento argentino, como lo habría dicho el propio Espacio, y él se reiría. Dejé el libro en el asiento, no hubo quien me llamara ni quien se arriesgase a perder el viaje tratando de alcanzarme. Yo salía de la boca de metro y estaba escribiendo a Irene para avisarla de que llegaría pronto. Y pensaba en Tania Almada, pensaba en su forma de cantar «Els camps de cotó» cuando estábamos juntos. Y pensaba en ese verso vitriólico de Aleixandre que siempre lo resumiría todo: «se querían, sabedlo», o «se quisieron, sabedlo». Solo un segundo, es cierto. Pero un segundo cada noche.

Pattern 2

Me buscan. Soy un hibisco pálido en la noche —la desnudez es un fulgor de luna una voz en fuga, afuera solo el fuego y la furia, mi figura a media luz—. Y el tiempo es poco ahora. La carne es poca. Es un golpe de mar que galopa y me desnuda con la yema dura de sus dedos. En el espejo el ventilador el manglar de sombras una curva de arcilla y sal.

Arrastro mis notas tengo ruta en otros cuerpos, tamarindos, neones en la punta de los dedos —orgasmos como bengalas de colores en la noche suda el tiempo es poco relampaguea— en la punta del oído crezco hasta, la luna una, pantera solitaria un, puma en la punta dura yema de tus dedos.

En los dedos duna. En los dedos trino. En los dedos jungla. En tus dedos los dedos dudan en los dedos dentro en los dedos despacio el tiempo en los dedos Dios en los dedos guías dedos —días — dedos despiertos indefensos en un escenario al frente —y ahora ya tan lejos de todo, tan después de casi todo lo que una vez eché de menos—.

Tres

Sé cómo empezaba. Conozco la letra, conozco las notas de la guitarra como escaleras de caracol, y el solo triste de la trompeta de Tania. Cuenta la historia de una chica de Barcelona, como ella, que se fuga de casa muy joven y que, años después, recuerda a su familia desde un porche a las afueras de Nueva Orleans. Y atardece. Y la luz del mechero ilumina por un instante su rostro cuando brillan las primeras estrellas por encima de la pradera inmensa, y eso que en Luisiana no abundan las grandes praderas, y piensa en su padre, en su madre, en los lejanos ojos marrones de su abuelo, y decide escribirles una carta que lee su hermana, es decir, Tania, porque la canción es la carta de la chica en palabras de su hermana, que se la está leyendo a sus padres: «Els camps de cotó».

Durante un tiempo pensé que un día me llegaría una carta así. Eso fue cuando Tania se marchó con Espacio a Estados Unidos. En esas noches, como hoy, yo salía a pasear y la imaginaba cantando en los *clubs* de Harlem o en los locales de los muelles de Sausalito. Allí le partieron la boca a Chet Baker. Los médicos le dijeron que no volvería a tocar. La historia la contaba Tania sobre el escenario como se les cuentan a los niños los cuentos antes de dormir. El de Chet, decía. Pausa dramática, intriga. Entonces, lenta y submarina, empezaba a cantar —y perdía el suave acento catalán que sí conservaba en el habla— «Almost Blue».

Por supuesto, la carta nunca llegó. Fue a finales de 2013. Tania había ido a grabar su primer disco con Impulse, el sello neoyorquino para el que habían tocado, por ejemplo —y el ejemplo era siempre el mismo—, John Coltrane y Ornette Coleman. Ella los llamaba Trane y Ornette. El jazz, decía, es una invocación, como el vudú: yo los llamo y ellos responden, hay confianza. Durante las semanas previas estuvo entre Madrid y Barcelona, preparándose, haciendo maletas, despidiéndose y arreglando los contratos de la banda con ayuda de Joan, su pianista, su tutor en el Liceu. Apenas supe de ella hasta que solo unos días antes de marcharse me dijo que quería que lo dejáramos, que no habláramos más, que no fuera a verla a Estados Unidos durante la gira. Que lo aclaráramos todo cuando volviera. Empezaba septiembre y teníamos la piel pegada al sofá de cuero de la casa de mis padres. Ellos debían de estar en el cine o en el teatro o quién sabe ya dónde, no lo recordarán, nadie lo hace. Yo esa misma tarde había tenido la entrevista con Raúl Basarte, de La Pasajera, y ella había llegado a Madrid desde Barcelona la víspera por la noche. ¿Qué respondí? ¿Dije algo acaso? ¿Se marchó? Pero tuvo que vestirse antes; tuvo que coger su teléfono y su cartera, calzarse las sandalias, abrocharse el reloj —un reloj de plata que era de su abuelo—, ir hasta la puerta, correr el cerrojo, salir de la casa. Y tuvo que pasar todo eso y yo estaba ahí, pero no lo recuerdo. Nadie lo hace.

La siguiente semana, mi primera en la librería, la pasé actualizando las páginas del *Times* y de *Rolling Stone*, rastreando sus noticias, «Tania Almada en la sala Birdland», «La trompeta de Almada suena en el Boom Boom Room», pero pronto empezó a ser difícil y doloroso, y dejé de hacerlo. Ni siquiera compré el disco, su primero y último, que llegó a España en diciembre y

enseguida dejó de distribuirse, lo que lo convirtió en una rara joya. Medio año después, en la Feria del Libro de 2014, supe por un amigo de Raúl que una cantante española muy joven estaba llenando los *clubs* del norte de California. Yo ya había superado el insomnio e intentaba olvidarme, y quién sabe si lo hubiera logrado de no ser porque poco más tarde, a finales de verano, Chema —que por aquel entonces estaba proyectando la primera edición impresa de *Jukebox* para enero y se planteaba hacer de su piso una redacción— me enseñó una crónica del *Tribune* de San Diego en la que se contaba cómo Tania Almada, «la niña prodigio del jazz español», había cerrado el festival de Mission Valley. Lo primero que pensé fue que Tania, que iba a cumplir veinticuatro años, no era una niña. El artículo hablaba de una canción nueva compuesta por ella e inédita que nadie en España, ninguno de sus antiguos conocidos de Madrid o Barcelona, ni siquiera los miembros de su banda, había escuchado antes. Chema me leyó el título y me sonó a «Jazz», y pasó mucho tiempo hasta que averigüé que su nombre era «Yas». O eso es lo que afirmó Ernesto Garriga, el autor de la crónica, a quien Chema estuvo acosando durante semanas en busca de una grabación. Lo llamó al menos cinco veces en dos días. En su estado, se hubiera conformado con que Garriga se la tararease. Lo cierto es que Tania no volvió a subirse a un escenario, no salió en las noticias, sus discos desaparecieron de los puntos de venta y todo el mundo en la industria se volvió loco buscándola.

Por eso el *Yas* de Leonardo Espacio era tan importante para Chema, y por eso quería que lo entrevistara para *Jukebox*. No le interesa la poesía. Le interesa la canción perdida que le ha dado nombre, la última canción de Tania Almada, que guarda silencio desde hace más de seis años. Podía ser —habrá pensado Chema— que fuera un homenaje, o que contuviera una transcripción directa de la letra original, o alguna pista de la vida de Tania allá donde esté. Habrá pensado: que le haga Manu la entrevista, que pregunte cómo estáis, qué fue de vosotros, por qué dejó de tocar, qué hace ahora ella, dónde vivís. Sé —y sé que Chema lo ha imaginado antes y que fantasea con la idea ahora, mientras duerme o mira el parpadeo de un teléfono, el tenue brillo azul de su nevera—, sé que pensó que tal vez, con un poco de suerte, Tania estaría con Espacio en el hotel y podría verla y entrevistarla a ella también.

El Soul Station era un refugio del jazz en Madrid, en la plaza de Santo Domingo, cruzando Gran Vía. Cerró al poco de que yo dejara de frecuentarlo, con esa forma definitiva de cerrar y desaparecer que tienen los cines y las librerías. Vuelvo a sus puertas cuando paseo, como a las de La Pasajera. Diría que acabo allí sin remedio, que la nostalgia me arrastra al lugar en el que Chema y yo escuchamos por primera vez a Tania, porque todas las noches de insomnio son la misma noche y nada se puede hacer para cambiarlo. Lo diría, y estaría mintiendo. En estos seis años he ido conscientemente a la puerta del Soul Station para medir la distancia con el pasado antes de dirigirme a otro bar, cualquier bar —no bromeaba— que no guardara rastro de Tania ni de Espacio ni de nadie conocido, en el que no sonaran saxos ni trompetas ni hubiera poetas borrachos haciendo *jam session*. Estuvo mucho tiempo cerrado. Oí, Chema me lo dijo, que habían puesto un *pub* irlandés, que habían quitado el «Soul» del nombre para dejarlo en «Station»; que sonaba *celtic punk*, echaban el fútbol y el rugby y había pintas de Guinness por tres euros y una diana y una mesa de billar con tacos nuevos, y que aquello no parecía tanto un *pub* irlandés como la imitación americana de un *pub* irlandés o la imitación española de la imitación americana de un *pub* irlandés y que, en fin, no estaba mal.

Madrid —y más en noches como esta— es una ciudad con más de un millón de cadáveres. Qué

importa uno más. Me acerco. No hay nadie esperando en la entrada porque sigue siendo la madrugada desierta de mi generación. Empujo, no cede; me acuerdo entonces y tiro y se abre. La música está baja. Solo un camarero tras la barra —la barra de formica que imita la madera, o que imita la imitación de la madera—, con la camiseta ceñida y el pelo también ceñido, reluciente de gomina. Nadie más. Él levanta un momento la vista del móvil cuando me siento, como si quisiera echarme pero no pudiera, como si quisiera preguntarme qué haces aquí, desgraciado, no te has enterado de que hoy es la madrugada desierta de nuestra generación, no hay nadie ahí fuera, estás solo, vete a casa.

Diría ahora que pido un whisky con hielo, pero sería otra mentira. Pido, como cada noche de insomnio —todas son la misma—, una tila que el camarero deja a mi lado sin guardar siquiera el teléfono, con cara de sentir de pronto más lástima por mí que ganas de echarme, como si solo un terminal se pidiera infusiones en un *pub*, y no le culpo. Al mirarme las manos, me doy cuenta de que no me he puesto el reloj. Empiezo entonces a pensar en las preguntas que le haré a Leonardo Espacio. ¿De qué van tus poemas, Espacio? ¿Cómo estáis, qué fue de ella? ¿Dónde estaba yo cuando os acostasteis por primera vez?

Tampoco he traído el móvil. Ni la grabadora. No encuentro el bolígrafo que suelo llevar conmigo, y es que tal vez la Tierra sea redonda y no plana, tal vez el mundo sea un escenario y yo esté perdiendo el tiempo pensando un segundo tras otro cada noche en lo mismo mientras todo lo demás se me va escapando de las manos. Ya no pienso en Raúl. ¿Pienso en Ire, dormida? ¿Pienso en el cadáver ausente de Laura Merillo? Y en la voz de Tania, lenta y oscura como la sangre en las películas.

En algún lugar a mi espalda, en otra sala, se oye un golpe —loza contra loza, tapa de retrete o accidente— y el agua que corre. Han hecho reformas, pero las cañerías son las mismas a juzgar por el ruido. Frente a mí, en el espejo, veo cómo se abre al otro lado de la pista la puerta del baño, que sigue en el mismo sitio de entonces, cuando veníamos a escucharla. Pero ya no pienso en nada. Un segundo cada noche es suficiente. Sorbo mi tila, arde, me quemo la lengua y la dejo sobre la barra. El camarero me pregunta si estoy bien, pero no le contesto y me doy la vuelta, echo a andar hacia el baño. Me cruzo con el hombre que sale, más alto que yo. No le digo nada. Por poco no nos tropezamos. Dentro, me inclino sobre la porcelana sucia para enjuagarme, una, dos veces, hasta que pasa el hormigueo y se calma el dolor. En ocasiones el tiempo no es el tiempo. Alguien lo dijo.

Cuando salgo, veo al fondo el rostro del hombre reflejado tras las botellas, como él ha debido de ver el mío hace unos instantes. Hoy el tiempo no es el tiempo y Leonardo Espacio no lo sabe cuando se da la vuelta sobre el taburete de la barra, incrédulo, mirándome a los ojos, reconociéndome a duras penas, pensando sin duda en lo ingratas que salen —para los insomnes como nosotros, en noches como esta— las cuentas de los años.

Cuatro

El doctor Santiago Tebaldi había abandonado su verdadero nombre hacía más de cuarenta años. En su destino eran corrientes los apellidos de origen italiano, y ese «Tebaldi» se le antojaba parecido al de su mujer, el apellido que también había adoptado su hijo al cabo del tiempo, avergonzado. A ella la enterró, en paz descanse, poco antes de dejar el país. Del chico hacía más de cuarenta años que no sabía nada. También hacía más de cuarenta años que no pisaba su ciudad, la ciudad en la que la vida le había parecido, hacía tanto, más verdadera que en ningún otro lado. Pero había estado en muchos lados desde entonces.

Por la tarde, Santiago Tebaldi se puso los calcetines, los estiró para asegurarse de que no quedaban arrugas y se calzó con lentitud, inclinado sobre los zapatos, soportando con estoicismo los pinchazos de la espalda. De pie, se metió la camisa por dentro del pantalón y se abrochó los botones del cuello frente al espejo del cuarto. Con un poco de colonia en los dedos, solo en las yemas, se atusó el pelo, ese plumón gris de cuello de buitre que se le encrespaba sobre las orejas y en torno a la calva. Después, ante el espejo del lavabo, se alisó las patillas y las cejas y se peinó la perilla. Observó sus labios rectos y cuarteados, sus ojos, uno verde de un verde oscuro como el de las hojas de las encinas, el otro espectral, atacado de glaucoma, de un verde translúcido más parecido al del olivo, por pupila la mancha blanca, el halo lechoso alrededor. Matías, se dijo, qué pena. Hacía más de cuarenta años que nadie lo llamaba por el nombre que le puso su madre, pero él no lo olvidaba. Se guardó la tarjeta de la habitación y la fotografía de su esposa en el bolsillo del corazón, como era su costumbre, y salió a pasear. Sabía que el día en que dejara de andar sus vértebras se agarrotarían y lo dejarían inválido, encamado de por vida en un hotel de tres al cuarto o en cualquier clínica de mierda.

El doctor Santiago Tebaldi llegó hasta el Retiro y pensó en llamar a sus antiguos amigos. Pero era 2019, habían pasado más de cuarenta años y Tebaldi cayó enseguida en la cuenta de que ya no le quedaban amigos. Era un hombre mayor. Fumaba cigarrillos electrónicos, solo bebía agua y café por prescripción médica, pero no se autocompadecía. Tebaldi era, sobre todo, un hombre solitario desde hacía más de cuarenta años. Un hombre que, como en la película, y desde siempre, «carecía de ánimos para reírse dos veces».

Cinco

Ahora, mirando a Leonardo Espacio por primera vez en seis años, con la puerta de los baños del Station a la espalda, pienso en el día que conocí a Raúl Basarte. Veo algo en Espacio que me recuerda a él, y me da rabia. Aquel fue también el día en que vi a Tania por última vez. Recuerdo que me moría por trabajar en La Pasajera. Recuerdo que pensé que Raúl no contrataría a alguien como yo; que no contrataría a nadie nunca. Era septiembre de 2013, el asfalto de la calle del Pez se derretía al sol. Me hizo la entrevista en la misma entrada de la librería, arrugó mi currículum y se lo metió en el bolsillo, me interrumpió.

—¿Tu nombre era Mano?

—Manu; Manuel.

—Bueno. Y estudiaste literatura, me dijiste.

—Filología Hispánica, pero la literatura es lo que más me gustaba.

—Mejor hubieras estudiado Ingeniería. Pero está bien. ¿No tienes un encendedor?

—No, no fumo, lo siento.

Raúl sostenía que los españoles ya no fumábamos. Lo decía a menudo. Y no solo eso: los españoles *ya no hacíamos* muchas cosas que él sí hacía porque no era español a pesar de haber vivido más tiempo aquí que en México, cosas que —hay que suponerlo— sí hacíamos en una era mítica y difusa. Me preguntó entonces si había trabajado antes en alguna librería, si sabía algo de distribución, o de editoriales, y hasta ese momento no se me había ocurrido que tal vez para ser librero no bastara con leer o con que te gustara leer o incluso con querer escribir poesía, como era mi caso. Me preguntó qué leía. Le dije que leía poesía. Él dijo:

—Ajá, bueno, la poesía está buena para leerla, pero si te dedicas a ella puede llevarte la chingada.

Raúl había abierto la librería en los últimos años del franquismo. Traía los libros de México y de Argentina en pequeños pedidos que entraban con otros productos, no para pasar inadvertidos, sino para que los aduaneros tuvieran fácil hacer la vista gorda. También llegaban libros de Moscú, en trenes que venían de París, y algunos amigos se los traían copiados en sus libretas: las ediciones completas de Celaya, Neruda o Machado en cuadernos que luego Raúl se llevaba a la trastienda y pasaba a máquina para convertirlas en panfletos, con algunas frases suyas intercaladas, algunas referencias explícitas a Franco. De ahí el carácter paranoico de Basarte, sus constantes metáforas militares en el oficio, la insistencia en decir que no hay un solo libro inocente para explicar su rechazo a los comerciales. A todos los comerciales.

—Oye, güero.

Raúl lanzó la colilla todavía al rojo con la uña y me cedió la entrada a la librería.

—¿«Güero»?

—Así les decimos a los rubios. De cariño.

—Pero no soy rubio.

—No importa si eres rubio, moreno, amarillo o azul. ¿Escribes, güero?

—Escribía. Ya casi no me sale nada.

—¿Poeta?

—Poeta, pero muy malo.

—Bueno.

—¿Y usted?

—Y yo ¿qué?

—Que si usted escribe.

—Antes, en la universidad. En el sesenta y ocho. Pero es mejor que eso se quede allá bien lejos.

Raúl había estudiado Letras, como yo. Su ingreso en la UNAM había coincidido con las protestas de Tlatelolco, pero —esto lo supe más tarde— él solo había asistido por Laura. No sé cuándo fue la primera vez que la nombró, debió de pasar mucho tiempo, debió de ser mucho después incluso de que aceptara hablar de Tlatelolco conmigo. Solía decir: aquello fue la línea de sombra de mi generación. Y una vez me preguntó: ¿no sabes lo que es la línea de sombra, mano?

—No.

—Son los límites que separan lo que hay de lo que nunca habrá. Y eso fue Tlatelolco para muchos de nosotros.

Pero esa fue otra conversación. El día en que nos conocimos, ya dentro de La Pasajera, volvió a preguntarme el nombre y me dijo pues ya es hora, vuelve el lunes y arreglamos. Me invitó a esperarlo y fumar uno, iba a cerrar dentro de poco, pero yo tenía que verme con Tania. Íbamos a despedirnos en la casa de mis padres, se iba a Nueva York al día siguiente y ya llegaba tarde.

—Y no fumas, perdona, lo olvidé. Nadie fuma en este país y ustedes siempre tienen una cita importante. Aliviánate. Pero al menos será linda, ¿no? O lindo, cada quién...

—Se llama Tania. Es trompetista.

—¿Trompetista?

—Sí. Va a grabar un disco en Nueva York.

—Ojo con los gringos, cagan en todo.

—Es una historia larga.

—Será porque es larga que tú la quieres.

Se carcajeaba hasta la lágrima, el viejo.

—*Celui qui parle de l'amour, détruit l'amour*, ¿cierto? Anda y nomás vete, güero, no vayas a llegar tarde. Ni pronto, eso queda feo.

Y ahora me doy cuenta de que casi todo lo importante que me ha pasado desde entonces, lo bueno y lo malo, ha sido por llegar a los sitios demasiado tarde o demasiado pronto.

Seis

A Espacio lo conocí en el Soul hará casi una década. Nació en Palermo, Buenos Aires, pero vivió desde niño en España. Cuando leía sus poemas forzaba un poco el acento, y si un desconocido le pedía consejo, le decía esto está bárbaro, muy lindo, tenés que publicarlo, porque es lo que se esperaba de él como poeta porteño. Es algo que tenemos en común prostitutas y escritores —decía—: que nos pagan más que nada por lo que les hacemos en la intimidad.

Su madre fue la que se lo trajo a San Sebastián, a la casa de sus abuelos. Se había quedado embarazada muy joven y había huido del País Vasco con el marido solo dos días antes de que la Ertzaintza entrara en la casa. Al padre, en Buenos Aires, no le hacía falta beber para dejar a su hijo descoyuntado en el suelo día sí y día también. Sos una loca de mierda, nena, solo iba a darle el besito de buenas noches, es para que crezca fuerte. Eso contaba Espacio que gritaba su padre mientras su madre hacía las maletas. Yo de mi viejo no quiero decir ni el nombre, afirmaba, y me acuerdo solo de esa voz grave al otro lado de la puerta, y del cuerpo enorme que siempre tenía que mirar con el cuello doblado para arriba. A ese cuerpo enorme dedica Espacio un poema en su primer libro: «Salada espuma que al retirarse duele como un agujijón entre los labios». Recitaba esos versos y añadía: es que era así como yo miraba a mi viejo, como si estuviera envolviéndome una ola terrible, la *green room* lo llaman en California, cuando estás adentro de la ola y todo se ve verde por no sé qué efecto de la luz, y aunque los críticos dijeron de todo, la añoranza de San Sebastián unos, la añoranza del Río de la Plata en mi niñez otros, en fin, son críticos, es su trabajo, el asunto es que yo cuando lo escribí pensaba en lo que me acordaba del cuerpo de mi viejo.

Espacio vivió muy cerca de la playa de Gros, al otro lado del Urumea —*porque ese es el otro lado, viste*—. No me acuerdo de mucho de los primeros meses en España, me dice, acodado en la barra, lacónico, mientras hace el repaso biográfico que cree que debe hacer para nuestra entrevista, antes siquiera de que yo le pregunte por nada. Castillos de arena negra y la voz de mi abuela que se confunde con la de mi madre y me llama a los gritos desde algún lugar, como esas voces que te llaman en sueños y que parecen seguir haciéndolo cuando por fin te despertás, dice. Después su madre se volvió a marchar, esta vez sin él, quizá de vuelta a Argentina, quizás a Francia; nadie le supo decir a Espacio qué había sido de ella. Ahora te confieso que la busqué en Buenos Aires mucho después y hasta seguí la pista de una familia Espacio en Palermo con ayuda de un amigo; la pista llevó a otra en Santa Fe, de ahí a los pueblos, y sé que te va a parecer que me pasé la vida buscando gente y ahora que lo digo creo que es cierto, que capaz esa sea mi verdadera vocación o un vicio que tengo, aunque también algo de eso hay en la poesía, ¿no?, dice.

Leonardo Espacio empezó a escribir poemas en el colegio. Lo que le gustaba de verdad era el cine, montar películas, aunque —aclara— en el fondo son lo mismo, ambos son palabra y son imagen. Igual es solo una opinión, añade. Pero cree que estaría bien incluirlo en la entrevista porque su primer libro fue una *materialización* de esa idea. Se disculpa. Dice: dije tanto esa

palabra en los bolos que ya siempre digo «materialización» y yo en la vida digo esa palabra, pero es como les gusta a *ellos*. Y no tengo ni idea de si «ellos» son los poetas, los cineastas, la CIA o quiénes. A los dieciséis años, los abuelos de Espacio lo pusieron a trabajar en una tienda de compraventa de películas en *dividí y ve-hache-ese*, y allí conoció a la reportera Amaia Lobos, que lo convenció para mudarse a Madrid, lo ayudó con sus primeros escritos y le dio clases de guion más o menos por la época en que nos conocimos. Tenés que hablar con ella, me dice, está ahora de socia en *National Geographic* y conoce a bastante gente, capaz tenga algo mejor que lo tuyo en lo de Chema. No me mirés así, no quería ofenderte, es que es buena onda, eso quería decir, aunque sea vieja, dice. Pero no pongás nada de esto si no querés, son otros cuentos e igual tampoco te veo apuntar nada —y esto, al menos, lo añade sin reproches—.

A los veinticinco, Espacio autopublicó *Transposiciones*, su primer libro de poesía, y ganó después el Gloria Fuertes con *SpIritUal hOmE*. En Madrid trabajaba de camarero y en la recepción de un *hostel* por la noche, e impartía algunos talleres literarios para adolescentes en un centro social de Lavapiés. Para sus abuelos, la excusa del traslado a Madrid fue hacer un módulo de formación, y cuando supieron la verdad le retiraron la palabra del mismo modo que se la habían ofrecido cuando su madre lo trajo de Argentina: de un día para otro y sin escándalos. Tenía una compañera de piso, Julia, aunque todos la llamábamos Jota y unos pocos la apodaban Junk Jules, porque se dedicaba al tráfico de marihuana. Y a ver series. Estaba de moda *Breaking Bad* y casi se vuelve loca, se acuerda Espacio, con una sonrisa ladeada que ahora yo, a su lado, tengo ganas de ensayar en el espejo; es gracioso, dice, a veces quemaba cabezas de fósforos y las tiraba a la ducha cuando iba a mear. Dejaba la cajita sobre el retrete y, cuando tenía ganas, siempre con la puerta abierta, se sentaba y empezaba a quemar y lanzar, quemar y lanzar, con la tanga en los tobillos... No sé si viste *Breaking Bad*, pero era igual que Heisenberg la tipa. Se calla. Bebe un sorbo de su copa, apenas se moja los labios porque enseguida la aleja de sí para decirme —con los ojos muy abiertos, preocupado por que lo haya malinterpretado— que Jota hacía lo que hacía Heisenberg, el personaje de la serie, pero que ella tenía mucho pelo y lo llevaba tintado de colores, que calva no era.

Espacio dice que mientras vivió con Jota se pasó la mayor parte de las horas de trabajo y clase fumando en casa, fumando y escribiendo mucho y viendo series. Ella trabajaba en el Libertad 8, en Chueca, y así Espacio se hizo con un hueco en el ciclo de poesía de los jueves. Dice: yo y otros habitué del Libertad 8 empezamos un tiempo después a montar las *jams* del Soul Station. Jota, por lo que sé, estuvo después metida en muchos quilombos: ácido, cristal, coca, no sé. Lo digo porque creo que te la presenté, que os la presenté a Tania y a ti, ¿no? Y no lo vas a creer, pero un amigo la vio en Lisboa hace poco y está casada y tiene un nene, no te estoy cargando. Yo me encojo de hombros. Claro que me acuerdo de Jota. Y claro que podría estar en Lisboa o en Japón, y tener diez hijos o estar muerta.

Ya en América, después de la gira de Tania, Espacio publicó *Orfeo en Xibalbá*, que ganó el Loewe. ¿Necesitás algo más de esa época? ¿Anotás los otros libros de poesía? Y, por favor —dice—, dejá de tomar ese té, ese tilo, lo que sea, y pedite otra copa conmigo. Si no querés, no te voy a obligar, pero algo tenemos que hacer para animarnos.

Le pregunto por su último libro solo para que se calle. Le pregunto por *Yas* y pronunciar el título en voz alta es como pinchar un globo. Fueron seis años de trabajo, dice. Los años que llevo sin escuchar discos de jazz. Me ponen triste, dice. Se queda callado un momento y entonces añade: si pensás que eso puede decepcionar a alguien, mejor no lo digo y vos no lo ponés. Aunque también te lo podés inventar, si lo leíste, que imagino que no. Yo no lo hubiera hecho si fuera vos.

Me cuenta que empezó *Yas* en California, pero que esos poemas no eran todavía parte de nada. También que hay algunos posteriores, de Puerto Rico, México, Colombia y Chile, uno solo de Chile, pero el asunto es —dice— que la mayoría fueron escritos a lo largo del último año en Puerto Aragón, uno de los pueblitos de allá por Santa Fe que te dije.

No sé si te acordás de una canción catalana que ella cantaba y que está en el disco. Nunca me acuerdo del título, un cliché sobre una mina que deja a su familia y viaja a los Estados Unidos y se busca una casa, se compra un monovolumen, atardece, a mí me gustaba poco la letra... En fin, la primera serie de *Yas* tiene mucho de ese tópico precisamente, toda esa mitología de Norteamérica, los campos de girasoles, *motels* y *clubs* con porches de madera y encendedores *zippo*, ¿no? Ese espíritu. En Puerto Aragón no dormí mientras estuve terminándolo, comía muy poco, no tenés más que ver que estoy hecho un palo... En fin, yo quería estar a la altura. Nos habíamos alquilado una casita a las afueras, una casita oscura y sin apenas ventanas en la que la cocina era el living y el living el dormitorio, que manteníamos iluminada con lámparas led en cada mesa, y allá metido, y adentro, muy adentro de las poesías, casi medía el tiempo que pasaba por la cantidad de tazas de café apiladas y de mates que rellenaba y la frecuencia con la que paraba el colectivo en la puerta, que podía escucharse a través de las paredes como si fuera un búfalo resoplándonos en la oreja, dice. No exagero, añade. Pero exagera.

Se pide la copa. Le tiemblan las manos, como a los alcohólicos, pero en realidad a mí también me tiembla el cuerpo entero desde que me dijeron lo de la entrevista. Está re cambiado este lugar, ¿no? Leonardo Espacio me sonrío. ¿No lo encontrás cambiado vos? De nuestro Soul solo queda esa puerta que nunca se abre bien. De pronto, murmura: yo no sé de dónde salieron las poesías. Le pregunto a qué se refiere. Él frunce el ceño como si se atara las arrugas de la frente con un lazo que enseguida suelta, muy despacio, y dice: me refiero a que, si supiera de dónde salieron las poesías, me la pasaría el día entero allá. Y dice: un crítico argentino bastante famoso, ahora no me acuerdo cómo se llama, dijo hace unos días que mi obra tenía esa amargura profunda del blues y que por ahí se ajustaba al título, aunque el título es en realidad el título de una canción de Tania, no sé si lo sabés, solo la cantó una vez. Pero el crítico argentino, Juan Carlos Milch se llama, ahí está, Milch, dijo que mis poesías en *Yas* eran un *yes* a la vida y una *strange fruit*, dulce por fuera, amarga por dentro.

Casi conseguimos ser entrevistador y entrevistado por un momento, a pesar del insomnio, a pesar de la copa, a pesar de todo lo que nos ha conducido a ambos al Station esta noche. Pero entonces los ojos de Espacio se opacan, se le ensombrece la voz, y dice: nada de esto se puede comparar con lo que Tania hizo con esa canción en San Diego. Los que estábamos allá no habíamos oído nada parecido, estaban solos ella y el baterista, y Joan al piano, y ella tocaba su trompeta, y cuando cantó... Es que no te puedo explicar. Yo sentí como si se hubiera parado el río del tiempo, como si alguien hubiera tumbado en él una columna o un árbol y el flujo se hubiera detenido formando un embalse transparente de tiempo sobre el que Tania cantaba, sin hundirse, como Jesucristo, dice. Algo hermoso, impecable, no sé. Me cuenta que cuando terminó el concierto fue a hablar con ella un periodista con el que después llegaron a convivir una temporada en Riverside. Reconozco el nombre: Ernesto Garriga, del *San Diego Tribune*. Espacio dice que fue su protector, aunque luego se portara como un gilipollas —y dice «gilipollas»—. Para entonces los rumores sobre «Yas» se habían extendido y me cuenta que llamaron de varias revistas especializadas de España y de otros lugares de Europa y también de varios sellos americanos, y que los productores de Impulse intentaron encontrarlos a través de Ernesto y amenazaron con liquidar el contrato del disco. Algo que finalmente pasó, porque dejaron de distribuirlo y se

deshicieron de las copias en todas las sedes.

Espacio mira su propio reflejo. Titubea. Por fin, dice: nos buscaron los de Impulse y nos buscaron los de Columbia. Pero no solo eso: de Blue Note hasta vino un tipo preguntando por ella. ¡A Riverside! Querían «Yas», querían el *yas* de Tania, su voz, su forma de tocar que era como el aleteo de una mariposa negra, eso es lo que querían, y estaban dispuestos a quemar la discográfica con tal de tenerlo... Pero cómo culparlos, ¿no? Vos sabés. Quién no hubiera matado por el *yas* de Tania en esos días.

Siete

Cuando a Tania le preguntaban por su forma de tocar, citaba a Miles Davis y decía que era *bluesy*; en catalán, *blavós*. Que Espacio no lo sepa, que la compare con una polilla, me molesta. Siempre pienso en un poema que dice que el amor es como el azabache: negro, sí, pero siempre luminoso. Así era Tania en el escenario. ¿Qué encontró ella en él para poder incluso renunciar a la música? ¿Qué poesía que yo no supe escribir?

Lo miro, aquí, a mi lado, levantando la copa, hundido en las profundidades de su gabardina, y me siento tan vulnerable como la tarde en que me despedí de ella. Lo miro y la veo de pie junto al sofá en la casa de mis padres aquella tarde de septiembre, con mi camiseta sostenida entre los dientes, la falda vaquera arrugada a la altura del ombligo, abrochándose el sujetador y mirándome mirarla por última vez. Cuánto ha debido de cambiar. Leonardo Espacio, sin embargo, sigue siendo Leonardo Espacio. El que forzaba el acento cuando leía poemas en voz alta, el que se acariciaba la barbilla cuando hablaba mirando al infinito, como si hablara para el universo, lanzando las palabras sin preocuparse lo más mínimo por quién las fuera a recibir: el Leonardo Espacio al que solo le interesa Leonardo Espacio. Y quiero preguntárselo. Quiero preguntarle qué fue lo que encontró ella en él. Qué pasó en Estados Unidos, en California, dónde han estado todo este tiempo, dónde está ella y qué hace en el hotel mientras él se escapa a beber de madrugada.

Casi no puedo evocar su cara seis años después; es ridículo. Confundo su imagen con la que me he hecho de Jota en una discoteca de Lisboa, con su marido al lado, un niño entre las rodillas. ¿Habrá vuelto por fin? ¿Se habrá quedado en Puerto Aragón, en esa casa oscura, hablando con los fantasmas con los que solía hablar en la plaza de Oriente? ¿Estará bajo un porche de madera, viendo anochecer, viendo cómo se alejan los autobuses en ruta hacia la pampa, dudando si escribir esa carta que nunca me llegó? Casi lamento no haber leído el poemario de Espacio, o al menos algunos poemas. Él estuvo ahí, en Mission Valley, en la última actuación de Tania. Él escuchó «Yas», y creo que ahora, por primera vez, soy consciente de que esa canción existió, de que sonó de verdad y que hubo quienes pudieron escucharla. Dice que nunca podrá olvidarlo. ¿Y qué fue lo último que me dijo ella a mí? No recuerdo sus palabras. Apenas recuerdo su rostro.

Y sin embargo, conservo la imagen de Jota para confundirla con la suya. Ellas se hicieron buenas amigas, ya no quemaba cerillas cuando la conocimos. Espacio se limitó a presentárnosla en el Soul Station, en la primera *jam* de poesía que organizó, con ayuda de Amaia Lobos, que poco después se retiraría definitivamente en San Sebastián. No tiene ni idea, o no lo parece, de la relación que Tania y yo mantuvimos después con Jota. Pero también hace seis años que no sé nada de Jota. Perdimos el contacto cuando Tania se fue a Nueva York. Jota en aquellos días tendría unos treinta años y ya no se metía nada, pero lo había hecho y le habían quedado secuelas; ella lo contaba con naturalidad, narraba episodios terroríficos de amnesia, trastornos disociativos de sí misma y de los otros como si estuviera dando el parte del tiempo. A veces estábamos cenando en su salón los tres, o los cuatro, una chica o un chico escuálidos y siempre distintos a los que sacaba

a rastras de un cuarto y besaba en la boca y que no volvíamos a ver, sentados entre las sillas y un sofá de gomaespuma, y le vibraba el móvil y ella ponía el altavoz: Junk Jules, ¿dónde cojones estás? Y ella decía con la boca llena: que os jodan, estoy cenando con unos colegas. Y colgaba. A saber a quién le colgaba.

Puedo recordar a Jota y puedo recordarme a mí en su polvoriento piso de Vallecas, con un plato recalentado de macarrones de la semana anterior en las rodillas, las Heineken en el suelo, entre los pies, Tania justo a mi lado después de haber tocado en el Soul, después de despedirnos de Chema en el metro, después de despedirnos del propio Espacio, que seguiría bebiendo con otros poetas por el centro cuando cerraran el local. Eso debió de ocurrir solo unas pocas veces. Más normal era que, después de la actuación en solitario de Tania, se montara la *jam session* de jazz y nos fuéramos con Espacio y Chema a cenar por Lavapiés, y que Jota ni apareciera. Al menos hasta que Tania se hizo más conocida, cuando sus profesores, Joan sobre todo, empezaron a llamarla para tocar en salas de verdad. En muy poco tiempo Tania Almada tuvo un lugar fijo en todos los festivales, un quinteto propio, y la atención de los grandes sellos.

No sé cómo la conoció Chema. Imagino que sería amigo de alguno de aquellos profesores y aquellos profesores le hablarían de «la niña prodigio», le dirían que a veces tocaba en el Soul, por si quería ir y escuchar, y él decidiría acudir a la cita. A mí me lo presentó ella después de coincidir los dos en varios pases y en todas las *jams*, a veces en la misma mesa. Diría: José María, este es Manu, escribe y es tan *blavós* como lo soy yo con la trompeta. O tal vez: José María, este es Manu, escribe como un viejo. Cualquiera de las dos versiones hubiera sido propia de ella y adecuada a la realidad. Chema colaboraba entonces con la revista *Rolling Stone* y llevaba años en *Scherzo*. Aún no estoy seguro de si apadrinó a Tania o se enamoró de ella, o si fueron quizá las dos cosas, pero su relación nunca pasó de esa respetuosa amistad en las mesas del Soul, y se enfrió rápidamente cuando ella empezó a viajar y a llenar locales más grandes. Chema y yo, por el contrario, sí acabamos haciéndonos buenos amigos durante los meses previos a la fundación oficial de *Jukebox*, en 2014, cuando Tania y Espacio estaban ya muy lejos.

Espacio se levanta, se tambalea un poco nada más, me apoya la mano en el hombro como si no hubiera pasado el tiempo. El camarero nos ve y pone cara de no entender nada de lo que está pasando entre nosotros, el psicópata de la tila y el argentino borracho con pintas de *consigliere*. Espacio tiene puntos rojos en el cuello como si se acabara de afeitarse, pero barba de tres días. No me mira. Dice:

—Manu, voy a mear —se separa de mí y sus zapatos emiten un sonido elástico al pegarse y despegarse del suelo—. Pero vos seguí la fiesta del té por tu cuenta.

Me enteré cuando cerraron el Soul. Chema vino a buscarme a la salida de La Pasajera, lo vi cruzar la calle cuando bajaba la reja. Así empezó todo. Él vivía en San Bernardo, muy cerca de la librería, y me había visto muchas veces desde arriba, o eso dijo, pero no podían haber sido tantas porque yo no llevaba contratado más de dos meses. Raúl nos dejó solos, se fue fumando calle arriba sin esperar a que Chema se presentara ni a que yo le devolviera las llaves, tarareando algo, con el sombrero calado y esa forma recta y al mismo tiempo abatida de andar que le daba —ahora lo pienso— un aire de estrella folk. Chema no pareció percatarse de la impertinencia de Raúl, o no le importó, y me dijo que me veía bien —y eso era imposible después de diez horas de trabajo—. Llevábamos meses sin vernos. Añadió a destiempo que sentía «lo mío» con Tania. Yo repliqué lo que ya había ensayado tantas otras veces en distintos encuentros fortuitos por Madrid: que nada

había sido «mío» en esa historia, que ella había tomado las decisiones por los dos.

La diferencia de edad entre Chema y yo, que ahora apenas se puede percibir y cada vez menos conforme él se va quedando calvo y a mí me salen más canas, era entonces algo tangible. Él era un poco mayor que Espacio, rondaría los treinta y seis años. Diez más que yo. Con la melena recogida tras las orejas y las manos en los bolsillos, cimbraba el cuerpo de cintura para arriba como si orbitara en torno a lo que fuera que quería decirme y no decía. Ahora Chema parece un tonel, pero en aquella época, y hasta hace poco, se le marcaban las costillas. Cuando le pregunté hacia dónde iba, si quería acompañarme al metro, sacudió la cabeza en señal de asentimiento de tal forma que se le resbalaron las gafas. Tuvimos que andar unos pasos en silencio antes de que sacara las manos de los bolsillos, como si desenfundara, y me sujetara del hombro y me dijera que iban a cerrar el Soul Station. Quería que lo acompañara y me despidiera del local. Por cómo lo dijo, pensé que en cuestión de horas pondrían cadenas en la puerta, pero tardaron meses. Lo que sí es cierto es que esa noche fue la última *jam session* de poesía. Él sabía que yo no quería volver al Soul bajo ningún concepto, o lo imaginaba, y se lo repetí: no quiero volver allí bajo ningún concepto, ya lo sabes, así que mejor dejarlo estar. Me acompañó al metro, otra vez en silencio. Cuando atravesamos los tornos, insistió:

—Te arrepentirás.

—Puede ser.

—Termina una era.

—Sí, puede ser.

—¿Dónde irán ahora los músicos?

—Hay muchas salas.

—En todas hay que pagar.

—Quien quiera jazz, que pague. En el Soul ya no se hace nada serio y tú lo sabes mejor que yo.

—¿Y qué vais a hacer vosotros?

—¿Nosotros quiénes?

—Los poetas.

—Pues los poetas irán a las *jams* de Malasaña, como siempre, o se quedarán en casita, no tengo ni idea. ¿Qué quieres que te diga?

—Vale, mira, te invito a una cerveza. Una sola. Saludas a la gente y te vas. Y luego te olvidas del Soul y todo eso, pero te olvidas de verdad, tío, no puedes pasarte así la vida.

—Pues por eso.

—Por favor, ven. Es un buen trato.

Estábamos en el cruce de pasillos, ante los andenes, al pie de las escaleras mecánicas. Uno iba hacia el sur, a Santo Domingo; el otro, yo, a Quevedo, desde donde llegaría andando a casa, a la casa de mis padres. ¿Cuándo cambié de idea? Me recuerdo ahí plantado, sintiendo el peso desacostumbrado de las llaves de la librería en el bolsillo, los brazos cruzados y la bandolera de cuero también cruzada sobre el pecho, dejándome arrastrar por Chema. No entiendo, por más que he revivido ese momento, qué me llevó a aceptar, qué ganas repentinas pude haber sentido o qué falta de voluntad me condujo hasta el Soul Station aquella noche. ¿Uno siempre vuelve a los viejos sitios donde amó la vida? No todavía. Ni siquiera estaba seguro de haber llegado a amarla en ese lugar, después de que Tania se fuera.

Chema me preguntó por el camino, apoyado en una barra del vagón, si había vuelto a hablar con ella, si sabía algo de su gira. Estaba preocupado por mí, o lo fingía. Su disco acababa de salir a la venta en España y él lo había comprado ese mismo día. Lo mejor que he escuchado en mucho

tiempo, dijo, ¿tú sabes algo de ella? Le dije que no, esa era la verdad, pero que en cuanto volviera íbamos a hablar de nosotros y de lo que había pasado, que era lo que me había prometido. Pareció que quería decir algo más, ahora me doy cuenta, pero no lo hizo. Hablé yo. Me sentía culpable por haberlo tratado así cuando se había tomado la molestia de ir a buscarme a la salida del trabajo. Le aseguré que compraría el disco en cuanto cobrara el mes, lo invité a venir a verme a la Feria del Libro en mayo a la caseta de La Pasajera. Creo que hasta le hablé de poesía. Raúl me había dejado un libro y lo llevaba encima. Él me volvió a proponer una colaboración en su blog, semilla de *Jukebox*. Todo, su sonrisa, su invitación, fue tan contenido, tan raro en él, un hombre por lo general dramático, que me inquietó y llegué a pensar si no estaría conduciéndome a una trampa, si no me encontraría a Tania en el escenario del Soul cuando llegara, dispuesta a tener conmigo esa conversación pendiente. La imaginé. Imaginé su ropa. Las formas de su boca al hablar rozando el micro. Lo que diría. Me di cuenta de que ya nunca podría confiar en Chema si ella estaba de por medio.

Esta vez, él y yo íbamos solo a escuchar. El voyeurismo era parte del trato. Hacía mucho tiempo que ya no leía en público, había dejado de hacerlo incluso antes de que Tania se marchara. Tampoco escribía, o casi no escribía, por más que Chema insistiera con lo de los artículos. Era oficial: yo había dejado de escribir como Tania dejaría de tocar poco después. Salvo que lo mío a nadie le importaba, y a mí el que menos. Cuando llegamos, había terminado la presentación y la primera lectura daba paso a las gemelas, Noelia y Sara, que solían declamar juntas lo que una de ellas escribía, nunca supe cuál. El mismo olor a sudor y a cerrado, el mismo suelo pegajoso. Compartimos mesa con ellas y con Andrea, un estudiante italiano que venía del Libertad 8 y de los cursos de Amaia, como Espacio, muy amigo de él. Esa única cerveza apalabrada con Chema se había ido vaciando en una conversación absurda sobre cuál de las dos gemelas escribía poesía cuando me di cuenta de que la maestra de ceremonias era Sara. Solía serlo Leonardo Espacio. No sé cómo fue, qué me alertó; puede que se levantara a presentar a un poeta invitado o que alguien la felicitara por la organización de la *jam*. Pregunté: ¿por qué no ha venido Leo? Chema se llevó la cerveza a los labios y Noelia me miró con la boca abierta. Andrea salió disparado a fumar. Volví a hacer la pregunta, subiendo la voz, aunque deseaba que nadie dijera lo que sin duda alguien iba a decir. Sara vaciló y me acercó la mano, me la ofreció, no llegó a tocarme.

—Pensaba que lo sabías: Leonardo se fue con ella.

Así empezó el insomnio, la primera noche de muchas. Todas las sucesivas no han sido sino la misma. Me fui del Soul sin despedirme de nadie. Abrí la puerta con tanta rabia que golpeé a Andrea y le tiré el cigarro al suelo, y la cerré dando tal portazo que el portero tuvo que quitar la mano del quicio para que no se la pillara. Hizo amago de ir tras de mí, pero Chema —que también me siguió afuera— se topó con él y se dedicó a calmarlo. A mí me dejó en paz. No me preguntó, no me llamó, no dijo nada; no esa noche, al menos, porque en las semanas siguientes pasó a verme a menudo por la librería. Yo ataba cabos. Confirmaba, por fin, que Tania no se dormía en los hoteles de América acordándose de mí, preguntándose si había hecho bien, deseando llamarme. Que a Espacio sí lo quería lo suficiente como para pedirle que la acompañara, a él, a mi amigo —Leonardo Espacio no había pasado de «colega», pero desde entonces, cuando conté la historia, lo hice llamándolo «amigo»—. Fui hasta Callao, me dejé caer junto a las puertas automáticas de El Corte Inglés, cerrado. Tania y yo nos habíamos besado por primera vez allí. ¿Cuántos besos se dieron Tania y Espacio contra esa misma pared las noches en que yo falté a la cita en el Soul? Recuerdo que pensé que la cerveza me había subido de repente. Recuerdo el pantano del llanto en la garganta, el dolor punzante en los ojos tan fuera de sus órbitas, expuestos al aire frío y seco del

invierno de Madrid, la agitación casi neuronal de todo el cuerpo y esa ansia oscura de golpear algo, de ser golpeado. Y que no pude llorar.

Y ahora, mientras bebo con Espacio en esta parodia del pasado que es el nuevo Station, me doy cuenta de que Madrid era ya entonces una ciudad de más de un millón de cadáveres. Me emborraché en el Coyote, en Sol, y acabé en la plaza de Oriente gritándole a la estatua de Larra que se apareciera como se aparecía —siempre lo contaba— ante Tania cuando ella lo necesitaba. Perdí la bandolera de cuero con el libro dentro. Al día siguiente ni siquiera fui a trabajar, y Raúl no pudo abrir La Pasajera porque el único juego de llaves me lo había quedado yo. Eso fue un sábado. En la mañana del domingo, cuando me vio la cara, me dijo: güero, tienes que dejar el pinche jazz.

Espacio vuelve y se sube la bragueta justo antes de sentarse. Lo miro y pienso que, en aquel momento, aquella noche, yo no sabía que nunca volvería a oír la voz de Tania, la voz azabache, lenta y oscura como la sangre en las películas, de Tania Almada. Tal vez, si lo hubiera sabido, sí me habría echado a llorar; me habría preguntado por qué dejaría alguien como ella de tocar, de cantar, por alguien como Leonardo Espacio. Me habría preguntado cómo sería su vida con él seis años después, a un mar de distancia de mí, y por qué nunca quiso cumplir su promesa y hablar conmigo. Yo, aquella noche, abrazado a mis rodillas, con la espalda en la fachada del antiguo hotel Florida, solo los imaginaba juntos en América y me consolaba planeando lo que le diría cuando la volviera a ver: lo culpable que quería que se sintiera, lo mucho que deseaba que supiera lo que me había hecho sufrir y hacerla sufrir a ella por eso; llamarla cobarde, recordarle lo bien que lo habíamos pasado y obligarla a echarme de menos cuando fuera demasiado tarde, cuando fuera feliz sin ella —eso me dije y al instante lo juzgué imposible—. Borré su número de teléfono. Quise eliminarla de Facebook, pero solo tenía una cuenta fantasma gestionada por Impulse. De eso hace ya muchos años. Ya no tengo ganas de llorar ni mucho que añadir, aunque a veces el tiempo no parezca el tiempo y aunque a veces, en noches como esta, siga sin saber por qué esa chica no me quiso, por qué sigo yo echándola de menos.

Pattern 8

Estás en el círculo metálico, su interior es asfixia y su exterior es solo la disolución, la cortina transparente tras la que chocan los planetas, donde colisionan los satélites que se mueven como icebergs mentales, con el sonido polar de la sordina, con su ofrenda insólita al anhelo y al delirio y a la serenidad abisal de los santos que le rezan a la luna azul que es

la Diosa en el sánscrito inventado que hablaría en sueños y que yo le ofrecería a Emilie-Claire Barlow en un francés hasta el fondo del alma. Ya sé lo que suena en los pasillos de los manicomios y entre las plumas de las palomas: un trance de vapor vertiginoso sobrio sublime *in crescendo* etcétera que es

el saxo que explota y grita auxilio en pleno éxtasis desde el exterior del círculo vacío que es un agujero negro que es la boca boreal de la trompeta que es la caída libre a gran altura del cosmos que es el desierto de Atacama que es Hugh Masekela que es la periferia que hoy patrullo, oteando los límites, vigilando mi éxodo cíclico en tren a los confines de la niebla.

Nueve

El doctor Santiago Tebaldi comió en la cafetería Oviedo de Príncipe de Vergara, de la que hace tanto fueron dueños sus padres, en la que trabajaron en sus adolescencias él y su propio hijo, para ayudar a los abuelos y también porque al hombre lo hace el trabajo, o eso le habían enseñado. Enfrente, la casa que una vez fue su casa. Pidió un menú más bien triste y leyó el periódico apurando el café más negro que le supieron hacer los chinos que ahora lo llevaban, las hojas extendidas en la mesa de plástico pintada de mármol, la espalda doblada contra el hierro negro de las sillas, negro como el café y como los pulmones de Santiago Tebaldi, negro como sus negros zapatos impolutos, embetunados antes de salir del hotel. Después hizo dos llamadas. Presionaba los botones del teléfono con el dedo índice, muy despacio, sosteniéndolo tan lejos de su rostro como daban de sí sus brazos, guiñando el ojo malo para poder enfocar la pantalla con el bueno. Primero llamó a su cliente. Desconfiaba de los hombres callados y, por suerte, su cliente no lo era. Después marcó el número de su antigua casa sin dejar de mirarla, ensimismado. No hubo línea, no estaba contratada. Él ya sabía que eso era cada vez más común y dedujo que allí habría ahora un grupo de estudiantes, o de okupas. Aunque no cualquier okupa podría vivir en ese barrio, un barrio todavía decente a pesar de los cuarenta años que habían pasado, un barrio digno, de gente buena. Tebaldi, a su manera, era platónico, y no concebía la maldad sin el desorden.

Por otra parte, no había sido nunca un hombre nostálgico y estaba decidido a no serlo en su vejez. Pensaba a menudo en su esposa, siempre sin pena; a veces en la cama le hablaba a su fotografía para mantenerse despierto. En cuanto a su hijo, ahora tenía exactamente cincuenta y cinco años y diez meses, y una mujer y una hija, la nieta que nunca conocería y a la que sin duda le habrían dicho que su abuelo estaba muerto. No tenía remordimientos: con él fue duro cuando tuvo que serlo, nada más. Santiago Tebaldi atravesó de nuevo el Retiro. La molestia en las lumbares, que se extendía desde una herida reciente, al final lo obligó a coger el metro en Atocha. Pasó el viaje imaginando las muertes posibles que su hijo le habría inventado: «mi padre murió de cáncer cuando yo tenía quince años», «a mi padre ETA le puso una bomba en el coche». Santiago Tebaldi miró su reflejo en el espejo negro que era la ventana del metro, negra como sus pulmones negros, negra como sus zapatos, y se odió por un momento. Pero solo eso, fue el único gesto de autocompasión que se permitió: sentir los años, no poder fumar cigarros como Dios manda. Él sabía que podía buscar a su hijo. Podía encontrar a esa familia y llamar a la puerta, no le costaría nada, sabía todo lo que había que saber para llegar hasta ellos; veinticuatro horas, no más, y podría mirar a los ojos a la sangre de su sangre. Pero Santiago Tebaldi no era un hombre nostálgico y, aunque pensaba a menudo en su hijo, en la mujer de su hijo y en la hija de su hijo, lo hacía siempre sin pena.

Diez

La noche en que supe que Leonardo se había ido con Tania a Estados Unidos, Raúl y yo habíamos cerrado más tarde de lo normal. Viernes 13 de diciembre de 2013. Todo empezó con el jazz. Yo cerraba la caja, contaba billetes. Él me dijo: Franco prohibió el jazz.

—¿Qué?

—¿No estás acá o qué, güero? Dije que Franco prohibió el jazz, como todos los pinches dictadores. Te lo digo nomás porque recién me acordé de aquella chamaca, la que se te fue a Nueva York en septiembre... ¿Cómo anda?

—No lo sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Me dejó. Me dijo que hasta que no volviera de América...

—De Estados Unidos.

—De Estados Unidos. Que hasta que no volviera de Estados Unidos prefería no tener contacto conmigo. Y así estamos.

—Híjole con la diva...

El disco de Tania acababa de salir a la venta. Daba por hecho que lo presentaría en España y que de un momento a otro yo iba a recibir esa llamada con la que tenía pesadillas. Raúl me preguntó si lo había escuchado ya, dije que no. Y dijo:

—Bueno, es que ustedes son muy... ¿Seguro limpiaste ya esto?

—Sí. He limpiado el cristal y he pasado el plumero dos veces. ¿Somos muy qué?

—¿Cuál plumero?

—El gris. He tenido que ponerle cinta adhesiva, casi se parte.

—Pero si estaba nuevecito.

—Pero ya lo tenemos gastadito de tanto usarlo.

—Chinga tu madre. Y deja de reírte o te pongo a limpiar el almacén.

—Sí, señor.

—Como debe ser, carajo. Y la saxofonista...

—La trompetista.

—La trompetista... Es que ustedes son muy jóvenes, los chavos de su edad no saben bien.

—Pero ¿para qué limpias? Si vamos a cerrar. Y ya lo he limpiado yo.

—A cualquier cosa lo llaman ustedes limpiar o qué. Nunca un lugar con libros está suficientemente limpio. Respiran polvo, atraen a las polillas. Eso lo aprendí de Laura.

—¿De quién?

De Laura. Me dijo: Laura, güero, no me mires con esa cara de tonto. Laura Merillo. Raúl decía que no había conocido nunca a nadie que leyera tanto como ella; tenía, en su memoria, más libros que toda La Pasajera, más que todas las librerías de Madrid. Y los limpiaba cada día, uno por uno. Libros de las librerías de la Colonia Roma donde daban las charlas los barones de la poesía

mexicana a los que admiraron en la adolescencia, libros de los puestos de Copilco y de la biblioteca de la UNAM. Raúl decía que iba tocándolo todo y que, en cuanto estaba segura, ¡pum!, agarraba lo que fuera y se lo metía en la chamarra. Ajá, así —añadía—. Libros de marcianos y de la energía mística de las piedras, estudios sobre alquimistas yucatecos que todavía hacían medicina con colas de ajolotes, colecciones de apuntes para una enciclopedia crítica de la evolución de los palos flamencos en México desde mediados del XVII. Raúl Basarte desplegaba el catálogo fantástico sobre el recuerdo del pequeño cuarto de Laura, el edén al que nunca había podido volver después de Tlatelolco. Me decía que él se acostaba en su cama y se quedaba mirando cómo ella los limpiaba uno por uno, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, la bacha prendida en el borde de los labios que pronto le pasaría a él y que él, también después de unas caladas, le devolvería.

—Y nos reíamos porque Laura decía: ¡bueno, le toca ahora al compa Lenin, le toca ahora al excelentísimo señor embajador Octaviote, le toca ahora a Pepemilio!, que era como nos gustaba llamar a José Emilio Pacheco, que presentó en el sesenta y seis su segundo poemario y nosotros fuimos a conocerlo y nos regaló el libro porque vieron a Laura guardándolo, y él pues intercedió con los de la tienda y dijo que era un regalo suyo, así que lo teníamos por un amigo. ¿No leíste a José Emilio?

—No, pero la novela...

—Me vale madres la novela, güero, diablos. De José Emilio te tienes que leer los poemas, que es un poeta. Espera, deja.

—Raúl, no, de verdad, ya no me caben más libros en casa, no paras de darme cosas.

—Deja, te dije. ¿Que no leas a Boris Vian? Bueno, pase, nadie quiere leer a Boris Vian. Pero sería el peor librero mexicano... si no... Pinche Pacheco, qué alto estás. A ver si con el plumero... Ajá. Toma. Acá lo tienes.

—Gracias. ¿Estás bien?

Raúl resollaba como si le hubieran puesto una madeja de nailon en la garganta. Con los ojos muy abiertos, muy grandes, muy húmedos, se sentó casi en caída en la misma escalera portátil que había trepado para alcanzar el libro. Con una mano me indicó que esperara mientras se daba golpecitos en la rodilla con la otra. Le costaba tragar. Le costaba soltar el aire. Le costaba mirar las cosas y mirarme y yo estaba a punto de pedir una ambulancia cuando por fin pareció calmarse, no como si estuviera enfermo, sino como se calma un animal sorprendido en el bosque, como un conejo al borde del infarto entre las manos de un hombre que estuviera tirando de él hacia lo alto.

—¿Raúl?

—Sí, solo dame un momento, nomás me dio acá como un pinchazo... Uta...

—Siéntate. No tendrías que haberte estirado así, estás ya hecho un fósil. ¿Quieres agua? ¿Es el corazón?

—No, los pulmones. Me piden el cigarro como si fuesen bebés, los putos consentidos... ¡Qué poca, güero, no te rías, que me duele más...! Son cosas de viejo destartado. Anda y vámonos ya.

—Todavía no he cerrado la caja.

—Me vale madres la caja, vámonos dije. Además, creo que te esperan.

—¿Que me esperan? ¿Dónde?

—Allá, el vato ese *cuatrojos* del semáforo. ¿Lo conoces? Te mira desde hace rato.

—Sí, es un amigo. El de la revista que te conté, ¿recuerdas?

Raúl, con mi ayuda, se incorporó. Se sacudió del pantalón el polvo de la escalera, se

arremangó la camisa. Después me tendió las llaves de la librería, me pidió que le acercara el sombrero. Se quedó quieto en la puerta, a oscuras, y entonces recordé lo que todavía no me había explicado.

—Oye, Raúl, ¿por qué limpiaba tanto los libros?

—¿Quién? ¿Yo?

—No. Laura, sus libros, acabas de contármelo. Que tú aprendiste de ella.

—Ah. Bueno, Laura no era alguien a quien se pudiera psicoanalizar así como así. Yo pienso que se sentía culpable por robarlos. Responsable. La educación católica, el fetichismo de la mercancía, todo hace su parte, ¿no? Ella, ahora que lo digo, hizo alguna vez bromas con lo del fetichismo de la mercancía, y antes de ser revolucionaria, con dieciséis años, allá en Tijuana, que es donde tenían finca sus abuelos y adonde subía a veranear, estuvo a puntito de irse a un convento, así que mira la educación católica. Pues bueno, de normal no teníamos ni un peso y necesitábamos libros como el pan, por eso los robaba, y luego los cuidaba porque se sentía culpable. Y también por las polillas.

—Por las polillas.

—Por las polillas, sí. Cuando era niña, hubo una plaga en el norte de México; Laura juraba que tuvo un nido en el cabello. Soñaba con polillas y tenía miedo de abrir los libros y que de ellos salieran volando cientos de polillas, como un géiser de polillas. Los libros, güero, son delicados, cosas extraordinariamente frágiles. Los libros, ¿ajá?, no la literatura. A la literatura, los libros y los escritores le valen madres. Pueden morirse todos los escritores y quemarse todos los libros: ahí quedará la pinche literatura. Bueno, pues Laura tenía terror de las polillas. Hay una lección ahí, ¿cierto? Cuidaba tanto lo que amaba porque le asustaba horrores. Baja la reja y cierra bien.

—¿Tú tienes miedo a las polillas?

—¿Qué pendejada es esa? Claro que no. Tengo una librería.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Que por qué haces lo que hace ella?

—Porque es lo que ella *hacía*. Antes de que pasara lo demás... Pues solo eso. Y yo lo que te estaba diciendo desde el principio es que ustedes dos, la saxofonista...

—Trompetista.

—La trompetista y tú... ¡Ya sé que es la trompetista, chingá, Manuel, no me corrijas todo el pinche rato! La trompetista y tú son unos morros. Habrá otros amores. No los mismos, no serán ella, no quiero lastimarte, pero es la verdad, y no serán ella, pero serán alguien. O no los habrá, qué sabrá este rucu, no me hagas caso. Me voy, te veo mañana, ¿sí? Cuida de las llaves y que la pasen bien.

Once

Espacio sigue sin mirarme cuando dice: después del festival de jazz de San Diego estuve en cama por dos días en la casa de Ernesto Garriga, en el distrito de Pacific Beach. Los fines de semana venía también Valeria o Verónica, Valónica, algo así con «ve corta», dice. Cuando le pregunto quién es Valónica él sacude la cabeza como si le pareciera irrelevante, pero me dice que es la hija menor de Garriga, una mina encantadora, que vivía con su madre, otra periodista del *Tribune*, en la casa familiar de Coronado View. Espacio se mete un hielo en la boca y lo chupa. Se lo lleva a un lado y con el carrillo hinchado añade: Coronado View vos no sabés dónde está, pero está justo en la otra punta de la ciudad, y de allá rajaron a Ernesto en cuanto la mayor se fue a Boston. Y concluye, sentencioso, con un golpe de garganta: antes de eso el pobre tipo tomaba mucho, sus colegas lo llamaban «el Diablo Azul». El Diablo Azul Garriga.

Espacio se levanta —dolor de piernas o ansiedad—, pero no despega los brazos de la barra. Me cuenta que estaban en los vestuarios reservados al grupo después de que Tania tocara, que él empezó a sentirse mal. La mayor parte de los músicos de la gira habían vuelto a España después del último concierto en Los Ángeles, en agosto, pero Tania le pidió a Joan que se quedara con ella para dar una última actuación en el festival de San Diego. También se quedó el baterista, otro profesor de Tania, más joven, bizco —pero ni él ni yo recordamos su nombre—. Los tres lo hablaron con la productora y con el representante que viajaba con ellos desde Nueva York, Salt Rollins, un pibe gordo que la gira se la pasó llevándonos de *barbecue* en *barbecue*, fue un espectáculo verlo comer en Nashville, literalmente un niño en el parque de diversiones, en fin, él se encargó de todo: le consiguió a Tania la última actuación del festival y prioridad para los ensayos, reservó en el hotel, un hotel impecable en el centro muy cerca de la playa, y arregló el transporte, dos furgonetas, una para nosotros y otra para el piano de Joan. Después del concierto de Los Ángeles hasta a Salt se lo veía relajado, más calmado, porque Salt era medio agreta, y realmente nos pasamos los días previos al festival entre el hotel y los *clubs* del Barrio Logan, que Tania llenó cada noche sin ganar un centavo, en las *jams*, puedes ver mil videos en YouTube.

Te decía que después de que Tania tocara empecé a sentirme mal en el *backstage*, dice, o lo que sean esos compartimentos que en los festivales ponen adentro de los pabellones de los músicos. Estábamos Joan, Tania y yo, era tarde, el baterista bizco se había ido antes al hotel con la furgoneta del piano, y a mí me entró como un mareo o no sé bien qué, y entonces vino Ernesto y se nos presentó como cronista del *Tribune*. Dejamos a Tania a solas con él. Espacio se pellizca la punta de los dedos, tiene la piel levantada alrededor de las uñas y en los pliegues entre las falanges. Se mete el otro hielo en la boca y se disculpa, dice que tomó mucho y que me está aburriendo, me pregunta si terminé el té ese, me propone salir del Station y seguir la charla —*porque esto ya no es una entrevista*— de camino a su hotel, en Tirso, y cuando saco el dinero para pagar dice que de ninguna manera, guardate eso, Manu, que tomaste un tilo de mierda vos.

Me cuenta que Ernesto se ofreció a llevarlos en su coche después de la entrevista. Dice:

Mission Valley comunica directamente con el *downtown* de San Diego por la autopista, y llegamos enseguida al hotel. Cuando salí del auto y me paré estaba hecho mierda, si Tania no me hubiera sostenido con ayuda de Salt, que vino corriendo desde la puerta, me habría ido redondo al suelo. Y yo imagino a ese hombre obeso corriendo desde la lujosa puerta de un hotel de cine, todo traje y raybans caídas, gordo, gordo hasta lo absurdo, y a Tania tirando con fuerza del brazo de un Espacio blando como muñeco de goma al borde de la acera. Él empieza entonces a mascar su hielo y, por unos segundos, en Madrid solo se oyen sus mandíbulas. Tengo la impresión de que todos los vecinos están pendientes del sonido de sus muelas contra el cubito ya deshecho, como si rebotara entre los muros de Veneras hasta la Puerta del Sol, y se me ocurre que incluso Irene, desde el apartamento lejantisimo de Tetuán del que yo salí hace unas horas, puede oírnos.

Espacio me dice que lo que recuerda después es una risa. Me dice que en la habitación se oía, te juro, una risa altísima, de vieja, que no sé si venía de arriba o del pasillo o no sé, quizá fuera la mucama, que estaba mayor, pero esa risa me pareció un augurio, te juro que no era normal esa risa. No me preguntes por qué, pero sabía que algo iba a pasar. Entonces Tania salió del baño y yo le pregunté por la risa, y ella todavía tenía puesta la ropa del festival y no me contestó, era raro porque yo pensé que se estaba bañando, y se agachó y sacó las valijas de abajo la cama, que tenían todo adentro, yo no sé cómo hizo, porque para vestirse antes del concierto lo tiró todo y de ninguna manera pudo haberlo guardado antes de irnos; yo estaba medio desmayado igual, pero no tanto, seguro le pidió a alguien... Me quedé mirándola y ella sin decir nada, y la risa esa altísima por encima de todos los ruidos, por encima del zumbido del aire acondicionado y del chasquido de los cierres que Tania iba comprobando en las valijas y de las voces que atravesaban los muros. Y me acuerdo que le pregunté qué se iba a poner para bajar a cenar —me dice que Salt y Joan y el baterista estaban esperando en el restaurante del hotel—, así, por ser tierno nomás, y ella me sonrió y me dijo que no íbamos a cenar. Abrió el placar y se colgó la mochila y yo le dije que ella sí tenía que bajar, que yo no necesitaba niñera. Ella solo negó con la cabeza y puso en el suelo las valijas cerradas, unas *trolley* Samsonite que Salt había comprado en Chicago para nosotros, los de Impulse tenían una especie de acuerdo allá para sus músicos, yo viajé mucho desde entonces y ahora me fijo en los modelos, esas eran unas Asphere azules de dos ruedas con cerradura TSA, impecables valijas, excelentes. Pero, en fin, no sé por qué te cuento esto. Hacé de cuenta que no te dije nada.

Tania le puso a Espacio por encima su chaqueta y lo ayudó a salir del cuarto. Cuando llegaron a los ascensores, la risa endemoniada, dice, sonó de pronto como un vidrio que se parte y cesó instantánea, un presagio, ella no pareció oírlo y no pregunté qué hacíamos, por qué nos íbamos ni adónde, solo confíe en ella porque cuando la risa se calló lo único que quise en el mundo fue alejarme lo más posible del hotel. Debió ser la calentura, pero te juro que esa risa me persiguió hasta el día de hoy en mis pesadillas y que todavía me suena en el cerebro cuando pienso en esas noches de California. Tania y Espacio atravesaron la recepción y pasaron por delante de los ventanales del restaurante, donde estaban cenando Joan, Salt y el baterista, y sus sillas vacías, y Tania le empujaba con el hombro para que fuera más rápido, porque le flojeaban las piernas y volvía a sentir las náuseas y un frío de adentro que lo tenía temblando. En la calle los esperaba Ernesto, que le cogió las maletas a Tania y las guardó en el maletero, que casi arrojó a Espacio a los asientos de atrás. Que salió disparado calle arriba. Me acuerdo de las luces de San Diego, dice Espacio, tenés que ver todas esas ventanas de San Diego prendidas como si en cada una hubiera alguien espionando a otro en otra ventana sin darse cuenta de que otro en otra ventana lo espía a él, eso es muy norteamericano, y después el Pacífico y la playa blanquísima por la luna, y

esas luces que seguían la línea del mar a nuestro lado hasta Pacific Beach.

A Espacio le sorprende que no haya ni un alma en Sol. Yo me voy acostumbrando. También dice que le sorprende que no haya dicho nada desde que salimos del Station, aunque, antes de que pueda responder, rectifica: pero el silencio en vos no parece tan raro ahora que lo pienso. Así que me quedo callado. El cielo, abierto sobre la plaza, tiene el color azul oscuro de las noches de verano y en eso también es extraña la noche. No es el negro de noviembre, no la ceniza sucia, café, de los otoños lluviosos. Un cielo de agosto a finales de año.

A la otra mañana, dice Espacio, en el departamento de Ernesto, escribí una poesía. Fue en la cama y tenía fiebre, y en nada de lo que hice después, ni en *Orfeo en Xibalbá*, que lo escribí en México, ni en *Las venas cerradas de América Latina*, volví a hacer algo parecido. Con tanta verdad. Vos sabés que lo más difícil de conseguir en poesía y en casi todo lo artístico es la verdad, decir las cosas tal cual son, ¿no? Cualquiera puede ser sincero y escribir tal cual lo que piensa. Creo que me entendés lo que digo, que la verdad solo se consigue decir con mucho esfuerzo y por eso la poesía es como una batalla a muerte, ¿no? Yo asiento. Asiento como asentía cuando Espacio y Chema hablaban de estas cosas en las mesas del Soul Station mientras esperábamos a Tania. Asiento con cierta desesperación, asustado de que el alcohol nos arrastre a una disquisición estética de las que teníamos hace seis años, cuando todavía podía soportarlas. Pero él mismo se para. Él mismo se dice a sí mismo —se lo dice, en rigor y como siempre, al universo— que está-muy-en-pedo-la-puta-madre, y me pregunta por dónde iba y, también antes de que yo diga nada, sigue: mirá, estuvimos acovachados en el departamento de Ernesto como dos semanas. Lo único que muchos tenían en Europa y en el resto de América era el nombre del cronista, y los fanáticos comenzaron a llamarlo al diario y a su celular todos los días. La gira europea empezaba y Tania tiró su teléfono a la mierda después de que Salt la amenazara desde Nueva York con cancelar todo y sacar del circuito el disco a menos que se apareciera lo más rápido posible en la sede de Impulse, y creo que hasta exigió que le devolviéramos las Samsonite Asphere, y eso sí que no. Ella ni siquiera había llevado la trompeta, entendés, la dejó en el hotel, fue una locura lo que hizo, dice. A mí me escribieron Joan y otros miembros de la banda de acá de Barcelona preguntando por nosotros, muy preocupados; los padres de Tania tampoco sabían nada de ella y yo les dije por medio de Joan que todo estaba impecable, que habíamos decidido alargar las vacaciones y que ella estaba en plena crisis creativa, que por eso no tenía celular. Qué iba a decir. Yo sabía que la gira europea estaba por arrancar y la intenté convencer. Me dijo que lo olvidara: no iba a hacer la gira ni a cantar ni nada. Los periodistas aparecieron al jueves siguiente y con ellos los curiosos, y fue cuando Ernesto nos propuso irnos de allá a Riverside, a la casa de un amigo. Pidió días libres y llamó a su mujer y le dijo que se iba de vacaciones a Riverside con Tania Almada, y que Valónica podía acompañarnos si a ella le parecía bien, y le guiñó el ojo cuando lo dijo, era la noche del viernes y estábamos cenando con Valónica y la mina sonrió radiante, dice.

Al día siguiente Ernesto condujo en dirección norte cruzando Mission Valley, se desviaron en la autopista 15 de California por Escondido y Temecula; no tardás nada en llegar de San Diego a Riverside, dice. Nos hemos detenido en la entrada de un edificio viejo, en la esquina de Tirso con San Pedro Mártir, junto al teatro. Es, supongo, el momento de la despedida. Le tiendo la mano y me la estrecha, pero ninguno suelta al otro y no nos movemos del sitio. Este es mi hotel, hablé yo todo el rato y casi pasamos de largo, ríe. Y dice: Tirso está desolado y todavía es temprano,

podemos tomar la última arriba si querés, tengo una botella de un bourbon muy rico en la pieza, me la regalaron en la editorial, y té no hay, pero podemos tomar el bourbon si querés. Por la entrevista, añade. Yo pienso en el cliché, en lo poco que me gusta beber; estoy buscando las palabras para disculparme e ir a casa dando un paseo ya más largo de lo habitual y olvidarme de todo esto cuando Espacio, que mientras tanto no ha dejado de hablar, dice de pronto: en Riverside es donde realmente empezó mi *Yas*, el día que Tania se esfumó. A esto quería llegar con toda esta bola. Tania se esfumó y yo me quedé escribiendo poesías.

Doce

Así que sabía cómo empezaba y pensaba que sabía cómo terminaba: conmigo dejándolos en la puerta del hotel y deshaciendo el camino tras una noche de insomnio que preferiría olvidar. Cruzaría Madrid, llegaría a Estrecho cuando la gente empezara a habitar de nuevo la ciudad tras la madrugada desierta de mi generación, abriría el portal, subiría al primer piso, entraría en casa sin hacer ruido, recorrería después el pasillo hasta la habitación donde me acostaría junto a Ire, la farola aún encendida en la ventana, la Tierra redonda como siempre, el mundo siendo más que un escenario, para de una vez rozar sus pies con mis pies fríos y despertarla antes de que notara que me había ido y acariciar entonces su espalda por debajo de la camiseta, calentar así mis manos, escalarle dedo a dedo la espalda y decirle he visto a Leonardo Espacio y a Tania Almada, Ire, y están bien, yo estoy bien, les he entrevistado para la revista y ya ha terminado todo, ¿tú qué tal has dormido?

Pero esta es otra canción.

Soy Manu esta noche igual que lo era aquella última noche en el Soul Station con Chema y Andrea y Noe y Sara, las gemelas, hace tanto. Podría ser otro Manu. Uno que escribiera novelas policíacas, por ejemplo. O uno que no tuviera insomnio. Pero yo soy este Manu. Soy el Manu que por fin tiene enfrente a Espacio, en Madrid, después de seis años; el que sube las escaleras de un hotel de tres estrellas que solo merece dos en la plaza de Tirso, con el ascensor estropeado, detrás del hombre al que culpaba de toda mi infelicidad. Soy el que contaba los árboles de la carretera que pasaban a toda velocidad por la ventanilla de atrás cuando era niño, cuando ella y yo nos alejábamos de niños, sin conocernos todavía, ella hacia un pueblo de los valles del Pirineo en el que tenían casa sus abuelos, yo hacia las playas de Almería donde veraneaba mi familia. Yo con Sabina o Serrat en la radio, y ella con los discos de jazz que en el conservatorio habían recomendado que escuchara. Los dos contábamos árboles, imaginábamos al Rey Louie persiguiendo al mono de la trompeta de rama en rama a ciento treinta kilómetros por hora detrás del coche. En aquella época empezaban los insomnios de mi padre como anticipación de los míos y de los de mis hermanos. Y soy Manu, el insomne. El que piensa en las palabras que ella me pidió que escuchara y que no recuerdo ya.

El amor se dice en pasado y durante seis años he tenido ganas y miedo de que ella volviera, de que ella siempre fuera a estar volviendo. Cuando la conocí, yo acababa de cumplir los veintitrés y había hecho un parón en la universidad tras el cambio de licenciatura a grado porque me había encontrado con que tenía que repetir casi la mitad de las asignaturas para que me dieran un título que después no recogí. Y no lograba darles salida a los poemas. Conocer a Tania hizo de toda esa improvisación existencial algo más llevadero. Y, si lo pienso, ahora vivo de lo que escribo en *Jukebox*, es decir, de lo que aprendí con ella.

Esta noche he llegado a los umbrales de la memoria como a los paisajes de un atentado. Estoy en el fin del mundo, en el límite de la línea de sombra: yo soy este Manu y nadie más. Antes quería

ser médico. Quería una casa en las afueras, dos niñas rubitas de ojazos verdes, un dálmata, un tocadiscos, cine en familia, telepizza los domingos. Pero yo ya no soy ese Manu. Tal vez haya un Manu que lo sea, uno que esté despertándose al lado de Tania, quizás en un hotel de San Diego, quizás en una cama colosal como la que ella tenía en Barcelona, una cama barco, una cama nave espacial. Un Manu que se haya ido con ella a Estados Unidos y haya aprendido a desabrocharle la noche en los escenarios, a compartir costillares con Salt Rollins y beber con Joan a la salida del último concierto.

Espacio abre la puerta de su habitación, en el tercer piso del hotel. Me cede el paso. Yo entro y llego al fondo, me paro junto a la ventana, doy la vuelta. Huele a whisky dulce y a *aftershave*. Leonardo y yo, cada uno en una punta del cuarto, nos miramos evitándonos los ojos. Y pienso que soy el Manu que siempre llega demasiado pronto o demasiado tarde a la cita. A lo mejor hay en alguna parte un Manu y una Tania que han llegado a tiempo, un Manu que es un poeta famoso, una Tania que, al menos, no ha dejado de tocar, una Tania que sigue cantando. Ya no me importa la entrevista, no me importa Chema, no me importa *Jukebox*. En el fondo, me conformaría con dejar de ser el Manu que se convierte en un maldito adolescente cada vez que escucha tu nombre.

—Por favor —le digo a Espacio—, cuéntame lo que pasó en Riverside.

Trece

—Güero, traes a la saxofonista esa acá en la cara. Tienes que dejar ya el pinche jazz.

—Raúl, lo siento mucho, no sabes cuánto lo siento.

—Olvidalo. No pasó nada.

—Me siento fatal.

—Dije que no pasó nada, Manuel, no estés chingando.

Era domingo. No me había presentado a trabajar el sábado y, como me había quedado con las llaves cuando me fui con Chema al Soul, Raúl no había podido abrir La Pasajera. Así que el domingo me decidí a ir a su casa y pedirle disculpas. Más o menos recordaba la dirección, habíamos ido a por un par de cajas de libros de los que le mandaban sus pocos amigos de México hacía unas semanas, como si siguiéramos en pleno franquismo y hubiera que meterlos en el país así, en vez de ofrecer la dirección de la librería. Me esperaba lo peor. El despido, por supuesto. Pero también la decepción del viejo, su sermón, una incómoda bajada al almacén inundado que es la disculpa cuando se sabe estéril.

Raúl vivía en Entrevías, cerca de la estación de Méndez Álvaro, justo pasado el puente. Fui paseando. Tardé horas. Desde Chamberí. Con un frío terrible. Desde pequeño he creído en ese tipo de ley kármica judeocristiana: si ahora sufro, luego por fuerza pasará algo bueno; si estoy disfrutando, algo terrible se nos cierne. Si no piso las líneas blancas del paso de cebra, nadie hará daño a mi familia. Si solo camino siguiendo las líneas de los adoquines, Tania volverá a Madrid. No siempre he tenido ese tipo de conductas obsesivas, como no siempre he tenido insomnio, ni ansiedad —esa misma ansiedad que revelan las manos peladas de Espacio, pellizcadas hasta levantarse la piel de los pliegues—, pero en momentos de mucho estrés despuntan como los picos de un electrocardiograma en la tele. Así que el domingo, después de dos noches sin dormir, caminé hasta el portal oscuro de la casa de Raúl, frente al parque La Viña y el complejo —siempre con aspecto de abandono— de la estación comercial. Llamé al timbre de dos o tres letras antes de dar con la suya. Y al abrir, me dijo:

—Güero, traes a la saxofonista esa acá en la cara. Tienes que dejar ya el pinche jazz.

Me sentó en su sillón. No tenía sofá, el televisor estaba en un lugar tal que solo se podrían ver las imágenes desde el marco de la ventana. Él se quedó de pie, apoyado contra una estantería sin fotos, sin adornos, vacía también de libros: estanterías vacías, televisores imposibles de ver, una casa laberinto en la que nada era útil y lo que lo era no servía para lo que se había inventado. Le pregunté si me iba a despedir.

—¿No vas a decirme qué te picó?

—Tania se ha ido con otro a Estados Unidos, con un amigo.

—Sí que te chingaron la fiesta.

—Sí.

—Yo te dije.

—¿Qué me dijiste?

—Que hay que tenerle miedo a lo que uno ama, te dije. Y que los gringos cagan en todo ¿Te dije o no te dije? Aunque tu amigo no sea gringo.

—Sí.

—Bueno. Siento lo de la chamaca. ¿Quieres algo? Agua. O café.

—Lo siento.

—¡Y dale con tu lo siento, güero! No me hagas el drama. Cerrar un sábado no es tan grave, grave es que tu morra salga por la puerta con otro. ¿Quieres algo o no?

—Café está bien.

Raúl se despegó del mueble y sus huesos emitieron el sonido hueco de un engranaje que se recoloca. Abrió una puerta al fondo del salón que cerró tras de sí, y por la que reapareció enseguida con un billete que dejó en el brazo del sillón.

—Acá abajo hay un bar, dile al mozo que vas de mi parte y tráete dos cafés y nomás deja de pedirme perdón. El mío con leche.

No había hablado de lo de Tania y Espacio con nadie. Mis padres no habían notado nada. Solo Raúl había parecido entender lo que me ocurría sin que yo abriera siquiera la boca, así que, antes de salir, me di la vuelta y le dije:

—¿Puedo hacerte una pregunta? Sobre Laura.

—¿Merillo? Ya te dije todo.

—Pero quiero que me cuentes la historia entera.

—¿No tienes bastante con la saxofonista, o qué?

—Trompetista.

—Ya sé, chingá, trompetista, ya sé.

—¿Laura era tu novia?

—No. Era mi amiga, una compañera.

—Pero tú me dijiste que estabas en Tlatelolco por ella. Que todo había sido por ella.

—Yo estaba en Tlatelolco ante todo por el pueblo, güero. Esa noche se lo llevó la chingada, «le hizo al clandestino», como le decía Salva. A todos se nos botó la canica con eso. Acá apenas se habló de Tlatelolco. Nadie habla de Tlatelolco acá. Fue nomás un pinche tope en la rutina del mundo.

—¿Pero Laura...?

—Está muerta. Punto. Me la mataron. Me la mataron a ella y me mataron a Salva.

—¿Quién es Salva?

—¿Qué te importa, Manuel? Ya. No hay más historia. Ya llovió, fue hace mucho y ya no le importa a nadie. A mí menos que a nadie. Se me va olvidando. Así es la vida. ¿Por qué no te vas por los cafés y dejas de estar jorobando? Y te prohíbo que vuelvas a preguntarme ni por Laura, ni por esa pinche noche, ni por cualquier otra madre. ¡Y mi café, con leche!

Catorce

Lavá el vaso si querés acá en el baño. Solo tengo dos, yo uso el mío y listo, pero un amigo estuvo tomando de este... O traelo mejor, traelo y lo lavo yo. Hielo no hay, pero eso a veces hace mierda el whisky, ¿no? Lo que sí, haceme el favor, agarrá la botella que tenés ahí al lado, no, en la repisa, esa que tiene dibujado un pavo, dale. Wild Turkey. Creo que es como un Jack Daniel's pero con naranja y miel y no sé qué más le ponen, vas a ver, la empresa salió en una película, nos contaron todo en Kentucky cuando estuvimos con Salt; allá en Lawrenceburg los de Wild Turkey tienen una especie de ruta del bourbon y Salt nunca perdía oportunidad de llevarnos a esas cosas, y probamos algunos *whiskeys* americanos..., ¿vos sabías que lo de América es *whiskey* y no *whisky*? Solo en Escocia se hace *whisky*. Yo no sabía, nos dijeron allá. Pero eso es todo, tampoco le presté mucha atención a la historia, Salt no cerraba la boca y hablaba sin parar de los costillares y del whiskey, fue desde Florida rompiendo las bolas y mirá cómo el hijo de puta al final nos metió a la banda entera y a mí en la Ruta del Bourbon de Kentucky, y justo después de lo de Nashville, debió de ser su parte preferida de la gira. En los conciertos no se le veía el pelo al boludo, pero cuando se trataba de llenarse la barriga... En fin, tomá, sentate acá si querés, yo estoy bien en la cama.

Espacio habla de carrerilla mientras va de un lado a otro de la habitación. Se quita la gabardina, me cede la silla con ruedas del escritorio. Hay muy pocos muebles: la cama, deshecha; el escritorio a los pies, lleno de papeles y ejemplares del último poemario, apilados de formas que no desafían ya un improbable equilibrio, sino su misma posibilidad; dos mesillas; un estante; un televisor que Espacio ha puesto en el suelo, en una esquina junto a la ventana —enorme, casi una cristalera, orientada a la plaza— que yo ahora, al sentarme, dejo a mi espalda. Con la botella pasando de una mano a otra, permanezco callado y atento a la luz del baño y a la sombra de Espacio que se proyecta contra el suelo. Lo que pasó en Riverside... —su voz se ahonda a través del tabique; sale enseguida, secando con una bola de papel higiénico los bordes del vaso que después me alcanza estirándose desde el otro lado de la cama—. El amigo de Ernesto, Ian, vivía en la loma del orto. No es que su casa estuviera lejos de la ciudad, pero sí en un barrio cheto en la falda de Box Springs, una montaña que hay allá y que sale como de la nada, entre Riverside y Moreno Valley. Me dice que Ian no estaba cuando llegaron, pero que Ernesto y Valónica sabían dónde estaba la llave y pudieron entrar. La casa esa, dice, era una casa prefabricada que casi se parecía más a una caravana enorme que a una casa: casas de desierto, casas de California y Texas y de pampa argentina, casas que de lejos parecen puestos de feria a punto de arrancar, pero que cuando entrás tienen dos pisos y un sótano y una pileta en el jardín. La de Ian era así: un chalet con pinta de caravana grande con una pileta grande y con todo bien grande adentro, dice. Porque Ian también era grande, no creas, un pibe altísimo, atleta profesional, jugaba tenis y creo que estuvo en los Juegos Olímpicos, en Seúl y en Atlanta, y me cuenta algo de las medallas y los dobles y otras cosas que no escucho porque he dado mi primer trago a su bourbon y tengo ganas de vomitar.

Pero él sigue: a mí me sacaba una cabeza, y a Ernesto y a Tania casi dos, y a Valónica dos y media lo menos —va moviendo la mano en vertical, emulando con ella la altura de la persona que nombra, y yo evito fijarme en la altura de Tania así comparada con la altura del cuerpo de Espacio, trato de evitar la imagen de sus alturas juntas; la imagen llega, aun así, y bebo un segundo trago—. Ellos se instalaron arriba, en la habitación de invitados. Tania estaba distante. Dice que bajaron a comer algo, que todos se bebieron una lata de cerveza menos Ernesto y que fue entonces cuando les contó lo de su rehabilitación. Ian llegaba tarde. Venía de Las Vegas, de la Agassi Foundation, un centro de estudios para niños *underserved* de Nevada —aclara entonces Espacio, que por fin se sienta, con las piernas muy abiertas, a los pies de la cama, es decir, dándome el costado, igual que en el Station; me mira torciendo el cuello, como un animal alerta—. Yo tampoco tuve plata de chico y no pasa nada porque se diga así, pero ellos lo llaman *underserved*, que es como decir niños desatendidos o niños sin recursos o no sé qué pasa en Estados Unidos con decir que alguien no tiene plata y que por eso está hecho mierda, dice. Me describe a Ian. Me dice que se tenía que agachar cuando pasaba las puertas de su propia casa. Que era muy rubio. Me dice otras cosas de él que no importan en absoluto, me habla de su bronceado californiano, de las canchas de tenis. Me empiezo a poner nervioso otra vez, agito las piernas compulsivamente, un temblor que según algunos es un síndrome o un trastorno del sueño, pero que en realidad es solo otra manifestación más de la ansiedad.

Dejó caer la bolsa de las raquetas en la entrada, una raquetera Head acolchada, dice Espacio. Hacen bien las mochilas los de Head, yo compré algunas después allá en Buenos Aires, las acolchan todas con una malla especial que se llama *Tech+* y uno puede meter dentro lo que quiera, dice. Me digo que a lo mejor le pagan; que a lo mejor estoy en un anuncio y nada más, que ya ha llegado adonde quería llegar y se va a terminar todo, Tania va a salir del armario o de debajo de la cama, las cámaras van a dar el corte y yo voy a poder largarme del hotel de una vez. Estoy cansado. El insomnio, cualquiera que lo padezca lo sabe, es agotador. Pero no hay cámaras y Espacio continúa: lo primero que dijo Ernesto fue que Ian era jugador profesional de tenis, pero Ian le corrigió, dijo que ya era exjugador y me dio la mano y le dio la mano también a Tania, por encima de la mesera, porque la cocina de Ian tenía una mesera en el medio tipo barra americana, con taburetes y con una plataforma en los pies para apoyarlos, que era donde estábamos sentados. Luego la rodeó y, tomando a Ernesto de las mejillas, se agachó y le plantó un beso en la boca. Imaginate nuestra cara —dice, y sonrío con los colmillos antes de rectificar—, *mi cara*, porque fue como si Tania ya se lo esperara, pero imaginate mi cara cuando entendí que Ian no era solo un amigo de Ernesto y que Valónica lo sabía y que la mujer seguramente lo sabía y por eso lo de las dos casas, y también la otra hija, la de Boston, y aparentemente Tania también, pero vos ya sabés que Tania siempre *sabía*.

Me acuerdo de esos primeros días en Riverside. La primera noche cenamos los cinco en el jardín, Ian hizo una pasta muy buena con salsa de queso. Qué hermoso California en noches así. Acababa agosto y estábamos lo suficientemente apartados del centro de Riverside como para que se vieran algunas estrellas sobre el pico de Box Springs. La pileta estaba iluminada, en las paredes de la casa se reflejaban las ondas del agua y olía un poco a cloro, que es un olor que a mí me lleva a los veranos de chico en la urbanización de San Sebastián. Mi abuelo se había muerto ese año, mientras la gira, y no quise volver; dejé sola a mi abuela, ese olor me hizo acordarme de ellos, pero igual me sentí tranquilo... Solo me sobraba Lenny, el perro de Ian, un animal grande y

pesado como todo en esa casa, que lo tuve tumbado abajo de la mesa, entre las piernas, todo mansito, pero que jadeaba como chapa y me lamía los pies y me daba un asco que no sé decirte. No me copan los perros, dice.

Durante el tiempo que estuvieron allí, Valónica y Espacio se acostumbraron a jugar al *FIFA* después de las cenas, mientras Ernesto, Ian y Tania sacaban de paseo a Lenny. Pero esa primera noche, dice Espacio, Valónica se quedó jugando sola a la Play y yo me subí temprano y me metí en la cama y esperé a Tania, no sé si me puse a leer o si escribí algo, o si solo me quedé mirando el techo, pero el asunto es que me dormí antes de que volvieran. A la otra mañana, Ian los llevó al dormitorio a petición de Ernesto, para mostrarle a Tania un saxofón, pequeño, rojo, que tenía colgado en la pared. Había sido del padre de Ian, Risa Škvorecký, dice. Se encoge de hombros. Fue un saxofonista checoslovaco que se hizo más o menos famoso en la zona de California y mucho en Canadá en los ochenta, porque primero se fue a Canadá, salió de ilegal de Checoslovaquia. Ni una grabación suya hay. Sí se sabía por ejemplo que había tocado en Toronto con Dizzy y en Caracas con Gerry, dice, te acordás que Tania siempre los llamaba por el nombre como si fueran amigos. El pibe fue más que nada duelista de saxofón y se le reconocía por el saxo ese que Ian tenía allá colgado y que tenía grabadas las firmas de todos los músicos con los que tocó. Firmas de saxofonistas como muescas en la culata del revólver, dice.

Yo no lo había escuchado en la vida, digo. Espacio me señala con el índice de la misma mano con la que sostiene la copa en señal de asentimiento, o de sorpresa, porque hace ya rato que ninguno de los dos escuchamos mi voz, y dice: ni yo; pero tampoco sé mucho de jazz. Y allá, desde ese momento, en la casa solo se habló de jazz. El jazz iba persiguiendo a Ernesto Garriga fuera adonde fuera. Ni garchándose a un tenista se libró del jazz, y lo mismo le pasaba a Tania, que se quiso dejar la trompeta en el hotel de San Diego y mirá... Entre Ian y Valónica la convencieron para tocar el principio de «Yas» con el saxo de Risa. Espacio se termina la copa, se llena la boca y traga con dificultad; lagrimea entonces y se queda quieto, con el vaso vacío muy cerca de los labios.

Te cuento todo esto porque cuando Tania se fue, dice —y su voz se ensombrece como se había ensombrecido antes en el bar—, lo hizo con el saxofón de Risa. Se lo robó a Ian, e Ian estaba chapa del todo, peleó feísimo con Ernesto. Debía de salir un huevo el saxofón ese, con todas esas firmas y siendo de quien era, y ella se lo llevó. Espacio se levanta. Ahora mira algo por encima de mi cabeza, tal vez la plaza, el cielo. Quién sabe lo que mira Leonardo Espacio por encima de mi cabeza, a quién le importa. Y dice: uno nunca sabe cómo suena la voz del otro en su cabeza.

Leonardo Espacio coge la botella de whiskey del escritorio. Se sienta, esta vez frente a mí, y nuestras rodillas se tocan. Se llena la copa. Me llena la copa, que solo estaba por la mitad, pero no protesto. En fin, dice —y es un latigazo de garganta, un soplo de aire apenas modulado hacia la comunicación—, Tania se fue. Una noche estábamos todo buena onda y a la otra noche, a la cuarta noche creo, se fue y yo no me di cuenta. Me dice que Ian y Ernesto se habían ido a sacar a Lenny. Que Tania se había quedado en el cuarto haciendo algo y les había pedido que se fueran sin ella, que los alcanzaría en un rato. Me dice que él estaba jugando a la PlayStation con Valónica y que cuando la oyó bajar, cuando ella se despidió y le rodeó el cuello con los brazos, cuando su pelo le cayó sobre la frente y notó su barbilla en la cabeza y ella le dijo adiós, no se dio la vuelta. No la miró, estaba disponiéndose a parar un penalti de Valónica. Cree que si uno de los dos hubiera echado al menos un vistazo atrás habría visto la mochila, el saxofón rojo; pero era Boca contra

Tibu y no había cuartel en la partida. Y no miraron, y él no dijo nada. Tania le soltó, se alejó de ellos, oyeron la puerta y un coche después; pero en ese barrio, a esa distancia del *downtown* — dice—, todo el mundo usaba el auto. Espacio se durmió como otras noches antes de que Ernesto e Ian regresaran: en su lado de la cama, respetando el espacio de Tania para que lo encontrara fresco al acostarse.

Fue Ian, que hasta ese momento no había notado la ausencia, quien al otro día, después de darse una ducha y antes de ir a la cancha, porque Ian se duchaba antes de ir a laburar como cualquier persona normal, aunque luego tuviera que hacerlo otra vez, fue él quien se dio cuenta de que faltaba el saxo de su viejo en la pared, y corrió a decirnos. Cómo puteaba. Le salió el checoslovaco. Y ahí lo supe, dice. Lo supe. Noté adentro de mí la risa de esa vieja mala leche del hotel, la risa de bruja que ahora que lo pienso era como una risa de metal, como si Dizzy Gillespie se estuviera cagando de risa con los cachetes inflados y la trompeta en la boca, y dejé todo y abrí el placar y vi que Tania se había llevado la mochila y casi todas sus cosas y había dejado su valija al lado de la mía, la valija destripada de ella, y yo ahí, como un pelotudo, calentando mi mate, jugando al fútbol en la Play. Me puso la pera en la cabeza, noté su pelo acá en la nuca, y no me di cuenta que se iba, ¿entendés? Ni siquiera me di vuelta, Manu. Me quedé trabado. Valónica me ganó el partido del *FIFA*, pero qué gol, Tania, reverenda hija de puta, qué golazo me metiste vos.

Pattern 15

Lento, espeso, como el algodón, pesado: un ritmo *cool*, un contrabajo suave y la mirada de Greta Garbo y el cine en blanco y negro, sus largas pestañas que se elevan despacio y un batir de alas, incienso y canela y sus llaves *Om*, el humo del cigarro en cascada *Nouvelle Vague style*, polvo en suspensión, *Om mani padme* —despacio—, *Om mani padme hum*.

Ahora rápido súbito más rápido avión caza chorro de lata a presión la fuga de Chernóbil chas cometa interestelar adolescente que baila *lindy hop* frenético metástasis de piernas chas simultáneas veloces en ella y cien-más la banda rápido más los caballos salvajes más las cascadas más del Amazonas un mantra a doscientos por segundo eléctrico:

mis cosas favoritas son de metal, suenan a salmo sanan el espíritu son como un solo de Trane, un *spiritual* un son como un sortilegio de alguna religión perdida que dice su fe en suazi o lingala hoy todavía —el ojo-que-todo-lo-ve es el ojo abierto de Greta Garbo avivando los incendios con un parpadeo y— Dios nos mira, despacio, Dios nos está mirando.

Dieciséis

Santiago Tebaldi llegó temprano al hotel, cuando anocheceía. La cisterna del retrete no dejaba de correr y había decidido arreglarla él mismo antes de cenar. Cuando se agachó, la lumbalgia lo dejó tirado en el suelo del baño durante media hora, doblado sobre sí mismo, abrazado al bidé en posición fetal y con la sensación de estar tocando el otro barrio. Cada vez era peor que la anterior, mucho peor desde lo de Lisboa. Los calambres le alcanzaban las piernas y hasta el cuello se le ponía rígido y tardaba más y más tiempo en recuperar la movilidad. Cuando pudo, se levantó y cogió el saco de semillas de su bolsa de viaje. Guardó la fotografía de su mujer y la tarjeta de la habitación en el bolsillo del corazón y bajó al comedor muy despacio, un solo escalón con ambos pies cada vez, agarrado al pasamanos de hierro.

Tardó mucho en llegar, y allí, desde uno de los sillones que había junto a la barra, el doctor Santiago Tebaldi pidió que le calentaran el saco a una camarera que daba las gracias y los porfavores con la pericia del adiestramiento canino. El comedor era muy pequeño para las tres estrellas del hotel y demasiado grande para alguien como él. Todo estaba enmoquetado o tapizado de celeste y blanco, un blanco sucio que tal vez tendría otro nombre, blanco hueso, marfil, camelia. Al lado de Santiago Tebaldi, una mulata en mini de cuero y con el escote abierto le acariciaba la barbilla a un viejo, y una mujer hablaba por videoconferencia con Pekín o Tokio, nunca había diferenciado a los chinos, y bebía a sorbos de una copa de balón humeante, cargada de café. En la barra, un negro con corbata esperaba a alguien, consultaba la hora en el teléfono, cambiaba de postura cada poco tiempo. De fondo, jazz inocuo, jazz glamuroso de hotel, y más tazas, más botellas, el ruido de los cubiertos y de la gente, el murmullo de lo-humano-en-la-madriguera que a Santiago Tebaldi ya le aburría. Prestaba atención a una conversación, cambiaba después, escogía la melodía que él quería escuchar por encima de las otras, coqueteaba con ella y la desechaba por la siguiente sin apegos. Un niño disfrazado de africano, pero sin duda de colegio privado, jipi de Ralph Lauren, entró y se acercó al negro, que se estiró la corbata y le ofreció el sitio. Maricones. Drogas quizá.

La mulata de la minifalda de cuero se levantó para ir al baño. Tebaldi la miró alejarse, un tacón detrás del otro, cintura de avispa y culo firme, bamboleo, oleaje. También ella un día sería un pellejo arrugado si no la mataba antes cualquiera, su chulo, su novio, el viejo que esa noche le babeaba las piernas. Como le había sucedido a la trompetista aquella de Bogotá. Tebaldi lo pensó sin pena.

Los minutos pasaban haciendo estragos y a él le seguían dando tirones las lumbares. Llamó con un gesto a la camarera, pidió que le trajeran caliente el saco que había dado hacía tiempo y que no le habían devuelto. Esperó. Siguió observando. Santiago Tebaldi llevaba cuarenta años observándolo todo, y todo le parecía ya solo un poco más de lo mismo.

Diecisiete

Leonardo Espacio coge aire: ahora sé que Ernesto y Tania estaban compinchados, que él lo había preparado todo y la había ayudado a salirse de Riverside, aunque lo del saxofón fue una sorpresa. Ian y Ernesto denunciaron el robo. La desaparición misma, al parecer, no se podía denunciar: Tania había hecho las maletas y se había despedido. Así que Espacio me dice que lo que hizo esos días —y no sabe cuántos días— fue guardar bronca sentado en la cocina, pegado al vidrio del jardín. Y dice: Ernesto había hablado con Valónica y habían estado de acuerdo en que lo mejor era volvernó al departamento de San Diego, pero yo me negué en seco. ¿Y si llegaba Tania? ¿Y si le había pasado algo? Al otro día cambió de estrategia y me invitó a acompañarlos a la hacienda que su familia, su mamá, mantenía allá en México, una finca chiquita cerca de Tijuana, pero tampoco cedí ahí. No sabían cómo echarme, dice. Ya estábamos en septiembre. Pronto se le acabaría el permiso a Ernesto, Valónica tendría que volver a las clases. E Ian no me aguantaba. Espacio permanece callado unos segundos, bebe. Ordena las ideas. Se ha dado cuenta de que ha hablado como si estuviera rodando escaleras abajo y ahora se toma su tiempo para volver al primer peldaño. Y, en fin —dice—, una tarde llegó Watanabe a la casa.

Me dice que Ted Watanabe era el jefe de representantes de Blue Note en el Medio Oeste, un hombre flaco y retacón. Te va a parecer raro, pero me acordé mucho de Jota cuando lo vi a Watanabe, tenían los dos esa clase de mirada que es como si calcularan la forma más eficiente de comerte. Pero tampoco pienses que Watanabe era mal tipo, no lo era. Espacio no sabe quién avisó a Ted Watanabe de que Tania Almada estaba por allí. Tal vez Ian, tal vez Valónica. Fuera quien fuera, Watanabe había conducido desde Denver para ver a Tania, y en vez de a Tania encontró a Espacio, para quien la industria musical, encarnada en ese momento en el representante de Blue Note, tenía la culpa de todo lo que le estaba pasando. Pero vos no sabés lo amable que fue, dice; así que yo pensé listo, otro pelotudo que se cree mi padre y me trata como si fuera un pendejo. Me cuenta que Watanabe había estado en San Diego durante el festival, que había escuchado «Yas» y había intentado contactar con Tania a través del teléfono de Joan. Tengo algo que decirle en privado a *la señorita* Almada, le dijo Watanabe a Espacio. Me acuerdo que pensé que quizá había sido un secuestro montado por las discográficas, que quizá ese mediojaponés y el chanco de Salt Rollins estaban compinchados y habían metido a Tania en el baúl y le habían pisado hacia el interior del país a carcajada limpia, hacia el devastado interior desértico del país como bandidos postapocalípticos salidos de una película ciberpunk, qué sé yo, no estaba bien yo. Y no le di un puñetazo ahí mismo porque me paró Ernesto, que salió alarmado por los gritos que le estaba pegando, y me hizo pasar adentro y a Watanabe lo acompañó a la puerta del jardín y de allá a un auto que tenía estacionado enfrente y que yo ni siquiera había visto. Pasó un rato hasta que arrancó y se fue, dice.

Después, Ernesto entró y le dio a Espacio una tarjeta en la que había anotado un número y el nombre de un hotel de la ribera. A la noche llegó Ian y en la casa nadie dijo nada del incidente,

dice. Vino con un saxofón, lo trajo metido en la raquetera Head, esto solo te lo digo para que veas que no te mentí, mirá si son buenas o no que Ian llevaba el instrumento guardado en una. Era un saxofón rojo, dice, pero no era el saxofón rojo de su padre, no estaba firmado. Ernesto me dijo que Ian tenía problemas de nervios, eso me dijo, y que tener ese saxofón falso colgado en el dormitorio seguramente lo iba a calmar... Me chupan un huevo con su saxofón terapéutico, Ian y él, dice.

Espacio pasó la semana así, sin noticias de Watanabe. Sin noticias de Tania. Me dice que pensaba en ella: che, pensaba en ella sin parar, los celos me quemaban por dentro, la imaginaba con vos acá en España en el Soul Station como antes de que nos fuéramos para Nueva York, no podés saber el miedo que yo te tenía a vos, el miedo que te tuve todo el tiempo en la gira, cada vez que Tania se quedaba callada, cada vez que se le perdía la mirada en la carretera. Y cuando Ernesto, a la semana exacta de esa noche, le dejó en el suelo las maletas y le dijo —dice Espacio que le dijo— nos vamos, Leo, agarra tus cosas porque nos vamos, Espacio ni le contestó. Y así pasó un día entero más, sentado en la barra de la cocina, con los pies sobre su propio equipaje, sin acostarse, sin dirigirle la palabra a ninguno de los tres, mirando a Lenny corretear al otro lado de la ventana y bebiendo una lata de Budweiser detrás de otra. Finalmente, dice, fue Ian el que me rajó de allá; tremendo enfermo del cerebro, Ian. Una mañana, Espacio los estaba oyendo discutir en el piso de arriba. Escuchó el portazo del dormitorio y los pasos atropellados en la escalera.

Lo vio venir, pero no hizo nada. Me pregunta: ¿vos te peleaste alguna vez? ¿Te dieron un puñetazo alguna vez? Y me interrumpe y dice: pues no sabés de qué manera se me tiró encima este hijo de un avión lleno de putas de Ian Škvorecký. Se me estaba acercando, lo vi reflejado en la ventana, Ernesto y Valónica iban atrás, y yo le dije Ian, pará, calmate, creyendo que me iba a agarrar las valijas, pero ya estaba sonado. Me empujó la cara contra el vidrio, la nariz me crujó como una ramita, mirá, todavía la tengo la cicatriz. ¿La ves? Me rompió la nariz y me caí al piso medio mareado, pero lo había agarrado y él se cayó conmigo y con la silla sobre una de mis valijas, una de las Asphere, que se fue a la mierda y quedó aplastada en el piso con parte de mi ropa y algunos libros y la libreta esa en la que yo había escrito las poesías de Pacific Beach después de escuchar «Yas», estando enfermo, pero, claro, yo salí de allá a patadas y ni me acordé. En fin. Ian se descalabró con la plataforma para los pies que había en la medianera. Estábamos en el piso dando vueltas. Le pegué en el ojo lo más fuerte que pude y le hice daño, él me tiraba del pelo, como escalándome; se me intentaba poner encima y me exigía que me fuera de su casa y me insultaba, me decía que era un argentino de mierda que los tenía parasitados a él y a Ernesto, y me soltaba golpes que yo no sé si me daban o no porque estábamos enredados... ¿Te peleaste alguna vez o no? Es medio ridículo cuando la cosa se hace un nudo y uno tira puños desde la muñeca — hace el gesto en el aire, cerca de mí, como si arrancara una moto invisible— y de lejos no se sabe si los pibes se están peleando o a punto de coger, y yo no notaba si me daba o no porque yo le daba a él a la vez y la sangre de mi nariz y la sangre de su ceja lo estaban manchando todo, mi remera, sus *jeans*, el piso, las valijas. Lenny ladraba como loco en el jardín, arañando el vidrio.

Espacio se para en seco y me dice de pronto que no cree que eso durara mucho. Ernesto y Valónica los separaron. Cuando se levantó, buscó con los dedos su nariz y no se la reconoció, pero tampoco notó el dolor. Sí notó que el ojo derecho de Ian estaba morado y del tamaño de una de sus pelotas de tenis. Sonreí —me dice, y se le estira la sonrisa— con los dientes rojos como cuando a una mina se le corre el *rouge*. En fin, Ian me echó a la calle, me lanzó la valija que

quedaba entera detrás y me amenazó con soltarme a Lenny si intentaba volver. A mí no me asustó, Lenny era mansito; lo malo fue la humillación, lo salvaje del asunto. ¿Vos te peleaste alguna vez? —bebo porque ya he renunciado a responder—. Me dice que hay algo así como una resaca de violencia cuando se acaba una pelea, un bajón de adrenalina que se parece a llevar una valija por un camino de piedritas, con el sabor ese en la boca, los grumos de sangre que se meten desde la nariz a la garganta y se notan bajando hasta la barriga, y un hormigueo caliente como de anestesia en los lugares heridos, y la sensación espantosa de flote que deja la emoción cuando se seca y que es algo entre el deseo de venganza y esa náusea existencial que es pura tristeza, y la re puta que lo parió al pelotudo ese y la necesidad de perdonarlo y reconciliarse y el fracaso del perdón y otra vez la sed de venganza, la impotencia, las ganas de volver allá y matarlo. Ese chetito de mierda de Ian, tan sonriente, me había pegado por la espalda y había resultado ser un racista, el hijo de puta, dice. Nada elegante para un tenista, dice. Y nada coherente para un tipo que se garcha a un mexicano y que viene de Checoslovaquia o como se llame ahora.

Espacio me cuenta que Ernesto lo alcanzó a mitad de calle, cuando empezaba a bajar la cuesta que llevaba al centro, una calle larga entre el valle y la loma, explica, que arrancaba en el Jardín Botánico y terminaba en el campito ese al que iban por la noche a soltar a Lenny, una calle muy empinada que estaba en construcción por el asfalto derretido. Dice que cuando Ernesto le ofreció un pañuelo él lo rechazó, que le dijo que no quería nada más suyo; que le dijo: no te preocupes, Ernesto, que no te garroneo más, ni el pañito ese ni nada. Le di las gracias y la espalda y seguí bajando la calle, dice. Y añade: lloré como un pendejo cuando dijo mi nombre. Espacio lloraba por él y por los insultos de Ian, y por la nariz, que le quemaba, y por la cicatriz en la comba que le iba a quedar y de la que yo, ahora que lo sé, no puedo apartar la vista. Pero también —dice— lloraba por Tania, porque no había llorado antes y ahí me destrabé.

Espacio se calla. Tiene los ojos muy brillantes, pero creo que es por el alcohol. Ambos bebemos en silencio. Su voz suena rasposa y somnolienta cuando vuelve a hablar, no sé después de cuánto tiempo, pero esta vez lo hace mirándome a los ojos, y es como tocarlos. Por primera vez en seis años Leonardo Espacio y yo nos miramos de verdad a los ojos. Se me ocurre que los suyos miraron los de Tania por última vez después de que lo hicieran los míos. Me asusta pensarlo. Me asusta su forma de mirarme. Dice: ya era pleno mediodía y no tenía adónde ir. Me senté abajo, al final de la calle, en la vereda del Jardín Botánico, y allá me quedé haciéndome pinza con los dedos en el tabique no sé cuánto tiempo. Las gotitas me caían como en cámara lenta justo sobre la sombra de mi cuerpo en el asfalto. Restos de nafta de una estación de servicio que estaba allá al lado habían salpicado la avenida. Siempre me gustó el olor a nafta. El calor era intenso. Pensé que sería un comienzo lindo para una película de intriga, yo hubiera hecho cine si no fuera poeta, aunque en ese momento no me sentía poeta, y me acuerdo que lo pensé: qué buena primera escena para un *thriller*. Y fue entonces cuando me acordé de que tenía la tarjeta de Watanabe con su dirección y su teléfono y me dije Leo, estás hecho mierda, dale y probá. Como mínimo, iba a tener un lugar donde curarme la nariz, y si el tipo me invitaba a pasar a la habitación, podía hasta sacarle algo de plata para salir de California y volver a Madrid a buscar a Tania, o quizá a Buenos Aires, creo que ahí pensé por primera vez en volver a Buenos Aires... En España no me quedaba familia, con mi abuela no podía volver después de haber faltado al funeral de mi abuelo, y mis amigos no eran tanto mis amigos. Pasó como con vos: no estuve a la altura, no cumplí y los abandoné. En fin, me crucé todo Riverside con la valija a rastras, debajo de un sol de avaricia, con la nariz abierta y la remera manchada, sudado, con una pinta pésima; la gente se apartaba para dejarme paso, no me dieron ni volantes publicitarios cuando crucé la zona de *shopping*. Tardé más

de una hora en llegar al hotel de Watanabe, al otro lado del valle. Pero decime si no te parece una hermosa primera escena para una película de detectives: un pibe hecho mierda y su *trolley* atravesando el valle, la ciudad, los médanos del río...

Dieciocho

Escuchar a Leonardo Espacio es como bajar a ese sótano a oscuras en el que algo se ha movido, en el que sabes —desde hace mucho tiempo— que hay algo acechando, pero al que debes entrar para restaurar los plomos fundidos, devolver la luz a la casa helada, tener una oportunidad de salir ileso, por fin, de la historia.

Me habla y yo pienso en Tania. Pienso en Raúl. En su enfermedad, en Laura Merillo y en el nombre de Salva que yo ya había olvidado. Su mención hizo que Raúl Basarte se echara a llorar, porque en la memoria los nombres a veces reaccionan entre sí como elementos químicos. Los recuerdos son otros según qué otros los acompañen. Volví a la casa con el café y lo encontré más calmado, sentado en el sillón que yo había ocupado minutos antes.

—Tu café —dije al entrar, desde el otro lado del salón.

—¿Qué?

—Tu café.

—Habla duro, güero.

—TU CAFÉ.

—Sin gritar, chingá, tampoco estoy sordo.

Raúl tenía la frente empapada, los ojos entrecerrados. Fumaba. Había bajado los estores de la ventana y el cuarto permanecía en una penumbra membranosa que parecía desplegarse como un ala por las paredes, por el suelo, una luz triste y frágil que al cruzarse crujía igual que el parque de las casas viejas. Yo me apoyé en la estantería, habíamos intercambiado los sitios. Le di el café en el vaso de plástico. Él lo miró, lo probó arrugando la nariz, y lo apartó.

—¿No lo quieres?

—No. Lo pediste con leche.

—¿No lo querías con leche?

—No, te dije sin leche bien clarito.

—Perdona, entonces.

—No hay tos.

—Pero es que estoy seguro de que me lo has pedido con leche.

—Bueno. ¿Tú ahorita sabes mejor que yo lo que yo dije o qué?

Se llevó la mano a la mejilla. Como si quisiera sujetarse la cara, justo por debajo de los ojos, con el pulgar y el índice apoyados en los huesos que ya casi se le transparentaban bajo la piel. Yo agaché la cabeza y me miré la punta de los zapatos, sucios tras haber atravesado Madrid, tras las últimas dos noches sin dormir apenas y sin descalzarme apenas y sin dejar de imaginar a Tania con Leonardo.

—Güero, ¿tú sabes lo que dijo Federico una vez?

—¿Federico?

—Lorca. La poesía es una familia y acá Federico, pues es Federico.

—Como en el vudú.

—Pues bueno, como en el vudú.

—¿Y Celaya?

—¿Celaya pueblo o Celaya, don Celaya?

—¿Qué?

—Creo que don Celaya. ¿Qué madres con don Celaya?

—Que Lorca es Federico, pero a Celaya no lo llamas Gabriel.

—Me agotas un chingo, Manu. Te cabe toda la razón adentro a veces. A ver, ¿quieres decirme tú lo que dijo Federico? Si ya te lo sabes, dime tú qué dijo, lo cuentas tú lo que dijo y este pinche ruco se abre a la chingada, ¿eh?

—...

—Ah. Ya decía yo.

—Venga, dime qué decía Federico.

—Pues Federico dijo, ponme atención, dijo que el amor es «negro como una noche sin estrellas». Negro, pero luminoso. Como el azabache.

—Es bonito.

—O como las cucarachas. Pero sí, es bonito. Bueno, no sé si lo dijo igual, ya ni me acuerdo bien. De otras cosas sí, pero la vida es así y uno no sabe cómo suena la voz de otro en su cabeza. Eso lo decía mi amigo Salva. Hacía mucho que no pensaba en él.

—Siento lo de Salva, también.

—Bueno, gracias, güero —una calada muy larga, eterna—. Era una buena persona.

—Tú también eres buena persona.

—No, no lo fui, y no importa. Lo que pasa es que nomás te despiertas un día y te chupaste tanto tiempo que te convertiste en un ruco chingado como yo y entonces te vuelves blando con las cosas que pasaron. Y no hay un solo puto día que pase sin que te acuerdes y te preguntes si pudiste haber vivido de otro modo.

Raúl se levantó y me sujetó del hombro, me empujó hacia la puerta con delicadeza. No hizo falta mucho más. Me abrió, y yo, ya desde el otro lado del umbral, me volví para despedirme. Él estaba temblando. Volvía a llevarse la mano a la cara para sostenerse los huesos como había hecho hacía unos instantes. Cuando decidí acercarme, pedirle que lo dejara, que estuviera tranquilo, él se alejó un poco más de mí. Se le cayó el cigarro al suelo. Titubeó. Me quedé quieto. Por fin, empezó a cerrar sin que ninguno de los dos reaccionara realmente a lo que parecía que le estaba pasando. Me dejó al otro lado de la puerta, pero su voz, desde el interior de la casa, resonó en la escalera mientras me marchaba. Ahora lo imagino apoyado en la hoja, aplastado el rostro arrugado contra la madera arrugada, su voz proyectada al exterior como la de un dios antiguo a cuyo templo yo no tuviera permitido entrar.

—Me creí el cuento entero, güero. Y estuve en Tlatelolco con ella con el cuento entero, y ¿no sabes qué había bajo los adoquines del DF? Bajo los adoquines del DF lo que había era un pinche cementerio. Y me acuerdo de su trenza esa tarde, se la había hecho yo, y me acuerdo de cómo levantó el puño conmigo sin soltarse de mi mano en la plaza, de cómo cantaba, de Salva, que se había dormido la noche anterior en mi casa y habíamos compartido cobija en mi cama como cuando éramos chamacos. Y allá estábamos los tres, de la mano, puños en alto y toda la madre y luego... Luego fui un cobarde. Y pues me vine acá a España y todo fue de la chingada. Los libros que traje estaban prohibidos, pasé mucho tiempo vendiéndolos por abajo del agua. Me puse a robar, casi me muero para nada, para nomás acordarme ahora de todo lo que me equivoqué con

Laura. No estoy amargado. Ni triste. No es eso. Estoy cansado. Todo es puritito cuento, pinche cuento, Manuel. Así que perdóname. Lo mejor sería que no chingara tanto y me muriera y punto. Y *au suivant. Au suivant.*

Diecinueve

La noche empieza a azulear sobre los tejados de la plaza. Pienso en los muertos. Como en el *Orfeo en Xibalbá* de Leonardo Espacio, he bajado a buscarlos a un infierno de hace seis años. Chema me ha abierto las puertas; Leonardo me ha llevado de la mano. En el descenso solo esa voz, esa insoportable soledad. La melodía lejana de las canciones que una vez cantó Tania Almada. Y ahora compruebo que aquí no hay ya fantasmas que rescatar, que no está ella, que ha terminado la fiesta antes de que yo llegara y ahora me toca a mí recoger las sillas, apagar las luces y echar la llave. Pero no tengo la llave.

Miro a Leonardo, sentado en el borde de la cama. Agita despacio el vaso de bourbon. Busca el pasado al otro lado de los cristales, en las luces de Tirso. En esos versos que escribió y que ya casi ha olvidado. Miro la cicatriz que Ian Škvorecký le dejó en la nariz. Veo en su rostro la deflagración del insomnio, consumiéndolo. Esa tristeza de niño trasnochado. Y yo me reconozco en él, y me asusta. Me asusta aceptar que ya no es el malo, que él tampoco tiene la llave. Descubrir que ya no hay quien nos devuelva, compasivo, lo que perdimos; que aquí solo quedan Leonardo y su bourbon, y este cuarto de hotel y el azar estúpido que nos ha juntado esta noche en Madrid. Ella se ha marchado. Así terminaba el poemario de Leonardo: Orfeo llegaba al fondo del inframundo y Eurídice no estaba; ese fue el primer libro que publicó después de salir de España, medio año después de su historia de San Diego. Yo lo pedí en cuanto apareció y lo leí tres veces.

Leonardo se levanta, aparta algunas pilas de *Yás* del escritorio y deja el vaso antes de ofrecerme otra vez esta dichosa botella de Wild Turkey medio vacía. Yo la rechazo. Mi vaso ha vuelto a la mitad. Se encoge de hombros, se aleja. Entra en el baño y no cierra. Escucho el chorro largo. El borboteo de la espuma. La cadena. Sale sonriéndose, como si se le acabara de ocurrir una idea genial. Se dirige al armario y lo abre y coge algo, vuelve a la mesa, aparta los libros que quedan y los pone todos juntos en un extremo, contra la pared. Se sienta sobre ella. Ya no sonrío. Me tiende un disco. Tania quería llamarlo *Amb el temps*, pero en la discográfica exigieron un título en inglés. Recuerdo cómo se enfadó cuando Joan se lo dijo, estábamos en Barcelona y él le pidió que fuera al conservatorio lo antes posible. Estaban redactando el primer borrador del contrato.

—Si querés, lo pongo —dice Leonardo—. Yo me lo sé de memoria.

Lo pienso. Vacilo. Me callo. Lo miro, por segunda vez en toda la noche, a los ojos, los ojos azules de emigrado que ya no me parecen los ojos fríos que tantas veces creí recordar, esos ojos del Leonardo Espacio al que solo le interesaba Leonardo Espacio, sino unos ojos cansados y azules como el sonido de la trompeta de Tania, *blavosos* como los poemas que yo solía escribir y destrozarse cuando más la echaba de menos, cuando a todo el que me preguntaba le decía que había dejado de escribir.

—No, mejor no.

Deja el disco ahí, sobre los papeles escritos y tachados, sus papeles de poeta consumado, de

poeta premiado y publicado, y leído, lo deja sobre todo aquello, junto a la botella, y recupera el vaso. Me pregunta qué estoy escribiendo yo ahora, y yo me pregunto si puede ser que Leonardo tenga telepatía, y le digo que nada, que ya no escribo. Me mira como si me entendiera, como si viera en mí el fuego del insomnio consumiéndome, esa tristeza de niño trasnochado, como si se reconociera en mí y eso lo asustara porque se diera cuenta de que no soy el malo, de que no tengo la llave, y se sintiera estafado. Se me ocurre que Leonardo Espacio sería también, como decía Ire y contra todo pronóstico, un Aureliano.

Ni que yo fuera la única persona que no puede dormir. En mi familia casi todos son insomnes. Pero yo no sé en qué piensan, ellos no saben en qué pienso yo. ¿Tienes tú insomnio todavía, Tania? ¿Cuántos centímetros ocupas en el lugar en que estás? ¿Los centímetros de una silla en una cocina a oscuras? ¿Los de una cama? ¿Y cuántos nos separan? Leonardo bebe. Con la otra mano acaricia la portada del disco. Yo estoy sentado muy cerca de la mesa, estamos a una distancia mínima, pero entre nuestros insomnios hay una separación insalvable. Me acuerdo de Ire. Ella duerme, no sé qué sueña, solo sé que duerme y que después, cuando despierte, querrá saber si tengo insomnio, cuántos centímetros ocupo en cualquier bar del centro, cuántos nos separan.

Y entonces Leonardo me dice que cuando llegó al hotel de Watanabe, al otro lado de Riverside, un hotel de cinco estrellas a orillas del río Santa Ana, tuvo que dejar la Samsonite Asphere en la recepción. Que Watanabe lo invitó al cuarto y que tuvo suerte, que el tipo iba a volver esa misma tarde a Denver, tenía ya la maleta —dice que no recuerda el modelo exacto porque en aquel momento aún no se fijaba, pero que está casi seguro de que era una Roncato— preparada al lado de la puerta. Sube los pies a la mesa, se desabrocha los zapatos y se los quita, primero el izquierdo, después el derecho, los deja caer y sus pies cuelgan descalzos, rozan el suelo. Me dice que en el ascensor y en el pasillo de aquel hotel recordó la risa histérica de la vieja siguiéndolo de puerta en puerta, acechándolo en las esquinas, y que le dio puro pavor acordarse de San Diego, y que se puso paranoico. Que fue el propio Watanabe el que le abrió.

Me dice: lo primero que hice fue pedirle perdón, yo fui con él algo muy parecido a lo que había sido Ian conmigo y me sentía pésimo de verdad, aunque igual le hubiera robado, no te hablo de eso, dejá de mirarme así. Me dice que cuando Watanabe le vio la sangre le dejó usar su baño, que se lavó la cara y su camiseta, que era blanca, empezó a rosarse. Que se tapó la herida con un poco de papel higiénico, aunque ya no le sangraba, y ahí decidió que no iba a ir al hospital a que le pusieran puntos o lo que fuera que hicieran con las narices rotas en Riverside. Y lo aclara, sigue hablando entre sorbitos, añade: los norteamericanos lo arreglan todo con gasas y curitas, eso le hicieron a Joan con un corte que se hizo en el subte con un asiento que estaba roto, en el hospital le pusieron una gasa y dos curitas y eso no se cerraba, tuvimos que llevarlo a una clínica privada que al final pagaron los de Impulse.

Me dice que Watanabe olía a libro de texto, que esperó mientras él se frotaba la sangre de la camiseta y que le preguntó cómo se había hecho eso, y que él mintió, dijo que se había caído en la montaña. Me dice que era una habitación grande y elegante, muy blanco y negro y acolchados, una habitación para peces gordos. Que Ted Watanabe —esto lo supo después— no solo era productor y representante de Blue Note, sino también accionista y *mánager*, y que ejercía de subdirector general de la discográfica. Que, contra todo pronóstico, le importaba la música. Me cuenta que le preguntó por sus poemas, que se preocupó por saber más cosas de él, muchas más cosas, que siguieron hablando hasta la madrugada y que incluso le pagó después una habitación en el hotel. Por la mañana, Watanabe lo invitó a desayunar y, al cabo de mucho rato, le expresó su deseo de dar con Tania para grabar un *single* de «Yas», un disco especial para el que estaba dispuesto a

sentar en la batería y al piano a quien ella quisiera: Joe Chambers, Bob Belden, Chick Corea. Un dúo con Norah Jones. En realidad, Leonardo apenas recuerda los nombres que Watanabe propuso, tan solo, tal vez, el de Norah Jones, pero son los músicos de Blue Note que yo imagino sustituyendo a Joan. Me dice que Watanabe había pensado en la conversación que habían tenido la noche anterior sobre Tania, sobre la relación de Leonardo y Tania, y que había decidido pedirle que la buscara. Es más: había decidido contratarlo para que la buscara. Que estaba dispuesto a financiar la búsqueda, él, a título privado.

Pienso en Ire. En Raúl y en Salva. En Laura. Leonardo. Tania. En Tania cada noche, es cierto; pero solo durante un segundo. Pienso en la vez que la acompañé al conservatorio, cuando apenas empezaba a preparar el disco con Joan, cuando acababa de firmar con Impulse. Pienso sobre todo en los seis años que Leonardo lleva buscándola, en los seis años que llevo yo evitando pisar Barcelona y recorriendo, en las peores noches, las calles de Madrid en las que fuimos felices o en las que creo que fuimos felices. Porque el amor se dice en pasado y, según la canción, uno siempre vuelve a los viejos sitios donde amó la vida, que no son sino los sitios en los que uno recuerda haberla amado, es decir, donde cree que fue feliz. Pero lo que quiero es la ira. Quiero la ira contra Espacio, la sed de venganza de la que hablaba él. Y lo único que los dos tenemos es este insomnio compartido y el recuerdo de la voz de Tania en un infierno desalojado, vacío, en esta madrugada desierta de nuestra generación. Leonardo la echa de menos. ¿Y ella? ¿Nos echa de menos? ¿La echo de menos yo? Sabía que sí, pero hasta ahora no me lo había preguntado.

Recuerdo tu voz como si te estuviera oyendo cantar ahora mismo en el escenario del Soul Station. Tu cara se mezcla una vez más con las de Jota e Ire y con las de Sara y Noelia, y solo por eso ya debería odiarte. Pero sí guardo la imagen clara de tus ojos en las Ramblas, tus ojos contra mi boca helada en la fachada del antiguo hotel Florida de Callao, tus ojos llenos en la cama de tu apartamento en Lavapiés la primera noche que me invitaste a subir. Puedo pensarte los labios, y la nariz y su ligera curva de ola rompiente, y las orejas rojas al aire frío y un poco, muy poco, de soplillo, y las arrugas cuando te reías con esa risa tuya corta y definitiva; y puedo verte los párpados y puedo oírte cantar. Pero no consigo traer de vuelta tu forma de hablar y de nombrar las cosas, ni juntarlo todo para ver tu rostro o repetir un gesto o una mirada o imaginar, por ejemplo, tu cuerpo en el escenario; o tu cuerpo en la casa de mis padres la tarde de la despedida, tu cuerpo que se aleja escaleras abajo como se desgrana un puñado de tierra; o tu cuerpo desnudo en penumbra, en ese cuarto sombrío y desordenado en el que solo la funda de tu trompeta ocupaba un lugar fijo, un lugar seguro, tiritando porque no tenías calefacción y toda tú eras como un solo profundo de saxo que ascendía y descendía, un lamento de Billie Holiday en el que los dos nos disolvíamos juntos por primera vez. ¿Quién es?, te pregunté después. Billie, dijiste. Billie Holiday. No puedo imaginarte porque se me cruzan otros cuerpos, porque idealizo el tuyo y ya es hora de reconocerlo. Y te echo de menos. ¿Te echo de menos? ¿Merece la pena echarte de menos?

¿Y qué diría Leonardo ahora de la funda de tu trompeta? ¿Es de buena marca? ¿Acolchada? ¿Cerradura TSA? Él apura su tercer vaso. Espera que diga algo, pero no lo hago. Retoma su historia. Sigue hablando. Parece mentira que lo que me cuenta haya ocurrido hace cinco años y no ayer mismo, hoy, hace unas horas en esta misma habitación. No me lo quito de la cabeza, Tania, no puedo parar. Necesito saber si habrías vuelto si yo te hubiera seguido; si me habrías buscado, como prometiste, de haber estado en Madrid todo este tiempo. Dime: si te hubieras quedado, ¿seríamos novios, tendríamos hijos como los tuvieron mis hermanos? ¿Habrías visto crecer a mis

sobrinos? ¿De qué hablaríamos cuando quedáramos para tomar un café? He imaginado mil veces esa conversación entre tú y yo como la que tienen Gimferrer y C. al comienzo de *Interludio azul*: un duelo de esgrima, un partido de ping-pong. Y qué adulto, qué de los treinta y dos eso de tomar un café. Qué ajeno a nosotros. ¿Cómo no irnos a tu casa después? ¿Cómo no invitarnos, otra vez, siempre, a subir, si todo vuelve, si todo está siempre volviendo? Me digo que no te echo de menos. Me digo que no bajaría a buscarte al infierno, que no vale la pena solo por un segundo cada noche. Quería, Tania, la ira; quería la furia contra ti. «Por una palabra, por una mirada, y aún te parecería poco el precio.»

Veinte

¿Por qué ponés esa cara tan rara, Manu? ¿No te cayó bien el bourbon? El asunto, dice Leonardo Espacio, es que yo estaba quemado ya después de lo de Ian y Ernesto. Me dice que después de desayunar con Watanabe hizo muchas llamadas, a Joan, a Chema, a la familia de Tania; que incluso lo intentó con Jota. Por la tarde en Riverside, la madrugada en España, con la agenda devastada después de haber llamado a todo el mundo —excepto a mí—, Leonardo sentía que no sabía por dónde seguir y que *hasta ahí le había durado el chiste*. Fue entonces cuando Watanabe se presentó en su habitación y, sin mediar palabra, le puso sobre la cama aquella maleta que él insiste en que era una Roncato.

Dentro estaba el saxofón rojo de Risa Škvorecký.

Watanabe había contratado a alguien después de que Ernesto le dijera que Tania se había marchado con el saxo, dice. Ese tipo se había topado con el instrumento en una casa de empeños en el límite de San Diego con Tijuana. Muchas veces Ernesto nos había hablado de Tijuana y de la hacienda de su mamá y yo me acordé cuando me preguntó Watanabe, dice. Y Watanabe me dijo andá a México de inmediato. Y compró el pasaje de micro, me abrió una cuenta bancaria y me dio un sobre con plata que me alcanzó para dos meses enteros. Al anochecer, Ted Watanabe dejó a Leonardo en la terminal, con su Asphere y su libreta de poemas, porque él —dice— siempre viaja con dos libretas y todavía no se daba cuenta de que había olvidado la otra en la otra maleta, la que se había quedado destrozada en el suelo de la cocina de Ian. Si después de que se despidieran Watanabe devolvió el saxofón o si hoy por hoy lo tiene colgado en su despacho en Denver, eso Leonardo Espacio no lo sabe.

Me dice que seguirle el rastro a Tania fue fácil al principio. En Tijuana, todo el que se había cruzado con una chica española que viajaba sola, de esta altura —simula con la mano libre la altura de Tania, como antes—, se acordaba. Me dice que empezó por la casa de empeños de la frontera y que llegó hasta la finca de la madre de Ernesto Garriga, quien lo acogió durante la primera semana, antes de averiguar que Tania se había ido al DF con la intención de llegar a Puerto Rico. Que Watanabe lo citó con los dueños de algunos locales de San Juan después de una breve estancia en Ciudad de México. Que en los hoteles no sabían nada de ella, que se había cambiado el nombre aunque él aún no lo sabía. Y que pasaron unos días hasta que se encontró con Carli en una terraza de Old San Juan.

Carli le confirmó que una chica de la edad de Tania había aparecido en su local y había cantado a cambio de alojamiento unas noches atrás, pero que, aunque sí que se le parecía en la voz a Tania Almada, Yasmina no tocaba la trompeta. ¿Viste, Manu? Por eso supe que era ella: se llamaba Yasmina, y allá en el Carli's la llamaban Yas. Leonardo cogió un vuelo a Cuba, todavía con resaca, porque el quinteto de Carli tocaba en La Habana y se habían llevado a Yas con ellos: él ya estaba mayor para cantar. Así que Tania, dice Leonardo, no había dejado la música, o no todavía, pero se había corrido del escenario principal. A Joan, que lo fui a visitar hace poco en Barcelona,

todo esto le sonó a cuento; está re viejo, piensa que Tania se murió y no quiere saber más del tema. ¿Y sabés qué me preguntó? Me preguntó si todo esto había merecido la pena. ¿Mereció la pena, Leo?, me dijo. No sé si hablaba de Tania o de la poesía o de qué, pero me hizo pensar: ¿mereció la pena ir atrás de Tania? Honestamente, no tengo ni idea, no lo sé todavía.

Leonardo se pasa una mano por la cabeza como si intentara peinarse un mal recuerdo, una idea en remolino que desordena las demás. Nos quedamos callados, él mira más allá de la ventana, yo miro sus pies descalzos, que se balancean a unos milímetros de la superficie de una moqueta ya gastada. Y Leonardo me dice entonces que no le fue fácil dar con el Carli's Fine Jazz Quintet en La Habana. Que el quinteto estaba allí con otras bandas caribeñas por un festival de jazz del Caribe o no sé qué historia me cuenta, y que estuvo la noche entera dando tumbos entre el Malecón y la bahía.

Según el programa, el Carli's Quintet tocaba a las doce en el Gato Tuerto, dice, pero en el Gato Tuerto me juraron que el Carli's Quintet había tocado el día antes y me mandaron al Meliá Cohiba, donde sí habían tocado, pero hacía horas, y allá me dijeron que probara en el patio del Jazz Café en la cuadra de enfrente. Me rajaron y me mandaron a la *jam session* del Copacabana. En el Copacabana no me dejaron ni preguntar. Finalmente los encontré de pura suerte y muy de madrugada en un lugar que se llama La Zorra y el Cuervo, cerca del mirador del Malecón. Dice que no se podía entrar de tanta gente que había. Que lo que hicieron fue dejar la puerta abierta para los que no cabían y que no puedo imaginarme lo incómodo que es el calor de Cuba. Pero añade que aunque él estaba hecho polvo de ir de *club* en *club*, con la camisa empapada, los del quinteto estaban todavía peor. Dice: no vi a Tania con ellos en el escenario, y cuando salieron, salieron sin ella y supe que otra vez se me había escapado, largándose al tiempo que llegaba yo. Y añade: estaba harto de jazz, te juro que ahí empecé a tenerle asco.

Los del quinteto dejaron los instrumentos en La Zorra, no debían de ser suyos —dice— o ya no querían que lo fueran o los habían vendido e iban a olvidarse de la música y se iban a dar a la fuga para purgarse después de esa diabólica maratón habanera de jazz, que es lo que yo hubiera hecho. Los cuatro miembros, sin Tania, iban a regresarse a Vedado boteando, así que en cuanto paró un auto yo me metí con ellos, apretados como la concha de la lora, y les dije que Carli me había mandado a buscar a la mina, a Tania, que para ellos era Yasmina, ando buscando a la mina Yasmina, les dije, y me pareció ingenioso, es una frase que más tarde repetiría en otros lados preguntando por ella: Yas-mina. Leonardo me mira con las cejas arqueadas y, como no me río, sigue y dice: ahora veo que no era tan chistoso, pero cuando se viaja solo hay que aprender a bromearse a uno mismo. La Habana, no sé si estuviste allá, huele casi siempre a petróleo, como le dicen los cubanos, y a salitre, claro, y a lavandina a veces cuando limpian los talleres, y uno suele ir a todas partes apretado, dice. Uno de los del quinteto, no sé quién, un puertorriqueño simpático como los otros, me dijo que Tania los había dejado antes del primer concierto, unos pocos días antes, sin explicaciones, y llevándose con ella la trompeta de otro miembro del grupo y una botella de ron. Por cómo me pidieron que no le dijera a su jefe, pensé que debía de ser uno de esos pianistas que en las películas tocan con un revólver sobre la tapa del piano. Le tenían pavor a Carli. Pensé en Carli como un vengador, cruzando la Habana en *jogging* amarillo, dando caza uno por uno a los cinco miembros del quinteto.

Lo que me cuenta ahora Leonardo no se lo dijeron los músicos, pero él lo ha imaginado así: justo antes de tocar, en el *backstage* de uno de aquellos *clubs*, Tania había puesto un pretexto cualquiera, el cansancio del viaje, una migraña, cualquier cosa, y había vuelto al hotel, como en San Diego. En el cuarto vacío, en un cuarto parecido al del hotel de la risa metálica o a este

mismo, Tania se había tumbado en la cama, bocarriba, siguiendo con la mirada el giro lento del ventilador del techo —un techo desconchado, un techo como yo, que nunca he estado en Cuba, supongo que son los techos de los hoteles baratos de Cuba—. Se había preguntado qué hacía ella ahí. Se había preguntado, como Joan, si había valido la pena todo eso. Que retiraran sus discos del mercado. Que quemaran las copias. Si acaso alguien se habría olvidado de ella, si lo habría hecho Leonardo Espacio, si lo habría logrado yo. Tania Almada sola, en La Habana, en un cuarto de hotel de techos desconchados, con el vestido pegado al cuerpo y el pelo mojado, tal vez había sonreído y se había sentido aliviada al saberse, aún, tan inocente. Se había preguntado entonces si debía volver, a Madrid o a Riverside, qué más daba. O si debía llamar a Salt. O a su familia, por lo menos. Y había decidido muy pronto que no. Cuando los músicos volvieron a la mañana siguiente, ella ya se había marchado con la trompeta de su compañero y la botella de ron con la que les había obsequiado la organización del festival, ron barato, ron sin marca.

Leonardo Espacio regresó después al DF. No sabía qué otra cosa hacer. Pensó también en volver a algún otro lado, pero adónde, si su familia conocida no lo quería en el País Vasco, si no le quedaban amigos ni en Madrid ni en California. Aunque sí, pensó entonces, le quedaba una persona: Amaia Lobos. Lobos había viajado por toda Latinoamérica y tenía, además, muchos conocidos. Así que Leonardo Espacio la llamó al último número que tenía de ella y le contó todo lo que había sucedido, la gira, la desaparición de Tania, el incidente con Ian, el contrato de Watanabe. ¿Por dónde se empieza a buscar a alguien cuando ya no hay ni rastro?, le preguntó Leonardo. Y Lobos le dijo que no se empieza, le dijo que lo dejara, que se tomara unos días, y lo encomendó a un excolega suyo de cuando estuvo en Guinea, un observador de Leonardo no sabe qué organismo internacional, muy viejo, con el que estuvo hasta el Día de Muertos en un lujoso apartamento de Polanco. El tipo se iba a Chiapas para la celebración, a ver a sus nietos, y yo decidí acompañarlo, dice. Y fue ahí cuando me dije que, mientras no supiera adónde ir, podía seguir hacia el sur, hacia Buenos Aires, acompañar el verano. Una peregrinación, ¿no? Leonardo había terminado *Orfeo en Xibalbá* y pensó que así podría escribir un poemario que hablara solo de su viaje. Ahí le puse nombre a *Las venas cerradas de América Latina*, por Galeano, viste, por hacerle el guiño, me dice. Se queda pensando un instante y añade: aunque también es muy europeo eso de hablar de Latinoamérica en general, como de África, porque México es México y Colombia es Colombia y Argentina es Argentina y todo es Latinoamérica pero nada es Latinoamérica, vos me entendés, pero eso lo aprendí precisamente por el camino, y en el fondo es igual acá y en todas partes, en fin, hacé de cuenta que no dije nada.

Me dice que cruzó la frontera de Guatemala y que de Guatemala pasó a El Salvador, donde le robaron la Asphere, que igual estaba hecha mierda —dice—. Que desde entonces llevó el dinero de Watanabe en el elástico de la ropa interior. Que luego atravesó a pie Honduras hasta Nicaragua con un grupo de estudiantes españolas que estaban haciendo la Ruta del Pacífico de norte a sur y tenían la intención de llegar hasta Managua. Que allí conoció a Cris. Yo tenía buena onda con ella, con Cris, dice —y me pregunto quién diablos es Cris y qué me importa a mí Cris—. Durante el viaje leyó mi libreta porque decía que le gustaba la poesía, y yo no sé si de verdad le gustaba la poesía o no, pero al final en León, en Nicaragua, dormimos juntos. Te lo cuento porque fue ahí cuando reconocí que Tania y yo ya no éramos novios, si es que lo habíamos sido alguna vez. Llevaba bastante tiempo perdida y con Cris me di cuenta que ella no quería que la encontrarán, y creo —y repite la palabra y se tambalea sobre el escritorio y me digo que esta es la primera vez que Leonardo habla, de verdad, como un borracho—, *creo* que me decidí a dejar de buscarla.

La Navidad estaba cerca, dice, y esa noche me sentía especialmente solo, y pensaba en Tania y

en la gira por Estados Unidos y en la nariz que me había dejado el hijo de puta de Ian Škvorecký, y en Ernesto, y en los hoteles de Salt. No te podés imaginar qué hoteles reservaba Salt. Y ahí, antes de acostarme con Cris, pensé: mirá, Leo, Tania ya no es tuya. No fue tuya nunca, ni de Manu, ni de un cubano de pija enorme. Eso me dije, dice. Y dice que los siguientes días se le quitó un poco la tristeza que había sentido desde Riverside; los que pasé cogiendo con Cris, añade. Claro.

Después de despedirse de las españolas en Managua, Leonardo decidió que iría hasta San José de Costa Rica, donde lo esperaba otra colega de Amaia Lobos. Que pasaría un tiempo en la ciudad y después compraría un vuelo directo a Buenos Aires. Que le diría a Watanabe que Tania estaba en Argentina y que seguía buscándola mientras se gastaba la plata en disfrutar las vacaciones. Viajó de noche y llegó a primera hora a San José, dispuesto a ello. Pero allí, en la misma estación, recibió una llamada de Watanabe, la primera en casi dos meses que llevaba viajando por Centroamérica. Se habían mandado algunos mensajes, Leonardo procuraba mantenerlo informado de dónde estaba y en cada ciudad o pueblo que visitaba le decía lo mismo: que no había noticias de Tania y que seguía buscando. Pero esa era la primera vez que me llamaba él y me pareció raro, dice. Me acuerdo perfectamente de la voz de Watanabe al otro lado del teléfono, su voz precipitada y fría. Hablaba casi afónico, como conteniendo la riada: una trompeta con sordina, Ted Watanabe. Espacio, ya apareció, dijo. Tania Almada está muerta. Anoche la mataron en una pensión de Bogotá.

Veintiuno

La silla giratoria rueda hasta tocar la ventana y se oye una sola nota de cristal en el cuarto, una incisión quirúrgica del aire. Leonardo aparta las piernas cuando paso a su lado y se interrumpe, me pregunta si estoy bien. Yo me disculpo. Voy al baño. Voy deprisa. Cierro la puerta, echo el pestillo y compruebo el picaporte, aguantando las náuseas. Me quito la sudadera y la arrojo al lavabo, un acto reflejo de cuando era niño. Me arrodillo, me dejo caer y me arrodillo ante el váter con las manos apoyadas en la pared, la cabeza encima del agua, el pelo me tapa los ojos y yo los mantengo abiertos, respiro, exhalo profundo, espero sin decidirme. Con la primera arcada la tripa me da un salto y empieza a dolerme como si me hubiera tragado un erizo de mar. Después de la segunda, la boca me sabe a Wild Turkey con tila, una infusión de whisky que vuelvo a tragar y que me deja la lengua seca y una tensión ácida en la garganta. Noto como un mareo que se anuncia, un pinchazo en la cabeza. Con la tercera arcada vomito de forma violenta, siento la expansión de todas mis cavidades entre el esófago y la garganta, imagino que mi boca se abre hasta el desgarró y se me saltan lágrimas de angustia y asco.

Al poco, un hilo húmedo pende de mis labios y toca el fondo. Pienso en que el whisky que no es de Escocia se llama *whiskey* y que, por tanto, lo que noto es el sabor de una infusión de *whiskey* y no de *whisky*. Y me doy cuenta de que necesito dormir. Cuento las horas que llevo despierto. Pienso en el trabajo, en la entrevista que no voy a terminar, que inventaré con lo que tengo. Asomado al agujero de loza, arrodillado y derrotado a sus pies, la Tierra no me parece redonda, el mundo es un escenario. El pasado también. Intento vomitar otra vez pero ya no tengo nada en el estómago, solo saliva. Escupo los restos de bilis. Más adentro quedan ácido caliente, alcohol y un regusto agrio a caramelo. Después de unos instantes empiezo a sentirme mejor. Me levanto despacio, me limpio los labios y la nariz con papel higiénico, hago una bola con él. Lo tiro y tiro de la cadena. Recupero la sudadera, vuelvo a escupir en el lavabo y me mojo la cara, me lleno la boca de agua y la vacío, hago gárgaras, me enjuago dos veces. Miro a mi alrededor, la toalla está colgada de la mampara como un trapo sucio y la alcachofa de la ducha gotea en silencio sobre un plato todavía húmedo. Huele a vómito y a lo que huele toda la habitación de Leonardo: Wild Turkey y *aftershave*, pero aquí más. La luz blanca del techo se refleja en el envoltorio de plástico de una pastilla de jabón y en la capucha roja de un cepillo de dientes de usar y tirar. Me miro al espejo. Él llama a la puerta. No contesto. ¿Qué hago aquí? No he dicho ni media palabra en toda la noche. Me he portado bien: he estado calladito. Llevo seis años, treinta y dos años calladito. Escuchando a todo el mundo. Yendo adonde Chema me pide. Haciendo lo que todo el mundo me pide. ¿Qué hago aquí, vomitando una copa que ni siquiera quería beber en el cuarto de baño del hotel de Leonardo Espacio? Me dice que lleva seis años persiguiendo a Tania de una ciudad a otra. Me dice que la encontraron muerta en Bogotá. Bebo agua. Leonardo golpea otra vez.

—¿Te sentís mal, Manu?

Y no contesto. Me ha vuelto a llamar «Manu», como cuando nos conocimos. Ya solo me llaman

así Irene, Chema y mis padres. Se debe de pensar que llevo bebiendo tilas en el Soul Station desde que se marchó, que no he crecido, que no he tenido una vida mientras él se buscaba a sí mismo por Latinoamérica. Que somos amigos. Él sí que tiene las venas del cerebro cerradas, o ahogadas en bourbon o metidas con candado en una de sus maletas Samsonite Asphere bien al fondo del Caribe. Nadie se encuentra a sí mismo en la selva ni en ninguna parte mejor que en cualquier otra. Y, además, tampoco tengo por qué creerme ni una palabra de lo que dice. No lo conozco. No sé qué quiere. Ahora podría salir y contarle mi vida yo también. Podría hablarle de Raúl y de Laura Merillo. Y de cómo me sentí la tarde en que Tania salió por la puerta de la casa de mis padres. Quiero decirle: entiendo que te tortures pensando en que no te diste la vuelta cuando ella se despidió de ti, porque yo no recuerdo lo último que me dijo.

Pero no soy ese Manu.

Mientras me seco las manos en la toalla de la mampara, la única toalla, que está punteada de sangre de afeitado, me miro al espejo. Y me veo más envejecido que él. Aunque nadie me ha partido la nariz y aunque apenas he viajado. A mí mi padre nunca me trató mal, ni mi madre, ni siquiera mis hermanos. Ellos son mucho mayores que yo. Casados. Con hijos. Jamás me abandonaron con mis abuelos ni con nadie. Pude escribir, estudiar, leer poesía y tomarme un año sabático para perder el tiempo en las *jams* del Soul Station mientras mis padres pagaban las cuentas. Ahora los dos están jubilados. Ambos adoraban a Tania y no dijeron nada cuando se marchó.

Y tal vez haya un Manu que tenga la nariz rota y al que su padre le daba palizas. Un Manu sin hermanos, un Manu que bebe whiskey *on the rocks* en las noches en vela. Tal vez haya un Manu así, pero ese no soy yo. Yo soy el Manu de este espejo. Cuando Tania se fue, yo me quedé en Madrid. Eso es todo. Desde entonces, me he cruzado alguna vez con los poetas de las *jams* del Soul. Con Andrea, por ejemplo, que ahora es gestor en el Independance Club. Y con las gemelas, que llevan juntas un café-librería en Fuencarral. Y con algunos compañeros de Tania del Liceu a los que conocí en Barcelona y que ahora viven en Madrid, y amigos míos de la universidad que estuvieron con ella y conmigo en mi graduación y en muchas noches de estudio en la biblioteca de la facultad. Ninguno me ha preguntado nunca por Leonardo ni por Tania.

—¿Todo bien ahí?

—¡Ya salgo!

Podría hablarle de cómo empecé yo a leer y a escribir para luego dejarlo. Decirle que en los recreos era un niño raro, que me iba a mi rincón del patio y allí hacía dibujos en el suelo con las púas secas de los pinos del parque que asomaban sus copas al interior del recinto. Que claro que me he peleado, que con catorce años un compañero me presentó a una chica de su grupo, él estaba metido en una banda neonazi y decía que los viernes salían a cazar negros y rumanos con ballestas y navajas y bates de béisbol por la zona de Moncloa. Perdí la virginidad con esa chica y a él, a Jaime, le regalé un bisturí que robé del despacho de mi padre. Corta mucho con muy poco esfuerzo, le dije. Sentía que estaba en deuda por haberme presentado a su amiga. Al sacarlo para enseñárselo me corté el pulgar y aún tengo ahí, en la yema, una línea blanca que me lo recordará siempre, y todo aquello culminó en mi primera y única pelea. Después supe que el grupo de neonazis de Jaime se juntaba los viernes solo para beber en el parque del Oeste y jugar al fútbol. No cambia nada. Mis padres no echaron de menos el bisturí, no se enteraron. Mis hermanos no supieron nada. Mi primera vez fue miserable y no se lo he contado a nadie más que a Tania. Podría contarle que tampoco fui a mis clases en la universidad. Que pasé seis cursos entre mi casa y la cafetería de Filosofía y Letras sin asistir a una sola clase. Seis años escribiendo en los

márgenes de los apuntes que otros tomaban por mí y que yo fotocopiaba en época de exámenes.

La última vez que estuve en la facultad fue con Tania. Desde el aparcamiento del Edificio A de Filosofía se puede ver todo el oeste de Madrid, todos los pueblos hasta un horizonte de campos pardos y vacíos. Las sirenas azules de los guardias civiles que vigilan la autopista a la altura del palacio de la Moncloa parpadean entre los árboles, escaleras abajo, a los pies de Geografía e Historia, la «caja de cerillas». Atardece. Es el día de mi fiesta de graduación, en junio de 2013, y Tania ha asistido a la ceremonia. Llevo un traje gris, la corbata floja, la camisa por fuera. Ella lleva botas y un vestido de verano muy oscuro que es, además, el vestido que llevaba la primera vez que la vi en el Soul Station. En el asiento de atrás de mi Suzuki han quedado las chaquetas, mi beca azul celeste de licenciado en Letras y un montón de botellines de cerveza vacíos que chocan y tintinean cada vez que nos movemos, porque el coche entero tiembla. Estamos sentados en el maletero abierto. El vello rubio de sus muslos es más rubio bajo esa luz. De vez en cuando, los retrovisores devuelven un destello al sol y es como si nos apuntaran con una linterna en el juego de tinieblas. Las casas se van iluminando. Le digo: así vestido parezco un detective. Ella dice que más bien parezco un testigo de Jehová. Me pregunta qué voy a hacer ahora que soy un filólogo «de oficio» y le digo que lo que quiero es irme con ella a Nueva York. Le digo que no quiero volver a leer un libro en la vida. ¿Se ríe? No lo recuerdo. Tal vez se pone seria y yo aclaro que no, que estaba bromeando y que lo que pretendo es buscar trabajo en algún periódico, o en alguna librería. Me dice que a lo mejor Chema puede enchufarme en algún lado. Su voz suena igual que la de los padres cuando de niño te advierten que se acaba el verano, y surte el mismo efecto. Le digo que no me voy a dejar enchufar por nadie. ¿Se pone seria? Tal vez se ríe. No lo recuerdo. Ha pasado demasiado tiempo.

Hacia tres o cuatro años que habíamos empezado a salir, en mi segundo año de carrera, mi año sabático. A una de mis compañeras la habían invitado a tocar con su grupo para abrir la *jam session* del Soul Station. Era viernes, fuimos varios amigos de la universidad. Faltaba todavía un año para que Leonardo y Andrea y los otros del Libertad 8 organizaran las primeras *jams* de poesía del Soul. Esa noche, después de que mi amiga tocara, Tania había sido la primera en cantar. La trompeta brillaba, dorada, colgada de la punta de sus dedos. Tania Almada cantó una habanera catalana que no he sabido encontrar en ninguna otra parte después. Y así la imagino todavía. Así la imagino cantando «Yas» en San Diego.

Me enjuago por última vez y me seco con el dorso de la mano. Quito el pestillo, abro la puerta. Leonardo me espera, de brazos cruzados, junto a la entrada de la habitación, como si temiera que me fuera a escapar. Por su cara, cualquiera diría que de verdad se preocupa por mí, pero sé que esta noche la Tierra es plana y que la amistad no es más que un escenario. Siento que hay más claridad y miro la ventana, consulto la hora, son casi las seis. La madrugada va adquiriendo el tono violeta de la piel de los ahogados y sé que Ire se va a inquietar cuando despierte y no me encuentre a su lado. Atravieso el cuarto y vuelvo a sentarme en la silla, ahora contra el cristal, y Leonardo se acomoda otra vez en el borde de la mesa. Sigue descalzo. Lo tengo muy cerca, le veo las canas, la cicatriz de la nariz ahora ineludible, los poros abiertos del cuello después del reciente afeitado. Le pido perdón por haber vomitado en su cuarto de baño. Él sacude la cabeza, dice que no tiene importancia, pero ha devuelto la botella de Wild Turkey a la repisa de donde la bajé cuando llegamos. Decido quedarme calladito. Me porto bien. Le digo: lo de Bogotá. Solo eso. Y espero. Ahí fuera Madrid es una ciudad llena de fantasmas, y todos —es triste reconocerlo

— se me parecen.

Pattern 22

El tren del carbón va y viene de la mina, sobrevuela mareas fluviales, corrientes marrones de mercurio y poliestireno, va y viene de las minas, el tren de hierro, el vapor que al alba condensa la tormenta forma redes Tesla sobre los vertederos va y viene el linaje de blancura y dinamita que carboniza los espacios euclidianos del azogue. Va y viene de la mina.

Vals vienés en la gramola, ropa de cama y un té helado, el tren va y viene, penetra la estación inacabada, es hora punta y las forasteras van y vienen de la mina, nos juntamos el ámbar y el petróleo, goce de glóbulos, apagón, la central eléctrica colapsa y todo se vuelve iglesia y altar caliente y puñadito de ceniza, soy ceniza —voy y vengo— de la mina.

El tren del carbón sobrevuela los raíles y la tierra roja al alba, va y viene resopla pliega una plantación quemada de día recién nacido, nos despierta, anuncia guerras y diamantes, cuerno y marfil (una puerta ya-sabes-a-dónde), va y viene, ya es hora, placer calcáreo a quemarropa camisa sucia de esperma y de saliva, es hora, silba, se va a la mina.

Veintitrés

No es verdad lo que Raúl Basarte quiso para sí: uno nunca se muere y punto. Uno no se marcha y punto. Nadie tiene derecho a morirse y punto.

Yo también había decidido olvidar a Tania después de la visita a la casa de Raúl aquel domingo. En octubre de 2014, casi un año más tarde, el disco de Tania desapareció de las tiendas, sus copias fueron destruidas en las distribuidoras. Solo era posible escuchar su nombre en foros de venta de discos de segunda mano, en trasnochados programas de radio que ya no sintonizaba — solo canciones con prospecto de cuando en cuando, el jazz en monodosis— y en el piso de Chema, en San Bernardo, que era la sede de *Jukebox*.

La Pasajera era una librería antigua. En su interior, en invierno, el frío era intenso y áspero. Y en verano apenas se podía respirar. En todo el año Raúl no se había vuelto a quejar de ningún dolor. Solo hubo un par de incidentes con la alarma antirrobo, claves mal tecleadas que la dispararon. Nos vimos por última vez el primer viernes de mayo de 2015, cuando empezaba el buen tiempo. Él se había sentado a descansar en la pata de elefante, que es como se llaman los taburetes rodantes a los que nos subíamos para alcanzar los libros cuando no queríamos arrastrar la escalera. Canturreaba. Yo contaba el dinero. Le dije algo así como que le cogía el sombrero y él hizo un albur, enseñó los dientes, se rio. Tenía el abrigo doblado en el regazo. Había adelgazado mucho. Al cabo le dio un escalofrío y paró de reír. Achinó los ojos y me miró de arriba abajo. Después, apagamos las luces y salimos. Raúl dejó que echara la llave y esperó fumando a mi lado. Nos fuimos en direcciones opuestas. Yo me quedé mirándolo un momento, esperando el verde del semáforo. El pavimento estaba mojado y reflejaba las luces con esa fluorescencia de neón transilvano que tiene Madrid en torno a la Gran Vía. Las flores que los vecinos habían plantado en los alcorques vacíos del barrio empezaban a florecer. Raúl se adentraba —manos en los bolsillos, a zancadas— en Malasaña como quien se adentra en el corazón de la jungla africana o en la zona cero de una ciudad en guerra. Iba cantando en voz baja. No sé lo que cantaba, estaba ya demasiado lejos.

Veinticuatro

Leonardo me dice que colgó a Watanabe y se dirigió al aeropuerto de San José sin darle explicaciones a la amiga de Amaia. Me dice que a Watanabe lo había contactado Chucho Fuentes, un productor colombiano. Fuentes había pasado las últimas semanas grabando un disco en secreto con Tania, versiones que se pudieran adaptar fácilmente, porque Chucho no sabía nada de jazz y el asunto era sacarlo cuanto antes, dice. Y pienso que Tania siempre se había tomado su tiempo con la música, que no era su estilo; pero Leonardo se me adelanta, dice: vos que la conociste sabés que es raro... Pero podía ser, ¿no? Estaba a la carrera y yo no sabía qué vida de excesos pudo llevar el tiempo que pasó en el Caribe. Quizá necesitaba la plata.

A la mina la había matado otro músico que grababa con ellos, un cantante muy joven al que Chucho le tenía gran cariño, y él ahora no sabía qué hacer con el disco ni con el cantante ni con la concha de su hermana, y por eso había llamado a Watanabe, explica. Y apenas respira cuando me cuenta que Chucho se había encontrado a la jazzista desaparecida en la puerta de su discográfica hacía unos días, como caída del cielo —dice—, y sabía que valía oro porque Watanabe le había dicho; y en vez de decir no, voy a hablar con ese japonés a ver si podemos sacar algo juntos, o en vez de dejarle el asunto a él directamente porque, en fin, para algo eran amigos y para algo el otro trabajaba en Blue Note..., en vez de eso, lo que hizo Chucho Fuentes, el pelotudo, fue meterse en la bola con la mina sin pararse siquiera a comparar trompetas. Todo resultó ser un engaño, claro, para sacar plata nomás. O casi todo, porque matarla sí que la mataron, yo lo conocí al asesino cuando me junté con Chucho, estaban los dos allá en el cuarto de la pensión de Usaquén, el pibe sentadito en el colchón y callado, duro todavía, esperando a que su jefe le dijera qué hacer como un pendejo... Manu, mirame. Es muy importante: no podés decirle a nadie lo que te voy a contar.

La chica a la que habían matado se llamaba Lucía Mirell. Ahora que Leonardo dice su nombre recuerdo los telediarios, la noticia unos días antes de Navidad, el luto en Castellón, el concierto en su memoria al cabo de unos meses. Mirell era una cornetista valenciana, solo uno o dos años más joven que Tania, que también se había formado en el Liceu de Barcelona. Era posible que hubieran tocado juntas alguna vez, en el conservatorio o en algún festival; tal vez se conocían, tal vez no. Lo que no sabe Leonardo es qué hacía ella allí, por qué se hizo pasar por Tania, para qué necesitaba tan desesperadamente el dinero. Porque por la fama no fue —dice Leonardo—, su nombre no iba a estar en ninguna parte, hubiera sido una boludez, la hubieran denunciado, Chucho el primero. En fin, ya no importa.

Watanabe le pidió a Leonardo que fuera a la pensión donde estaba Chucho porque la historia le sonaba rara. Quería que se encontrara con Chucho y le confirmara lo que le habían dicho: que Tania Almada estaba muerta. Y yo igual quería ir, ¿no?, dice Leonardo. Me confiesa que sentía un miedo terrible que le subía y le bajaba por el cuerpo manifestándose, en cada tramo, con una violencia que le llevaba del ardor de estómago a la jaqueca. Y se explica: porque presentía que no era ella, que no estaba muerta, pero sabía que siempre pasa eso; que por mucho que le digan a uno

y por muchas risas de mal augurio que uno oiga en los pasillos de los hoteles, siempre pensamos que la muerte de las personas que uno quiere debe tener una resonancia cósmica o no sé bien qué que hace que sepamos con certeza absoluta que algo malo pasó o que todo está bien. Y después se tarda mucho en asimilar que pasó, añade. Me dice que desde que había empezado el viaje se sentía por momentos como el protagonista de una película de espías, como James Bond, pero el nuevo —apunta, y se llena otra vez el vaso hasta el borde antes de concluir—, el de Daniel Craig. Noto el frío cerca de mi nuca, al otro lado del cristal, contra el cristal; Leonardo emite con la lengua un chasquido de disgusto cuando casi se le derrama el bourbon, y tras sorber con cuidado para rebajar el nivel del vaso, dice: era yo y no era yo, era yo y todo era real y no, como casi todo lo importante.

En fin, Watanabe me había dado la dirección y Chucho había mandado un taxi a buscarme a El Dorado, porque los taxis en Bogotá eran como una ruleta rusa según él y el Transmilenio de cerca del aeropuerto, así le dicen —dice—, me dejaba muy lejos. Dice que cruzó la ciudad al mediodía, con el tráfico desbordado, y que tardó mucho más de lo que esperaba. Que en el aire se mezclaba el humo de los coches con el olor dulce de los puestos de la calle: las mazorcas asadas con mantequilla, el mango biche de sal y limón, la macedonia esa que hacen allá con una cola medio gaseosa que sabe a jarabe, dice. Es lindo Bogotá, dice. Y dice que el taxi le dejó en la Cien, la calle que divide en dos la ciudad, y que anduvo hasta la esquina con la Séptima, donde estaba la pensión, un bloque más bien cutre al lado de un *country club* para turistas cuyo nombre no recuerda. Leonardo Espacio no paró en recepción, no se registró: no quería estar en medio. La guardesa estaba viendo la novela en la portería, dice, y el resto del edificio callado como una tumba. Se sonríe con amargura: disculpame, qué macabro, quise decir en silencio total. Subí al segundo piso con la bolsa de viaje al hombro, la barba sucia, el pelo hacia atrás por la carrera, la misma ropa de hacía dos días. Yo sigo sus palabras y le voy imaginando con la bolsa caída, el pelo tieso, la ropa usada, lo veo así delante de mí, sentado en la mesa; lo comparo con la otra imagen, la de hace seis años en el Soul.

Leonardo subió y llamó al cuarto que Watanabe le había dicho. Chucho le abrió lo justo para asomar la cabeza. Estaba blanco el tipo, se sujetaba la frente con una mano y la otra la tenía soportando la puerta, dice, como si temiera que en cualquier momento la fuera a echar abajo. Me preguntó si yo era el de Watanabe. ¡«El de Watanabe»! No tenía ni nombre: «el de Watanabe» era. Le dije: sí, soy el de Watanabe. Pero no eres gringo, dijo. No, dije. Y él dudó un momento. Me describe cómo Chucho se pasó la mano por toda la cara y se amasó las mejillas y cómo, al hacerlo, se estiró hacia abajo los párpados y pudo ver entonces el interior sanguinolento de sus lagrimales, vidriosos —añade— como los ojitos de un sabueso inglés. Dejó pasar a Leonardo sin abrir del todo, de manera que tuvo que entrar de lado y con la bolsa por delante.

Me dice: lo vi todo, Manu. Lucía Mirell estaba en el piso bocarriba, cubierta con una sábana. Me dice que Chucho le destapó la cara para que él pudiera mirarla. Me dice que la luz era floja, que solo estaba encendida la del velador y que afuera ya oscurecía. Que Chucho, o el cantante, un criollo huesudo con el brazo agujereado y bañado en sudor, le había cerrado los ojos. Que ella tenía el cuello tan girado que alcanzaba a besar la alfombra, y la cara llena de unos puntitos rojos que a él, al principio, le parecieron pecas. Hace una pausa para beber un trago largo, hondo, de su vaso. Y termina: pero eran los capilares reventados durante el estrangulamiento. No sé cómo explicarte lo que es ver un muerto así tan de cerca, dice, y se apresura a aclarar que se refiere a un muerto asesinado, no a cualquier muerto. Y añade que pensó en su abuelo, que fue algo instintivo, que le entró miedo. No pena, ni asco, nada, solo miedo. Y no el miedo por Tania de antes, volando

a Colombia —aclara—, ni miedo a ese asesino hijo de puta que parecía una raspa, sino algo más básico, más atmosférico, como si fuera a dar un discurso desnudo delante de una multitud que, si se ríe, te mata.

Y dice: para ellos debía ser exactamente lo mismo. Creían que iba a ayudarlos, claro. Que yo era una especie de Señor Lobo que iba a llegar y decirles: soy Leonardo Espacio, el de Watanabe, soluciono problemas; ahora prepárenme un poco de café con mucha leche y mucho azúcar, si hacen ustedes lo que yo diga y cuando yo diga el pibito podrá salir de esta, pero no empecemos a chuparnos las pijas todavía, a ver, saquen la lavandina, froten a conciencia, yo soy brusco, hablo aprisa y pienso aprisa, pero les daré una gomita si se portan bien... Y no. Yo estaba allá únicamente para asegurarme de que la muerta no era Tania, que es lo que sospechaba Watanabe y lo que esperaba yo. Y no lo era, aunque admito que se le parecía. Mirell llevaba el mismo peinado que llevaba ella cuando empezó la gira en Nueva York, el pelo del mismo color, aunque tintado. Y en general podía pasar por una versión más chica, una Tania de imitación, y no digo que la pobre mina fuera una imitación, no quise decir eso.

En fin —dice—, les dije: esta, sea quien sea, no es Tania Almada. Algo así dije. Me dice que Chucho tenía los ojos fuera de las órbitas, que lo miró suplicante. ¿Y qué hacemos ahora?, le preguntó, bajando la voz, pidiéndole así a Leonardo que la bajara también, situándose junto a él para de inmediato agacharse y cubrir otra vez la cara del cadáver de Lucía Mirell. Leonardo no sabe cómo había terminado la chica en una pensión de Bogotá, con un heroinómano, haciéndose pasar por Tania. Y tampoco quiso saber lo que había ocurrido en el cuarto. Lo que dijeron en las noticias en 2014 fue que Mirell y uno de los agresores estaban drogados, pero que el asesino no. Se lo digo a Leonardo y Leonardo palidece, se entera ahora de que Chucho Fuentes fue detenido y condenado por el asesinato de la chica. Permanece en silencio. Yo lo que pensé, dice por fin, fue que quizá estaban compinchados y se pelearon por la plata. Y que el pibe la mató y se asustó y llamó a Chucho Fuentes, que a su vez llamó a Watanabe como si Watanabe fuera el Padrino de una Cosa Nostra discográfica mundial, que también podría ser. Pero si Chucho fue el que la mató...

Leonardo se encoge de hombros y murmura algo que se parece a «quién sabe». Han pasado las horas y su aspecto se ha ido diluyendo. En su rostro se cruzan las sombras contradictorias, ya pálidas, que en el cuarto proyectan las bombillas de la pared y las farolas de Tirso. Me dice que él había cumplido su misión en Bogotá y que lo único que quería era largarse de allí lo antes posible. Que no sabe qué cosas más les preguntó, algo sobre la cartera de ella, algo sobre la aguja de heroína, callejones sin salida que ya no recuerda, aunque sí recuerda que después le recomendó a Chucho que llamara a la policía. Que no merecía la pena llenarse de mierda por un drogadicto asesino hijo de puta. Chucho lo miró al drogadicto asesino hijo de puta, dice, y el drogadicto asesino hijo de puta se nos puso a llorar. Mira lo que hiciste, malparido, algo así debió de decirle Chucho Fuentes, así hablan los colombianos, ¿no? ¡Mirá lo que hiciste! ¿Y llorás porque este te llama drogadicto asesino? Chucho estaba al borde del ataque, pensé que lo iba a palicear ahí mismo y que antes de quedarnos sin sol íbamos a tener dos cadáveres en el cuarto, o tres, si contamos el infarto que le daría después. Yo en tu lugar llamaba a la policía, le insistí; eso fue lo último que dije. Y Leonardo me cuenta que se echó la bolsa a la espalda y fue hasta la puerta con las manos en los bolsillos para que no se le notaran los temblores, el miedo de no poder salir, el miedo a que Lucía Mirell lo acompañara afuera y lo siguiera a Buenos Aires o al fin del mundo. Cuando ya tenía la mano en el tirador, Chucho le dijo: ¿y qué si mataste tú a la chica? ¿Qué si digo que la mataste tú? Leonardo me dice que el tipo había empezado a hiperventilar y que no debía de ser la primera vez en el día, porque se había sacado del bolsillo una bolsa de papel de esas del

McDonald's que sirven para cuando alguien tiene ansiedad. Yo abrí la puerta, me dice. Salí de allá. Nada de eso era cosa mía. Al cantante lo vi hace poco, cuando volví a Colombia por el Hay Festival, y ahora entiendo por qué no estaba en la cárcel —bebe, bebe mucho, el alcohol le desborda las comisuras y casi le cae en la camisa y él exhala con gravedad cuando aparta el vaso —, el pobre hombre.

Tania, la de verdad, podía estar muerta, dice de pronto. La falsa lo estaba, ¿no? Y desde Cuba no tenía noticias tuyas, y no pensés que yo no hacía mi trabajo, porque todos los días leía los diarios y en cada ciudad por la que pasaba preguntaba por *clubs* en los que pudieran saber algo de ella y por trompetistas y cantantes que pudieran ser ella. Y nada. Quizás el taxi de La Habana que la tenía que acercar al aeropuerto sufrió un accidente, o se la llevaron a cualquier playa y la violaron y asesinaron como el pibe ese había hecho..., como pensé que el pibe ese había hecho con Lucía Mirell. No sé. Yo había visto a una mina que no era ella, pero eso no significaba que ella no pudiera ser la mina en otro lugar, ¿cierto? Y eso fue lo que le dije a Watanabe cuando lo llamé. Le dije que la mina no era nadie importante, y sé que suena muy feo, entiendo que me miras así, pero tenés que ver que Ted Watanabe tenía claro lo que quería, y quería a Tania, y todo lo demás, todos, Chucho, Mirell, yo, todos los demás no valíamos nada. Le dije también que sí creía que Tania podía haber estado allá, por la pinta que tenía Mirell, tan parecida a la de ella. Yo ahí todavía no sabía que las dos se conocían del Liceo. Lo que pensaba era que la mina podía haber visto a Tania cantar en Nueva York o en cualquier video de YouTube y haberle copiado el peinado, pero me pareció que era una buena excusa, una mentira para que Watanabe no creyera que le estaba mintiendo con lo del cadáver... Somos así, ¿no? Las personas. Es lo que te decía antes de la verdad, que hay veces que tenemos que mentir para que sea verdad lo que decimos y un japonés hijo de puta de Colorado que huele a *workbook* siga pasándonos la plata y no nos deje tirados sin un peso en medio de Colombia.

Después de colgar a Watanabe, Leonardo llamó a Amaia Lobos y la despertó. Hablaron muchas horas, el resto de la noche. Una semana más tarde, en la televisión cuadrada de un bar de carretera entre Santiago y Valparaíso, en Chile, Leonardo veía la noticia del asesinato de Lucía Mirell y se enteraba así del nombre de la muerta. Lo que nunca pude averiguar es por qué la pobre mina estaba disfrazada de Tania, dice. La funeraria que se hizo cargo de su cuerpo cuando la encontraron tuvo la difícil tarea de limpiarla de Tania y convertirla otra vez en ella misma. Qué músico no hubiera muerto por ser Tania Almada en esos días.

Veinticinco

Santiago Tebaldi se descalzó y se tumbó en la cama. No iba a poder dormir, también eso le había venido con la edad: las pesadillas, el insomnio voluntario al que se sometía noche tras noche como se había sometido al exilio solo para evitarlas. Lo atormentaba la incomodidad, el dolor físico en cualquier postura. Se recostó sobre la almohada doblada y puso la televisión. Necesitaba distracciones. Buscó fútbol y, como no encontró nada, contrató el servicio extra para acabar en la Real Madrid TV. Aunque no le correspondía pagar la factura, le jodía pensar en lo que les iba a costar el capricho de pasarse la noche viendo tele por cable. Era impropio de él. Hastiado, se dio cuenta de que todo era como hacía cuarenta años y calculó que a esa misma hora estarían emitiendo un partido en algún canal de la televisión chilena.

Desde hacía una década le incomodaban las salas grandes sin ventanas, por culpa de las pesadillas. En la habitación sí había una, aunque demasiado pequeña, y un armario empotrado. También un escritorio, una silla giratoria, el maletín y una biblia de tapas rojas sobre la mesa, un flexo, la tele anclada a la pared, una planta de poliéster en la esquina, un mapa con las salidas de emergencia plastificado en la puerta. La cama de dos diez en el centro, con dos mesillas, dos lamparitas con sendos interruptores, dos ceniceros, dos caramelos de menta que él no había tocado. Sobre su cabeza, un aparato de aire acondicionado. Junto a la entrada, el baño. Y la cisterna seguía corriendo. Eso le irritaba, pero Santiago Tebaldi subió el volumen y se resignó del todo. Sacó del bolsillo del pecho la fotografía que siempre llevaba consigo. Hizo lo mismo con la tarjeta de la habitación. Dejó ambas en la mesilla y se miró las manos, callosas y arrugadas; gruesas venas azules se le enroscaban en las falanges, que ya más bien parecían los huesos de un pájaro o de un conejo. Las tenía torcidas y nudosas, como garras. Todo se le había ido torciendo. La boca torcida, la columna torcida, la polla torcida y engarrotada como un acordeón de dibujos animados. Se acordó de la mulata en falda de cuero que en el comedor se le había sentado en las rodillas a un viejo tan torcido como él. Una niña guapa y delgada como un pájaro o un conejo. Qué pena, Matías, con lo que tú has sido. Dobló el cuello para poder mirar el rostro de su mujer sin forzar la espalda. Guiñó el ojo malo, enfocó con el bueno. Tere miraba a cámara, lo miraba a él. Y a ti, dijo Tebaldi, ¿a ti no te parece una pena?

Veintiséis

Al día siguiente no sonó la alarma y tuve que levantarme del sofá de Chema a toda prisa cuando ya había luz. Nos habíamos quedado despiertos hasta muy tarde. Me asomé por la ventana de la cocina a San Bernardo y saqué medio cuerpo para ver la puerta de La Pasajera, pero seguía cerrada, con la reja a la mitad, como hacíamos cuando llegábamos temprano o el último cliente salía tarde.

Supuse que a Raúl se le había pasado la hora o que tenía algún problema con el ordenador. Nada grave. Bajé aun así las escaleras todo lo rápido que pude, sin desayunar nada, con la ropa del día anterior, y no eran ni menos cuarto cuando llegué al escaparate. Comprobé que no había huecos —a Raúl le obsesionaban los espacios vacíos casi tanto como la limpieza del polvo— y entré. Solo estaban encendidas las luces de emergencia. Las llaves de la librería, que eran también las llaves de la caja, estaban sobre el mostrador. Me descolgué la mochila y me quité la chaqueta. Las dejé en la silla, como siempre. Cuando bajé al almacén, lo encontré tirado al final de las escaleras. Esa era la palabra: *tirado*.

Recuerdo las luces de la ambulancia reflejadas en las cubiertas plastificadas de los libros del escaparate. Les pregunté adónde lo llevaban, a qué hospital. Después me dejaron solo. Recogí sus cosas, las gafas rotas, el abrigo, el sombrero de pesca y los cigarrillos del suelo, uno a uno. La cajetilla estaba aplastada y manchada de azul. Todo estaba manchado porque su estilográfica había reventado en la caída, y un finísimo hilo de tinta salía del charco y se estiraba escaleras arriba, escalón a escalón, y sección a sección cruzaba la librería hasta la calle, extendiéndose por la acera gris para terminar en el lugar exacto en el que había estado parada la ambulancia que se lo había llevado. Yo conecté la alarma y cerré La Pasajera por última vez.

Pasé el resto del día en una sala de espera. Chema vino al mediodía. Unos fluorescentes blancos, asépticos, nada parecidos al fuego de Tlatelolco, alumbraron las últimas horas de Raúl en la operación y durante el breve postoperatorio. Había sufrido un infarto pulmonar tras la caída, y el golpe, en la cabeza, era grave e impedía a los cirujanos inyectarle los anticoagulantes. Le cosieron el cráneo y le instalaron un filtro en la vena cava, en una operación larga de la que salió a la UVI, por la tarde, en coma. Nadie más fue al hospital en los días siguientes. Yo no sabía a quién avisar o si había a quien avisar siquiera, aparte de los propietarios del local que ocupaba La Pasajera. Tres días después, la tarde del 11 de mayo de 2015, Raúl sufría otro infarto y no sobrevivía a la intervención de urgencia.

Renuncié a mantener la librería. A las pocas semanas del accidente empecé a trabajar a jornada completa en *Jukebox*, que ya tenía suscriptores suficientes como para asegurarse una buena distribución. Con el tiempo había llegado a entender por qué Raúl Basarte se consideraba a sí mismo un cobarde. Por qué no soportaba hablar de Salva y por qué no quería saber nada de Laura. La noche en que murió volví a La Pasajera. Había pasado poco tiempo y el tentáculo de tinta azul seguía ahí, frente a ella, en la acera. Recorrí mentalmente la mancha a través del local, hasta el

charco del sótano. Y pensé en la noche en que me dijeron lo de Leonardo y Tania. Y pensé en que nadie tenía derecho a morirse y punto. Y pensé en aquel charco de tinta azul que tal vez nadie limpiaría y me dije que Raúl Basarte tenía razón: que en Madrid nadie hablaba de Tlatelolco. Pero tampoco de los terremotos de Nepal de hacía unos días. Ni de los ciento cuarenta y siete estudiantes de Garissa, Kenia, que Al-Shabab había asesinado en abril. Ni de los cuarenta y tres estudiantes mexicanos que habían desaparecido a manos de la policía el año anterior en Iguala. En Madrid a lo que nos dedicamos es a correr de un lado para otro y a ladrar como locos a los campos vacíos.

Y uno siempre vuelve a las viejas cosas, a las cosas simples que quedan doliendo: en casa aún tengo el último libro que Raúl me obligó a leer y que nunca le devolví. Y todavía, cuando en noches de insomnio como esta paso por delante de La Pasajera —del lugar que una vez fue La Pasajera—, me detengo un minuto y miro el escaparate y casi puedo verlo ahí, al otro lado del cristal, desempolvando los libros con el plumero gris de mango partido, dando la espalda a los clientes, dándome la espalda a mí, como si de aquello dependiera muchísimo, todo, las masacres de Gaza, los naufragios de pateras en el Mediterráneo, las matanzas de estudiantes en este mundo de mierda que las permite, antes de darse la vuelta una última vez.

Veintisiete

Leonardo llegó al centro de Bogotá preguntándose qué siente una madre, la madre de Lucía Mirell, por ejemplo, cuando se entera de que han matado a su hija. Se preguntaba cómo se debía de sentir la madre de Tania cuando pensaba —y seguro que lo pensaba— lo que él ya había pensado muchas veces durante el viaje: que le habían matado a su hija. Y me preguntaba, en fin, qué sintió mi mamá cuando me dejó en San Sebastián y si a ella le importaba saber si yo seguía vivo o no, y si sabía por lo menos que el abuelo se había muerto, dice.

Habló de todo eso con Amaia Lobos, que lo escuchó —imagina él— recostada en la cama, después de colgar a Watanabe. Le dijo que se sentía muy perdido. Le dijo que se sentía muy solo, y que uno piensa cosas muy extrañas cuando viaja solo. Y Lobos le dijo que eso era cierto. Le preguntó si todavía tenía dinero y él le respondió que sí, que Watanabe todavía le pagaba, y ella entonces le preguntó qué quería hacer. Qué quería hacer *de verdad*. Leonardo estuvo callado mucho tiempo, apoyado contra una farola en un paseo de La Candelaria al que de ninguna manera sabría volver, con el teléfono entre la oreja y el hombro y arañándose con las manos libres la piel de los nudillos. Me dice que iba a decir que quería encontrar a Tania. Que lo pensó, que lo tenía en la cabeza, pero que cuando por fin sus labios se movieron lo que le dijo a Lobos fue: quiero encontrar a mi mamá. Y Lobos entonces le dio una dirección de Valparaíso. Leonardo imita la voz de una señora mayor cuando dice: pará en Chile antes de ir a Buenos Aires, Leo, y preguntá en esta dirección por el doctor Tebaldi; es un cabrón, pero te ayudará si tenés plata.

En el aeropuerto de Comodoro de Santiago, Leonardo cogió un taxi a la estación de autobuses y se subió al primero que salía hacia Valparaíso, sin darse cuenta de que tenía cincuenta y dos paradas, una de ellas la del bar de carretera en el que vio la noticia de Mirell. Me cuenta que le tocó al lado de un predicador holandés que no dejó de darle el sermón a una señora mientras él se hacía el dormido. Todo el viaje. Tengo pánico a los curas desde chiquito, cuando mis abuelos me arrastraban a misa, dice. Y yo empezaba a dormirme de verdad cuando el micro tuvo una avería ya muy cerca de Placilla, y tuve que dejar de hacerme el dormido y me convertí en el nuevo blanco del predicador, que me aseguraba que venía de curarle el corazón a un pendejo de Rancagua. La señora no era tonta y se rajó en cuanto el tipo se distrajo conmigo, y a mí el hijo de puta me contó otra vez la misma historia. En fin, tardé casi seis horas en llegar a Valparaíso.

Leonardo me dice que Valparaíso es una mezcla de Lisboa con La Habana, llena de funiculares que suben y bajan acantilados como en una maqueta de cuerda. Dice que es una ciudad romántica, Valparaíso, una ciudad hermosa con resaca —eso es lo que dice—. Y añade que más que nada estaba contento de dormir otra vez cerca del mar.

—¿Te acordabas de las estrellas?

Parece francamente sorprendido de oír mi voz. No le culpo. No sé ni por qué le he preguntado eso. ¿Estoy borracho también yo? Él asiente despacio, no está seguro de si me refiero a las estrellas que él había conocido de niño, las del cielo austral, aunque cree que sí. Y por eso se

apresura a decir que sí, que se acordaba. Y levanta el vaso vacío y me lo tiende para brindar, tal vez porque ha notado en mí, por primera vez, algo parecido, si no al afecto, sí al interés por su vida. Pero yo no reacciono y él tampoco espera. El vaso vuelve al escritorio. Yo me vuelvo a quedar callado.

Lo primero que hizo Leonardo después de instalarse en un apartamento del paseo marítimo fue preguntar por Tania en los *clubs* de Playa Ancha. Dos noches seguidas. La primera, dice, buscaba a Tania Almada; la segunda, a una mina llamada Yas. Y creo que debieron de tomarme por un argentino de esos que pasan la frontera buscando chilenitas, como si fueran otra especie con la que cruzarnos. Leonardo todavía no se decidía a visitar al doctor Tebaldi en la dirección que Lobos le había dado. Le parecía que meter a un tercero iba a hacerlo todo más real, y por un lado sí quería eso —aclara—, pero por otro me daba miedo y hasta un poco de pudor, no sé cómo decirte, creí que el tipo iba a tomarme por loco y a decirme andá de vuelta a Madrid que a tu mamá no la encuentras y a la cantante esa seguro se la están comiendo los peces de Cuba.

Pero fue, al cabo de los días. La casa estaba en lo alto de la cuesta de El Litre, al sur del hospital, dice —como si yo supiera dónde está el hospital—. Y me dice que era una casa cobriza, con paredes y tuberías cobrizas, *una casa como oxidada*. Me dice que desde la cuesta se veían las torres de oficinas del centro y, más allá, las naves del puerto. Dice: tres veces fui y tres veces encontré la casa vacía y volví de inmediato a la línea de playa, que es donde yo estaba más a gusto, porque los cerros del sur de Valparaíso tenían algo terrorífico al caer la noche, una luz aceitosa de carabela hundida, un no sé qué cosa vampírica que no sé explicarte y que provocaba en mí lo mismo que la risa de vieja esa de San Diego. Creo que lo que pasó es que hasta Chile yo me había sentido protegido, ¿no? Por la Misión. Pero en Valparaíso fue como si me hubieran quitado un superpoder y estuviera desnudo otra vez, tan perdido como cuando fui atrás de Tania a Nueva York.

Leonardo volvió a la calle de Tebaldi una mañana, muy temprano, dice, en esas horas en las que las gaviotas se atreven a robarle el café a los mozos de las terrazas y se pelean con los últimos murciélagos en las cornisas y en las hojas de las palmeras. Me dice que apestaba a grasa y a agua calcificada, que las motos estaban estacionadas por todas partes y apoyadas o encadenadas las unas a las otras y que no las había visto antes. Que, cuando llegó, espío la casa y la encontró igual que las veces anteriores: quieta y negra. Y solo muy a lo lejos, sobre el horizonte del Pacífico, un banco de nubes amenazaba con la remota posibilidad de una tormenta en Valparaíso. Leonardo oyó unos ruidos cerca de la puerta cuando ya pensaba que el tipo al que Lobos le había mandado buscar debía de estar enterrado, dice, o fuera del país o de vacaciones o en estado catatónico tirado en alguna esquina de la cocina que no alcanzaba a ver, y a medio devorar por sus gatos o lo que tuviera. Leonardo golpeó con decisión. La puerta se abrió casi al momento y de las entrañas oscuras —de las entrañas oscuras, dice— de la casa surgió el doctor Tebaldi como una lengua de ceniza de la boca de un volcán. Y añade: estaba engrasando las bisagras cuando llamé, tenía un pañuelo en una mano y la aceitera en la otra. Y sé que sonó dramático, pero no es una metáfora gratuita la de la ceniza: tiene mala pinta, Tebaldi. Es tuerto, su ojo derecho está medio blanco. Y aunque el apellido parece italiano y uno pensaría que es de allá, realmente el tipo es de Madrid, nació en Madrid; todavía tiene el acento de acá y todo.

Lobos había conocido al doctor Tebaldi en 1992. Lo había entrevistado para un reportaje sobre la dictadura chilena y él le había hecho el favor de encontrar a tres o cuatro personas de la época de Pinochet que estaban fuera del radar, dice Leonardo. Me pregunta si sé cuánto cuestan los servicios de un detective profesional. Ahí fue donde entendí por qué Watanabe me tenía a mí a

sueldo, dice. Pero también me dice que Tebaldi es un buen tipo en lo más hondo y que, de hecho, él esperaba poder presentármelo en la entrevista de hoy —la programada, no esta que no es entrevista ni es nada—. Me dice que lo ha acompañado a Madrid y que en un rato, si a mí me parece bien, lo va a llamar. Que no tengo de qué preocuparme. Ya he empezado a hacerlo. Insiste en que solo quiere presentármelo, me sonríe conciliador, pero la suya es —como todas a partir de cierta hora— una sonrisa triste.

Por supuesto, Leonardo no espera respuesta y sigue hablando. Me dice que gracias a Tebaldi encontró a sus padres en Puerto Aragón y que estuvo viviendo puerta con puerta con ellos, sin que se decidiera a decirles nada y sin que lo reconocieran siquiera. Leonardo pasó los siguientes años viviendo entre la casa que había alquilado en aquel pueblo, en la que se instaló en numerosas ocasiones Tebaldi porque se aburría en Valparaíso y porque había empezado a investigar la desaparición de Tania —como quien echa sobre la mesa las piezas de un puzle para estar ocupado unas semanas, dice—, y el apartamento que había comprado en Buenos Aires y que en lo sucesivo sería su residencia. Me dice que Tebaldi le había cogido cariño después de esos años en contacto. Me dice que en Puerto Aragón le dieron la noticia de que había ganado el Loewe con *Orfeo en Xibalbá*, y que tenía mucho dinero de Watanabe ahorrado, y que después ganó otros premios de poesía y le pagaron bien por publicar semanalmente en un par de diarios de Montevideo. También me dice que Watanabe había dejado de pasarle el sueldo sin mediar palabra, y que mejor.

Las cosas estuvieron tranquilas, dice, hasta esta primavera, cuando me invitaron al Bogotá³⁹ — y por un momento dudo si tiene treinta y nueve o cuarenta años cuando aclara que él tiene ahora cuarenta y uno y que lo llamaron por los pelos—. Capaz se pensaron que mi *Yas*, que está escrito en prosa, es una novela, y fue por eso, dice. Y se queda otra vez enmudecido, con la mirada arrojada al otro lado de la ventana como un ancla a una fosa abisal, muy lejos de los tejados de enfrente, muy lejos de Madrid. Y dice: no sabés de qué manera se me heló el alma al llegar al aeropuerto de Bogotá, y después, cuando pasé por Usaquén y me acordé de Lucía Mirell.

Leonardo hacía años que daba por muerta a Tania, a pesar de los esfuerzos de Tebaldi en las temporadas que lo visitaba en Puerto Aragón. Intentaba no pensar en ella. Pero uno de los últimos días del festival Tebaldi lo llamó, le dijo que estaba en Santiago a punto de coger un vuelo para Colombia. Le dijo que creía que podía encontrar a Tania, pero que tenía que hablar con el chico que mató a Mirell. Y me habló de Riverside y de Ernesto Garriga, que también tendríamos que hablar con él y con su mamá, pero que sí, que creía que podía encontrarla si me hacía cargo de los gastos. En fin, llevamos así seis meses, dice. Desde entonces hablé con mucha gente con la excusa del libro, con Ernesto y con Joan y otros. Y ya solo me quedaba hablar contigo, aunque hubiera preferido no hacerlo, por lo que pasó, pero sé que podés entenderlo y ahora sos la única esperanza que me queda, por eso le pedí a Chema la entrevista y le insistí tanto con que lo arreglara con vos, aunque mirá, al final bastaron la suerte y el insomnio.

Leonardo no parpadea y casi parece a punto de echarse a llorar cuando aparta la vista del cristal y vuelve a mirarme a los ojos. Dos charcos de tinta azul. Su voz se agrava, de repente habla más bajo, susurra: siendo claros, Manu, ahora lo sé, Tania no está muerta. Está en alguna parte. Y necesito preguntarle qué pasó y que me escuche. Porque ¿sabés qué es lo peor? —no digo nada, pero sé lo que va a decir, sé qué es lo peor—: que todavía no pasa un día en que no me pregunte por qué no pudo quererme. Por qué soy tan boludo que sigo extrañándola tanto después de tanto tiempo. Eso es lo peor. Eso y la risa mala leche esa de vieja que oigo acá adentro de mí cada vez

que algo va mal, desde San Diego.

Veintiocho

Me pidió que escuchara algo, con esa voz suya lenta y oscura como la sangre en las películas, con ese acento ambiguo que se le notaba más a última hora. Ella estaba aún en el rellano. Estaba a punto de bajar el primer peldaño, de perderse de vista al otro lado de la reja del ascensor en torno a la que se enrosca la escalera; y yo aún no lo sabía, pero esa iba a ser la última vez. La miré desde la puerta, con mi camiseta, la que ella se había puesto, en la mano, con la piel del torso enrojecida por el rato que habíamos pasado pegados al cuero caliente del sofá y al cuerpo del otro. A ella ya nunca la acompañaba al portal cuando se iba. Tampoco bajaba a buscarla. Le tiraba las llaves desde la ventana y Tania las recibía con las manos en forma de cuenco, sin decirnos nada.

Los halógenos zumbaban, se acababa el tiempo de luz. Tania se quedó parada, se dio la vuelta y me miró, me miró largo y despacio como se hace la sangre en las películas y me dijo oye, escucha, una cosa, oye, escucha esto, solo una cosa, oye, escucha, una última cosa, oye. ¿Qué me dijo? Me pidió que la escuchara, pero no recuerdo qué me dijo. Solo sé cómo empezaba: oye, escucha, solo una cosa.

Leonardo odiaba a Ángel González casi tanto como a Gamoneda, en quien pensaba como su enemigo poético natural desde que dijo aquello de que la poesía es pura realidad, jamás ficción. Pero no dejo de pensar en ese verso mientras me habla. Era invierno en Madrid cuando Leonardo llegaba a Valparaíso. Ahora, mientras me contaba lo de Bogotá, no pensaba en Lucía Mirell, sino en Ire, en los años que Ire vivió allí, y es la primera ciudad que reconozco en su relato y me doy cuenta de que cuando me despedí de Tania en verano, era invierno en Valparaíso. En Bogotá no hay estaciones, es una de esas cosas en las que uno nunca piensa: en que la Tierra es redonda y no plana, en que no hay invierno en Bogotá. Son más de las seis de la mañana y creo que el contador de la noche ha llegado a cero. Toda la historia de la búsqueda de Tania ha sido desde el principio solo un cero que ha estallado sobre esas ciudades americanas que se han ido sucediendo en la lejanía: San Diego, Riverside, Tijuana, La Habana, Managua, Bogotá, Valparaíso. Luego Buenos Aires, Santa Fe y Puerto Aragón. Ciudades cuyos nombres suenan ya a frontera y fin del mundo, en las que me puedo imaginar a Leonardo, pero no a Tania Almada, como si ella solo pudiera estar en su piso de Lavapiés, en el escenario del Soul Station, aquí.

Las farolas siguen encendidas en la plaza de Tirso. Aún falta al menos una hora para que salga el sol, pero ya hay una luz carnívora a lo lejos que salpica de rojo el cielo y los tejados. La gente tomará Madrid, será el fin de la madrugada desierta de mi generación. Será noviembre otra vez y no este tiempo que no es el tiempo entre el septiembre en que Tania se marchó y la noche de ayer, cuando todavía podía dormir. Será otra vez la ciudad de más de un millón de cadáveres ahí fuera y yo seré otro cadáver más y nada más. Iré a ver a Chema, que estará en su despacho, sentado en ese sillón que, según cuenta siempre, rescató de la piromanía de su madre —aunque todos sabemos que lo compró en el Rastro—. Iré a verle y le diré que no he dormido, que voy a casa con Ire a

redactar la entrevista con Leonardo Espacio, que se la mandaré a última hora de la mañana. No mencionaré a Tania, no escribiré ni media línea sobre Tania. Y en unos días todo volverá a ser lo que ha sido hasta ahora.

El amor es negro y brillante como una noche sin estrellas. A Irene la conocí el verano de 2016. Nos mandaron juntos a Santander: Pedro Iturralde cumplía ochenta y siete años e iban a celebrar un concierto-homenaje en el Palacio de Festivales. Chema quería que lo cubriéramos y que consiguiéramos una entrevista. No lo intentamos siquiera. Ire me enseñó la ciudad: había expuesto una vez en La Magdalena y ya se la conocía de memoria. Después de aquello salimos a la búsqueda de Quique Morales por los Valles Pasiegos —pensamos que hacerle a él una entrevista era una buena excusa para quedarnos algunos días más, sus canciones nos gustaban y hacía tres años que no sacaba un disco— antes de conducir el Suzuki de vuelta a Madrid. Nos dimos los números y nos seguimos viendo en agosto entre la sede de *Jukebox* y el apartamento de Tetuán que ella tenía alquilado y que es ya nuestro apartamento, aunque a veces yo todavía lo llame «su apartamento de Tetuán», igual que llamo al de mis padres «el mío». Ire y yo no habíamos coincidido hasta ese momento en la redacción, ella solía hacer trabajo de campo: salía con la cámara y luego trabajaba desde casa. De aquello hace más de tres años.

Y ella ahora estará dormida. Con los pies desnudos, fríos. La camiseta vieja doblada de forma imposible a la altura de su vientre. Y pronto despertará, verá que no estoy allí y mirará la hora, saldrá de la cama, el colchón que tenemos en el suelo por cama. No me verá en la cocina y tal vez se preocupe y me mande un mensaje, y tal vez no lo haga y se vuelva a acostar. Hace frío. Aún no es invierno —ni verano en Valparaíso—, pero hace más frío que antes, más frío que ningún invierno. Pienso que es por la madrugada desierta: el viento no encuentra cuerpos de resistencia en la calle y entra con toda su furia en el hotel, en los pisos, en los bares. También pienso que podría ser culpa de ese Tebaldi cuyo nombre ha ensombrecido la historia de Leonardo. Pienso que se está acercando y que por eso la estancia está perdiendo grados en picado, en caída libre, como se dice que ocurre cuando el diablo entra en las casas o hay presencias del otro mundo rondando.

Me van a reventar los dientes. Soy Risa Škvorecký tocando el saxo antes de sufrir un ataque al corazón. Soy Leonardo sangrando en la acera en Riverside, y Yas saliendo a toda mecha de La Habana. Soy Tania. Soy el chico que le regaló un bisturí a un neonazi para cortar a negros y rumanos como agradecimiento por haberle presentado a una chica. Soy Ire despertando sola en el cuarto amarillo y negro. Y Raúl Basarte rodando escaleras abajo empapado en tinta azul. Y soy Lucía Mirell. Me van a matar en un hotel. Y no recuerdo a Lucía Mirell, pero sí a Laura Merillo y a Salva en Tlatelolco. Soy todos esos nombres de frontera y fin del mundo. Soy el que soy. Soy este Manu. No soy otro. Soy el Manu que nunca escuchó «Yas».

Leonardo Espacio se frota las manos, está nervioso, tan nervioso como cuando tenía que leer en el Soul. Se araña la piel de los dedos. Le digo entonces que me voy y se levanta conmigo, me pide que me quede un poco más, hasta que amanezca. Me dice que necesita saber, y sin esperar respuesta coge el teléfono y se aleja hacia la entrada mientras marca un número. Recuerdo la última vez que él y yo nos vimos. Fue la noche antes de que Tania viniera a casa de mis padres. Estábamos cenando en el senegalés de Lavapiés que nos gustaba a los parroquianos del Soul, con Chema y Andrea, después de una *jam session* a la que Tania no había podido asistir porque estaba en Barcelona. Iba a volver esa noche a Madrid y le había preguntado si quería que la acompañara de Atocha a casa cuando llegara. No me importaba esperar; la entrevista con Raúl en La Pasajera

iba a ser al día siguiente, pero por la tarde. En mitad de la cena, Leonardo se levantó, salió del restaurante para llamar por teléfono. Poco después, Tania me llamaba a mí y me decía que había visto tarde el mensaje y que se iba a acostar, que mejor nos veíamos mañana. Ahora recuerdo a Leonardo en la calle, al otro lado de la puerta de cristal del restaurante, sonriendo con los colmillos fuera, como sonrío a veces, al teléfono, antes de irse sin decir adiós siquiera. Ha pasado mucho tiempo.

Todas las cosas importantes vuelven. Y lo hacen en el peor momento. Se suben al escenario con las botas hasta arriba del barro del camino, lo pisan todo, lo ensucian todo. «Se querían, sabedlo.» Se quisieron. Un segundo cada noche.

Pattern 29

En el principio era el Jazz Y el Jazz era con Dios Y el Jazz era Dios. Y aquel Jazz fue hecho carne Y habitó entre nosotros lleno de gracia Y de verdad. Después vino la palabra, la trajeron los dominadores susurrantes que celebraron consejo Y hablaron Y, pensaron Y, dijeron Y, gritaron Y, leyeron Y, chillaron Y, pensaron Y, dijeron Y oí

detrás de mí una gran voz de trompeta decir: ven Y escucha. Y escuché. Y los ojos del Jazz eran una llama de fuego Y estaba vestido de un manto empapado en sudor Y sangre Y su nombre era: el Jazz de Dios. Y de su boca salía una espada de metal Y el Jazz hería Y, soplabá Y, sonaba Y, lloraba Y, reía Y, tronaba Y, lloraba Y, sudaba Y, reía Y, sonaba Y oí

detrás de mí una gran voz de estaño que ascendía de la chimenea de los hormigueros, metiéndolo todo afuera, sacándolo todo adentro, Yas susurro Yas chillo Yas en el principio el Yas y el Yas con el Silencio Y el Silencio el Yas, Y aquel Yas habitó entre nosotros lleno de gracia Y de verdad Y aulló *maYibuYe maYibuYe Yas*.

Treinta

Santiago Tebaldi fue al baño y se refrescó la cara. La tele sonaba al otro lado, en la habitación. Había empezado soñando con Julia y la pesadilla se había ido haciendo cada vez más cruda, hasta que se despertó con un pinchazo en las lumbares y la calva empapada de sudor. Sus pesadillas eran siempre iguales. Todas las pesadillas son la misma pesadilla: eso era lo que había aprendido Santiago Tebaldi.

Eran más de las seis y habían pasado cuatro horas desde que recibiera el mensaje de Espacio. Le escribía desde el baño de un bar y le decía que estaba tomando algo con Manu Valero, que había entrado y que lo había decidido abordar. Santiago Tebaldi no había contestado. Prefería atenerse al plan: bajar al restaurante a la hora del desayuno para unirse a la entrevista. No había tenido más noticias, pero se imaginaba el resto. Y esperaba. Dejó que las gotas frías le resbalaran por los párpados, por la nariz, hasta la punta de la barba, alambrada, tiesa. Se sentía muy agitado, hacía mucho que no tenía pesadillas porque hacía mucho que no dormía. Esta vez se había descuidado. Un zumbido muy desagradable lo puso en guardia: el teléfono vibraba sobre el escritorio. Fue deprisa. Vio que era Espacio y lo descolgó con el altavoz. Lo dejó en la mesilla junto a la foto de Teresa y se volvió a tumbar. Espacio dijo su nombre, pero Santiago Tebaldi no contestó hasta que hubo enmudecido la televisión con el mando.

—Estás en la habitación —dijo Tebaldi, y añadió—: voy.

Leonardo Espacio se calló al otro lado de la línea y luego colgó. Tebaldi disfrutó de un momento de paz, se recuperó un poco de la agitación, del dolor que le había causado la carrera desde el baño. Todo volvía a empezar. Después, muy despacio, se incorporó y, sentado en el borde del colchón, se abrochó el cinturón. Se estiró los calcetines y se puso los zapatos, lustrosos y negros como el café que se había pedido en la cafetería Oviedo algunas horas antes, negros como sus pulmones negros. Un tirón en la columna, el dolor retorciéndose entre sus vértebras lumbares y quemando en torno al punto en que había sido apuñalado no hacía tanto. El dolor, sin paliativos, que tan bien conocía. Una vez de pie, se metió la camisa por dentro. Guardó en el bolsillo del corazón la fotografía y la tarjeta de la habitación. Fue al baño. Con un poco de colonia en los dedos, solo en las yemas, se atusó lo que le quedaba de pelo. Antes de salir recuperó el martillo que había dejado horas antes en el suelo, cuando le sobrevino la crisis de lumbalgia, junto al retrete despiezado. Se lo llevó al escritorio. Abrió el maletín médico que había llevado consigo a todas partes durante los últimos cuarenta años, los cuarenta años que llevaba siendo el doctor Santiago Tebaldi, sin que nadie, salvo Amaia Lobos, lo llamara por su verdadero nombre. Pensó que hacía todavía más tiempo que nadie lo llamaba por el otro nombre, su apodo de policía.

Santiago Tebaldi revisó el material: escalpelos, bisturíes eléctricos, lancetas de sangrado, bajalenguas, tijeras, un catéter de drenaje y dos jeringas con agujas recambiables, cinta americana, alambre, el juego de pinzas y fórceps. Los clavos. El martillo. Fuera, la madrugada estaba más

azul. Su ventana daba al patio interior en vez de a la plaza de Tirso, lo había preferido así, pero notó que al otro lado pronto empezaría a clarear. Santiago Tebaldi sabía que estaba jodido, sabía que lo de Tania Almada se había vuelto algo personal por su relación con Espacio, y, ante todo, lo que no quería era que se repitiese lo de Portugal. Echó los cierres del maletín y salió de la habitación. Dejó la cisterna rota. La televisión, encendida. Sin sonido.

Segunda parte

*Maybe I'm wrong dreaming of you,
dreaming the lonely night through.
If it's a crime, then I'm guilty.
Guilty of dreaming of you.*

BILLIE HOLIDAY

Uno

Cuando oigo la puerta, cuando se cierra y estoy segura de que se ha ido, digo mi nombre. Mi lengua emprende un viaje de tres saltos desde el borde de los dientes al fondo del paladar: un ritual, una manía como cualquier otra, que me sirve para dejar atrás esa asfixia de fondo de bañera que me provoca la falta de sueño. Me noto el pelo sucio, revuelto como después de un polvo, y tengo el culo helado. Estoy destapada: en el lado de Manu las sábanas se quedan frías.

Digo otra vez mi nombre en tres saltos.

I-re-ne.

Abro los ojos. Recuerdo quién soy y dónde estoy, con quién y con quién no. No sé qué hora es, pero sé que es noviembre de 2019. Lo único que ilumina el cuarto es la farola de siempre junto a la ventana. Nunca bajamos la persiana y es de idiotas porque agrava los insomnios de Manu y los cristales vibran como si hubiera un atentado cada vez que un coche pasa por debajo. Pero la oscuridad a veces es peor. La oscuridad es a veces lo peor que se puede esperar.

Me incorporo y me estiro, miro alrededor.

Mataría a muchísima gente por un vaso de agua. Soy honesta y no me asusta la idea.

Como Manu me haya destapado y encima se haya llevado el vaso de agua, me lo cargo. También ahora soy honesta. Aunque también puede que se me olvidara a mí, no recuerdo cuándo me quedé dormida, o sea, le concedo la presunción de inocencia y todo eso. E intento bostezar, pero no me sale. Lo odio. Y me estoy meando. Y este pelo, joder. Y llegar hasta el baño. Ojalá pudiera teletransportarme de la cama al baño, del baño a la cocina, un vaso de agua y de vuelta a la cama, todo con chasquear los dedos. O atravesar muros. Aunque eso no me salvaría de este puñetero frío, en esta maldita casa que es como un zulo en invierno.

Y todo para que no quede papel higiénico.

No es que yo sea un portento del orden, vale. Soy organizada para mis cosas. Para las fotos, por ejemplo. Para el curro. Pero, joder, lo del papel higiénico es un mínimo, como lo del vaso de agua y lo de no dejarme literalmente con el culo al aire cuando se pira. Y me estoy desvelando. El ruido de la cisterna me taladra los oídos como si tuviera resaca; tiene algo averiado, y tela el numerito que monta para llenarse después de tirar de la cadena. Me lavo la cara y bebo del grifo con cuidado para no rozarme la cabeza con las superficies. Es como vivir con el cerebro por fuera: un cascarón abierto. Y ahora que me veo puedo confirmar que tengo unas ojeras que parecen el antifaz de una supervillana, y en la boca una llaga de la que me olvido cada mañana y que me escuece como si la tuviera bañada en yodo cuando trago lo que sea.

Por lo menos se está curando.

Es lo que dicen: si duele, se está curando. Si duele, todo va bien. Yo creo que nada va bien cuando hay daño, pero eso también lo digo ahora que anticipo frente al espejo el desenredo de este nido que llevo en la cabeza. Qué le vamos a hacer. Hacía tiempo que él no salía a pasear de madrugada, como mucho se metía en la cocina y leía o lo que fuera; yo, por lo general, no me

entero de sus insomnios. Algo le pasa, otra vez.

Pero a mí también me pasa algo. Una noche para ti, una noche para mí. *Fair enough*. Ahora, Ire, vas a ponerte el jersey, vas a ir a la cocina y vas a hacerte un algo calentito que llevarte al salón. Vas a ponerte algún disco que alivie este sentimiento de mierda que llevas arrastrando desde hace días, parada frente a la ventana que da a la calle, a la farola, a los coches que hacen temblar la casa entera cuando pasan, como si fueras la capitana interplanetaria en el puente de mando y vigilaras tu sector de la galaxia. Que sirva de algo esta soledad. Que sirva de algo este sentimiento de mierda.

Esta noche Madrid es tu ciudad fantasma.

Dos

Madrid es más un tiempo que un lugar: el número de habitantes reales de una ciudad depende más del tiempo en el que viven que del lugar que ocupan, y al final eso es lo que cuenta. Manu no es un caso especial. Todos los tíos con tendencia a vivir en el pasado tienen taras, vienen con los viajes en el tiempo. Como el chico del chubasquero amarillo de *Dark*. Nos la vimos hace poco del tirón, dos veces en mi caso, porque veía los capítulos a traición y luego me tenía que sentar con él y hacerme la tonta, y él pensaba que no se me escapaba una. Y no se me escapa una, para qué negarlo, pero está claro que hacer trampas mejora los índices de tiro de cualquiera.

Culpen al juego, no a la jugadora.

Y Manu ya estaba atrapado en un *time loop* cuando nos conocimos hace tres años, cuando José María nos mandó al homenaje de Iturralde en Santander. Recuerdo que no hablamos mucho por el camino. Recuerdo que la carretera entre Burgos y Valladolid parecía una jodida carretera de Nebraska. Y recuerdo, sobre todo, algunas imágenes de ese fin de semana: un camarero que corre por la playa persiguiendo las sombrillas voladas de la terraza de la cafetería Luna que había cerca del puerto. La espalda de Manu recortada contra las mansiones de Punta San Marcos cuando mirábamos el estuario al otro lado de la bahía, justo en la hora mágica, y esa camisa a cuadros de leñador canadiense que le sienta como el culo y que sigue llevando a los conciertos. Y su boca mojada de ron en Cañadío la primera noche. Sus pies sobre el salpicadero, la cara vuelta hacia el paisaje, mientras yo conduzco por el valle y ya se ve delante el cartel de Villacarriedo, en esa misión imposible de encontrar a Quique Morales en la vega del Pas que nos propusimos el día que íbamos a volver a Madrid.

No tuvimos suerte.

Nadie sabía dónde tenía la cabaña Morales, o no nos lo querían decir. Uno de los mejores músicos del país, de los pocos que habían mantenido vivo el blues de los ochenta —y el que promovió en los noventa la creación del FIBB de Béjar—, se escondía en Cantabria y nadie sabía nada de él. Tres años sin sacar disco, además. No teníamos ninguna esperanza, y encima había mentido, apenas había escuchado ninguna de sus canciones cuando Manu y yo nos conocimos. Pero me apetecía estar unos días más allí, el calor en Madrid es insoportable en cuanto empieza el verano. Hoy ya hasta Villacarriedo es más un tiempo que un lugar. Y de todo eso solo quedan algunas fotos que hice y que no hice, un álbum de imágenes sueltas. Es lo mismo que me pasa cuando hago por recordar los nueve meses de la beca de Islandia o los seis años que viví en Colombia. Los viajes en el tiempo no son lo mío. Creo que es por deformación profesional: se puede fotografiar el pasado, pero solo aquí y ahora. Lo mismo va para el futuro. Y lo demás son efectos especiales.

Estoy sentada en el suelo. Tenemos el salón lleno de platos y vasos sucios, comidas y cenas sin recoger, como si se nos fuera muriendo la casa. Todo parece fuera de lugar. La noche se mueve al otro lado de la ventana como un glaciar, muy lentamente, muy poco a poco, con un crujido

particular que aquí llamaríamos sencillamente «silencio», pero para el que sin duda, en otros lugares, habrá más nombres. Es como una hora mágica permanente, sin sombras. Como si fuera otra Irene en otro Madrid. Desde el cuartel general no puedo saber a qué otro tiempo daba hoy la puerta por la que ha salido Manu, y hasta donde sé podría estar muy lejos, en 2016, en 2013. O yo qué sé.

Lo primero que hicimos en Villacarriedo fue intentar localizar el Corvette de los videoclips de Morales. Manu iba señalando los lugares, pero las preguntas me las dejaba a mí, porque, a pesar de dedicarse a las entrevistas o lo que sea que le mande Chema en *Jukebox*, es más bien paradito. En su defensa, yo hacía poco que había vuelto de Nepal y estaba bastante eufórica con la gente. Hice fotos tremendas. Una estación de servicio grande había sufrido un alunizaje muy cerca del pueblo; los trozos de cristal alrededor de los surtidores, los coches de la Guardia Civil atravesados en la entrada de vehículos, con las luces puestas. El contador del Suzuki estaba a menos de una raya de la reserva y nos dimos un susto de muerte.

Alunizajes en los pueblos pasiegos. El fin del mundo.

Incluso allí, en Cantabria, estabas conmigo a medias. Acabábamos de dejar Santander, apenas nos conocíamos, ahora que lo pienso, pero era el principio de algo, y esta es la foto: yo me asomo por la ventanilla del conductor mientras tú posas, repostando, un poco tímido; te salió la risa y entonces cambiaste la postura. Hay un aire fuerte. Te dije que no me miraras, pero te costaba. Tienes los ojos achinados por el viento, la manguera vibra en tu mano y apoyas el otro brazo en el capó negro del coche. Al fondo se yerguen las montañas verdes del Pas. Sé que solo me miras a medias, porque de alguna forma estás mirando a la vez hacia atrás, quizá a otra chica; no lo sé porque en esa foto todavía no sé nada de ti. La pose del bohemio con la santa camisa *beatnik* de tus conciertos, la barba incipiente, una actitud melancólica y pausada a lo Jon Snow entre salvajes u Obi Wan en Tatooine: Manuel Valero, sin sombras, a la hora mágica.

Un pringado mono.

Manu no sabía lo que era la hora mágica hasta que le enseñé las fotos de Islandia. En las noches blancas, la hora mágica, o sea la hora sin sombras, se alargaba. Se llama también «la hora azul». A él le parece más bonito así, por las asociaciones con la nostalgia y con el jazz. Es una putada, pero tengo un novio marca ACME que identifica la belleza con la tristeza, y conozco a muchos tíos así, y, por mucho que lo quiera, a veces resulta agotador. Estropea las fotos, punto. Pero ¿no debería haber un momento así en la vida? Un *instante decisivo* sin sombras para nuestras decisiones, una especie de hora mágica existencial. ¿Será esta la mía?

Es muy difícil dejar de supervisarse y dialogar con una misma. Nos han enseñado a creer que cuando asumimos ciertas responsabilidades las asumimos para siempre, y que cuando nos comprometemos con algo lo tenemos que hacer hasta el final, aunque ya no compense, aunque nos amargue la vida. Es lo que pasó con mi madre. Pero la verdad, al final, es que unas veces nos necesitamos y otras no.

Y que a veces son las dos cosas a la vez.

Me acaricio las plantas de los pies para quitarme el polvo pegado. Estoy sentada como una comanche en medio del salón, me gusta sentirme entera en mi casa: el polvo en la planta de los pies, el frío del parqué en los muslos, el aire que entra y sale de mi cuerpo. Suena a que vivo a dos pasitos del *mindfulness*, pero es solo que, cuando me siento aquí, casi parece que la pintura de las paredes se moviera como la superficie de un estanque. Me ayuda. Si tuviera a Manu

enfrente, le diría que me voy. O no. Ahora mismo sería capaz de decirle las dos cosas a la vez y ahí se las apañara. Me gustaría sacarle del *time loop*. Me gustaría que dejara de darle vueltas a todo aquello porque solo así podré salir también yo de este bucle que ni siquiera es mío, y quizá mirar hacia delante juntos. Por una vez.

Esta noche voy a decidir si nos tomamos la pastilla roja o la pastilla azul.

Sé que tú elegirías la azul. Por la nostalgia. Por el jazz. Pero no estás.

Tres

*Puerta del Burma Club, Lisboa, Portugal
27 de octubre de 2019. 6:30*

Jota se sentó en los escalones de piedra y apoyó la espalda contra la verja metálica del local. Herberto, el portero del turno de sábado, un armario recién llegado de Río, se despidió de ella con la mano desde la esquina del paseo marítimo; su piel negra lo era tanto que se confundía con la noche y con el negro de la camiseta negra que desde hacía años debían llevar los empleados del Burma Club. Hasta 1985, el Burma había sido un tugurio clandestino donde se daban cita marineros, criminales de poca monta y traficantes de arte, y se decía que el pianista Giacomo Dolphin, desaparecido en el 87, le había dedicado una canción. La muerte de un ciudadano estadounidense en las vías del tren y un extraño incidente en los cuartos privados que se trató con discreción, pero del que se sabía que había involucrado un arma de fuego, obligaron al dueño del Burma a echar el cierre hasta que fue restaurado y convertido en discoteca a principios de los 2000. Entre semana, como en los otros locales de Alfama, organizaban espectáculos de fado y tenían portero y tres camareros en barra que, como Jota, eran personas curtidas, pues la antigua clientela aún merodeaba y se mezclaba en la pista de baile con turistas borrachos y estudiantes Erasmus con demasiada pasta.

El rótulo de neón rojo se encendía y apagaba a intervalos sobre la cabeza de Jota, alumbrando el empedrado mojado por la lluvia y el muro de enfrente, un muro alto, blanco salvo por las manchas de orina bajo los balcones vacíos. Sacó de su riñonera el tabaco y se lio un *kretek*, el único vicio que conservaba de sus días de traficante. De traficante y de consumidora, para qué ocultarlo. Era probable que empezara a llover otra vez y no le apetecía subir las cuestas del barrio bajo el diluvio, resbalándose con las botas negras que también formaban parte del uniforme del nuevo Burma, así que se levantó después de dos caladas y echó a andar. Era lo único a lo que Jota no se había acostumbrado todavía: a ese afilado empedrado lisboeta que se le clavaba en las plantas o le hacía resbalar, y que a menudo la obligaba a usar el primer tranvía del día los jueves y los viernes, cuando le tocaba quedarse y limpiar el *club*. Recordaba las calles de la medina de Tánger mejor pavimentadas que las de Lisboa: había pasado allí casi un año y nunca le habían dolido los pies; tres meses en Portugal le bastaron para sufrir una fascitis crónica con principios de artrosis, aunque en eso tenía mucho que ver la coca, según Malena.

Jota pensó en ella mientras subía con esfuerzo el Beco do Mexias, ahogándose, pero sin renunciar al cigarro. Malena estaba a punto de salir a trabajar. Tenía que dar masajes a dos señoras, a una en las piernas, por las varices, y después había cogido cita un cliente habitual de los domingos, un abogado mayor que vivía cerca de ellas y que solía pedirle algo más que un tratamiento muscular. Pero a Jota no le importaba, necesitaban el dinero, y Malena estaba acostumbrada a los señores como él. Si se daba prisa, podrían dormir una hora juntas, calculaba,

y luego Jota tendría otras dos, más o menos, hasta que se despertara Lucas, el hijo de Malena. Después, lo de todos los domingos: el desayuno, leche con una cucharada de cacao y otra de polvo de cereal, los dibujos o *canções de ninar* en YouTube y bajar con el carrito al parque si hacía bueno, que no lo iba a hacer, así que más dibujos.

Jota se paró en las escaleras de la iglesia de São Miguel para coger un poco de aire y descansar. El pelo se le había rizado mucho por la lluvia de los últimos días, más de lo que ya se le rizaba con la cercanía del mar. Caracoles violetas le caían sobre los ojos, se le enroscaban en la nuca. Jota se había dado cuenta hacía dos noches de que empezaban a verdear: pronto tendría que teñirse de nuevo. No había tráfico todavía, solo un runrún de conversaciones trasnochadas muy a lo lejos, que el eco de los callejones hacía más cercanas. El sonido de algunos pasos perdidos. Se apartó el flequillo y miró el cielo sobre las torres de la iglesia, sobre la ciudad que a su vez se extendía en vertical, trepando la ladera hacia la luz dorada de la que era espejo la garganta azul del Tajo.

Jota no echaba de menos Madrid. No echaba de menos España ni el mundo que había dejado atrás. Malena, Lucas, el Burma Club y un *kretek* de vez en cuando; eso era todo lo que necesitaba. Y sin embargo, en los últimos años, desde Tánger, desde que se había despedido de Tania en aquella casa de la medina, por alguna razón que ella no alcanzaba a adivinar, amanecer tras amanecer se había ido sintiendo cada vez más triste y se había estado acordando episódicamente de su familia. Por qué ahora, después de tanto sin hablarse con ellos, a los que solo había visitado para pedirles dinero cuando escapó con Tania, eso Jota no lo sabía. Tal vez porque Tania le recordaba mucho a su hermana. O tal vez porque ahora Jota era una especie de segunda madre para Lucas. O tal vez porque se hacía mayor. Jota, las cosas como son, no pensaba en ello demasiado. Estas ideas eran, para ella, como cerillas. Ardían un segundo en su mano y después las arrojaba a la piscina.

Cuatro

Creo que nunca había visto el barrio tan vacío. Aunque no es eso, no del todo, quiero decir. Estar sola en Madrid es una de las peores formas de estarlo. Y lo que siento es un hueco silencioso, un agujero que ocupa todas las calles como un esqueleto inmenso. El silencio de Madrid es una pared blanca que está siempre a punto de mancharse. El silencio de Bogotá era distinto: parecía que se había ensuciado ya y se frotaba con desesperación.

Estuve allí de los once a los diecisiete, estudiando en el Instituto Español, antes de volver a España con mi madre para acabar aquí el bachillerato. Mantengo el contacto con MJ, que más o menos retomamos en primavera, cuando se casó. Y con Carolina y Garay, que fueron a la boda. Aunque sigo pensando que MJ me invitó solo para que hiciera las fotos. Aun así, fue lindo volver, verlas, recordar la ciudad.

Lindo.

Se me escapa como si escuchara a MJ diciéndomelo al oído. Me acuerdo mucho de eso, del acento. A mí se me pegó un poco, el seseo, la melodía, solo un poco, y todo eso lo perdí luego cuando volví a Madrid con mi madre y con mi hermana. Mi padre volvió no mucho después, pero como yo ya vivía con mamá, y como ellos no se tragaban, apenas lo veía. Y, para ser honestos, él tampoco hacía mucho por verme. El caso es que cuando pienso en esos años me dan ganas de subir y bajar la Once, donde teníamos la casa, de recorrer el parque de la 93, las callecitas de Santa Fe y La Soledad donde creo que aprendí a hacer fotos. He crecido con ese mito personal, por lo menos. En La Soledad, me acuerdo, nos colamos en una discoteca. Acababa de cumplir quince. A MJ casi se la lleva un tío, y se la hubiera llevado de no ser por el primo mayor de Carolina, que estaba allí y nos vio y nos sacó. MJ estaba hecha una mierda e intentó entrar en el baño de hombres para evitar la cola. Si quieres entrar tienes que darme un beso, le dijo el cabrón. Y ella, que se meaba como en su vida, se lo dio y pasó corriendo. Después, en la pista, el mismo idiota trató de convencerla para que saliera con él a la calle y ella se negó, pero empezó a arrastrarla. El primo de Carolina la trajo de vuelta al rato. Puede que ese episodio también tuviera algo que ver con que mi padre me mandara a Madrid.

Ahora volvería.

De todas formas, primero tengo que decidir qué hago con *Jukebox* y con lo de África. No se lo he dicho a Manu todavía. Quería hacerlo esta noche, pero durante la cena él estaba en su mundo y no tenía ganas de darme cabezazos contra el muro de siempre. La última vez que me sentí así de acorralada, en casa de mi madre, me salvó la beca de Islandia, justo antes de que me fichara José María, en 2014. Mi padre se había vuelto a marchar, esta vez a Turquía. Y allí sigue, con su nueva familia. Y mi madre y yo habíamos discutido hasta los gritos, por mi hermana, otra vez. Ella se había largado de casa un año después de que yo volviera de Colombia y se había ido distanciando

de nosotras cada vez más hasta desaparecer del radar. Y eso tensó mucho la relación con mi madre, porque era un poco lo de siempre con los favoritismos: a fin de cuentas, la que se había criado con ella era mi hermana y no yo. Yo, de alguna forma, era un cachorro que apeataba a mi padre, una cría de cuco.

Así que se tensó la relación con mamá.

Llevaba dos años trabajando en el Vips de La Vaguada, ahorrando para independizarme, y dos semanas sin hablarme con mi madre. Iban a ser nueve meses de estancia y al principio se asustó porque creyó que estaba embarazada y me iba a parir a saber dónde. Mi madre era así. Sin esperar respuesta de ninguna clase, le dije que a mi vuelta no me quedaría en casa, que me iría, que haría lo que fuera por vivir sola. Vendería mi cuerpo de ser necesario. Eso le dio igual —que me independizara y que amenazara con prostituirme—: se había puesto muy contenta por lo de la beca de fotografía.

Si es que no era mala. Era Aries.

Tenía un carácter de mierda.

Total, que dejé el curro y varios meses de sueldo se me fueron solo en llegar a Seyðisfjörður. Los vuelos a Reikiavik no son nada baratos y allí no hay temporada baja por culpa de los turistas que viajan en invierno para ver la aurora y que no reparan en gastos con tal de llevarse la fotito. Y fue más caro todavía, porque tuve que llevarme la cámara y todo el equipo que yo había previsto en la solicitud y eso era un extra. Después, desde Reikiavik tuve que ir a la otra punta de la isla, a los fiordos orientales. Las carreteras junto a los glaciares estaban enterradas en el hielo, o sea que había que alquilar un *monster truck* y pagar depósito, seguro obligatorio, seguro antigraiva —que es también obligatorio en el este de la isla porque no hay asfalto—, gasolina y el sueldo de un conductor con el título oficial para conducir por ahí. Y ni así me podían asegurar que llegara a tiempo o que no nos quedáramos atrapados en Vík. ¿Vamos a llegar o no?, pregunté. Es peligroso, me dijeron, las carreteras están cubiertas de nieve, el río se ha desbordado y ha congelado parte de la ruta, etcétera.

En resumen, mucha pasta y cero garantías.

La solución *low cost* fue coger un barco que bordeaba la costa sur. Cerca de Islandia, el mar es del color de la cerveza negra, por la arena volcánica en suspensión, y se pueden ver las aletas caudales de las ballenas emergiendo en las bahías. Me disfrazaron de capitana Pescanova, con las gafas, los guantes, el *outfit* completo. Fueron quince horas de viaje que pasé abrazada a una taza de chocolate caliente en un equilibrio muy precario. También en el barco hice las primeras fotos del proyecto. Los islandeses y su tierra. Los islandeses y el hielo. Los islandeses y el fuego. Los islandeses y el mar. Los islandeses y las jodidas carreteras con nieve que solo recorren los cazadores de auroras boreales con seguro antigraiva y mucha pasta en el banco, porque yo, desde luego, no. En Seyðisfjörður pasé nueve meses, con el fiordo bloqueado por las heladas. No llegaban ni los barcos ni los *monster trucks*. El Muro, lo llamábamos. Así que en mi serie aparecen solo los habitantes del pueblo y mis compañeros de la beca. Ese fue el proyecto que al año siguiente llevé a La Magdalena de Santander con Estela Fey, de Galicia, que había hecho algo parecido a lo mío, solo que en la Patagonia. Amaia Lobos fue la comisaria de la exposición. Aparte de una reportera famosa, testigo de varias guerras en África y cronista de las dictaduras del Cono Sur, Lobos es una de las mejores fotoperiodistas de España y ha tenido varias portadas en *National Geographic*.

Hace poco me enteré de que también ha sido guionista de varios documentales. ¿Cómo se es guionista de un documental? Los guionistas de documentales viven entre nosotros y no lo sabemos,

son como los traductores y los correctores editoriales.

Reptilianos. Masones.

Profesionales del ninjutsu en la cultura de masas.

Luego Estela me dio el contacto de varios magazines en Madrid para echar el currículum y por ella llegué a José María. Habían sido compañeros en *Scherzo*, antes de que Fey se dedicara a la fotografía documental. Creo que somos las únicas que sabemos que José María se quiere hacer implantes capilares. Todo el mundo me cuenta siempre sus movidas, y yo no me lo busco, en serio. Lo que importa es que así, con ayuda de Estela, entré en *Jukebox*. Y ya van un poco más de cuatro años en la revista. No es grave. Muchos empezaron así, haciendo fotos en *Harper's Bazaar* y en sitios peores.

¿Adónde ha ido Manu? No sé en qué piensa. Él tampoco sabe en qué pienso yo, pero no creo que piense en qué pienso. Da por hecho que estoy dormida. No sabe nada de lo de Lobos. No sabe nada del macuto que empecé a hacer ayer y que dejé sin terminar porque no me decidía a hablar con él.

Cuando le conocí no sentí nada especial, eso es un hecho; y dudo que a él le pasara algo distinto, así que no montemos el dramita. Fue algo gradual, a más desde que nos dio por buscar a Quique Morales. Nos liamos de vez en cuando en Madrid. Nos gustamos y acabamos viviendo juntos aquí. Él era como Cable, el viajero en el tiempo de X-Men, o sea un gilipollas. Y yo era una Fuerza Fénix que se acababa de independizar y trabajaba en lo que le gustaba, a punto de ganar un premio importante, de vuelta de una beca importante, con ganas de todo. No sé cómo después me acabé enamorando de ti, capullo, que me dejás destapada cuando te largas y me quitas el puñetero vaso de agua y ni siquiera te preguntas si todo va bien entre los dos.

Ahora la música suena ahogada en el salón, al otro lado de la pared. Solo llego al altillo subida a la cama y de puntillas. Tiro de las correas y atrapo el macuto al vuelo. Lo tengo medio lleno. O medio vacío. A la mitad, en resumen. Como decía mi madre: soy realista.

O lo intento.

Me parezco mucho a mamá, aunque me joda reconocerlo, porque implica reconocer de paso que me parezco mucho a mi hermana.

Hasta ahora no había caído en que el macuto me lo regaló Manu cuando decidimos hacer juntos el Camino de Santiago. Han pasado dos veranos y seguimos sin hacerlo. Al principio porque Marta y su marido iban a apuntarse, pero no podíamos dejar a Chema solo en *Jukebox*, sin sus dos redactores y su única fotógrafa, así que tuvimos que repartirnos las vacaciones. Y este verano, justo cuando parecía que podríamos hacer algo los cuatro, murió mamá y, en resumen, no quise irme y Manu no quiso dejarme sola con el panorama. Hay que concederle que hasta ahora siempre había estado conmigo cuando tenía que estar. O casi.

Y mañana, hoy, tengo que darle una respuesta a Lobos y, si decido irme, coger el primer autobús a San Sebastián para conocer al equipo. Cuando me llamó para preguntarme si quería formar parte de él, hace dos semanas, solo le dije que no conocía África, así, como si Egipto fuera lo mismo que Madagascar. Un poco embarazoso soltarle eso a Amaia Lobos, aunque no estoy segura de si me entendió bien, porque está ya muy mayor y oye regular. En cualquier caso, le dije que sí, que me encantaba el trabajo, pero que eran cuatro años fuera y necesitaba pensarlo bien, que acababa de morir mi madre y tenía que pensar.

Era la verdad. Hace dos meses que murió.

Y por eso quería hablarlo hoy con Manu, pero no sabía que iba a tocar viaje al pasado. Y ahora estoy otra vez entre la espada y la pared. Con este percal: un macuto a medias. Aún estamos a tiempo de hablar y de tomar decisiones juntos. Porque tengo la sensación de que hace siglos que no tomamos una decisión juntos. O que no tomamos una decisión en absoluto. ¿Por qué íbamos a hacer el Camino de Santiago? Ninguno de los dos somos religiosos. Yo creo en Dios, pero no en uno así, creo en el otro, el que tiene nuestro tamaño, el que aparece en las fotografías de Iturbide y en las canciones de los sesenta. Así que, ¿por qué el Camino de Santiago? Hay una ruta parecida en Japón, lo vi hace poco en un *post*. El Camino *shinto* de Santiago, a través de bosques y montañas japoneses; una pasada. Y también en Córcega hay una ruta genial que va de un extremo a otro de la isla. Y están Nepal, Siberia, Egipto, Mozambique, Vietnam, Australia.

Pero no tenemos un puto duro, hablando claro.

A mí, lo que me gustaría de verdad sería tener cien mil euros y un avión. Y despegar. Y que la Tierra se viera cada vez más pequeña. No ser nunca más Ire-al-rescate de nadie. Tuve suficiente con lo de mi madre. Y no más bucles temporales.

Sin espadas, sin paredes. Atravesándolas como Gata Sombra.

Sin tener que elegir.

Pattern 35

Boqueo como un pez para decir lo que nunca es suficiente. Quiero salvarme. Separo despacio los labios, soplo famélica y después doblo la lengua nada como un pez y otra vez mi voz es una arteria abierta, una puerta sin cerrojo, una flor de vidrio verde que vibra y reverbera en sus escamas. Escúchame.

Te estoy llamando esta madrugada —de un azul casi de la infancia— cierro la ventana nadie responde nadie escucha la llamada nadie en el colchón *lipstick* y saliva en la almohada restos de sangre de luciérnaga olor a champú de hotel la huella exacta de mi sudor húmeda y pesada como un pez bajo la manta. Solo quería salvarme.

Siempre confundí los trozos de cristal
con las piedras preciosas el frío
con la nieve los besos
con el amor.

Seis

Voy a daros un respiro y a contaros una historia. Es una historia rara, porque aparentemente no tiene nada que ver con la nuestra, o al menos, desde luego, no con la mía. Y no es una historia que yo haya podido oír en ningún lado. Pero aun así os la voy a contar.

Empieza como un chiste: un argentino va y entra en un bar mexicano.

El bar era en realidad el bar de la gasolinera La Joya, una modesta estación de servicio en el kilómetro 29 del Corredor Tijuana-Rosarito, carretera 201 de Baja California, México. Era el día 7 de septiembre de 2014, acababa de anochecer y el argentino, exhausto, entró arrastrando su maleta. En una esquina había un viejo con pinta de guiri jugando a las cartas con otra vieja (no sé si jugaban o no a las cartas, pero ahí estaban, y la imagen encaja bien con el rollo *western* que intento montaros), y tras la barra, un señor de mostacho al que apodaban Barranco, por su altura. El verdadero apellido de Ángel no lo sabemos. Barranco es el nombre que le pusieron cuando trabajaba en la frontera, y es el nombre que se le quedó. Sonaban rancheras mexicanas, qué típico; pero es como fueron las cosas.

Así que el argentino entró en el bar mexicano, se sentó en la barra y dijo:

—Buen día.

—Buen día —respondió Barranco—. ¿Para tomar?

—¿Tenés cerveza?

—¿Y tú varo?

—Sí.

—Pues yo cerveza tengo la que ocupes.

—Entonces dame una bien fría.

Esta conversación, que podría parecer banal y forzada, y que no voy a negar que en alguna medida pudo serlo, fue sin embargo fundamental para que Barranco, al servirle la cerveza a Leonardo Espacio, le preguntara el nombre. Una, dos palabras menos, una respuesta más seca o una actitud más taciturna por parte de Espacio, y Barranco lo habría dejado estar como a cualquier borracho de las haciendas circundantes o como a cualquiera de los gringos que se hacían a diario el Corredor hasta la playa de Rosarito. Pero volvamos a la historia, porque que Barranco le preguntara el nombre a Espacio fue a su vez fundamental para que Barranco bromeara con él.

—Un gusto, Leonardo. Yo soy Ángel, pero me dicen Barranco. ¿Es argentino?

—De Buenos Aires.

—¡Cheeee, argentino, boludooo! ¡De qué planeta viniste! ¿Ah?

—Sí, ese soy, no sé cómo supiste. El mismito Barrilete Cósmico.

—¡Ja! Eso es... ¿Turista?

Y sin la complicidad del chiste, Espacio no hubiera dicho la verdad:

—Estoy de paso, busco a alguien.

—En quince años de mesero no vi un solo vato acá que no buscara a alguien. ¿Cómo te

llegaste? ¿Tienes carro? ¿Te dieron raite?

—Hice autoestop en la estación y luego otra vez en la salida de Tijuana, y a los últimos les tuve que pagar, pero me trajeron. Eso al menos, ¿no? ¿Qué es raite?

—Pues eso es raite. Acá, toma.

—Muchas gracias. ¿Te puedo pagar con dólares?

—Arre. Ten cuidado de todas formas. A veces a los turistas se los llevan al desierto y los madrean, y luego los dejan allá. ¿Viniste de San Diego?

—Vine de Riverside, pero sí pasé por San Diego. Estuve dando vuelta por California.

—¿Y te gustó?

—Mucho. ¿Vos lo conocés?

—No, pero casi. ¿Sabes lo que es un coyote?

—¿Un lobo?

—Sí, pero también se le dice así a los que pasan gente al otro lado. Los narcos hacen túneles y los abandonan después. Los coyotes van allá, se aprenden el camino y la gente les da varo para que los cruce, aunque hay que andarse con cuidado, porque algunos coyotes lo que hacen es aprovecharse para robar.

—Me estás cargando.

—Neta. Yo mismo fui talonero de uno un tiempito, de morro, en Tecate. Y te digo: la mayoría de los que cruzan se quedan en California.

—¿Y la policía no los agarra?

—A veces. De normal, los gringos los matan y los lanzan al mar. 'Ora, el mío era bueno, siempre guiaba por el celular, él nunca se bajaba. Menos riesgo para los dos.

—Poneme otra de estas. ¿Y qué pasó con el tuyo?

—Con el mío pues pasó que un día sí se metió al túnel. Y ya no volvió.

—Y vos lo dejaste, ¿no? Lo de talonero.

—Sí. El coyote era mi hermano. Esa vez intentaba pasar a nuestra hermana. Ten.

—Disculpame, no debí preguntar, no sabía.

Barranco mentía, por supuesto. Él era el coyote y su hermano era el talonero, y fue su hermano el que jodió el plan el día que pasaron a la hermana. Se metió entonces en el túnel para intentar traerla de vuelta y acabaron agarrándolos a los dos, pero Barranco no los siguió. Él sabía lo que hacían las patrullas. Había dos opciones: o que volvieran a aparecer en un par de semanas, o que ya nunca volvieran, pero no se quedó a comprobarlo. Hizo las maletas, se largó a Tijuana y buscó trabajo en las fincas. No sabe qué pasó con sus hermanos, pero da por hecho que nada bueno. No volvió a cruzar a nadie. Tampoco hablaba de ello más que en los términos en los que lo hizo esa tarde con Espacio.

—¿Y a quién buscas?

—¿Qué?

—Dijiste que buscabas a alguien.

—Busco a una señora.

—Ya veo. No juzgo, vato, a mí también me gusta que sepan lo que hacen.

—No es eso. Garriga se llama, me dijeron que vivía por acá, pero no encuentro la casa.

Barranco se quedó pensativo.

Le sonaba de algo eso de Garriga, pero no recordaba de qué. Mucha gente había pasado por La Joya, pero las familias de hacendados llevaban décadas siendo las mismas. O casi. Pensó en Laura. Ella, al fondo, repartía las cartas con Mr. Shepherd. Barranco, que se había encariñado un

poco con el argentino, le hizo un gesto que podía significar tanto «espera un momentito» como «tú quédate callado».

—¡Oye! ¿A ti te suena Garriga, Laura?

Pero Laura siguió a lo suyo. Las arrugas de su frente eran como lianas y se le descolgaban sobre los ojos, entrecerrados por la luz o la partida. La música no estaba muy alta. Espacio, que quizás entendió algo muy distinto de lo que Barranco había querido decir con su gesto de antes, se metió:

—No quiero molestar —pero molestó, porque se levantó y habló muy alto; Laura estaba en la esquina opuesta del local—. El rancho de allá enfrente es el suyo, o eso me dijeron, ¿no? Capaz me confundí de Tijuana o algo.

—¡Eh, Laura! ¿'Ora eres doña Garriga o qué?

—¡Ya cállate, Barranco! ¡Y ponme otra pachita y cambia la pinche rola de una vez, estoy hasta la madre de tus pinches huapangos! ¿Quién pregunta? Acércate.

—Soy Leonardo Espacio.

—Pues muy bien.

—¿Puedo sentarme acá? —señaló la silla libre que había entre Mr. Shepherd y ella—. ¿Es usted la señora Garriga? Conozco a su hijo, Ernesto, somos amigos, nos conocimos en San Diego. No sé si alcanzó a avisarla de que quizá vendría, o si le dijo algo de mí...

—Deja de ustedearme, no te sienta.

—Claro, disculpame, es por costumbre, mi abuela me hacía llamarla de usted a ella, imagínate a los otros.

—¡Barranco! ¿Oíste? ¡Este pendejo me dijo abuela! ¿Pues qué es eso, muchacho?

—¡No te lo creas! —rio Barranco—. ¡Estás bien morrita!

Mr. Shepherd asintió con una media sonrisa.

—Eso. ¿Ah? Aprende. Barranco y Mike son unos caballeros. No conozco a ningún argentino. Chilenos sí, cuando era más joven había un montón de chilenos en México, por Allende primero y luego por Pinocho. ¿Pero argentinos? Argentinos no conozco ninguno. ¿Qué chingadas haces acá?

—¡Anda buscando a una morra, Laura!

—No, yo te buscaba a vos, señora Garriga.

—Dijiste que eras amigo de Ernesto, ¿sí?

—Sí, lo conocí en un concierto en agosto. Mi novia y yo estuvimos con él en Riverside y nos habló mucho de su rancho, de su hacienda acá en Tijuana.

—¿En Riverside?

—Sí, en casa de otro amigo de su hijo.

—¿Amigo? ¿Te refieres a Ian? ¿Oíste, Barranco? ¡Dijo que Ian y Ernesto son amigos!

—¿El Diablo Azul y el polaco de la verga? Son novios, vato. Jotos.

—¿Viste a las morras entonces?

—Conocí a Valeria, es un encanto la mina. Estuvo en la casa de Ian con nosotros.

En este punto, Mr. Shepherd dio unos toquecitos en la mesa para llamar la atención de todos. Incluyó la cabeza en señal de despedida, dejó la baraja y se levantó. Pagó a Barranco en la barra, se dieron la mano (imagino los tatuajes asomando por ambos antebrazos), y, mientras se calaba el sombrero, sin decir una palabra, salió de La Joya. El silencio permaneció, denso, en el bar hasta que se cerró la puerta. Fuera ya no había luz.

—No es personal. Mike no tiene lengua —Laura se encogió de hombros—. ¿Y a ti qué te pasó en la nariz?

—Nada.

—Tuvo bronca cuando le dieron raite.

—Una poca, pero fue antes. Un tipo me atacó.

—Está gacho, amigo, se te puede infectar.

—No, ya me lavé.

—Como se te infecte, Barranco te entierra detrás. ¿Tienes un cigarro?

—No, no fumo.

—¿Tú tienes, Barranco?

—No. ¡Y tú lo dejaste, acuérdate!

—Ay, ya cállate, nadie sabe cómo le suena su voz al otro en la cabeza. ¿Y tú qué quieres, Leonardo Espacio? ¿Era así? ¿Espacio?

—Sí, señora. Espacio. Estoy viajando por mi cuenta y pensé en venir a saludarla, charlar un ratito, saber qué hacés vos acá.

—¿Yo? Yo soy la reina de Tijuana. ¡Barranco! ¿Quién soy yo?

—¡La reina de Tijuas!

—Pues ya lo viste. Te agradezco la visita, muchacho, es un gesto muy lindo de tu parte que vengas a saludar. Pero no soy una morrita a la que puedas tener mareada la noche entera, ¿ah? Y ya me jodiste la partida. Así que, a ver: ¿qué chingadas quieres? ¿Pasar la noche? ¿Plata? No hay mucha acá, la reina de Tijuana es pobre. Como no quieras robarte una cabra, o libros...

—¿Qué? No, claro que no. No vine a robar nada.

—Y a qué.

—¿A qué?

—Que a qué viniste.

—Okey. Mirá, es como dijo Barranco: estoy buscando a alguien. A mi novia. Tania se llama. Es la que estuvo conmigo y con Ernesto allá en San Diego, una mina española, más o menos así de alta, veinticuatro años... En fin. Desapareció y pensé que quizá se vino acá porque Ernesto nos habló mucho de vos, eso es como te digo, todo lo demás es como te dije, por favor, no pensés mal de mí porque no tenés que preocuparte por nada, podés llamarlo a Ernesto y preguntarle si querés, señora Garriga.

—Te dije, no me preocupo, pero soy vieja, no tonta. Y no soy la señora Garriga. Garriga son solo mi hijo y su papá, que se murió. A mí puedes decirme Laura.

—¿Esa de allá no es la hacienda Garriga?

—No. No hay hacienda Garriga. Es el rancho Merillo. Juan Merillo era mi papá y antes que mi papá era mi abuelo, y ahora es mía. Pero estás donde querías, muchacho. Y sobre lo que dices de tu novia, me parece que no puedo ayudarte, no sé nada de esa morra. Lo que sí puedo hacer es pedirle a Barranco que nos haga algo de cena.

Siete

La Fuerza Fénix y Abigail Arcane Holland son mis heroínas de cómic favoritas. Las dos son huéspedes de un poder terrible que no pueden contener: Jean Grey se convierte en el Fénix Oscuro y Abby es poseída por El Negro, la fuerza que encarna la muerte, y se convierte en la Reina Negra.

Ya. Suena un poco racista. Y también un poco a porno de los ochenta.

Pero he pensado mucho en Abby Arcane. Su marido, Matthew, tiene el poder de alterar la realidad cuando está borracho. Literalmente. Por ejemplo, en un número de *La cosa del pantano*, abre su mano y hace que sobre la palma le baile una chica desnuda, vaporosa, de color azul. Un *striptease* en miniatura. Luego la cierra y la chica se desvanece. Abby lo ve todo desde la puerta.

Manu también tiene la palma abierta y en ella baila una mujer de humo. Si él es Matthew, yo soy Abby. Y si soy Abby, soy, en el fondo, la Reina Negra. Imagino que esto de la Reina Negra lo sacaron de los hindúes. En la plaza Durbar de Katmandú había una representación gigantesca de Kali, la Diosa Negra de la muerte, que se vino abajo cuando los terremotos de 2015. Yo estuve allí durante un mes; pedí un permiso a José María, junté los ahorros y me planté en Nepal yo sola. A la semana y poco me uní a una cooperativa de fotografía organizada por los de Magnum y coordinada por García Rodero, que era amiga de Lobos. La ciudad estaba destrozada. Y cuando volví a Madrid sentí que estaba dándole la espalda a otra Irene que se había quedado entre los escombros del hotel de Thamel que usábamos de base y en el que viví un mes. Esa es la Irene que tiene las riendas de su vida, la que cruza los puentes.

Y eso es justo lo que me ofrece Lobos: esa Irene.

La expedición empezaría en Sudáfrica a finales de diciembre, para ir con el verano. Seguiríamos los trenes de las minas hasta Botsuana y Mozambique, y para junio estaríamos cruzando de Zimbabue a Zambia. Los siguientes dos años serían entre Tanzania y la República Democrática del Congo. El último es la vuelta a Ciudad del Cabo por Angola y Namibia. Amaia Lobos es la productora y nos ha dado un título provisional: «Zona verde: un viaje por el sur de África». Veinte tomos monográficos de *National Geographic* con fotos mías y de otros diez fotógrafos de mi edad, casi todos salidos de la Human Rights Fellowship de Magnum. Y un documental en tiempo real dirigido por Estela Fey, su primer documental. Con guion de Lobos, se da por hecho.

Y después, si les gusto, contrato con *NG* y lo que yo quiera. ¿India? Puede. Brasil, joder, sería increíble.

Y volver a Bogotá.

¿Qué se me ha perdido a mí en África? Es mi madre, en mi cabeza, la que habla. Salta de vez en cuando. La respuesta es que quiero ser la fotógrafa que estuvo en Katmandú, en la trinchera, y no

la que se pasa los fines de semana echando el flash al sudor de los músicos en las primeras filas. ¿Se nos puede perder algo en un lugar al que nunca hemos ido?

Manu no se entera de nada. Anoche ni siquiera lo toqué. Me he hecho la dormida hasta que se ha ido, pero pensaba fingir la noche entera. No las ves venir. No espabilas. Hace unas horas me ponía enferma que me tocara, pero no quería tenerlo lejos. Llevo días intentando hablar con él, me quedaba mirándole a escondidas desde los marcos de las puertas, como Abigail miraba a su marido babear por el culo de una *stripper* de humo azul. Me obsesionaba estar guapa y que me viera, pero no soportaba la idea de que me dijera nada, lo habría matado si me hubiera dicho estás guapa, te sienta bien. Y los dos merecemos más que eso.

Voy a terminar el macuto.

La ropa que voy tirando al suelo levanta bocanadas de polvo, como si el parqué respirara. La noche ha empezado a diluirse. Hace tiempo que hay una especie de filtro de Instagram entre el mundo y yo. En el salón empieza una canción que desde aquí no oigo bien pero que es de las de *babe-I-love-you* y toda la pesca. Menuda nochecita. *I love you, babe. I love you so much.*

No le pegaría nada a Manu decir algo así. No me ha llamado «nena» en la vida y es más bien paradito para estas cosas. Pero ahora mismo escucho esta moñada y presiento que hay algo trascendental en todas esas canciones que dicen *I love you, babe*, un sentimiento más verdadero que el de todas las pedanterías que nos echamos encima, más verdadero que el de todas las fotos que he hecho hasta ahora. Pienso en las canciones de Janis Joplin y Billie Holiday, pero hay que reconocer que lo mismo esto que digo es una gilipollez, porque ambas lo pasaron fatal por amor, Joplin de hecho cantaba lo de Katmandú porque estaba a la espera de que volviera a casa un tío, no sé si el mismo tío al que llamaba *honey* o si otro distinto, el caso es que se pasó la vida así hasta que se mató; y lo mismo con Billie Holiday, que en la canción esa no se larga porque sabe que le rompería el corazón a su chico y que, en el fondo, mola que se las dé de bohemio y desaparezca a cada tanto. Acabaron las dos igual, *buried alive in the blues* por unos cuantos guapos tristes. Los peores.

I love you, babe. I love you so much.

I love you, cielo. Y tú sabes que te quiero. Pero ya no suena igual cuando nos lo decimos, no suenan igual los «cielos» y los «cariños». Las palabras de amor no deberían usarse para lo que se acaban usando en todas las parejas: reproches, llamadas al orden, formas condescendientes de dejarnos de amar por la boca poco a poco. Ahora tengo un contrato que firmar y no he podido hablar contigo, así que esta noche no estoy a los mandos. Yo esta noche solo disfruto del paisaje, *darling*, y hago algunas fotos para el álbum.

Ocho

*Largo de São Miguel, Lisboa, Portugal
27 de octubre de 2019. 6:45*

Jota dobló la esquina de la iglesia y subió las escaleras que conducen al callejón de la Corvinha. Las pisadas de la gente sobre los excrementos de palomas y gaviotas habían ido ensuciando con los años los escalones nacarados de São Miguel, ahora grises como la piel de una ballena vieja.

Jota notó una vibración en el bolsillo. Casi toda su ropa era de segunda mano y le quedaba ancha, o muy estrecha, o tenía parches, y los pantalones del uniforme no eran una excepción. Habían pertenecido antes que a ella a una empleada legendaria de ciento treinta kilos que murió de un infarto en un cierre del Burma, sobresaltada por la bocina de un carguero que salía del puerto. Era la primera historia que contaban. Los arreglos que Jota hizo para entrar en los pantalones fueron también motivo de especulación y fuente de leyendas. Sacó el teléfono y vio que era Malena. Le daba los buenos días, quería saber qué tal la noche. Jota podía imaginarla en la cama con el móvil, los ojillos casi cerrados, apenas despierta, haciéndose cosquillas a sí misma en el cuello y en el pecho, en las costillas, incapaz de incorporarse todavía, bostezando, un bostezo largo y leonino, de dientes que chocan después, mientras luchaba por no volver a dormirse y veía bajo el nombre de Jota el estado «escribiendo». Malena era celosa. Tenía miedo de que un día el pasado de Jota llamara a la puerta o de que una chica cualquiera, más joven, más firme, se la ligara en la barra y Jota los dejara solos a Lucas y a ella. Jota no le había dicho que también le iban los hombres, daba por hecho que Malena ya lo sabía porque Malena misma había estado casada, así llegó a Lisboa, pero no, ni lo sabía ni lo podía imaginar, por más matrimonios que firmara con hombres como su exmarido.

Jota contestó en portugués. La noche bien. Era mentira. Había habido dos incidentes. El primero con Azahara, una camarera preciosa que a veces bailaba y a la que tiraron una botella cuando se negó a quitarse las bragas en el escenario. Esa era la primera vez que pasaba algo así en el Burma y Jota esperaba que en unos meses fuera solo otra leyenda, como el caso de la pistola y el americano o el infarto de la camarera obesa. La botella le abrió la ceja a Azahara y la pobre por poco se desmaya. Después resultó que la ambulancia no podía llegar hasta la puerta y fue Jota la que la acompañó con ayuda de Herberto y esperó con ella en la avenida Infante, protegiéndola con su cazadora, apenas resguardadas de la lluvia bajo una cornisa. El de Azahara era uno de los *shows* preferidos de Jota. Nada en Azahara hacía pensar que pudiera ser trans, y nada es nada, pero esa noche un cretino se había fijado en sus bragas y había conseguido que la mitad del público la intentara desnudar a golpes, algo que habría ocurrido de no haber sido por la intervención de sus compañeras. Pero paletos, dijo Azahara bajo aquella cornisa, hay en todas partes.

El segundo incidente de la noche fue más extraño, más personal para Jota, y le dejó una sensación oscura y muchos malos recuerdos. Un hombre viejo, mucho mayor que los otros parroquianos del Burma Club, pero no tanto como para pensar que se había equivocado de sitio, bajó las escaleras de caracol que llevaban a la entrada. Jota lo vio desde la barra y de inmediato le dio mala espina. No por la edad. El local todavía era frecuentado por putas y no era del todo raro ver señores ir de una chica a otra con el fajo de billetes en la mano y una negraza mozambiqueña del brazo. Así se habían conocido Malena y ella. Pero ese anciano fue directo a la barra. Llevaba traje, algo también raro de ver últimamente en el local, que se empezaba a llenar de gente joven de todas partes de Europa y cambiaba lenta pero inexorablemente sus fados por *raves* de electrónica y *shows* como los de Azahara. Jota se olvidó. Estaba al otro lado de la barra cuando su compañera de turno, Luli, la llamó tirándole con cariño de uno de los rizos violetas de la nuca. Le dijo a Jota que el viejo hablaba español y que no se entendían. Así que ella fue hasta él, resignada, y le preguntó qué iba a tomar, así, algo mosqueada por el cambio de Luli cuando entre españoles y portugueses uno se entiende de sobra para pedir una copa, y resuelta a no participar de esa camaradería rojigualda tan vergonzosa que a menudo se falsifica entre compatriotas fuera de la patria y que a ella parecía exigírsele tan a menudo. El hombre tenía un ojo blanco. Un ojo nublado de pez de lonja, pensó Jota. Él la miró con el que conservaba sano y pidió en portugués. Su voz era cenicienta, una voz de cigarrillo y teflón quemado, y su acento más bien parecido al de Herberto: portugués brasileiro con algo castellano.

Jota sacó el botellín de cerveza cero-cero y se lo abrió, se lo dejó delante y le dijo el precio. Él le alargó un billete. Cuando le dio las vueltas, el hombre del ojo blanco se lo agradeció y la llamó «Jota». Ella, que ya estaba alterada desde que el hombre le había hablado en portugués, se asustó. No dijo nada, solo se asustó y se alejó, intercambió otra vez el sitio con Luli, le dio la espalda al hombre del ojo blanco. Pero el hombre del ojo blanco la siguió por el otro lado, apartando a los borrachos que se agolpaban en los taburetes. Cuando Jota se quedó sin espacio, él volvió a acercarse a ella y la llamó por otro nombre, esta vez alzando mucho la voz, pronunciando el inglés como lo pronunciarían su padre o su abuelo: «Junk Jules». Ella ya no lo ignoró, se inclinó sobre la barra y, muy cerca de su cara, mirándolo con fijeza, casi violenta, casi agresiva, al ojo bueno, le gruñó: ya no me llamo así, ¿quién eres tú?

El viejo le hizo una sola pregunta. Le dijo: una sola pregunta y me voy, niña; quiero saber dónde está Tania Almada. Dijo que era el representante en España de Impulse, el sello con el que Tania había grabado su disco hacía seis años. Pero Jota tenía olfato. Jota había reconocido el olor a policía. Había conocido a muchos, se había librado de muchos y había tenido que hacerle favores a más de uno. Así que con ese productor hizo lo mismo que había hecho siempre con la policía: mintió. Le dijo que la había visto por última vez en Madrid, haría ya cuatro años, a finales de 2015. Dijo: Tania me pidió ayuda para borrarse del mapa, pero no pude hacer nada, estaba sin blanca. Jota dijo que suponía que habría buscado apoyo en otra persona, que no sabía, y que sentía no poder ser de más ayuda. Lo despidió así. No hizo preguntas. No quiso saber cómo la había encontrado ese hombre ni por qué sabía que conocía a Tania Almada. Mejor no mezclarse. Mejor no saber y que así nadie supiera.

El viejo siguió bebiendo cerveza sin alcohol y le hizo más preguntas sobre su relación con Tania, gritando por encima de la música del Burma cada vez que ella se acercaba lo suficiente. Jota atendía, iba y venía, traía vasos vacíos de la pista, que seguía encharcada del humo artificial del *show* de *striptease*. No le contestaba. El hombre del ojo blanco se fue casi a la hora del cierre, cuando encendieron las luces. Herberto y Jota tuvieron que quedarse hasta más tarde

esperando a Azahara, que iba a pasar de regreso del hospital para recoger su parte de los beneficios más un extra por las molestias. Órdenes de arriba. Luli se quedó unos minutos haciéndoles compañía, pero tenía una cita y se disculpó con un beso y a toda prisa. Una vez se hubo ido Azahara, después de bajar del taxi y exhibir los puntos que le habían puesto en la ceja y que a la muy perra le quedaban hasta bien, dijo Jota, Herberto y ella cerraron el Burma Club.

A la salida, Jota se había sentido incómoda, como si alguien la estuviera vigilando. No era la primera vez que le pasaba. Ella sabía que sonaría a *thriller* malo de los que ponían en España a la hora de la siesta, pero había tenido la misma sensación en Madrid y más tarde en Cádiz los días previos a que Tania y ella cogieran el ferri a Tánger, y también durante su año en Marruecos, y no le gustaba. Por eso se había detenido a escuchar en los peldaños de la iglesia de São Miguel. Esa era la única ventaja que Jota le encontraba al empedrado de Lisboa: que nadie podía seguirte sin que te dieras cuenta.

Ahora que había dejado atrás Alfama y se acercaba a su portal patinando por el pavimento mojado de la rua das Olarias, Jota estaba más tranquila. Tiró el *kretek* al suelo y lo pisó antes de sacar las llaves de la riñonera. Empezaba a llover otra vez, eran días bipolares de otoño. Lo sintió por Malena, que pronto tendría que salir. Cerró el portal después de cerciorarse de que nadie andaba detrás, subió al primer piso y abrió despacio la puerta, tirando de ella hacia sí al girar las llaves y empujándola después, como si al mismo tiempo la sostuviera, para evitar que el travesaño inferior rozara el suelo. La puerta del apartamento de Jota y Malena era de madera, y muy vieja, y en los meses fríos, cuando llovía, se dilataba y al abrir arañaba todo con un ruido agudo que hacía llorar a Lucas con amargura inconsolable. Cerrar era más fácil. Rodeó el tendedero, que estaba ahí, en medio del salón, y desde el cual la ropa interior de las dos mujeres y algunas camisetas y calcetines minúsculos del niño goteaban sobre tres barreños de colores a rebosar de agua de otros días. Todas las habitaciones de la casa eran exteriores, y en orden estaban el salón, la cocina, el baño, la habitación y el cuarto de la plancha donde Lucas tenía la cuna. Desde el estrecho pasillo Jota cogió una manzana del frutero de la cocina, alargando la mano, y entró en el dormitorio. Malena dormía, a oscuras. Respiraba al borde del ronquido. Jota miró su reloj.

Dejó caer al suelo, junto a la puerta, la chupa de cuero y la riñonera. Le dio un mordisco hondo a la manzana, llenándose los carrillos. Masticó con la boca cerrada y los mofletes inflados mientras se quitaba los pantalones que una vez fueron los pantalones de una camarera de ciento treinta kilos y que ahora se ajustaban a sus caderas planas. Después la camiseta negra del Burma Club, las bragas, el sujetador *push-up* que se ponía los sábados cuando tenía turno largo y su jefe se pasaba a comprobar si todo marchaba. Dejó la manzana encima de la cómoda y se metió en la cama. Pegó su nariz fría al cuello de Malena. La besó. Empezó a acariciarla. De pronto, a la altura del pecho, sus dedos se toparon con un material frío y duro al tacto que sonó a plástico. Malena se había quedado dormida mientras usaba el móvil. Por eso ya no había contestado a los últimos mensajes. Jota la siguió besando, rozándole la piel con la punta de la lengua. La despertó con los dedos. Malena se apretó contra su cuerpo, todavía en esa frontera pegajosa que separa la vigilia del sueño. Dijo algo en makua por primera vez en mucho tiempo. Y se durmieron juntas.

Veinte minutos más tarde Malena se libraba del abrazo de Jota y salía de la cama. Se ponía la ropa que Jota había dejado en la puerta. Las bragas, la camiseta del Burma que le quedaba estrecha en el torso, el pantalón de uniforme de segunda mano que a ella sí le quedaba ancho a

pesar de los mil arreglos que hicieron. La chupa de cuero. Le dio un mordisco a la manzana, se llenó los carrillos. Antes de irse, colocó la riñonera de Jota sobre la mesilla y la besó en la frente, aplastando con los labios un rizo violeta. Al salir, Malena dejó la puerta del pasillo entornada para que la luz no molestara a Jota. Así Jota pudo dormir un ratito más, solo un ratito, hasta que Lucas se despertó llamando a su mamá, como cada domingo.

Nueve

Lo que de verdad quisiera es que de mí se dijera que, cuando miré al abismo y el abismo me miró de vuelta, no aparté la mirada. Ser una fotógrafa que fuera a su encuentro y que le diera dos golpecitos en el hombro para decirle hola, qué tal, sonríe a la cámara.

Hay dos tipos de superheroínas: las que llevan el abismo dentro, como la Reina Negra o la Fuerza Fénix, y las que no dudan en echarle un *serio*, como Wonder Woman, que nació del aliento de Afrodita con espada y escudo: servicio y liberación. Cuando era niña los superhéroes me daban igual. Mi padre solo me ponía en las manos revistas de moda de las que vendían en las papelerías bogotanas. Y no quiero sonar faltona, se las pedía yo. Y puede que sin ellas mi padre no me hubiera tomado en serio ni me hubiera comprado la Leica. No pienso en ello demasiado.

Manu, por ejemplo, piensa demasiado las cosas.

Aunque suele decir que el problema no es que él piense demasiado, sino que los demás a veces no piensan lo suficiente. Tócate los huevos. Él se refiere a que cuando le da demasiadas vueltas a algo, en general a cosas que ya no tienen solución, cree que no es obsesión suya sino problema de los que no lo hacen. Y lo mismo con los insomnios. Lo que él no entiende es cómo otros podemos echar el freno y no darle al tema tantas vueltas como él. Ojalá supiera qué decirle. No es una persona abierta, Manu. Prefiere irse de casa. Prefiere el frío a las púas de los otros, se siente frágil cuando los demás se le acercan demasiado, incluso si se trata de mí. Y no digo que sea algo malo ser frágil. En el taoísmo, la fragilidad es la propiedad de la vida. La dureza es la propiedad de la muerte. Hay que ser blando, como el agua, como en el anuncio de Bruce Lee. Yo voy mal, la verdad. Soy puntillosa, ordenada, crítica, muy seria con el trabajo. Y también, como nos decía García Rodero, torpe y algo lenta. Son tonterías.

Mi primer contacto con el taoísmo fue en Nepal, a través de un fotógrafo chino que llevaba sin pisar su país desde el año 89. Se hacía llamar Niebla del Bosque Marino, así, y había sido banquero en Pekín antes de exiliarse y dedicarse a la fotografía. Decía que era fotógrafo y banquero, fotógrafo y barrendero, fotógrafo y pescador, fotógrafo y albañil... Fue él quien me llevó la primera vez a los *ghats* de Pashupati en el río Bagmati, en Katmandú; llevaba más que la mayoría en Nepal, desde mucho antes de los terremotos. Volvió después a China por el Tíbet, y ninguno hemos vuelto a saber de él. Y tú, ¿qué fotografías?, me dijo una vez. Músicos de jazz, le dije. Estábamos apoyados en la baranda de la azotea de aquel hotel derruido que nos servía de base a los de la cooperativa. ¿Como Herman Leonard? Negué con la cabeza. Como Esther Cidoncha. Niebla del Bosque Marino le dio una larga calada al porro y, después de pensarlo, me lo pasó y me dijo: humo, y me enseñó los dientes. Apenas tenía encías. Sí, dije, mucho humo. Los cuervos de Katmandú son muy grandes, dan bastante miedo. Esos días los veíamos colarse por entre las ruinas y salir con el pico polvoriento y cubierto de sangre.

Últimamente he pensado mucho en Niebla. Estela volvió la semana pasada de hacer un reportaje sobre el tráfico de drogas en el mar Amarillo; pasó en nuestra casa la víspera del vuelo y fue la primera vez que me habló del proyecto de África, y sospecho que ha sido ella la que ha convencido a Lobos para que me llamara. Durante un tiempo fantaseé con la idea de visitarla en China, pero los planes se fueron al garete otra vez. MJ puso su boda en las mismas fechas y tuve que pasar esos días en Colombia, y luego Manu y yo fuimos a Róterdam y ya a la vuelta fue lo de mi madre. Me paso la vida leyendo sobre los lugares a los que quiero ir y sobre la gente a la que quiero conocer, pero nunca voy.

Joder, a veces me parezco demasiado a ella.

Le gustaba comprarse guías de viaje. La biblioteca de nuestra casa estaba repleta de *Lonely Planets* y *Trotamundos*, las coleccionaba, las leía como si fueran el último *best seller*. Hasta tenía autores favoritos de guías de viaje, que es un poco de locos ya. Al final de la enfermedad le leí muchas, incluso las de aquel tipo que resultó después que las escribía desde casa y que a ella le gustaba especialmente. El cabrón le dijo a la prensa que no le pagaban por viajar. Pero es que esa es otra de las profesiones invisibles: autor de guías de viaje, como guionista de documental y corrector editorial. Los fotógrafos también, a veces.

Mi trabajo en *Jukebox* es un trabajo invisible, sin ir más lejos. Y mira que es irónico, porque el resultado es sin duda el más visible, más que el de Manu, mucho más que el de Marta como redactora o que el del propio José María como director. Pero ahí está la firma de Manuel Valero en su sección de Jazz&Blues. A pie de foto, con lupa, en el lugar al que nadie mira: yo. Y no siempre.

Me dicen que se les olvida.

He tenido bastantes movidas con Marta por eso y de un tiempo a esta parte ya ni entro al trapo; tampoco son la obra de mi vida, y pagarme me pagan, y a mala hostia no es, qué voy a decir, pero me jode.

Si me voy hoy, si dejo a Manu, tendré que pasar algunos días en casa de mi madre. No lo había pensado. Al final ya no decía ni mu, no estoy segura de si de verdad me reconocía o más bien pensaba que yo era otra persona. Solo eso: me lanzaba besos. Y mi hermana no lo sabe, no sabe que mamá está muerta, esto es lo más *heavy*. Para ser honesta, solo la intenté buscar una vez, cuando empezó la enfermedad. Pero nadie sabía nada, ni en el barrio ni en ninguna parte. Así que ahora me toca a mí visitar la casa vacía cada dos semanas y recoger las cartas a su nombre, sabiendo que ella ya no puede leerlas, y regar las plantas que se han ido secando. Solo sigue verde una sansevieria en la cocina, que no tengo ni idea de cómo se las apaña.

Hay plantas que se gestionan bien solitas.

Quién pudiera.

No nos damos cuenta de lo que hacen los demás hasta que faltan y se secan las plantas, por ejemplo, o se vicia el aire de ciertos cuartos que tú evitabas, o el polvo se empieza a acumular en ese lugar que a la otra le gustaba ocupar con sus guías de viaje. Para qué darle más vueltas. Es desolador. Casi todo acaba por ser desolador si te lo guardas demasiado tiempo.

Manu no tiene razón. A veces hay que pensarse muy poco las cosas.

He cogido la ropa imprescindible. Siempre tendré tiempo de pasar por aquí antes del vuelo. En realidad, me gustaría no tener que renunciar a nada. Si vivir es despedirse de las cosas, quisiera no despedirme de ninguna. Llevarlas conmigo. No renunciar a nadie. No renunciar a Manu, no renunciar a nada de Manu, quedarme con él entero, con sus insomnios, con su ansiedad, con todo eso que en algún momento me pareció tierno y procuré respetar desde mi lado de la cama. No

renunciar a África tampoco.

Pero a renunciar me enseñaron mi familia y la fotografía. La esclerosis, que puede ser hereditaria, la adicción de mi hermana y su desaparición del mapa, el desentendimiento total de mi padre hacia nosotras en cuanto me hice mayor y decidió que con una Leica M4 ya cumplía; todo eso me ha enseñado a renunciar. Y también el instante decisivo, la velocidad acelerada de la luz en el momento de sacar la cámara.

Y la intuición cuando aprietas el disparador.

Y cuando descartas la foto.

Puede que lo más importante sea aprender a renunciar, aceptar que no tenemos el control da control y da poder, solo así hay viaje, por ejemplo, o fotografía. O identidad, si me apuras. ¿Quién soy yo? ¿Soy la Irene que está aquí, en esta casa, en este salón? ¿Soy la Irene de la cabeza de Manu, que sigue dormida, esté él donde esté? ¿O la que Lobos se imagina que soy cuando me pide que suba a San Sebastián a firmar? ¿Cuántas Irenes hay? ¿Cuál es la real? No quiero renunciar a ninguna.

Diez

Cuando vivíamos en Bogotá, mi padre llegaba siempre tarde de la embajada y yo tenía que esperarlo para cenar. La mujer que limpiaba la casa, Esperanza, me dejaba la merienda, casi siempre arequipe con queso, era adicta, lo juro, y cerraba con llave cuando se iba. Solo cuando crecí empecé a salir sola con MJ, Carolina, Garay y las otras, que fue también cuando me hice con esa famosa Leica M4 de 35 mm, mi primera cámara, por mi quince cumpleaños. Allí el decimoquinto cumpleaños es muy importante. Ya se asume que sangras y te dan el carnet de mujer. Yo no hice nada particular, pero en el de Garay hubo un baile, un vals como en las bodas de aquí, y eso que a Garay no le bajó hasta los diecisiete —algo que le amargó la adolescencia en secreto, precisamente desde el baile—. Yo lo tuve claro muy pronto: pasaba de bailecitos. Quería estar en la agencia Magnum, ser como Robert Capa, que era el único fotógrafo que conocía porque era también el único que conocía mi padre, y lo demás no me importaba.

Ahora también esos recuerdos son solo imágenes sueltas. Un libro viejo entre los pliegues de una manta de cuadros que nos regalaron en los almacenes de la 93. El plato de porcelana de relieves florales sobre la mesa de la cocina, repleto de cortes de queso blanco, más blanco que la mesa y que el plato, y el bote de arequipe al lado con un pequeño cuchillo de untar que yo cambiaba por una cuchara sopera en cuanto Esperanza se largaba. Las fotos borrosas desde el Transmilenio volviendo de La Candelaria, aprendiendo a usar el obturador. Fotografías que hice y que no hice, que recuerdo y que he olvidado, pero que superpuestas producen la imagen de la persona que soy yo y el negativo de la Irene que no he sido. Y una última imagen: la de mi padre, su mostacho amarillado por la nicotina, su entrecejo selvático, mientras cierra la puerta de su despacho como quien cierra la puerta del dormitorio al invitado o la de la casa al forastero. A veces conmigo dentro, cuando tenía un buen día. Las más, dejándome fuera y con la voz de Frank Sinatra al otro lado. Una puerta cerrada. Un entreceño cejijunto, un bigote amarillo, esa es la foto de mi padre que nunca hice y que es su mejor reflejo. Una puerta cerrada.

Tengo curiosidad por saber qué diría si ahora lo llamara y le dijera que quiero pasar cuatro años en África. ¿Me montaría un cirio? ¿Me apoyaría de manera incondicional como dicen que debe apoyarse la familia? Tiene amigos en muchas embajadas africanas, él mismo estuvo dos meses en Argelia cuando embarazó a mi madre de mí. Estoy convencida de que podría irme y volver sin que se enterara, excepto por las fotos. No ha venido a mis exposiciones. Tampoco vino al funeral de mamá.

Manu suele decir que no conoce a su familia. Él nació muy tarde. Yo, por el contrario, creo que conozco demasiado bien a la mía. Mi madre está muerta. Mi padre, ausente. Y mi hermana, desaparecida. ¿Y acaso importa? Son mis padres. Es mi hermana. Da igual lo poco que los conozca, que no sepa qué piensan o qué sienten, quiénes son de corazón, si los quiero. Eso es lo que todo el mundo espera que diga, igual que todo el mundo espera que diga que no importa si Manu no está en casa o si vive en el pasado, siempre y cuando yo lo ame y él me ame a mí. Eso es

lo que nos han enseñado. Que el amor lo puede todo, que el amor es eterno, verdadero, incondicional, la caña de España. No nos suelen enseñar que tarde o temprano la realidad se impone. Cuando no eres una superheroína, soportarle la mirada al abismo es duro. Llega sin avisar, se te sienta ahí, a las cuatro de la mañana, en el sofá, y te dice: mírame, sácame una foto. Y te pregunta por los portazos a tu madre que fueron eco de otros portazos y por cómo dejaste marchar a tu hermana, entre eufórica y triunfante, y por todas las veces que tu padre se encerró en el despacho dejándote sin cenar o te encerró a ti en tu cuarto con la puta llave por fuera porque traía a una chica y no quería que supieran que tenía una hija, así que tú gritabas y hacías ruido y al día siguiente tu padre te cogía del pelo y te arrastraba hasta la bañera de agua helada y te dejaba tiritando y sola hasta el final del día. Aunque eso, insisto, no era lo peor, porque para una niña no hay nada peor que una puerta cerrada.

Y la realidad, Irene, es que no te fiarías nunca de tu hermana y que, en el fondo, no la quieres. O que para amar a tu padre primero tendrías que conocerlo, porque hasta se te ha olvidado cómo suena su voz en el teléfono y sientes celos de su otra familia, de su puerta cerrada en otra casa, a pesar del agua helada, y eso es algo que nunca vas a entender. O que para amar a tu madre otra vez, como solías hacerlo, necesitarás tiempo; necesitarás que pase mucho tiempo y ver las cosas con perspectiva, y sentirte sola y acordarte de ella antes de la esclerosis, antes de que vieras en las radiografías el espantoso nudo en el que se estaba convirtiendo su espina dorsal, y es que, aunque todo eso lo sabes, hoy por hoy sigues sin llorar y sin ser capaz de sentir remordimientos. Esa es la verdad. Que sigues sin echarla de menos. Que la vida ha seguido y hasta es más ligera, más cómoda, aunque suene horrible. Y que todavía no le perdonas que enfermara y se muriera.

Y debes reconocer que también es posible que en África, y sin saber nada el uno del otro, al final estés más cerca de Manu de lo que lo estás esta noche. Porque no sería difícil, dado que no sabes dónde coño se ha metido.

Y porque la distancia es un vínculo. Eso cualquier fotógrafo lo sabe.

Nunca sueño con el pasado. Casi todos mis sueños son proyectados. En ocasiones ha transcurrido mucho tiempo y soy vieja, o tengo amigos y familia que no conozco todavía. En otras ocasiones, mis seres queridos tienen una relación distinta conmigo. Manu es mi ex o mi hermano. Mi madre ha revertido el avance cerebral de su enfermedad y podemos mantener conversaciones normales. Mi hermana viene con un marido provenzal a cenar a casa, copazo de vino en mano, y yo, que vivo en otro lugar, los recibo en albornoz.

No son premoniciones, solo sueños. Pero pueden llegar a ser frustrantes.

No va a tardar mucho en amanecer. Podría llamar a Manu, como hacía al principio. Antes me despertaba sola y lo llamaba para saber si estaba bien. Solía localizarlo en la plaza de la Luna, cerca de Gran Vía. Le decía algo parecido a muy bien, nos vemos en casa luego, o nos vemos ahora, y me unía si por lo que fuera tenía que ir a la redacción esa mañana. Todo en su sitio. Sin problemas. ¿Qué tal has dormido, cielo? Del tirón, cariño. ¿Has soñado algo? Que dormía en una cama entera para mí. Se reía. Me daba un beso. Te quiero, me decía.

Te quiero, *babe*. Te quiero, *honey*.

Va a amanecer pronto. Imagino que de repente suenan unas llaves en el descansillo, que la puerta se abre al otro lado de la casa. Que me asomo y veo a Manu. Entra arrastrando los pies, con los ojos hinchados como los de un camaleón, con la sonrisa falsa pero encantadora esa tan suya de la foto de la gasolinera de Carriedo. Está solo un poquito mayor que entonces, tiene el

pelo más largo, más barba; le han salido canas. Me dice algo como lo siento, no podía dormir. Manu después de una noche de insomnio es como uno de esos paisajes de Chloe Dewe en los que sabemos que hace tiempo tuvo lugar una batalla, aunque en ellos no se vea más que hierba aplastada y niebla a lo lejos. Le digo que no pasa nada, que todo está bien y que yo tampoco he podido dormir hoy.

Se encogería de hombros. Parecería agotado, todavía con la capucha puesta, ahí, en medio del salón. Lo miraría bajo la luz de la farola: el Manu de hace tres años y el Manu de dentro de dos. Manus superpuestos en Manu.

Suena una voz de mujer. *Like a flower waiting to bloom, like a light bulb in a dark room.* Me daría la vuelta, le daría la espalda. *I'm just sittin' here, waiting for you.* Él se acercaría y me abrazaría como en *Titanic* contra esta ventana que da a Madrid, a la noche, a todas las galaxias del universo, supernovas, planetas, agujeros negros. Me diría al oído que me ha echado de menos, y me preguntaría si sé que si lo llamo él vendrá corriendo, que correrá, que se quedará conmigo. Me canturrearía: *like a school kid waiting for the spring.*

Pero, Manu, le digo, tenemos que hablar.

Me voy.

Solo entonces él vería mi macuto cerrado en el suelo, y se apartaría y se sentaría a mi lado, y me miraría muy serio, y estaría lejos. Se quedaría callado y después asentiría. Lo entendería. Sabría que es la oportunidad de mi vida y que llevaba soñando con un trabajo así desde que tenía quince años. No es solo por el trabajo, me diría, es también por tu obra, por lo que quieres hacer. Ver mundo, acercarte a la gente. Estar por fin en primera línea. Hacer que los demás comprendamos lo que es imposible comprender si no se está en primera línea. Me diría punto por punto el puñetero lema de la revista *LIFE* de *La vida secreta de Walter Mitty*, que yo memoricé cuando me fui a Nepal sola y me repetí durante el vuelo como un mantra.

¿Le preguntaría si él quiere venir conmigo? Hasta ahora no se me había ocurrido, podría ayudar a Lobos con el guion, o hacer una memoria de la grabación, o una crónica del viaje. Manu es buen escritor, aunque a veces escriba como un viejo. Si José María le deja pasar cuatro años en África haciendo reportajes de música africana, me da igual hacerles las fotos gratis.

Él me diría que puede intentarlo y que se han acabado los insomnios.

Me diría: no más viajes al pasado, Ire.

Me quitaría el jersey, yo le quitaría la sudadera, nos besaríamos como en las películas, contra el cristal frío, le desabrocharía los vaqueros sin dejar de besarlo y me miraría, pero no sé qué verías, Manu, no lo sé, estoy haciendo el ridículo, pienso en ti, que no estás, en el momento en que llegues a casa y la encuentres vacía, en lo solo que te vas a sentir, en el silencio amniótico de Madrid, en la oscuridad, en que tal vez no la encuentres vacía porque en el fondo ya casi amanece y yo sigo aquí sentada y como a la deriva, otra vez. No he guardado la cámara. No me he puesto las botas. Miro la calle y me froto los ojos. Estoy dando cabezadas. Espabila, Irene, busca otro CD. Termina de hacer el equipaje.

Once

Estaban solos, por supuesto. De vez en cuando paraba un coche en la gasolinera, pagaba el autoservicio y llenaba el depósito en la oscuridad. A través de las ventanas de La Joya, los del interior alcanzaban a ver la luz de los faros o la brasa de un cigarro, roja y brillante, en mitad del camino. Luego el intruso aceleraba y desaparecía entre los desfiladeros del desierto, y todo el complejo volvía a sumirse en una quietud pesada que a Espacio le daba escalofríos.

Estaban terminando el chili que Barranco les había calentado en la plancha sucia, chili denso de hacía días, carne manchada. Él también se había puesto un plato para sí y lo saboreaba tranquilo, sentado en un taburete en el extremo de la barra, lejos de ellos. Espacio y Laura se pasaban la jarra y vaciaban una y otra vez los vasos, a cada cucharada.

—Tuve un amigo poeta, como tú.

—¿Cómo se llama? Capaz lo conozco.

—Raúl, pero no lo creo, no fue famoso. Nos conocíamos desde chamacos.

—Era de acá entonces.

—No, mis papás y yo nos fuimos allá al DF cuando cumplí diez años, abrieron una tienda en Copilco, y él era un vecino del barrio. Son historias de vieja, muchacho, ya llovió. ¿Y tú? ¿Eres un poeta famoso tú?

—No, nada, ni un poco. Aunque estoy escribiendo algo nuevo ahora en el viaje, una cosa de Orfeo, la bajada al infierno, todo eso, ¿no? Quién sabe...

Laura dejó la cuchara al borde del cuenco para limpiarse los labios, que, por estar cortados, le escocían. Apretó los morros como a punto de darle un beso al trapo que usaba de servilleta e hizo entonces un movimiento de barbilla que fue como si lanzara el dedo a la comba abierta de la nariz de Espacio.

—Dime, ¿qué te pasó con Ian?

—¿Cómo supiste?

—Santería, muchacho. Y también que conozco al vato.

—Tuvimos una pelea, no fue nada. Tania, la mina que te dije, le robó el saxofón de su viejo y la pagué yo.

—Necesita ayuda profesional el pinche Ian Škvorecký. Un día va a llevarse a mi hijo a la chingada. ¿Es saxofonista, Tania?

—No, toca la trompeta, pero, vos sabés, el viejo de Ian era un tipo importante y lo quería para venderlo. Lo empeñó acá en Tijuana.

—Ah. Y por eso pensaste que estaba conmigo.

—Capaz. También canta, no te dije.

—Mírala.

—Y se fue sin decirme adiós. Agarró el saxofón rojo ese y me dejó con las dos valijas en casa de Ian, con nuestras cosas, ¿sabés? Y yo...

—¿Qué dos valijas?
—Las valijas que traje.
—Pero trajiste solo una.
—¿Solo una? —los tres, también Barranco, miraron al lugar de la barra en el que Espacio había dejado sus cosas—. ¡La puta que lo parió! No me lo creo, la dejé en Riverside.
—Si quieres llamo a Ernesto y que te la traiga.
—No, olvidalo. La perdí, qué importa ya. ¿No te dijo nada Ernesto a vos?
—No, nada. Te dije: no sé nada de la morra. Pero atiéndeme una cosa, Leonardo: ¿el saxofón lo tienes tú?
—¿El qué?
—El saxofón.
—No.
—¿No lo compraste?
—No tenía plata.
—Pues dime adónde lo viste y ahorita vamos y lo compro yo. Es de Ian.
—Alguien más lo compró.
—¿Quién?
—No sé, otra persona, un japonés, señora Merillo. Vos sabés cómo son los japoneses cuando coleccionan estas cosas.
—Los vatos en general, sí.
—¿Qué querés decir?
—Pues nada. Pero hay cosas, personas, que nomás tienen que irse y eso es la vida.
—¿Lo decís por Tania?
—A ver. ¿Mi mejor amigo en el DF? ¿El poeta? Bueno, pues teníamos otro amigo. Salvador. El papá de Ernesto. Éramos inseparables los tres. ¿Sabes qué pasó?
—...
—¿Lo sabes o qué?
—No, disculpame, pensé que era retórico, estaba esperando a que lo dijeras vos.
—Pues pasó que yo me enamoré de él. Recién empezábamos la universidad Raúl y yo, Salvador no iba mucho, no tenían varo en la casa. Me quedé embarazada de él y nadie lo sabía, que éramos novios nadie lo sabía; y entonces pues no le dije a nadie, ni al mismito Salvador ni a Raúl ni a mi madre ni a nadie. Hasta que pasó lo de Tlatelolco y a Salvador lo mataron.
—Señora Merillo, qué terrible, Ernesto no me dijo.
—Está bien, muchacho. Ernesto no habla de su papá. Y no me digas señora Merillo, me haces diez años más vieja cada que me dices señora Merillo.
—¿Y qué pasó?
—Pues yo le dije a Raúl. Había sido él el que me había sacado cuando empezaron los disparos y por eso se salvó, porque salió conmigo de la plaza, y se sentía responsable de lo que le pasó a Salvador... Nosotros no le habíamos querido decir porque le hubiéramos roto el corazón, pero yo luego de lo de esa noche no pude callarme más y le dije.
—Y se pondría contento, ¿no? Dicen que los nenes son como una segunda vida para sus viejos. Salvador seguía vivo en vos.
—No. ¿No me escuchaste? Fui una tonta, muchacho. Pero esto es lo que yo te quería decir: que hay veces en que la vida es así, y pues hay que aceptar y convivir cada quién con lo que decide hacer. Todos tenemos el derecho de irnos a la verga si algo nos duele. Si la morra se fue sin

decirte nada, fue porque quiso hacerlo y sanseacabó, Leonardo, y sus motivos tendría y mejor sería que la dejaras en paz.

—Sí, claro, pero yo quiero saber esos motivos. A mí no me dijo, yo necesito saber por qué se fue así, y tengo derecho también, ¿no? En fin, no puedes irte así y esperar que nadie te pregunte qué pasó.

Espacio había subido el tono. Laura le enterraba la mirada entre los ojos, con fijeza. Entonces Barranco se les acercó. Conciliador, su maciza presencia bastaba para recordarle a cualquiera que La Joya era su santuario. Ambos, el argentino y la mexicana, relajaron el gesto. Mientras recogía los platos de la cena, inacabada, fría ya, Barranco dijo:

—Les voy a preparar unas copas.

Doce

*Apartamento de Jota, Lisboa, Portugal
27 de octubre de 2019. 8:25*

Jota no tiene un buen despertar. Cuando Lucas empezó a gritar en el cuarto de la casa que era, provisionalmente, el cuarto de la plancha y de la cuna, lo primero que hizo Jota fue cubrirse la cabeza con la almohada. A los pocos minutos el jaleo se hizo insoportable, perdió el pulso y tuvo que arrastrarse fuera de la cama.

Era un domingo cualquiera y Jota conocía la rutina de memoria. Se puso uno de los vestidos de verano de Malena, vestidos cortos que ella usaba para trabajar con los viejos y que Jota después aprovechaba para estar en casa, y cogió las zapatillas de felpa que Malena siempre dejaba junto al balcón cerrado y que imitaban las zarpas de un león para llevárselas a Lucas. Se había despertado desnuda. El fresco de la mañana lluviosa se filtraba, con la luz, por las celosías. Había soñado con Tania y con el hombre del ojo blanco.

Jota conoció a Tania Almada casi por casualidad unos siete u ocho años atrás, una noche en Madrid, en el Soul Station de la plaza de Santo Domingo, donde su antiguo compañero de piso organizaba *jams* de poesía los jueves. Después, Tania y su novio de entonces fueron a menudo a la casa que ella se había alquilado en Vallecas tras decidir que quedarse en el centro de Madrid era malo para el negocio y una mala idea si de veras quería dejar atrás la vida que había llevado en el barrio. La vida que representaba su madre, sobre todo, y que empezaba a inculcar en su hermana pequeña, la niña buena que Jota nunca había querido ser. En algún momento Tania se marchó a Nueva York, y cuando volvió a aparecer dos años después en casa de Jota estaba irreconocible. Necesitaba ayuda, quería esfumarse. Y, destino o casualidad, Jota estaba pensando en hacer lo mismo. Había dejado tirado a un cliente de la Benemérita y se le habían torcido las cosas; su jefe le había dicho que sería mejor que saliera del radar durante una temporada. No era la primera vez, y significaba algo muy específico: o sales tú o te sacamos nosotros.

Tania había acudido a Jota con lo puesto. Llevaba consigo una botella de ron, una mochila con poca ropa y la trompeta, y mucho dinero en efectivo, en dólares casi todo. Aún tenía ese suave acento catalán que Jota recordaba tan bien, y esa aura azulada en torno a ella, esa *blavosa llum* con la que Tania se subía a los escenarios y que se hizo popular en los periódicos cuando sacó el disco. Jota guardó cuatro cosas en una bolsa de plástico y el secador de pelo en una mochila escolar descolorida que conservaba desde muy niña. Contó los billetes que a final de mes habría tenido que entregar a sus jefes y que ella guardaba en el cajón del botiquín. Se encendió un último peta, cerró la puerta y dejó la llave bajo el felpudo con una nota de agradecimiento que tenía escrita para el casero desde el día en que firmó el contrato. Las dos, Jota y Tania, fueron a la casa de la madre de Jota. Tania esperó en una cafetería cercana mientras Jota subía. Era la primera vez en muchos años que su madre y ella se veían, y sabía que era probable que fuera a ser la última.

Su madre también pareció saberlo. Jota se fue corriendo en cuanto tuvo el dinero. Le hubiera gustado pasar más tiempo allí con ella, pero de eso se había dado cuenta mucho después, ya en Lisboa. Era algo que a menudo había dicho su propia madre para chantajearla: no somos conscientes de que el número de instantes que podemos compartir con otra persona es una cifra exacta, nunca muy elevada, y va contando. Tania y Jota cogieron en Atocha el último tren a Cádiz y, cuando llegaron, al amanecer, el primer ferri a Marruecos. En el trayecto, Jota se durmió sobre el hombro de Tania Almada, o eso es lo que cree cuando intenta recordar aquel viaje por el Estrecho.

La convivencia en Tánger fue rara para ambas. Tania alquiló una casa por seis meses en un solo pago a un hombre mayor que también era dueño del hotel adyacente en el que se acostumbraron a hacer comidas y cenas. Tenían internet y ducha. Por las mañanas, Tania salía y a veces no volvía hasta muy tarde. Por las tardes, algunas tardes, tocaba la trompeta y Jota la oía desde la calle y se quedaba parada, en silencio, y escuchaba las improvisaciones, el río en el que Tania se convertía desde la boca del instrumento. Jota, por su parte, se dedicaba a pasear por la medina y a negociar con los que se encargarían de proporcionarles una nueva identidad. Tarik, el contacto de Jota, un marroquí flaco y apenas mayor de edad que trabajaba en el casino y se jactaba de ser el mejor falsificador del norte de África, tardó dos meses en darles una cita y uno más en hacer los pasaportes. Jota y él se conocían por mediación de uno de los jefes de Jota en Madrid. Para la foto, las dos se cortaron el pelo.

Jota a veces pensaba en el nuevo nombre de Tania Almada. Lo escuchaba en sueños. Se lo repetía para sí mientras frotaba las manchas de una copa rayada en el Burma. Resonaba en su memoria como el ruido de los pasos en esas calles que nos juramos no volver a pisar nunca, como una voz de la infancia o una canción que trae recuerdos dolorosos. Yassine. Es africano, decía Tania. Y arrastraba las eses, lo silabeaba como degustando una golosina nueva. Jota no sabía por qué Tania había elegido ese nombre. También le había dejado elegir a Tania el suyo, el de Jota, aunque después siguió presentándose como Jota y nunca usó el nuevo salvo para viajar a Portugal. Con el tiempo, empezaron a dormir en la misma cama. Una mañana, mientras Jota se duchaba, Tania entró en el baño. Llevaba colgada de un hombro la mochila con la que se había presentado, hacía seis meses, en su piso; del otro, la trompeta. Se acercó a Jota, la besó a través de la cortina. Luego cogió su cuchilla de afeitar y el cepillo de dientes y se marchó.

Era cuestión de tiempo. Si no se hubiera ido ella antes, Jota lo habría hecho, y las dos lo sabían. Fue la última vez que se vieron. Un número exacto.

Sin subir el tono, sin poner esa voz en falsete que los adultos usan para hablar con los niños y con los perros, Jota le dio los buenos días a Lucas y lo levantó en brazos, sacándolo de la cuna. Por supuesto, al hombre del ojo blanco no le había dicho nada de Tánger. Jota, algunos amaneceres, en el paseo de vuelta al apartamento de rua das Olarias subiendo Alfama, pensaba en su madre y en su hermana, es cierto, y también en Tania Almada, es decir, en Yassine, en Yas, y sentía nostalgia. Pero la suya era esa nostalgia amarga de los exiliados que saben que no tienen un lugar al que volver, nostalgia de lo que nunca se ha tenido y de lo que, por tanto, en realidad, no se ha perdido. La misma *saudade* que había reconocido también en Tania cuatro años atrás.

Para qué la buscaba el hombre del ojo blanco, eso era un misterio. Pero a Jota le había asustado verlo en sueños, casi tanto como le había asustado oír de su boca su antiguo apodo en la barra del Burma y notar en él ese olor rancio a autoridad y testosterona que desprendían todos los policías

de la secreta que ella había conocido en Madrid. En su sueño, Jota había creído percibir algo aterrador y familiar en él y eso la había dejado revuelta. Mejor no saber, se decía, mejor no mezclarse. Sentó a Lucas, que ya no lloraba, en la trona de la cocina y se le quedó mirando. Malena le había dejado puesto un petito de mezclilla con una camiseta a rayas de marinero. Tenía la nariz chata de su madre, los ojos gigantescos y el cabello compacto como una esponja de mar. Él la miraba a ella, al violeta de su pelo, y le tendía los deditos y hacía pucheros, hambriento. Jota estaba asustada. Esa noche se había dado cuenta de que, por primera vez en su vida, tenía algo que perder.

Pattern 43

Un esqueleto de corcheas sufre un shock frente a la mezquita frente al puerto al que solo llegan tiburones, escalas sueltas, redes llenas de algas y sol. Cuánto más para el cometa que nos ha de salvar. Dime, cuánto más. Libéranos, sí, del piano y del jazz. Danos solo caracolas de nácar, crema tibia de marula, un calipso astral en la undécima hora.

Ahora me cubro con la bruma espiral de aquel lugar donde vivimos juntos. Se cumplen las visiones de ríos de sangre y de cabos de oro que teníamos en el querido litoral del sueño, donde crecen los jugosos mangos que ocupan la mano como un seno joven, donde los cangrejos tienen hijos que traen cestas de la compra huecas del final de la espesura.

Las sombras se apoyan contra mi canción. El pájaro de tierra me dejó huérfana nada más llegar al sur. Hoy los niños danzan, las estrellas recuerdan, las Pléyades sobre el distrito seis alumbran esta soledad que solo pueden entender las raíces viejas.

Catorce

Golpeo la puerta una sola vez. Me toca los cojones, le acabo de decir que bajaba, pero el gilipollas estará borracho. Pasos descalzos sobre la moqueta al otro lado. Me abre. Está borracho. No mucho, pero lo suficiente como para que yo tenga la duda razonable de si mañana se acordaría de quién le partió la cara si ahora mismo se la partiera yo, y aunque siento la tentación, recuerdo a tiempo que el chico me cae bien. Espacio lleva la camisa por fuera y está descalzo. Al menos se ha afeitado esa barba de mendigo que llevaba en Puerto Aragón y que se trajo a España. El del fondo es Manuel Valero, ese sí con barba de pordiosero, juntaletras, un pijo *yupi* de Chamberí que ahora seguramente vivirá en Lavapiés o Estrecho. Yo también llevaba el pelo así cuando entré en la Brigada, en el 68 creo, pudo ser el 69, ya se me mezcla. Qué pena. Tener melena estaba de moda, y ayudaba cuando había que infiltrarse. Al Niño, por lo menos. Nunca fui muy bueno en eso.

En aproximadamente una hora habrá salido el sol. Manuel Valero parece una persona callada. No me gusta la gente callada, no son de fiar, aunque todo el mundo habla sin parar si se dan las condiciones adecuadas. En el caso de Espacio la condición es, digamos, bastante general; lo difícil es más bien conseguir que se calle. Me invita a pasar y parece que alguien le ha dado cuerda. Pero de lo que ahora se trata es de saber cuáles son las condiciones de Valero. Qué viejo ridículo eres, Matías, que te crees que esto es todavía la guerra. No vas a tener ni que abrir el maletín. Y qué par de niñatos estos dos, lloriqueando en este cuartucho de hotel como dos maricones, y todo por otra niñata. Almada les rompió el corazoncito, se largó y ahora van por ahí con cara de perrillo pachón llorándose los hombros. Su generación no sabe lo que es el dolor, no lo han visto de cerca en su vida. Este es el mundo ahora: niñatos que sufren insomnio por una chica mientras escriben poemas y artículos de mierda en revistas de mierda que leen en sus teléfonos móviles.

En el fondo, el chaval me da pena. Lleva casi cuatro horas con Espacio, que no se habrá callado en toda la puta noche. Se le ve agotado y aún no hemos empezado. Dejo el maletín en el escritorio, junto a los libros de Espacio y el dichoso disco de Almada. Lo escuché mil veces en Argentina. Le concedo a la cría dos cosas: buena voz y buenas tetas, por la foto. Lo demás, un ruido insufrible.

—Santiago Tebaldi —le ofrezco la mano a Valero. Él se levanta, parece confuso y no me extraña, a saber qué le ha dicho este.

—Manuel Valero —apretón.

—Siéntese, Manuel. No tiene de qué preocuparse.

Y ya veremos. Todavía sé de qué está hecho un hombre en cuanto le doy la mano. Pienso qué papel tendría en una guerra, en la Guerra Civil, por ejemplo. Solo con eso ya sé quién sería un traidor y quién un héroe, en qué bando estaría cada cual, su estatura moral y si es de los duros o no. Lo que me aguantaría en un interrogatorio. Roberto era especialmente bueno en ese juego, el cabrón siempre ganaba la porra, minuto arriba, minuto abajo. Y el Niño también los calaba

enseguida, pero no apostaba nunca porque entraba a saco. Lo importante aquí es que Manuel Valero es de los que no hubiesen durado, de los que cantaban antes de hacer la primera pregunta. Aunque tampoco iba a hacerle nada de primeras: este es el mundo ahora y yo ya estoy viejo. Y aquello era solo un trabajo.

—Este es el doctor Tebaldi, Manu. Es el que me está ayudando con lo de Tania que te dije.

—No esté nervioso, no tardaremos nada —Espacio, hijo, estate calladito—. ¿Qué tal se encuentra? ¿No ha dormido?

—Un poco, al principio de la noche. Estoy bien.

—¿Cuántos años tiene, Manuel?

—Treinta y dos. ¿Cuántos tiene usted?

—Treinta y ocho —lo digo muy seguro, se sonríe—. Solo que dos veces. Verá: Leonardo y yo llevamos un tiempo buscando a la señorita Almada. Creo que le ha puesto al día, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. ¿Quiere otra copa?

—No, estoy bien así.

—¿Vos no querés una, Tebaldi?

—No puedo. Pero tú podrías subir a mi habitación y bajarme el cacharro, el cigarro ese, que me lo he dejado.

Espacio vacila. Tiene miedo de dejarnos solos. Muy despacio, asiente. Me saco del bolsillo de la camisa la tarjeta de la habitación y se la doy, rozo la foto de Tere y me hago consciente de ella durante unos segundos antes de volver a olvidarla y seguir donde estoy.

—Lo tengo en el primer cajón de la mesa. Justo debajo del televisor —Espacio se dirige a la puerta, abre—. Gracias.

Y cierra. Ahora solo somos tú y yo, Valero. Vamos a ver qué me puedes contar, pero te voy a contar yo primero. Han sido muchos meses. Es la suerte del caballo perdedor, chaval. Todos en este sitio somos caballos perdedores. Los caballos ganadores duermen del tirón o pasan las noches follando. Nosotros no. Pero tú tranquilo, que de eso se trata.

—Como le decía, Manuel, buscamos a la señorita Almada. Yo opino que usted no sabe nada, pero aquí mi amigo Leonardo insistió en que le preguntáramos antes de tirar la toalla. Se lo resumo: Tania Almada desapareció hace cinco años en La Habana. De California fue a Tijuana, de ahí a Puerto Rico y a Cuba. Y de Cuba, a Madrid.

—¿A Madrid?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dígame usted. ¿Cuándo se vieron por última vez?

Todo esto empezó en California, en San Diego, con la confesión de esa rata de Ernesto Garriga. Si Espacio hubiese sido más despierto en aquel entonces, no habría perdido el tiempo haciéndose el jipi por Sudamérica y encontrar a Almada habría sido pan comido, un rastro fresco hasta para él. Por fortuna, Garriga se sentía muy culpable por lo que había sucedido cinco años atrás y estaba deseando escupirlo todo. Lo hizo en cuanto tuvo la oportunidad, en cuanto lo junté con Espacio y le vio la cicatriz de la nariz.

Nos reunimos los tres en una cafetería en la entrada de San Diego desde el aeropuerto. Llegué el primero, en taxi; Garriga vino después. Tuvimos tiempo más que suficiente para conocernos

antes de que Espacio llegase porque habían retrasado dos veces su vuelo de Colombia, por el temporal del Pacífico. No lo esperé. Ya se uniría. Las alertas por congelación me habían parecido exageraciones hasta que salí a la carretera. Garriga me dijo después que en la bahía de San Francisco habían cerrado dos carriles del puente por riesgo de patinazos, y en San Diego nevó toda la tarde, algo que él no había visto nunca. También mencionó que las olas habían llegado al paseo marítimo y que había estado a punto de no poder coger el coche. Durante ese rato preferí no sacarle el tema de Almada. Sería una presa fácil en cuanto llegara Espacio, no merecía la pena quemarlo antes de tiempo. La gente tiene su punto, como la carne, así que me limité a encender el fuego y preguntarle cómo se habían conocido Espacio y él, y así me di cuenta de que estaba deseando verlo. Parecía nervioso, le daban tics: los maricas son gente depresiva, tienden al histerismo y las neuropatías. Cuando te encierras con ellos son como cachorros: un hombre de verdad y diez minutos es todo lo que se necesita, ya no hay quien les cierre la boca. Nos ven muy machos, les gusta que los dominen. Por eso le divertían tanto al Niño. A mí con Garriga me bastaron los diez minutos y el hombre indicado, esto es, Espacio; no hizo falta ser violento, aunque admito que hubo cierta violencia en ponerle delante al gilipollas al que había traicionado, y que también ayudó que tuviera prisa: le hacían un trasplante a su novio en Riverside.

Cuando llegó yo estaba dándole sorbos a una mierda con gas mientras veía nevar. No puedo fumar. No puedo beber, mi médico en Valparaíso me lo tiene prohibido desde hace años, y además no te ganas a un exalcohólico como el Diablo Azul vaciando cervezas en su cara. Si mi límite de cafés diarios es de tres tazas, en el aeropuerto me había metido ya dos esperando noticias de Espacio. Así que le dije a la chicana que me estaba sirviendo que me trajera una lata de lo que fuera, sin alcohol. Su elección fue gaseosa con lima, mejor que cualquier mamónada de cereza de las que toman los yanquis y a las que los invertidos como Garriga son jodidamente adictos. No me quejé. Ese día tampoco estaba de humor para payasadas. Me dolían los oídos por el avión. Con los años el tapón cada vez me dura más. Por eso cuando apareció el mexicano agradecí que pareciera normal y no una locaza, porque nunca las he soportado. Lo reconocí por las fotos, le invité a sentarse. Nervioso, inseguro. Como todos, lo primero que quiso saber fue quién era yo. Y le respondí lo que tantas veces había repetido antes e iba a repetir muchas veces más desde entonces: discúlpeme, me llamo Tebaldi, soy un amigo de Leonardo, su médico en Buenos Aires, ¿y usted? Y Garriga: otro amigo, ¿llega tarde él?

Me pregunto si la gente tendría tantas ganas de ver a Leonardo Espacio si la alternativa no fuese estar a solas conmigo. Ocurre más desde lo del ojo. Le debo a la catarata que me dejó tuerto en Panamá una simplificación tremenda del trabajo, sobre todo después de Chile. Y a veces pienso en todo el tiempo que podría haberme ahorrado de joven, cuando empecé en la Brigada, aunque no hubiera servido para pasar inadvertido. Pero para eso ya estaban el Niño y Martínez. Y hasta Roberto se colaba en lo que fuera, cuando salía de la DGS, aunque no era algo que pasara muy a menudo. Hace ya mucho tiempo de todo aquello; me acuerdo mejor por las pesadillas que por mi memoria. A Garriga le dije: Leonardo está de camino, se ha retrasado su vuelo. Le expliqué que yo mismo había aterrizado con algo de retraso por el temporal y que no pensaba que estas cosas pasaran en California, y él se empezó a relajar. Así que me contó lo del puente de San Francisco, que tenía a su hija pequeña allí, empezando la universidad. Le sonreí, pedí por él otro refresco y le pregunté por ella. Siempre pasa igual, eso es todo lo que hace falta: tres frases amables. El ojo que antes le daba miedo ahora le daba pena. Me preguntó qué me había pasado, y yo le dije que tuve catarata, que se me complicó y me salió el glaucoma; ya no pudo hacerse nada. Pobre Santiago Tebaldi, pensó seguramente, es un pobre viejo tuerto, qué pena da que a los buenos les

pasen cosas malas; porque Santiago Tebaldi es médico, nada menos, se dedica a curar a la gente: sin duda, es de los buenos. Y ya está. Así se hace la magia. Ya podía preguntarle por el festival de jazz de hacía cinco años, por Tania Almada y la supuesta «Yasmina», por su novio con cáncer y lo que a mí me saliera de los cojones. Era mío. Por supuesto, mi postura era relajada: las piernas cruzadas, algo torcido por el lumbago, pero no del todo mal, un brazo con la gaseosa y el otro colgando, apoyado en el respaldo de la silla. Es fundamental tener una postura relajada. Y él me imitó. Llevó su brazo al respaldo de la mía. Fue un reflejo corporal inconsciente que me dijo que el marica ya estaba a gustito conmigo. Lo pensé entonces y lo sigo pensando ahora: cómo le habría gustado Ernesto Garriga al Niño, qué cosas le habría hecho.

Hace más de cuarenta años que no sé nada de él. Sé que tuvo una bonita pensión, y que gracias a su ascenso y a lo de su empresa después no le han tocado el pelo. La amnistía le vino bien, al cabrón, y me alegro por él, que, quién lo hubiera dicho, ha resultado ser el más listo de los tres. Me hubiese gustado verlo en Madrid. Pero es justo admitir que el Niño y yo no es que fuésemos exactamente amigos. Aunque trabajábamos bien juntos. Roberto nos llamaba «sus chicos», a Martínez, al Niño y a mí. Nos enseñó todo, la técnica, el control de los ritmos, y hasta nos dejó margen para darle al tema nuestro toque personal. Se parece bastante al aprendizaje de la música: es, como decía antes, una cuestión de oído. Técnica, ritmo, control. Sobre todo control. Hace falta un control total para hacer las cosas bien en un interrogatorio. Hasta el Niño, que, en efecto, era el más salvaje, solía tenerlo todo bajo control. Eso era lo mío: el orden. Por eso a mí Roberto me apodó «el Enfermero»; el cabrón decía que me faltaban pelos en los huevos para ser doctor, que ya me daría el graduado. Matías «el Enfermero» Álvarez, aunque en los interrogatorios era siempre solo «Enfermero», y eso confundía más a los detenidos, que se pensaban que yo era un sanitario. Era como un juego: tenía reglas bien definidas, estaba controlado. Un juego siempre controlado. O casi. Puede haber un accidente de vez en cuando, por supuesto, nadie toca siempre a la perfección su partitura.

Pero ha pasado mucho tiempo. De todo aquello ya solo quedan el insomnio y las putas pesadillas. Dejé de ser el Enfermero hace más de cuarenta años. Ahora soy el doctor Santiago Tebaldi y, en definitiva, todas las pesadillas han probado ser solo una misma y ridícula pesadilla que se repite noche tras noche, que noche tras noche empieza y acaba siempre de la misma puta manera: desafinando, descontrolada, en soledad.

Quince

Había un eslogan de un anuncio de Minolta que cuestionaba los límites entre la cámara y el fotógrafo. Como el cazador y su arma. Es un poco violento si te paras a pensarlo: una busca un objetivo, carga, apunta y dispara 35 mm de Minolta a bocajarro.

Para mí, hubo un antes y un después cuando, al poco de cumplir los quince años y de que me regalaran la cámara, en el instituto nos mostraron las fotos de los atentados de Bogotá. Reconocí los lugares. A mi tío lo había matado una bomba en Madrid mucho antes de que yo naciera, cuando mi padre era aún muy joven y apenas empezaba su carrera. Mi tío trabajaba en prisiones. Su nombre había aparecido en la carpeta de un informante en Burgos, y durante seis meses vigiló bien sus espaldas en Madrid. Un día le llegó un paquete y, como no se fiaba, lo llevó al escáner de seguridad. Cables, temporizador. Resultó ser solo un despertador que le había mandado el banco. Ese día se confió y no revisó los bajos del coche. Es triste decirlo, pero mi padre lo decía de todas formas: la muerte de su hermano le ayudó a subir rápido dentro del partido, le dio visibilidad, influencia, *power, money*. Cosas que de forma indirecta he disfrutado yo, así que supongo que le debo una a mi tío. En esa clase me puse en el lugar del que disparaba la foto. No en el de la víctima, ni en el del victimario. En el del colega que hizo las fotos.

Ahí pensé que esa violencia de la fotografía es violencia contra la violencia, apretar el gatillo contra el que dispara, sin dejar un muerto. Eso es a lo que aspiro. Así que, vale, la fotografía no es inocente, pero ¿qué lo es? Todo dependerá del encuadre ético de la fotógrafa.

Casi siempre todo depende del encuadre ético de cada cual.

Todo es cuestión de voluntad. Un escritor, incluso uno como Manu, que no escribe, que ya solo escribe por encargo, o eso dice, a veces lo hace porque no le queda más remedio y lo que escribe es suyo. Propiedad privada. Yo tengo que buscar las fotos, o al menos tengo que querer buscarlas. Y ser consciente de que ninguna foto mía es solo mía cada vez que disparo. Por eso es tan importante para mí tener claro lo que quiero hacer esta noche: mis fotos dependen solo de lo que yo quiera hacer. Pero en mi caso es como plantearse ser autor de guías de viaje sin salir de casa. Alguien debería hacer una serie de retratos de autores de guías de viaje, guionistas de documentales y correctores de estilo.

Y hace tres años no me importó quedarme, es cierto, cuando Manu se mudó aquí. Me gustaba el trabajo en *Jukebox* porque era la primera vez que ganaba dinero con lo mío —aunque hay un mundo entre las fotos que he hecho en Islandia, por ejemplo, o en Bogotá o en Nepal, y los retratos de músicos que me pide José María—. Pero así volvemos a lo de que nadie firma nada para siempre, o no debería, porque, siendo claros, quién puede asegurar nada. O sea, yo puedo prometer que me quedaré contigo, aunque no quiera quedarme contigo, pero no que siempre querré estar contigo. Nadie lo puede prometer y yo no lo exijo.

Hace mucho frío, parece peor ahora que está a punto de salir el sol. La casa está en silencio. Pienso en nosotros, en Manu y en mí. Esta noche soy una sobreimpresión de mí misma sobre mí misma hace tres años, y la imagen final es un lío. Tú estás viajando en el tiempo y tengo la sensación de que esta vez no vas a volver entero del pasado, si es que vuelves en absoluto.

Porque esa es otra. ¿Y si no vuelves?

Estoy haciendo el ridículo.

Tengo todo listo. Al menos para ir a San Sebastián, lo demás ya vendrá después, cuando empiece la cacería, cuando tire la primera foto. Soy consciente de que cada vez que apriete el disparador estaré sobre todo disparando a Manu, que seguirá en esta casa, en este salón, en este preciso lugar del salón, miles de kilómetros al norte de mí, a una distancia imposible y hasta en un tiempo imposible, pasado, pensando en el día en que nos conocimos o en el día en que no encontramos a Quique Morales, y en esa otra realidad paralela que serán para siempre, para él y para mí, las carreteras que separan Madrid de Santander. A lo mejor la única forma de librarse de la nostalgia es buscando nuevas cosas que añorar.

Como si fuéramos un disco rayado que hay que cambiar por otro disco.

O como si la cantante de jazz se callara y otro músico repitiera el tema en su lugar.

Acabaríamos, estoy segura, atrapados en la foto que tenemos juntos en la estación de servicio de Carriedo, esa en la que salimos subidos al capó, haciendo el tonto, Manu buscando en el mapa otra gasolinera, yo mirando al horizonte, fingiendo no recibir el disparo.

Dieciséis

—¿Sabe? Llevo muchos años viviendo en Chile —me siento en la cama, cerca de Manuel Valero. Estiro una pierna, no por comodidad, sino porque me alivia un poco los pinchazos del lumbago, la tirantez de la herida. Me intento abrir un botón de la camisa, pero me tiembla el pulso. Todo son intentos en mi vida, negaciones, el día a día de los viejos—. Es la primera vez que vuelvo a Madrid en cuarenta años. ¿Usted es de aquí?

—Sí.

—¿De qué parte?

—De Chamberí. Aunque ahora vivo por Bravo Murillo.

—¡No me diga! Yo tenía un amigo que tenía la casa en Valdeacederas, casi llegando a plaza de Castilla.

—Yo estoy más abajo, por Lope de Haro.

—¿Y vive solo?

—No, comparto piso con mi pareja. Es su piso.

Cruzo las piernas y él hace lo mismo. Ya nadie dice «novia», todo el mundo tiene parejas, son las relaciones reducidas a una partida de póquer. El chico no es de los que hablan mucho, pero parece que no va a darme problemas, y eso, al menos eso, es de agradecer a estas horas de la mañana. Valero es justo lo que aparentaba: un niño.

Espacio interrumpe la conversación llamando a la puerta repetidas veces y yo compruebo que salió del cuarto sin coger su tarjeta y que ahora se ha quedado en el pasillo, y está preocupado por lo que pueda haber dicho Valero en su ausencia. Le pasó lo mismo cuando tuvimos aquella cita con Ernesto Garriga en la cafetería de San Diego y él llegó tarde, con esa cara de perro apaleado que pone cuando no se entera de nada, que por desgracia es bastante a menudo. O por suerte. Al menos en esos momentos se está calladito, como con el yonqui de Bogotá. Es Valero quien se levanta y le abre, antes de meterse en el baño, y no puedo sino agradecerle también eso por dentro porque la puta espalda me está haciendo polvo y habría dado pena si me hubiese tenido que levantar yo.

—Tenías la *tevé* prendida —Espacio se sienta en la mesa, sobre su tarjeta, como para olvidársela otra vez—. Tomá, tu cigarro.

Me alcanza el cacharro. Compruebo que está cargado y lo enciendo. La luz led salta, me lo llevo a la boca. Lo sujeto entre las puntas de los dedos índice y medio como lo hice toda la vida con los cigarrillos de verdad, como si estuviese a punto de caérseme al suelo, casi flotando, y aspiro el vapor sin quitarle el ojo bueno de encima a Espacio. En otra época esta costumbre era lo que más podía llamar la atención de mí, al menos antes de que me conocieran de verdad. Empiezo a chupar. A Espacio le lanzo una mueca que es casi una sonrisa. El día a día de los viejos. Valero sale del baño, tiene la cara mojada, sueño, ojos rojos, está cada vez más cansado, y también más vulnerable. Vuelve a sentarse en la silla. Se fija en mí. En mi espalda. Es por mi postura.

—¿Prefiere sentarse en la silla, Tebaldi?

—No.

Él se ha levantado y me ofrece la silla giratoria, me espera con la mano en el respaldo para que no se escape rodando cuando ponga mi culo en ella. Eres un buen chico, Valero. He conocido a muchos como tú, gente que cede el paso y abre las puertas de los coches, se levanta en los trenes para que se puedan sentar los tullidos, pero que a la hora de la verdad venderían a su madre. Gente muy educada, pero sin espíritu. Gente que no va de cara y se calla porque tiene miedo de lo que se le puede escapar si habla demasiado. Pero a mí no me puedes engañar ni sobornar con una silla. Y, sobre todo, no quiero dejar de estar justo donde estoy: entre la salida y tú. De todas formas,

—gracias. Últimamente el lumbago me tiene hecho polvo.

—¿Es electrónico? —se vuelve a sentar.

—¿El qué? ¿El cigarrillo? Sí —aspiro, expulso el humo—: vapor de agua, ¿lo ve?

Desde hace un tiempo, a dos de cada tres preguntas que me hacen respondo con otra pregunta: ¿qué? o ¿el qué? Es mi cerebro, que se me adelanta. Lo hace por instinto, para ganar tiempo. En el transcurso, analizo la pregunta que me han hecho y la respondo con efecto retardado, casi siempre interrumpiendo al otro cuando me la está repitiendo. Es algo que he visto cientos de veces en los interrogatorios, gente que se queda tocada del ala después de varios días recibiendo sin dormir y que responde a las preguntas con preguntas monosilábicas. Después de esas sesiones confesaban cualquier cosa. No tenía validez, por supuesto. Pero formaba parte del proceso. En Chile, por ejemplo, a los hombres los grababan declarando que eran maricones o que les gustaba dar por culo a sus madres, y eso lo emitían después por la megafonía de Villa Grimaldi o por los monitores del campo en Tejas Verdes. En los buques era peor, se hacían auténticos teatros en cubierta, a veces había quien se declaraba culpable de declararse culpable y otras gilipollices así que se inventaban los soldados. A ellos les divertía, no se daban cuenta de que no iba de eso. Aquí, en la DGS, el Niño hizo firmar a una chavalita de la CNS una confesión por varios atentados que terminaba con la declaración jurada de que se moría por chupársela al Generalísimo. Es cuestión de control. Luego llega esa pregunta monosilábica que te dice que alguien se está rompiendo. Y ahora a mí me pasa lo mismo, puede que, según el día, fuese capaz de firmar cualquier cosa; hay un delito así en España, hacer firmar cosas a viejos que no saben lo que hacen. Es la puta edad. Qué pena da sentirse de pronto identificado con toda esa gente, a estas alturas, y presentir que te rompes como ellos, solo que a ti nadie te tiene que empujar. Qué pena, Matías. Qué puta pena.

En San Diego, en efecto, Ernesto Garriga le soltó todo a Espacio. Cómo aquella noche había dejado a su noviete con el chucho y se había reunido con Almada en la puerta de la casa para después acercarla a la estación de Riverside. Cómo acordaron con la madre que al día siguiente la esperaría en Tijuana para llevarla a la finca que tenía esa gente en la carretera a Rosarito. Una cosa ridícula, algo que Espacio habría imaginado si hubiera usado un poco el dedo y medio de frente que Dios le ha dado, porque también el novio estaba en el ajo, aunque ninguno de los dos sabía en ese momento lo del saxofón rojo que Almada iba a robar. En defensa de Espacio, le funcionó bien el instinto cuando se enteró de lo de Puerto Rico, pero llegó casi una semana tarde. Y Garriga, cómo lloraba mientras se confesaba. Dijo que Almada tenía sus motivos, que había vivido muchas cosas en la gira, cosas que Espacio no sabía. Él lo perdonó, aunque eso me lo dijo

a mí después. El maricón se largó de la cafetería llorando a lágrima viva sin una sola palabra de alivio, lo que merecía, y yo tras él. Pude alcanzarlo en el aparcamiento, le dije que íbamos a hablar con su madre y él asintió. Le dije: si no le importa, avísela. Y él asintió. Se le caían los mocos. Gente blanda, dada a la depresión y a las neuropatías, lo decían los psicólogos de la DGS y casi siempre era cierto. Solo me he cruzado una vez con un marica que fuera la excepción, en el *Esmeralda* de Valparaíso. Llegó a atacar a uno de los carabineros que lo estaban sacando del camarote, y al chico lo quemaron vivo en la parrilla y lo tiraron por la borda. Imagino que moriría del shock en cuanto se hundió en el agua salada, estando como estaba en carne viva. Probablemente tenía algún tipo de retraso y por eso el numerito, pero hay que admitir que ese cabronazo le echó huevos. Garriga no. Garriga se fue con el rabo entre las piernas.

Espacio estuvo callado todo el viaje a Tijuana. Alquiló un coche y fuimos directos a la finca Merillo, él se acordaba. Cuando llegamos allí, por la noche, encontramos el lugar vacío. En la gasolinera de enfrente, el mozo, que reconoció a Espacio, nos dijo que la madre de Ernesto Garriga había muerto, así que el tocapelotas de su hijo había dejado que nos hiciéramos el viaje hasta allí para nada. Dimos una vuelta por los prados junto a la casa, todo mala hierba y pasto seco, todavía aprovechable, pero en venta. Después de eso, Espacio se subió al coche y no habló en horas. Sospecho que todavía no se había dado cuenta de cómo habían jugado con él. No pudimos hablar con Laura Merillo, pero si algo tenía claro era que ella había encubierto a Almada, igual que lo había hecho antes su hijo en Riverside. Y había más cosas claras. La primera, que no se quedó en Sudamérica y que precisamente salió de allí encubierta por Garriga y su madre. La segunda, que Espacio no había mirado donde debía, igual que el chino de Denver, Watanabe, el jefe de Blue Note, que lo había empleado. No me sorprendió. La tercera, que Almada pasó por Madrid cuando salió de La Habana y fue aquí donde se esfumó de verdad. Había tenido la fortuna de cruzarse en el festival de Cuba con Lucía Mirell. A ella debió de contarle sus planes, y Mirell lo aprovechó, la suplantó en Colombia y atrajo la atención de los que la buscaban, y por eso acabó como acabó. Almada solo tuvo suerte. Por lo demás, no era ninguna profesional. No pudo desaparecer como desapareció ella sola, así que lo importante era saber quiénes lo habían hecho posible. Y cómo.

Aunque hayan pasado cinco años desde entonces y yo ya solo sea el doctor Santiago Tebaldi, un viejo inútil que hace preguntas incómodas, no voy a dejar que una niñata de mierda me tome el pelo así. Nadie en su familia la ayudó. Joan Rosel no la ayudó. Solo Jota. Y ahora queda este, que no se me va a escapar.

—Lo que le intentaba decir antes, Manuel, es que hace mucho tiempo que nadie sabe nada de Tania Almada. Y aquí Leonardo y yo queremos asegurarnos de que está bien, sana y salva, ¿me entiende?

—Le entiendo. Y también entiendo que usted no es médico.

—No, soy policía. Y sería de mucha ayuda, no solo para nosotros sino también para Almada e incluso para usted, que ahora nos dijera cuándo fue la última vez que la vio.

—La última vez que la vi fue hace seis años. De eso, Leonardo puede decirle más.

—¿Y no volvió a saber de ella?

—No. Hasta esta noche creía que seguían juntos y que vivían en Buenos Aires.

Espacio escupe una carcajada amarga, se llena otra copa. Me da lo mismo lo que beba mientras mantenga la boca bien cerrada y me deje a mí. Para eso me paga.

—¿Dónde fue?

—¿Es importante eso?

—Cinco años sin noticias de alguien son muchos años, hijo. No se supo nada más de ella desde que volvió a Madrid, Dios sabe qué puede haberle pasado yendo como iba por el mundo, robando a la gente, sola.

—¿Y cómo sabe que volvió a Madrid?

—Fue Ernesto, Manu. Ernesto nos lo dijo, viste; volver fue su plan desde el principio.

Durante la noche, Valero había empezado a confiar en este borracho de mierda de Leonardo Espacio y ahora se da cuenta de que ni siquiera en su momento más íntimo le ha llegado a decir toda la verdad. Piensa que a lo mejor ha sido el alcohol, que en realidad nunca estuvieron juntos en la misma habitación; que, en el fondo, nunca se entendieron. Lo veo en su cara, quiere irse a la cama, quiere que hoy sea ayer, seguir dormido en los brazos de su chica. Y quién no, Valero, quién cojones no iba a preferir eso a una noche de mierda como la que estamos pasando. Repito:

—¿Dónde fue?

—En mi casa.

—¿En Estrecho?

—No. Perdón. En casa de mis padres, en Guzmán el Bueno. En las escaleras, cuando se iba. Se dio la vuelta...

—Se dio la vuelta y qué.

—Se dio la vuelta y me dijo algo que ya no recuerdo, sería cualquier tontería. Y ya, ya está. Después se marchó. Esa fue la última vez que vi a Tania.

Espacio le pregunta entonces qué fue lo que le dijo Tania en la casa y Valero reitera que no se acuerda. Dice solo algo de su voz oscura como la sangre en no sé dónde, y añade: seguro que sabes de qué hablo. Y el gilipollas de Espacio va y asiente con tal convicción que casi se cae de la mesa. Estoy rodeado de idiotas.

Diecisiete

*Apartamento de Jota, Lisboa, Portugal
27 de octubre de 2019. 8:50*

Jota se acordó del día en que su hermana volvió a España. Ella, Jota, era mayor, y no mucho tiempo después se largó de casa sin dar explicaciones a nadie. Sin duda, su madre sabía con quiénes se juntaba, pero prefirió hacerse la tonta y negar que su hija se metiera nada cuando le llegaron los rumores. Su hija solo salía por ahí de *tranquis* con sus amigas del barrio de toda la vida. Así la defendía. Y aunque Jota dijera que buscaba trabajo, a lo que se dedicaba era a dormir y a chuparle dinero.

Hubo señales, mucho antes, cuando iba al instituto. Jota pensaba que su madre había llegado a creerse sus propias mentiras y que por eso, cuando dejó definitivamente los estudios, ella le dio la razón. Decía que los profesores no habían dado ningún tipo de apoyo a su hija, que la habían obligado a abandonar el curso. Eso les fue diciendo a las otras madres. Lo había hecho en cada expulsión. Cuando le enterró el compás a una compañera, la felicitó por defenderse. Cuando le clavó la navaja a un chaval del cine que le tocó las tetas, pagó lo que tuvo que pagar, gustosa. Y después de que la detuvieran con maría encima se hizo legalista y defensora acérrima de su libre uso terapéutico en cualquier parte y a cualquier edad, que estresados estamos todos. Jota se aprovechó mientras pudo, hasta que decidió largarse y no volver a dirigirle la palabra. No tuvo remordimientos. Ni los tuvo entonces ni los tuvo después, cuando necesitó otra vez el dinero de su madre para desaparecer en Tánger.

En el instituto, con sus amigos mayores, Jota probó por primera vez el alcohol, el tabaco, la marihuana. La cocaína vino mucho después. Al principio, solo fumaba. Después empezó a beber en La Bañera, en el parque donde bebían y follaban los más pintados. Ella sentía que los otros cuidaban de ella, era «la princesita del barrio del Pilar». Fueron los primeros en llamarla Jota. También fueron los primeros en llamarla Junk Jules, años después, cuando se convirtieron en sus clientes. «Tú eres nuestra princesa, Junk Jules.» Empezó a pasar de verdad más tarde, cuando se independizó. Chocolate, maría, cristal, piedra, rulas, caballo. «Aquí tenéis, chicos, no olvidéis quién es vuestra princesa», les decía, aunque ella ya no viviera en el barrio del Pilar. Jota vendía por el centro: Lavapiés, La Latina, Atocha, toda la zona del río hasta Rosales. Era donde se movía la coca.

Su novio de entonces, que lo había sido también en el instituto, le fue suministrando todo hasta que lo pillaron en una redada y los jefes de él le pasaron el testigo a Jota, literalmente: le pidieron a ella que testificara en su contra y Jota lo hizo para salvarse el culo y salvárselo, de paso, a ellos, ganando un ascenso que le valió pasta y respeto y una vida un poco más holgada en Tirso de Molina, una casa que después sus jefes la forzaron a dejar para hacer fuerza en Vallecas y como castigo por haber empezado a consumir. Ser camello exige dedicación, traslados por trabajo,

ampliaciones de mercado, sobre todo si se tiene visión comercial, le explicaron. Y no se admiten adictos.

Jota ahora pensaba en sus amigos de aquellos años y se sentía agradecida. Evitaba calcular números exactos: el número exacto de los que pudieron morir de sobredosis con su mercancía, el número exacto de veces que ella estuvo a punto de ser uno de ellos. Todo parecía ya muy lejano y solo ahora se daba cuenta de que era por eso por lo que se había reconocido en Tania Almada cuando ella le había pedido ayuda a su regreso de la gira por Estados Unidos. Jota nunca quiso ser la princesa del barrio del Pilar. Tania ya no quería ser la joven promesa del jazz de nadie.

Lucas se bebió con avidez la leche y Jota se dio cuenta, tarde, de que había olvidado echarle la cucharada de cereal en polvo. Tampoco le había hecho zumo. No se iba a morir porque un domingo no tomara zumo, se dijo. Jota lo miraba sentada en la encimera, con las piernas desnudas colgando y el vestido de verano de Malena bien doblado bajo los muslos para no coger frío. El niño estaba grande para su edad, y cuando lloraba, lo hacía sin lágrimas: un llanto de embustero con pucheritos con el que se había ganado la simpatía de Jota.

Cuando le echó los brazos pidiendo bajar, Jota lo sacó de la trona y se lo llevó al salón. Se tiró al sofá con él encima y buscó en la tele algo que pasara por infantil, rezando por que funcionara la antena a pesar de la lluvia. Dejó puestos los primeros dibujos que encontró y Lucas se llevó la mano a la boca y los miró sin parpadear, como siempre, embobado. Jota lo estrechaba contra su cuerpo; de tanto en tanto, le hacía cosquillas en la espalda y él se le agitaba encima como un animalito que tratara de sacudirse una mosca. Luego, con retardo, se giraba y miraba a Jota, acusador. Jota fingía estar viendo los dibujos. Entonces Lucas, suspicaz todavía, se daba la vuelta y al poco tiempo Jota volvía a hacerle cosquillas. Y así hasta que por fin se dejaba acariciar o se echaba a llorar sin llorar. Su relación con el niño siempre había sido fácil, más fácil que la relación con Malena, que al principio tuvo algunos altibajos por el carácter de ambas y el trabajo de ella, no porque Jota no lo aceptara, que lo hacía, sino porque desde hacía un tiempo Malena y Lucas eran ilegales en Portugal y algunos oficios se habían vuelto más peligrosos. Malena era masajista titulada, pero en las condiciones en que estaba hacía un poco de todo según quién se lo pidiera y cuánto le pagara, acostumbrada al ritmo de vida que había llevado de niña en Maputo. Eso era lo que le jodía a Jota: que estuviera de ilegal cuando con un buen falsificador podría estar dando masajes en una clínica. Al menos no había chulos. En cuanto a Lucas, Jota sabía que no era normal. Un niño complicado, habría dicho su madre. Pero pronto se acostumbró a ella y pareció obsesionarse e incluso se negó a que la propia Malena lo sacara de la cuna durante un tiempo. Es por el pelo de colores, decía la madre. Jota pensaba que era más bien una cosa especial entre anormales, pero se lo callaba, abrazaba al niño y lo aupaba sin contradecirla.

Un rato después, cuando se sintió más despierta, Jota se levantó. Dejó al niño solo en el sofá, tumbado entre los cojines y alorado con Peppa Pig. Volvió a la habitación y abrió el balcón. Se sentó en la cama. Entraron el repique de las campanas y el olor a lluvia. Buscó su riñonera junto a la puerta. Sonrió al verla en la mesilla. Malena. Se lio un *kretek* y se tumbó. Lo encendió. Jota lanzaba el humo contra el techo soplando con fuerza, intentando tocarlo, mientras escuchaba las canciones en portugués que sonaban desde la tele, atenta a cualquier mínimo ruido que pudiera indicar que Lucas se había levantado o que estaba montando alguna en el salón. Bien pensado,

Jota se alegró de tener el tendedero y los barreños en medio. Era como una jaula. Levantó las piernas, sin depilar; se las acariciaba. Las tenía enrojecidas y con la piel otra vez de gallina por el frío, pero le gustaba el contraste de esa sensación con la del humo calentándole los labios. Después giró y se quedó de costado, fumando con placidez, mirando la calle. Entraba algo de sol por el balcón, parecía que empezaba a despejarse; con un poco de suerte, podría ir con Lucas al parque cuando se terminara el *kretek*.

Fue bajando con la mirada por la fachada de enfrente, de balcón en balcón, ropa tendida, rejas de hierro, yeso desprendido, cemento y ladrillo, cada vez más cerca del suelo. Estaba dando la última calada cuando vio, en la otra acera, frente a su portal, a un viejo de traje que miraba hacia arriba y le devolvía la mirada, con un ojo fijo en los suyos y el otro, blanco, perdido en otro punto del edificio. Se incorporó de una. La cama se le llenó de ceniza y, antes de poder decir o hacer nada, tuvo que aplastar los restos del cigarro con la mano. Manchas negras en las sábanas.

Jota cerró la persiana y corrió al salón. Apagó la tele, Lucas empezó a chillar. Ella lo cogió en volandas a pesar de la resistencia del niño, que pataleaba y berreaba sin soltar uno de los cojines, y se lo llevó al cuarto de la cuna. Era la habitación más estrecha, la única sin ventanas. La pataleta se intensificó cuando lo dejó solo. Fue a por la riñonera al dormitorio. Se la abrochó en torno a la cintura después de comprobar que tenía dentro la navaja. No podría hacer mucho, Jota era consciente; era una navaja muy corta que a ella le daba seguridad y que en realidad servía para forzar cerraduras y abrir botellines. Buscó por toda la casa la chupa de cuero mientras Lucas la llamaba —*Ota, Ota*— asomado al borde de la cuna. Supuso que se la habría llevado Malena. Jota respiró hondo. Entró en la cocina y se subió a la mesa de rodillas para alcanzar el tragaluz que daba a Das Olarias. Así, arrodillada, sacó de su riñonera la caja de cerillas. Encendió una, se la quedó mirando y al poco la apagó. Encendió otra y también la apagó cuando la llama estaba a punto de alcanzar sus dedos. Las fue tirando a la pila de aluminio. Contó hasta diez, diez veces lo hizo para envalentonarse, y luego se asomó a la calle. El hombre del ojo blanco ya no estaba allí. Soltó un suspiro largo y sonoro. Sintió como si le estuvieran vaciando una ciénaga de dentro. Volvió al suelo.

Cuando llamaron a la puerta, Jota pegó un salto y Lucas, en el cuarto, se calló del susto. Pasado un instante de perplejidad, a pleno pulmón y a lágrima viva, empezó a chillar. Era la primera vez que Jota lo oía llorar de verdad.

Dieciocho

Chet Baker en aquel documental de Bruce Weber. Chet Baker ya consumido, con la cara surcada como un labrador manchego. Chet Baker apoyado en su trompeta, con esa mirada desprendida de heroinómano, mirada reducida que es como si un judoca mental le hubiera hecho una llave a sus ojos y los tuviera sometidos bajo los pies desnudos mientras el pobre hombre intenta mirarnos. En las fotos, Baker tiene el pelo largo, repeinado hacia atrás, y un cigarro casi consumido entre los dedos. Y hay también una mujer que le besa la frente con ternura, mujer entre maternal y sindrónica de Estocolmo o de Münchhausen según el encuadre ético de cada cual.

A Baker las cicatrices de la boca le forman violentas depresiones que van de los labios a los pómulos bajo un bigotito pubescente. Un rostro mutilado por la droga y por una paliza en San Francisco o en Santa Mónica o en otro San-Quien-Sea de California, el rostro de un hombre vulnerable que es un genio y también un mentiroso compulsivo, el Príncipe Azul: dulce, romántico, músico de jazz. Y una de esas personas a las que no te debes acercar si quieres evitar problemas.

Ese es el héroe de Manu.

Deberíamos tener una ley de la alternancia, un sistema de turnos emocional que regulara nuestra bipolaridad colectiva. ¿Cómo pueden ser dos personas felices si están tristes al mismo tiempo? O borrachas, o colocadas, o solas. O, al revés, si se necesitan y no se necesitan simultáneamente en momentos distintos. Si se quieren o si no, pero nunca a la vez.

Cuando a mi madre le diagnosticaron la esclerosis, Manu y yo nos habíamos pasado la mañana como locos intentando montar la maldita librería de Ikea que nos había regalado José María. Sonó mi teléfono y no lo cogí. Que te jodan, mamá, la prioridad es esta librería. Eso dije. Tuvo que sonar el de Manu y por eso mi madre se lo dijo a él primero. Después, las semanas de hospitales, la medicación, las recaídas, mis idas y venidas de su casa a la nuestra. La excedencia y, después, los días libres, esta especie de baja por depresión que me han impuesto todos en *Jukebox* sin siquiera consultarme. No lloré entonces. Tampoco cuando se murió ni cuando me dijeron que un día podría tenerla yo y que debían hacerme pruebas con regularidad. No lloré cuando se lo dije a Manu. Puede que lo hiciera después, pero no cuando se lo dije a Manu. Mi madre solo nos tenía a nosotros dos y a la vecina; y casi fue un alivio que se muriera cuando lo hizo porque empezábamos a estar en rojos y ella empezaba a sufrir más de lo que los médicos nos habían dicho que la veríamos sufrir.

El respirador por las noches, que le tiraba del cuello, que le desgarraba la garganta.

El daño al hablar, cuando todavía hablaba.

Su agresivo pudor cuando la tenía que frotar en la ducha, cuando me intentaba arañar y tirar del pelo, sin fuerza y sin uñas. Aunque me prefería a mí antes que a las enfermeras.

Su cara deformada por el dolor cuando la movíamos.

Y su forma única de no enterarse de nada de lo que le decía la fisioterapeuta, al principio, cuando yo aún tenía esa idea optimista que debemos de tener todos de que tal vez ella fuera una excepción, de que mi madre y yo misma quizá fuéramos distintas y con suerte iría mejorando, pasando de planta de rehabilitación en planta de rehabilitación como se pasa de pantalla en los videojuegos, ganando logros, superando desafíos: hoy salir del cuarto, andar doscientos metros, subir y bajar los escalones. Fue solo al principio, cuando la esclerosis daba muestras de inseguridad y avanzaba con timidez de quincena en quincena. Todo aquello resultó ser solo como un verano indio en el cuerpo de mi madre. El veranillo de San Martín de la enfermedad. Dicen que es común en las más graves y antes de morir. Y no es que no nos hubieran avisado.

Pero lo peor fue la certeza terrorífica, durante los últimos meses, de que si le sacaba una foto no estaría retratando a mi madre, sino *otra cosa*. Por eso no hay ninguna.

Después del funeral fuimos a su casa, Manu me acompañó agarrado de la cintura como si necesitara que alguien me sostuviera. Cogimos las cartas, regamos la sansevieria. Revisité los álbumes de fotos que ni siquiera había querido abrir antes de aquello y de los cuales hice una *limpia* después. Era la primera vez que Manu veía a mi hermana. Solo salía ella, de niña, con mi madre, muy serias las dos en la puerta de un colegio, vestidas igual y también muy juntas. Ella y yo, o sea, mi hermana y yo, no tenemos fotos. Es algo de lo que no me había dado cuenta hasta ese día y en lo que ahora pienso a veces. Aunque no la quiera, es y será hasta el fin de los tiempos mi hermana, cuya desaparición me duele, y que, al menos en ese sentido, estará hasta la muerte conmigo. Y me gustaría tener una foto de las dos, aunque sea una tontería. Una foto como recuerdo, como prueba de que estuvimos aquí.

Las personas rara vez nos quedamos, es muy difícil que alguien se quede en un sitio. Todos pasamos de largo señalando los monumentos, procurando no meternos en problemas ni subir a los desvanes del otro, y después volvemos al cuartel general, presumimos del *tour*, buscamos la siguiente foto. Es lo normal. Pero con Manu no fue así. En mí, Manu no estaba de visita. Creo que eso puede ser el amor. Una variación mínima. Una nota inesperada y a toda mecha de la que crees que nadie se daría cuenta salvo tú, que suena en algún momento en tu cabeza cuando estás en la cama o cuando te dice algo muy cerca, o recibes un mensaje para hacer algo hoy que te hace sentir que estás de vuelta en casa.

No fue algo repentino. Llegó despacio. Con el sexo, con la costumbre, después de que me contara cómo encontró el cuerpo de Raúl en el almacén de La Pasajera, o de que me hablara de Tania; mucho después de que le contara lo de mi hermana, lo de mi tío asesinado, mi primera vez en la cama en Bogotá, con trece años, con un chico de diecisiete, tan borracha que no habría sabido si lo habíamos hecho o no si no hubiera sido por la sangre. Desperté con las ingles rojas, había manchado las sábanas de mi padre y a mi lado estaba Bruno Garay, el hermano mayor de Garay, el cabronazo que me la había metido, con la entrepierna ensangrentada. Yo había bebido mucho porque quería saber hasta dónde podía llegar, y fue hasta ahí. Estuve semanas asustada con la posibilidad de haberme quedado embarazada, sin decírselo a nadie, ni a él, que me ignoraba, ni a mis amigas, por vergüenza, y menos a Garay, que no sabía nada. Solo respiré con la regla, aunque yo ya me había hecho a la idea de dejarles el niño en la puerta a los Garay y fugarme a Tierra Caliente para empezar de cero como periodista de moda o lo que fuera. Mis amigas de entonces, Garay, MJ, Carolina, siguen sin saber cómo perdí la virginidad. Solo lo saben Estela y Manu.

La expresión «abrirle el corazón a alguien» es preciosa, y exacta, porque remarca el

masoquismo.

El corazón de Manu abierto frente a mí como un agujero negro.

¿Es algo que pasa una sola vez en la vida? ¿Con una sola persona? Conozco a mucha gente que piensa así. MJ, sin ir más lejos —aunque Colombia está bastante lejos—, que se casó con su chico del instituto y siempre ha defendido lo de las medias naranjas y las almas gemelas, que no son lo mismo —medias naranjas se completan, almas gemelas se complementan, o no sé qué historias—. Manu piensa algo parecido. Cree que no es algo que ocurra con una sola persona, pero sí que una sola persona puede dejarte incapacitado para que vuelva a pasarte con otra. Yo lo llamo «la teoría de la (media) naranja mecánica».

Como si te hicieras intolerante al pescado por un empacho.

O a una canción, de tanto repetirla.

A «I Waited For You», por ejemplo, o a «Alone Together». A todas las puñeteras baladitas de Chet Baker que suenan de madrugada en la cocina y que hasta a mí, y lo reconozco y me cabreo solo de pensarlo, me deprimen.

Pattern 49

De las cuerdas de tender penden bolsas de basura. Dentro hay perros y gatos deshuesados. Hay puentes que son infartos de cemento y avenidas de enanas rojas que son al mismo tiempo un agujero de gusano a un festival de California. En la tarde esta ciudad es un charco de cerveza de malta que fermenta en la barriga de los ladrones de rubís y tantalita.

En el Tranvía 83 hay putas negras como el coltán y una placenta de amanecer que se rasga cuando la redención del sexo llega al final de la paciencia. El guitarrista afila sus uñas y me fotografía mientras canto una balada, y me da sus fotos, me da sus dedos largos, me dice no te vayas ya y los turistas y todos me dicen no te vayas danos más jazz Yas.

Y cuando canto soy horno de pan y oliva española: un blues que se toca en las trincheras: leche de sangre y de palmera en la meseta baldía. Una mancha en los iris de las niñas que miran a las otras niñas —con el vientre hinchado de tenias— beberse, sedientas del último vistazo atrás de los enamorados antes de dejar el vagón de la estación de Sants en Bcn.

Veinte

Las horas pasaron en La Joya, y debieron de pasar más o menos como en cualquier parte, pero solo Espacio siguió bebiendo después de la segunda copa y eso sí supuso un cambio significativo en la vivencia que cada uno de los presentes tuvo del tiempo. Era muy tarde, de madrugada, y el chiste se hacía por momentos más y más pesado. Para Laura y Barranco, por lo menos.

—Ya vámonos a la casa, Leonardo, tomaste mucho.

—¿Y qué tiene, señora Laura? ¿Y qué... qué tiene? Tomo para olvidar, como en las rancheras, como en las rancheras mexicanas que son como soles negros acá en México y en mi corazón y en México, ¿no?, qué lindo es México y vos señora Laura y vos Barranco.

—¿No podías dejar al muchacho tranquilo o qué chingadas te pasa, Barranco? Míralo.

—El vato paga todo lo que chupa, Laura, y tampoco te vi decir la madre. La culpa es también tuya.

—¡Mi corazón es México, señores, viva, VIVA mi corazón!

Antes de que pudiera darle otro sorbo al vaso que ya tenía a medio derramar por el cuello, Laura se lo quitó, y Espacio entonces se giró hacia las mesas vacías y dijo:

—Dejen de tomar. Dejen porque es malo y porque pago yo, porque mi corazón son ustedes y pago YO.

—Espacio, eres el único pinche vato en kilómetros, vamos, ya párate... ¿Y tú qué? ¿Me vas a ayudar a cargarlo o qué, hombretote? ¿No ves cómo está?

—Sí, ya voy.

—Señora Laura.

—Así, por los hombros. ¿Pero qué le pasó? Yo no vi que tomara tanto.

—No sé, se mató algunas chelas y un mezcalito.

—Señora Laura Garrillo.

—Apesta a whisky.

—Y una pachita de whisky nomás.

—S-e-ñ-o-r-a L-a-u-r-a.

—No te tires al piso. Barranco, que no se tire al piso.

—SEÑORA LAURA.

—QUÉ, QUÉ QUIERES, PINCHE TEPOROCHO, QUÉ.

—QUE ME MUERO, SEÑORA LAURA.

—Cálmate. Ya déjalo.

El argentino que al atardecer había entrado en el bar mexicano estaba ahora tendido en el suelo, tapándose los ojos con las palmas de las manos, sacudiendo la cabeza como diciendo que no. ¿A qué le decía que no? Eso no lo sé, no tengo forma de saberlo, pero es de justicia admitir que tampoco lo sabían Laura y Barranco, quienes lo miraban desde arriba, con los brazos en jarras la una y cruzados el otro, sin saber muy bien qué hacer.

—Me muero, Barranco, díselo que me muero, me muero y a nadie le importa. A nadie. No me di vuelta y ahora a Tania no... a Tania. No le importa a nadie y me muero. Solo importa *Yás*, ¿lo entendés? SOLO.

—Atiéndeme, colibrí: siento mucho lo que te dije antes, ¿sí? Lo siento mucho, ¿me oíste? — Laura le rozó las costillas con el pie—. Acá nadie quiere que te mueras. Lo que quiero es llevarte a la casa.

—Sí te oí pero ella no te oyó porque ella no está en ninguna parte si no está acá es que se la tragó la tierra o no sé qué pasó pero estoy en México y... me muero. Y... quiero vomitar. Quiero escuchar otra vez la canción esa hija de puta. QUIERO JAZZ.

—¿Le pongo música?

—Qué vas a ponerle, Barranco. No sabe lo que dice.

—¿Y si lo dejamos acá acostado?

—¿En el piso? ¿Estás loco?

—Señora Laura.

—Qué.

—Que quiere vomitar.

—Quiero vomitar.

—Pues ya vomita de una pinche vez.

—No, no, ‘pérate, vato. Aquí no. Te llevo yo al baño.

Barranco lo cargó casi como a una princesa y se lo llevó al servicio. Laura se sentó en el taburete del extremo, junto a las planchas, ese en el que Barranco había cenado su chili mientras Espacio y ella hablaban en la mesa. Hincó un codo y se tapó la boca con los nudillos, visiblemente alterada. Y en cuanto se abrió la puerta del baño preguntó:

—¿Cómo está?

—Hasta la madre. Lo dejé vomitando todavía. Ahorita se recupera.

—Perdóname.

—Sonsa, no es tu hijo, no te disculpes. ¿Quieres otro trago?

—No, ya valió.

—‘Ora, ¿qué fue lo que dijo de la morra?

—Que a ella no le importaba si se moría.

—No, lo otro. Lo del jazz. ¿La morra del vato es la que estuvo acá contigo?

—Y qué si lo es.

—Nada. Pero ahorita él está allá dentro echando el hígado por ella y tú lo tienes engañado.

—Vete a la chingada, Barranco. Esa niña necesitaba ayuda.

—También él la necesita. Solo digo. Y como se entere...

La forma en la que lo miró Laura en ese momento yo no puedo describirla, no la vi, pero bastó para que Barranco cerrara el pico. Se quedaron callados un instante en el que solo se oyeron las arcadas de Espacio en el servicio.

—Dame un vaso de agua, por favor —dijo entonces Laura—. ¿Te conté alguna vez que me dan miedo las polillas?

—¿Las polillas?

—Sí. Las polillas.

—No. Toma.

—Gracias. En verano hay muchas. A la noche salen y son como murciélagos, los pinches bichos. Es lo único que me da miedo en esta vida.

—No me dijiste.

—Fue de morrita, antes que tú nacieras. Me hicieron un nido en el cabello porque hubo una plaga acá en el norte y yo me la pasaba leyendo, les gustan los libros.

—¿Y qué pasó?

—Pues que todavía siento a las polillas revolotear por mi cabeza de tanto en tanto. Eso es lo que le pasa ahorita a Leonardo con Tania Almada.

—Pero yo creo que esa morra le debe una explicación, y hay mucha gente allá afuera que quiere saber dónde está. No es ningún crimen.

—Bueno, pues dependiendo del tribunal, supongo, porque un poco de acoso sí hay acá seguramente.

—Tú viste al vato, Laura. Es un malacopa pero no es malo. No va a hacerle nada a la morra, no tienes que preocuparte por ella.

—Ya sé.

—Pues ya díselo que se fue a Puerto Rico y olvídalo.

—¿No entendiste que no es ella la que me preocupa?

Por supuesto, Espacio había abierto la puerta del baño. Con los ojos entornados, la barba todavía mojada después de beber del grifo, alternó la mirada de Laura a Barranco y de Barranco a Laura, con la boca entreabierta, buscando las palabras, y ellos no tardaron en comprender que los había escuchado.

—Ah, carajo...

—Chingá... ¿Cómo te sientes, Leonardo?

—No, pará. Parate con eso. ¿Tania se fue a Puerto Rico? ¿TANIA ESTUVO ACÁ?

—Sigues borracho, vato, cálmate.

—Borracho estás VOS. ¿Tania estuvo acá y no me dijiste, Laura?

—No te dije porque si vas detrás vas a hacerte daño, hazme caso, sé lo que es.

—Mirá. No sé qué pasó con vos y el poeta ese, pero nosotros somos diferentes, Tania y yo, yo a ella la amo.

—¿Y cuánto te pagan?

—¿Qué decís?

—Digo que te están pagando por buscar a Tania, no para de sonarte el celular, llevas un sobre con un chingo de dinero. Ningún poeta lleva un sobre con un chingo de dinero y menos lo va enseñando en un bar como este, así que dí: cuánto te pagan.

—No cambia nada de lo que te dije. Vos me mentiste.

Espacio se acercó tanto a Laura que ella pudo sentir el olor a vómito que todavía le subía hasta la boca, el olor de esa mezcla que había ido fermentando en su estómago durante la noche. Pero no se inmutó. Barranco sí.

—Apártate de ella, vato.

—Y ahora Tania está en Puerto Rico, en la loma del orto, y yo acá en esta gasolinera de mierda llena de boludos. Disculpame, Barranco.

—No pasa nada. Pero apártate.

—Te va a doler —Laura le avisó una primera vez.

—¿Qué me va a doler? Si ya me dolió todo, de nadie me puedo fiar y menos de VOS.

—Ya cálmate, muchacho, no te lo repito —esta fue la segunda.

—Me mientes con Tania y eso que sabés que necesito verla y preguntarle y para vos es igual, como si me pudro, ¿no? Y vos también, Barranco, vos también, vos oíste cómo no me di vuelta

cuando se fue de la casa, cómo dormí guardándole esquina en la cama la noche entera a Tania. Me engañaron los dos. Y vos, Laura, me jodiste. ME JODISTE.

Laura apoyó el vaso de agua vacío en la barra y lanzó el brazo derecho contra la cara de Espacio, que, tras el impacto, retrocedió hasta dar con la puerta cerrada del baño a su espalda. Su nariz, al recibir el puño de la vieja, esta vez había chascado como un leño al fuego. Se llevó la mano al rostro. Ella lo miraba, impertérrita y fijamente, y él la miraba a ella sin terminar de dar crédito. Barranco, situado ahora entre ambos, dejó una mano sobre el pecho de Espacio y Espacio sintió cómo la borrachera se le iba evaporando por el hueso, otra vez abierto, sangrante, del tabique.

—La puta madre. Sos una enferma.

—Te dije.

—Ay. ¿No tenés un pañito o algo, Barranco?

—Sí —sin apenas moverse, sin dejar ir a Espacio, alargó el brazo y alcanzó el trapo con el que había limpiado la lumbre—. Acá, toma.

—Gracias.

Espacio lo agarró con la mano libre e inmediatamente se cubrió la herida con él. Se quedó así, mirando al ventilador del techo, con el paño sobre la nariz como si fuera un velo, dos dedos encima, la testa en alto, o sea hacia arriba, los gruesos dedos de Barranco todavía apoyados contra su esternón, pero cada vez con menos fuerza. Laura esperó unos segundos antes de acercarse a él, momento en el que Barranco, al notarlo calmado, decidió liberarlo.

—Lo agarras mal, así no va a dejar de sangrar, pónelo más arriba. Aquí. Y aprieta más, como una pinza, tiene que cortarse la sangre. No, como una pinza te dije, pinche disléxico.

—¿Así?

—Así. Por Dios, Leonardo, ya deja de lloriquear. En el sesenta y ocho nos la pasábamos con las narices rotas y eso era lo menos que nos podía pasar.

—Pero ¿qué mierdas te picó?

—Te dije, vato. La pinche ruca tiene buen rechazazo.

—¿Quieres ir por Tania? Ve por Tania. Pero acuérdate de esto: te va a doler más que mi puñetazo. Y más vale que no le pase nada a ella o mandaré a Barranco a que te palicee.

—¿Qué le va a pasar? El tipo que me paga es un productor, la quiere para grabar un disco, PARA GRABAR UN DISCO, no para matarla, la concha de la lora.

—¿Sabes lo que son las polillas, Leo? ¿Lo que hacen?

—Mariposas nocturnas, ¿no? Se comen la ropa. ¿Tenés otro pañito...?

—Barranco, ¿tienes otro pañuelo?

—Arre. Ahorita te doy.

—Pues las polillas son mariposas nocturnas, sí, y ponen larvas que se comen la ropa. Y eso pasa a veces con el amor, que después te puede dejar huevos y llenarte de mera mierda envenenada la memoria.

—¿Por qué me contás esto ahora? ¿Me pegás y me contás tu vida, qué te pasa?

—No seas exagerado, muchacho. Te la dañé un poco nomás.

—Me va a quedar cicatriz.

—Bueno. Yo te dije.

—¿Qué?

—Que te dije. Que te iba a doler.

—Pensé que era una metáfora.

—Eres poeta, muchacho, las metáforas duelen.

—Ahora solo me están cargando.

—A ver, acá, mírame y pues ya deja el llantito.

Laura le hizo agachar la cabeza, retiró el trapo y le examinó la herida. Espacio se dejó hacer. Le agradaba sentir en las mejillas las manos de ella. El calor. La dureza de sus dedos, huesudos y encallecidos. Espacio no había recibido muchos gestos maternos en su vida, ni su madre ni sus abuelos dieron ninguna muestra de quererlo más allá de hacerse cargo de él por un tiempo (y habría que preguntarse, aunque yo no voy a hacerlo porque aquí ni pincho ni corto, si cabe exigir más), aunque puede que esto solo fuera una convicción suya y que, como decía Laura, su memoria estuviera envenenada. Pero el caso es que a Espacio le gustó sentirse cuidado, aunque fueran dos segundos, por las manos de Laura Merillo.

—Bueno, no está tan feo.

—¿No?

—No, está bien, y ya te dejó de sangrar, además. ¿Qué te decía?

—Que el amor es una polilla o no sé qué cosa parecida.

—Pues sí, solo eso. Deberías irte, muchacho, y pensar las cosas en frío. Pensar si esto te lleva a algún lado o estás cagándote la vida nomás. Así no se puede estar.

—Claro que me voy, ahora mismo me voy. A buscarla a Puerto Rico.

—Te vas adonde quieras, pero mañana.

—Me voy ahora.

—Te vas mañana.

Era una discusión absurda y así se lo hizo notar a los dos Barranco, que había contemplado la escena desde el taburete que Laura había dejado libre, que era a su vez el taburete que el propio Barranco había dejado libre después de comerse el chili. A lo mejor ese era el taburete favorito de Barranco. No lo podemos saber. A lo que iba es a que Barranco les hizo notar que era una discusión absurda, porque en poco tiempo iba a amanecer, y se ofreció para llevar a Espacio a la estación tan pronto como hubiera algo de luz. Ambos estuvieron de acuerdo.

Veintiuno

En la calle del Barco de Malasaña, en la que era la sede de la discográfica Columbia en Madrid, montamos una prisión clandestina, un centro de detención para estudiantes. París, Praga, lo de Nueva York y lo de México habían disparado las alarmas, y se habían mandado varios operativos a las universidades, fue a principios de los setenta. Al Niño, por ejemplo, lo tuvimos metido en la Facultad de Letras de la Complutense durante un mes, y llegó a protagonizar el mitin de un grupúsculo del PCE. El cabrón era muy bueno. Ya no íbamos por ahí dando palos a los rojos, las cosas habían cambiado. Nos informábamos, investigábamos, todo eran detenciones limpias, todo se hacía con mucho control.

En el centro de Malasaña, por ejemplo, nos refinamos mucho, «los chicos de Conesa» en particular, pero la Brigada en general. Los detenidos eran estudiantes y los interrogatorios eran más suaves que en la DGS. Y, desde luego, mucho más suaves que en la primera planta de la DGS, que es donde estábamos nosotros. Pero los escarmentábamos. Habían contratado a psicólogos para que dirigieran las preguntas, así que Roberto nos tuvo aprendiendo de ellos. Físicamente, en efecto, no pasamos de la rueda y del submarino, y lo del café que le gustaba a Martínez. Hacía poco que habíamos empezado a aplicar el quirófano, una técnica de los americanos que consistía en tumbar al detenido bocarriba sobre una camilla y estirarle las extremidades todo lo que daban de sí sin descoyuntarse. Cada vez que bajaba la cabeza y tocaba con ella la camilla, recibía un palazo en los huevos. O le dábamos con el soplete. Eso allí solo lo hicimos con dos y solo para enseñarles algo nuevo a los colegas del Cuerpo General, que estaban amariconados. Las chicas nos servían sobre todo para asustar a los chavales, para acojonarlos montando un buen pollo, eso se lo enseñé a los de Villa Grimaldi. Un simulacro de violación a cualquier perra de esas le suelta la lengua al novio que da gusto. Aunque otros como el Niño no hacían distinciones.

Allí, en el centro de la calle del Barco, el Niño y yo mismo nos hicimos pasar alguna vez por estudiantes detenidos y nos metimos en la sala de grabación que usábamos como celda. El Niño estaba mal de la olla, una vez quiso que le encajara una hostia en el ojo antes de entrar, para hacerlo más verosímil, y yo obedecí, él mandaba en casos de infiltración, era el mejor que he visto nunca, nadie lo igualaba, ni aquí ni en Chile. Ni siquiera entre los federales de la USARSA había nadie que pareciera de primeras igual de bueno.

Así es como me siento ahora con estos dos, como en la sala de grabación de Columbia. Cuando he visto que Espacio, sentado en la mesa, se ponía sobre las rodillas mi maletín y hacía un amago de abrirlo, me he levantado y le he ordenado que no lo tocara. La espalda me ha crujido, un calambre me ha trepado las vértebras hasta el cuello, y me he desplomado. Y no me acuerdo de más. Consecuencias naturales de la falta de control. Estoy mucho peor desde lo de Lisboa, todavía no se me ha curado la puta herida. Qué dolor de mierda. Qué puta mierda de espalda y de vejez y de la leche que me han dado, hostias. Qué pena y qué ridiculez estar haciendo preguntas a Valero así, acostado. Intento concentrarme otra vez. Tengo que tener más cuidado, pero es mejor esto que

lo que podría pasar si Espacio abriese mi maletín y viese lo que he bajado. Empezaría a imaginar lo que pasó las otras veces, me rechazaría, el muy hipócrita. Te has vuelto un payaso, Matías.

—¿Te sentís mejor?

—Sí, estoy mejor.

—Tome, su cigarro.

Le doy las gracias a Valero. Espacio coloca la almohada en vertical y me ayuda a apoyar la espalda en ella, en una postura un poco más decente que la que tenía, ahí tirado sobre la cama como un saco de muertos. Me ofrece un vaso de agua que yo rechazo, recupero el cigarrillo. No me atrevo a moverme mucho todavía. Miro a Valero, que se ha vuelto a sentar en la silla giratoria junto a la ventana, y advierto de repente que la cama es la cama de Espacio y a saber qué cojones habrá hecho aquí hoy, conociéndolo, pero ya soy viejo también para escrúpulos de este tipo. Me cuesta abrir el ojo malo, noto el párpado pesado, me tengo que ayudar con la mano libre, empujándolo hacia arriba.

—Manuel, perdone que le haya interrumpido. Ha sido la espalda, antes me la he fastidiado arreglando la cisterna de mi cuarto.

—Si quiere aviso a recepción, podemos ir a urgencias.

—No, no se preocupe, estoy bien. Además, casi ha salido el sol, imagino que querrá irse pronto.

—Sí, hoy trabajo.

—Pues no perdamos más el tiempo. Siga, por favor.

Trato de incorporarme un poco más, me retuerzo como un pez que agonizara en la orilla. Valero me observa, pero no dice nada hasta que termino la operación.

—Ya no sé de qué hablábamos. ¿Seguro que está bien?

—Decías que la última vez que vos viste a Tania fue en tu escalera, cuando se fue a Nueva York.

—Cuando os fuisteis, Leonardo. Los dos.

—¿Y usted no volvió a saber nada de ella? ¿En seis años?

Le doy una calada larga al cigarrillo de vapor y la luz se intensifica como si esto fuese la noche de San Juan, y al pensarlo me vienen los recuerdos amargos de Tere en una noche de San Juan de hace cuarenta años, cuando la llevé al hospital con las venas abiertas, a sabiendas de que era demasiado tarde. Era junio del 75. Muy poco después disolvieron la Brigada y con los GRAPO pasaron a llamarla de otra forma, que es donde se quedaron Roberto y el Niño. El tema se enrareció cuando murió Franco: los políticos eran los mismos, los jefes eran los mismos, y nosotros seguimos trabajando igual o más porque la gente se había puesto gallita con la tontería. No estaba muy claro qué iba a pasar. Martínez y yo nos salimos en el 77, él en un ataúd en dirección a la Almudena con diez tiros en el pecho y yo hacia la escuela militar de la USARSA en Panamá, gracias a los contactos de Roberto en Sudamérica. Luego me llevaron a Brasil y a Uruguay, y de ahí a Chile, cuando se empezaron a torcer las cosas. Al principio estuve ayudando en Tejas Verdes, adiestrando a los novatos de la SIFA; fue cuando me cambiaron el nombre a Santiago Tebaldi y los chilenos empezaron a llamarme *doctor*; por respeto. Ya no era el Enfermero. A ellos les enseñé técnicas para los interrogatorios, algunos estaban muy tiernitos, sobre todo los carabineros la cagaban cada dos por tres, no controlaban la situación y después otros tenían que limpiarles la mierda, esto es, pasaba con ellos lo que pasaba con el Niño en Madrid. Pero el Niño tenía un talento especial, era un artista, a pesar de todo. Nunca había trabajado en un barco hasta que me destinaron a Valparaíso. El buque *Esmeralda* fue el peor, era

de los militares y no tenían ni puta idea de qué hacer con los detenidos, casi siempre los acababan quemando vivos en la parrilla sin querer y se convertían en carnada para peces antes de decir media palabra. Pero era algo nuevo para mí, algo refrescante por fin, en un momento tedioso de mi vida y de mi carrera, cuando más echaba en falta España. Me vino bien el mar para la tensión.

—Nada más, solo tuve algunas noticias al año siguiente, cuando tocó en San Diego. Por mi jefe. Leonardo lo conoce, y mucho mejor de lo que yo pensaba, así que puede preguntarle a él si quiere.

—Me interesa saber con qué otras personas pudo ponerse en contacto. Familia. Amigos. Cualquiera con quien tuviese relación.

—Pensaba que el entrevistador era yo.

—No tenés por qué contestar, Manu, pero nosotros solo queremos encontrarla, ¿no? ¡Andá y decile a Tebaldi!

—Baja la voz, la leche cana, vas a despertar a todo el puto hotel.

—Disculpame.

—Es temprano todavía, aquí hay gente durmiendo, hostias. Si no puedes parar de dar por culo vete a dar un paseo o a dormir la mona a mi cuarto.

Le doy una última calada al cigarro, que empieza a agotarse y que, me doy cuenta, lo único que hace es quitarme autoridad con esa lucecita y esto que suelta como si fuera un vaporizador de invernadero. Ahora hay que presionar. Es siempre igual.

—Contésteme, Manuel.

—No, no sé nada de su familia.

—Pero los conocía, estuvo allí muchas veces, ¿verdad?

—Sí, pero Tania me dejó. Por este.

—¿Habló con Joan Rosel?

—No, no sé nada de él.

—¿Y qué me dice de Julia? Jota.

—Esta noche ha sido la primera vez que he oído algo de ella en seis años.

—¿Y cómo?

—Por él.

—¿Por mí?

—Sí, me has dicho antes que está en Lisboa y que tiene un hijo. Acuérdate.

—Ah, ya me acuerdo.

—Manuel, le voy a hacer una última pregunta, y quiero que piense bien la respuesta.

Me encuentro suficientemente bien como para salir de la cama y sentarme en el borde, otra vez, y mirar a Manuel Valero a los ojos. Estoy cansado de ir detrás de Almada. Estoy cansado de patetismos. Espacio me inspira un sentimiento paternal que me da casi más pena que mis achaques de espalda, que me hace pensar en Tere y en mi hijo, que hace que tenga miedo de que me quiera apartar de su lado. Jamás me había sentido tan solo. Ni cuando ella se suicidó y yo me tuve que marchar. Ni siquiera cuando Roberto y el Niño me olvidaron y siguieron con sus vidas sin preocuparse por su viejo compañero, cuando intenté contactarlos en el 90 para que me trajeran de vuelta al país. Ellos tuvieron la amnistía y las medallas. Hubiese sido lo mínimo. Jamás, hasta que hace siete meses llegó el momento de despedirme de Espacio en Puerto Aragón y se me vino todo encima. Será la puta edad. Confieso que me agarré a Almada como a un clavo ardiendo para no quedarme solo, porque ya estoy mayor para estos viajes y estas gilipolleces, lo cual, en efecto, me convierte en un niño a mí también. Un niño de setenta y siete años que va de un lado a otro aferrado a su maletín, arrastrando a un puto idiota argentino de la mano y dándole esperanzas,

detrás de una zorra que no tuvo los huevos de ir de cara con ninguno de estos dos. El mundo ahora, Matías, da pena, pero no tanta como tú jugando el juego.

Podría pararlo aquí y ahora, decirle a Leonardo que se ha acabado, que ya no hay nada que hacer, aunque no sea del todo cierto porque todavía, saquemos o no algo de Valero, podríamos bajar a Tánger e interrogar al hombre que se ocupó de los documentos de Jota. Allí, con los moros, no tendríamos por qué andarnos con mariconadas como con este y nos entenderíamos mucho mejor. Allí hasta la policía ayudaría. Pero tengo que conseguir que Espacio crea que esta información me la ha dado Valero, ahora, o no me lo perdonaría; así que de todas formas tenemos que quedarnos solos. Aunque también podría echarle cojones y decirle a Leonardo que ya he tenido suficiente, e instalarme en Madrid, ahora que he conseguido volver, buscar a mi hijo y a su familia e intentar empezar de cero.

No me reconozco. Menuda vergüenza eres, Matías. Esto es lo que ha quedado de ti, del sargento Matías Álvarez, del Enfermero de la DGS: un mierda, una pena de hombre. No voy a dejarlo a estas alturas. Llegaremos hasta el final y luego ya veremos. Ahora, Valero, quiero que dejes de tocarme los cojones y me digas

—dónde está Tania Almada. Última oportunidad.

Veintidós

Recojo los platos y vasos sucios del salón y los llevo al fregadero. Después, dejo el macuto junto a la puerta. Ya estoy alistada, como dicen en Colombia. Siempre me ha gustado más que nuestro «arreglarse» para salir, que suena como si una estuviera rota. Estar lista para la acción, alistada, es mucho mejor.

La paz no es la ausencia de la guerra. Es un estado mental, la tensión entre dos fuerzas. La asunción de ese abismo que nos devuelve la mirada. Porque todos somos malos a veces, eso es inevitable, y todos hemos sido crueles alguna vez, como mínimo con nosotros mismos. El problema es que nadie nos enseña a diferenciar y entonces el movimiento reflejo es taparse los ojos y esperar a que llegue la maldita paz, como si fuera un paquete de Amazon: llama al timbre, firmamos, y hale, ya tenemos la paz, a otra cosa. Como si no tuviéramos una cola de mensajeros esperando su turno en la puerta. Pero a quién culpar. Nos han repetido desde que tenemos memoria que debemos quedarnos con lo bueno y dejar atrás las cosas malas, nos han dicho olvídate de eso, nos han dicho pasa página de una vez, porque lo bueno es solo y siempre bueno, lo bueno es paz. Y lo demás, por descarte, es la santa guerra. Pero nadie, insisto, nos ha enseñado a diferenciar.

Yo no quiero la paz. Yo quiero que me dejen en paz, que es muy diferente.

Al principio de la noche tenía un sentimiento de mierda. Ahora, con el macuto listo, las cámaras listas, yo lista, alistada, a unos minutos de que todo cambie para siempre o no lo haga y aquí-paz-y-después-gloria, ha empeorado. Me dan pinchazos en la tripa como si me fuera a venir la regla, pero la tuve hace una semana, y ni de coña. Cuando me vino por primera vez estaba en la casa de Bogotá. Tenía doce años. Mi padre dijo que me había venido tarde como si la culpa fuera mía, como si hubiera faltado a una especie de cita, y eso que ni siquiera era verdad. Me acuerdo de que fui a la cocina, él estaba ordenando la nevera. Con las bragas llenas de sangre en la mano, le dije que creía que tenía la regla. Me miró como si fuera de otro planeta, como si fuera una guionista de documentales o una correctora editorial y por primera vez en su vida se diera cuenta de que existía. Parecía enfadado —¿porque llevaba las bragas en la mano?, ¿por decírselo a él?, ¿porque me llegaba tarde?—, y me dijo que llamara a mi madre, y que si necesitaba algo podía pedirle a Esperanza que viniera. Yo me negué. Puedo limpiarlas en el lavabo, le dije, pero sigo sangrando. Fue la única vez en mi vida que vi a mi padre salir a hacer un recado, al ultramarinos. Me trajo como diez paquetes de compresas y luego se encerró en el despacho. Al otro lado, las grabaciones de Frank Sinatra que han sido la banda sonora psicológica de mi menstruación desde ese día y hasta hoy.

Estamos en el minuto de descuento. Lo digo en serio. Llevo toda la noche, o, peor, toda la semana, buscando los motivos para decirle que no a Amaia Lobos y a *National Geographic* por lo nuestro. Y aquí sigo. Ya veremos por cuánto más. Dicen que el tiempo se deshace de hasta los mejores recuerdos. Los de las mañanas en el centro comercial, cuando me acompañaba a comprar ropa para mi madre, aunque sabíamos que dentro de poco se iba a morir. El del sábado aquel de

julio, en el hotel de Róterdam, jugando al *strip poker* después de ponernos hasta el culo de ese licor de marihuana tan bueno que regalaban con los pases del North Sea Jazz Festival. A Manu le costó mucho convencer a José María de que nos pagara el hotel, y al final solo accedió porque el vuelo corrió de nuestra cuenta y porque le dio pena diciéndole que yo necesitaba tres días de respiro de la enfermedad de mi madre, y era la verdad, aunque no lo quiera reconocer.

Fueron solo tres días, como en Santander. Y, como en Santander, después peregrinamos. A Ámsterdam esta vez. Manu se quedó al borde del canal, casi a punto de caer al agua, que parecía el mar de Islandia: agua de cerveza negra. Miraba muy serio el asfalto, como si pudiera ver la mancha de sangre de aquella noche. Yo, a su lado, buscaba el balcón en la fachada del hotel. Hice con la Nikon una foto que salió con ruido y le dije que era imposible que hubiera salido con ruido, pero me respondió que debía de ser el fantasma de Chet.

Después cogimos el último vuelo.

Róterdam significó algo para mí, y no sé si para Manu también. Nos habíamos acostumbrado a necesitarnos y a no necesitarnos y a dormirnos espalda con espalda procurando tocarnos con los pies o con el culo, para no alejarnos mucho, para que siempre hubiera un punto de contacto. Era la primera vez en meses que yo dejaba el lexatín en el neceser, pero también fue la primera vez en meses que él tuvo insomnio. En el North Sea Jazz Festival los dos abrimos un poco los ojos, supongo. Algo se removió en el fondo. Manu empeoró después de ver la mancha de sangre invisible de Chet. ¿En qué pensaba? Estaba muy lejos. Tal vez empezara preguntándose por qué se había tirado. Tal vez después se acordara de Raúl. Pero ¿y después? ¿En qué pensó después? ¿En quién?

¿Pensó en qué hubiera dicho Tania Almada de haber sido ella la que estaba con él? ¿Pensó en qué hubiera dicho yo, de ser yo ella?

Manu, fíjate, la foto ha salido con ruido, pero es imposible, le dije.

Ha sido el fantasma de Chet.

Y tu sonrisilla, falsa y encantadora, como un puente de mentira que se hundiría a la primera pisada. Y la mía de vuelta, sonrisa también falsa de fotógrafa profesional. Los dos sonriéndonos muy cerca el uno del otro, heroinómanos erguidos sobre el pavimento caliente contra el que se tiró Chet Baker de cabeza en 1988, como si hubiera errado el salto al canal haciendo *balconing*.

Un año más tarde, en el 89, a Niebla del Bosque Marino lo detenían en las protestas de Tiananmén. Me juró que él era el hombre frente a los tanques de la foto de Charlie Cole. Ni lo creí entonces ni lo creo ahora, pero ahí está. Manu tenía ya dos años en el 89. Faltaban cinco años para que mis padres se separaran. Once para que mi padre me llevara con él a Bogotá. Diecisiete para que me mudara con mi madre. Veintisiete para que Manu y yo nos conociéramos en Santander y para que, a la vuelta, en Madrid, empezáramos a quedar y se mudara conmigo. Treinta para el North Sea Jazz estival de este año y para esta noche, que ya es esta mañana, este amanecer que se estira como un chicle rosa sobre las tres de las Cuatro Torres que se ven desde la ventana.

Manu siempre me ha animado con la fotografía, no ha querido que me quedara en *Jukebox*. Cuando empecé a flaquear con lo de mi madre, poco después de volver de Holanda, él me cogió la cara, en la cocina, me acuerdo perfectamente, tengo la imagen en la cabeza, la foto entera, me tenía así, a dos centímetros, se había puesto entre mis piernas, me había cazado en plena crisis, a primera hora, sentada en la encimera de la cocina mientras se calentaba la cafetera y justo antes de ir al hospital, y me cogió la cara y se acercó, oliendo a cama, todavía legañosos los dos, y me hizo mirarle y me dijo que estaba conmigo y que tiraríamos *p'alante*, como siempre. No ha vuelto a tocarme así desde que ella murió. Cuando se te muere alguien cercano, de repente en el mundo

solo hay dos tipos de personas: las que te tocan como antes y las que no vuelven a hacerlo igual.

Conozco el corazón de Manu. Es lo único que me retiene todavía: que conozco su corazón. A lo mejor lo que tengo que hacer es empezar a pensar como él. Embobarme con un charco de sangre invisible en la calle y preguntarme: ¿qué haría yo si yo fuera ella, si me hubiera despertado en mitad de la noche y me hubiera hecho la dormida mientras te ibas, si hubiera dicho Ta-ni-a en vez de I-re-ne? ¿Qué harías tú, Tania, en mi lugar?

Veintitrés

*Rua das Olarias, Lisboa, Portugal
27 de octubre de 2019. 9:55*

Un avión sobrevoló la calle encharcada eclipsando por un momento los rayos de un sol desmayado. Leonardo Espacio caminaba rápido pero pisaba con cuidado, porque ya se había resbalado el día anterior en la entrada del hotel. Vio a lo lejos la figura un poco encorvada de Tebaldi, que a su vez miraba un balcón, apoyado en la pared de la fachada de enfrente. Tebaldi tenía que levantar mucho el cuello por la cercanía de las casas, como si estuviera en la primera fila de un cine, y Leonardo pensó que eso no podía ser bueno para su espalda. La primera impresión que tuvo Leonardo cuando llegó a Lisboa fue la de que en esa ciudad no había términos medios. Todo era o agobiante como los muros de un callejón del puerto o inalcanzable como los veleros deportivos que se dejan ver entre las *ruas* del barrio alto, manchas diminutas remontando la desembocadura del Tajo, muy lejos.

Leonardo Espacio todavía no sabía cómo había conseguido Tebaldi dar con Jota, de la que nadie sabía nada desde que un buen día dejara su apartamento de Vallecas y se esfumara de Madrid. Ellos habían llegado a Lisboa la tarde anterior y Tebaldi le había escrito de madrugada diciéndole que había podido verla en un *club* de Alfama y que, cuando saliese, iba a seguirla hasta su casa. Él, Leonardo, estaba ocupado cuando recibió el mensaje. No pudo leerlo hasta mucho más tarde, por la mañana, después de que Tebaldi lo despertara llamándolo al teléfono de la habitación. Leonardo tuvo que salir a toda prisa de la cama para anotar la dirección que Tebaldi le estaba dando en la contraportada de un ejemplar de *Yás* que tenía en la mesilla, todavía en calzoncillos y casi saltando el cuerpo desnudo de la lisboeta con la que había dormido. Tebaldi se despidió diciéndole que lo esperaría. Leonardo memorizó el recorrido que le marcaba el mapa del móvil. La casa de Jota no estaba tan lejos, al menos. Después se vistió y salió del hotel abrochándose todavía el cinturón, bajo una llovizna de mal augurio que le hizo pensar, como siempre que se veía en una situación estresante, en una risa vieja y terrorífica que cinco años atrás creyó oír en los pasillos enmoquetados de otro hotel.

A Leonardo, entonces, Lisboa bajo la lluvia le pareció agobiante e inalcanzable a un tiempo, y también le recordó a algunas de las ciudades que había recorrido a su paso por Centroamérica, hacía mucho. Podía recitarlas en orden y de memoria. Ciudades tristes y alegres en pendiente, con catedrales en declive, con barrios humildes y a la intemperie, de paredes desconchadas, junto al mar. De todas ellas hablaba en *Yás*. De ellas y de Tania Almada.

Cuando Leonardo llegó a la altura de Tebaldi, las contraventanas del balcón al que miraba se cerraron de golpe. Tebaldi le dijo que Jota no iba a hablar con él y que en el Burma, que así se llamaba el local donde él la había encontrado y ella trabajaba, aparentemente, no había soltado prenda. Tebaldi añadió que las personas como Jota se huelen estas cosas a kilómetros. ¿Y qué

querés que le haga yo?, le preguntó Leonardo. Y Tebaldi le respondió: quiero que te pongas al día con una vieja amiga. Poli bueno, poli malo, ¿te enteras? Como en las películas.

Veinticuatro

Las casas por la noche son como perros que sueñan. Aún conservo los tapones de silicona que compré cuando me mudé y de los que solo aprendí a desprenderme cuando dejé de vivir sola. Mi casa es vieja, vibra con los coches, cruje, se araña. Los ruidos que hacía hace unas horas son, ahora, distintos. Están fuera de lugar. Casi puedo verlos, como se ve el ruido de las fotografías. En Islandia fue un quebradero de cabeza. Cuando llegué, la noche era mucho más larga que en España y la escasísima luz tenía matices que condicionaban mucho la exposición de cada imagen y que yo no conocía, así que empecé a llevar siempre una batería de repuesto encima y la cámara cerca del cuerpo para protegerla con mi calor, cuando en Colombia siempre había sido más bien al contrario. Y, además, por poco no me cargo la pantalla LCD con la nieve. En definitiva, perdí mucho tiempo aprendiendo a minimizar el ruido.

Hay un dicho en Islandia: si no te gusta el tiempo, espera un minuto.

Cambios de luz enormes en tiempos mínimos.

Salvo en la hora mágica de las noches blancas.

Era la primera vez que trabajaba la digital, una Nikon que había comprado de segunda mano antes de salir de Madrid y que ni siquiera era muy profesional, con pocos recursos. Y el ruido, en las digitales, no es nada artístico, así que muchas cosas se jodieron por mi falta de experiencia y casi todas las fotos en la exposición de Santander acabaron por ser analógicas. Y fue un desastre. En el proceso, perdí mi primera cámara, la Leica que me había regalado mi padre. La última semana tuvo un problema serio con la condensación que ninguno de los fotógrafos que estábamos en la casa supimos solucionar.

Hay muchos tipos de ruido. Granos. Sal y pimienta. De Gauss. De disparo. De luminancia. De crominancia. En Islandia, el ruido era un ruido de nieve. Era como tener un enjambre de avispas albinas de filtro. Un ruido blanco como el que se usaba para torturar a los presos en Qinsheng. Me lo contó Niebla del Bosque Marino: en China, a los presos se les ponen grabaciones con un sonido monótono más o menos estridente durante días e incluso semanas. Se vuelven locos. Según Niebla del Bosque Marino, el ruido blanco es una técnica de tortura muy difundida, se usaba mucho y todavía se usa porque es eficaz y barata: solo hay que grabar en bucle ese sonido monótono, poner el volumen a tope, darle al *play* y salir de la sala. Él mismo lo sufrió durante los once días que lo tuvieron detenido en el 89, justo antes de que abandonara el país. Y todavía tenía pesadillas.

Se trata de crear un *time loop* como en el que vive atrapado Manu: un sonido monótono, repetitivo, en la casa. Ahora al parecer hay quienes se ponen en YouTube vídeos con ruido blanco para dormir. «Dos horas de ruido blanco celestial», «Ten Hours of White Noise I: Water Flowing», «Dulce lluvia y ruido blanco para dormir mejor», «Ten Hours of White Noise II: Nature Sounds», «Madre e hijo respirando tres horas de relajante ruido blanco» —eso es bastante jodido—; «Ten Hours of White Noise III: Crackling Fire». Repito: diez horas de puñetero *crackling fire*.

Me pego un tiro.

Y así es como a mí me sonaba al principio el jazz, porque me costaba no acordarme de mi padre y de Frank Sinatra. No es que no me gustara, solo me costó acostumbrarme, encontrarle la gracia, como decía mi madre. Manu sí es un aficionado al ruido negro, que es como muchos se han referido al jazz por cuestiones raciales. Pero no le pega. En el *black noise* no hay *time loops* ni repeticiones. Solo improvisación y carrera hacia delante. Como yo ahora, que siento que estoy minimizando el ruido de una imagen de mí que una vez fue nítida y que me gustaría que lo volviera a ser antes de que llegue Manu. Yo, Ire, una improvisación con patas, una Irene cambiante, una Irene de jazz. Pasen y vean el increíble caso de la chica que es ahora una y otra chica distinta un minuto después. Si no te gusta lo que suena, espera un minuto. Espera un minuto más. Y después, *p'alante*.

Veinticinco

Los primeros rayos de sol de ese 8 de septiembre de 2014 alumbraban ya la carretera cuando Espacio y Barranco salieron de La Joya por la puerta de atrás y salvaron la distancia que separaba el edificio de un Chevrolet más bien sucio que pertenecía, en realidad, a Laura Merillo, pero que desde hacía un tiempo solo usaba Ángel Barranco. El cielo parecía una plancha de zinc y, aunque no corría el aire, el frío de la noche del desierto permanecía como suspendido sobre la tierra seca.

Un argentino y un mexicano salieron de un bar. Una vieja mexicana salió detrás justo antes de que subieran al coche y le gritó al argentino:

—¿Qué tal la cruda?

—Terrible, no sabés.

—Bueno.

—Sí.

Espacio dijo adiós con la mano y montó en el asiento del copiloto mientras Barranco guardaba su maleta. Es probable que sintiera algo parecido a lo que había sentido al despedirse de Ernesto Garriga en aquella cuesta de Riverside. Estaba muy cansado. Se puso las gafas de sol con cuidado de no tocar la herida todavía abierta de su nariz. Barranco se estaba poniendo el cinturón cuando Laura alcanzó el coche y se asomó por la ventanilla.

—Vas a dejarme que te diga una cosa más antes de irte. ¿Tú sabes por qué no volví a ver nunca a Raúl después de que mataran a Salva en Tlatelolco y toda la historia esa del embarazo?

—No, no sé.

—Yo estaba enojada. ¿Dejó él de quererme? Pues imagino que no. Pero pasaron cuarenta y cinco años y cada cual siguió su vida, y esa pues también puede que sea una forma de estar juntos: pensarse de tantito en tantito nomás, acordarse de los tiempos buenos, tenerse cada día un poco y luego dejarse ir. Así las polillas te dejan en paz. Tú, muchacho, hiciste que me acordara del día que decidí que me iba del DF. Raúl me iba a visitar, era la noche siguiente a lo de la plaza y no podía dormir, quería decirle a él el primero que estaba embarazada y pues que era de Salva, pero sabía que podía tomárselo mal. No tan mal, pero mal. Y también sabía que después se lo iba a tener que decir a mis padres porque yo había decidido tenerlo. Y estaba ahí pensando qué hacer. Si quedarme en el DF, si irme yo sola, si salirme a la plaza y mentarles la madre a todos los machitos de la verga que nos jodieron hasta que me balacearan como una mártir, o qué.

»A Raulito lo quería, aunque no como él me quería a mí, y él me necesitaba porque había perdido a su mejor amigo, ¿ah? Así que no es que no lo quisiera, pero yo ya sabía que iba a irme. Y entonces llegó. No me acuerdo si hablamos algo, me parece que no, hasta que le dije del embarazo. Raúl siempre fue como un hermano. Vivía muy cerca, en el mismo edificio de los abuelos de Salvador, que era con quienes estaba él porque sus padres fueron una especie de Bonnie and Clyde de Los Pedregales y los habían matado en la puerta de un balneario que estaban

por asaltar en Chapala, cuando él era todavía un escuincle. La mamá de Raúl era francesa. Compraba siempre en la tienda de abarrotes de mi padre. Él era amigo de Salva y yo me hice amiga de él por lo de su mamá, y luego él me empezó a llevar a las librerías y a prestarme todos los libros que le compraban sus papás y pues hicimos migas. Salva era distinto. Con Salva todo fue muy despacito y cada que nos juntábamos los tres era Raúl el que hablaba con los dos, nunca entre nosotros. Morros de los cincuenta.

»Lo del embarazo fue demasiado para Raúl después de perder a su mejor amigo. Se puso histérico en el medio de la calle, me dijo que no. Que no, que no era verdad. Yo le conté. Me preguntó si lo iba a tener. Le dije que sí. Me preguntó si se lo iba a contar a mis papás, y le dije que sí, y que si no me querían ayudar me regresaría a Tijuana con mi abuelo y que me valía madre lo que pasara. Raúl empezó a llorar y estuvimos así un rato, él llorando y yo pensando en que Salva se había muerto tres veces la noche anterior: una en Tlatelolco, otra conmigo cuando tomé la decisión, y la última ahí, con Raúl. Luego, sin dejar de llorar, me propuso salir del DF esa misma noche, irnos juntos lejos de México, a Europa. Dijo que tenía ahorros y que podía quitarle algo a su mamá si yo iba con él. La única condición era que abortara en cuanto llegáramos. Ahí me puse a llorar yo, no por él, ni por Salva, ni por el bebé, ni por ninguna otra madre más que por mí, porque tuve que pensarlo y me odié por pensarlo, pero al final le dije que no. Yo seguramente hubiera abortado en cualquier otro caso, no era tan raro. Pero habían matado a Salva.

»En algún momento de la noche, Raúl se fue sin decirme nada, me dejó en la calle y se fue, desapareció. Y no lo volví a ver más nunca, muchacho. A la mañana siguiente ya se había ido de la casa. Nos quedamos Ernestito y yo. ¿Quieres saber por qué? Porque lo que uno más ama es lo que uno más teme siempre. Te dije. Si dejas de amar, dejas de tener miedo. No perseguí a Salvador en la plaza de las Tres Culturas, cuando lo mataron. No perseguí a Raúl cuando la noche siguiente me dejó sola en la calle. No perseguí a nadie para que así nadie tuviera miedo.

—Y ahora estás sola, Laura. Disculpame. Pero vos no sos yo. Ni Raúl es Tania. Tania no se iría así, algo malo le pasa, y yo voy a encontrarla y ayudarla, ¿entendés? Voy a ayudarla.

—¿Tú preguntaste si quiere que la ayudes? ¿O que la sigas?

El argentino se quedó callado. Así acaba el chiste: por una vez en su vida, Espacio no supo qué decir. Permanecieron los tres así, congelados, durante unos minutos: Laura asomada a la ventanilla del Chevrolet; Barranco con las dos manos en el volante y la vista fija en el asfalto que se intuía a unos metros, al otro lado de La Joya; Espacio aguantándose las ganas de llorar tras las gafas de sol, hecho un asco, agotado, decidido a perseguir a Tania Almada al fin del mundo. Después, se fueron. Amanece. Un argentino y un mexicano conducen por el Corredor Tijuana-Rosarito, carretera 201 de Baja California. Una vieja mexicana los ve alejarse y por primera vez en mucho tiempo siente un nudo en el estómago, la humedad porosa del recuerdo que se extiende por los lugares que llevaba años tratando de mantener secos y a salvo. Un charquito de tinta azul en la memoria.

Veintiséis

Manuel Valero me dice que no sabe dónde está Tania Almada por tercera vez. Se lo he advertido, que debía pensar bien la respuesta que me daba, pero el hijo de puta se ha creído que iba de farol. Aunque sé que no lo sabe, su actitud es una falta de respeto. Me levanto. Él retrocede. El respaldo de su silla roza ya con el cristal. Se ha asustado porque no lo esperaba y a mí la espalda me ha dado otro tirón, pero esta vez lo aguanto. No se trata de fuerza, sino de poder. No se trata de intimidar, sino de controlar: lo miro de cerca, desde la altura, y él sabe que podría quitarme de encima de un empujón y que con eso me dejaría tendido en la cama hecho una mierda, pero no lo hace. No lo hará. No tendrá los cojones.

—El viernes diez de enero de dos mil quince, Almada volvió a Madrid. Venía de Barcelona. No visitó a sus padres, no pasó por la casa de sus abuelos en la Garrotxa, Rosel no sabía nada de ella.

—Suélteme.

—El sábado veinte de enero se personó en el domicilio de Jota. Antes de eso, Almada pasó diez días en Madrid. ¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—Tebaldi, pará, tenés...

—¿Estuvo aquí diez putos días y nadie sabe nada? Tardó diez días en ir a la puñetera casa de Jota, algo tuvo que hacer, tuvo que estar en alguna parte. ¿Fue con usted?

—¿Cómo?

—Voy a ser más claro, a ver si así me entiende. Imagínese que usted es Almada. Imagínese. Acaba de llegar a España desde Cuba. Estaba en California con su novio, daba conciertos, todo iba sobre ruedas, pero una buena noche decide robar un saxofón y largarse a México como si fuera una maldita atracadora de bancos en una puta película de vaqueros. Va a Barcelona, claro, donde está su familia, pero se da cuenta de que eso sería volver a la casilla de salida, así que acaba otra vez en Madrid, después de más de un año. ¿Y qué hace? Tiene antiguos profesores, sí, pero todos son más fieles a Rosel que a usted y no dudarían en entregarla al tipo que se estaba haciendo de oro a su costa. Tiene algunos amigos, sí, pero todos eran más bien los amigos de Leonardo. José María ha fundado hace poco una revista y no perdería la oportunidad de vender la exclusiva. Jota es una opción, aunque eso llegará más tarde. Ahí todavía ni se le ha pasado por la cabeza. Pero, un momento, piensa, sí me queda alguien. Alguien que no me entregaría, para el que soy más importante que cualquier revista y que cualquier amigo, un gilipollas que haría lo que fuera por mí.

—¿Está loco?

—Esta es mi teoría, Manuel: Tania Almada lo llamó ese diez de enero en cuanto se bajó del

tren en Atocha. Le pidió ayuda, que la ocultara durante unos días, y en efecto usted se las ingenió para hacerlo. Seguramente se la folló. Y sintió lo que hacía tanto que no sentía; es algo parecido a volver de un exilio, no lo juzgo. Tania le explicó lo que le había pasado en América. Usted, por supuesto, lo comprendió todo, y se comprometió a ayudarla a desaparecer. Estuvieron pensando cómo diablos podían hacerlo, y a uno de los dos se le ocurrió la idea feliz: Jota. Una traficante de poca monta como ella seguramente sabría cómo borrarse del mapa, puede que hasta planeara fugarse usted también. Pero, al final, en el último momento ella hizo las maletas y lo traicionó. Otra vez. ¿Me equivoco?

—Pare.

—Usted sabe dónde está, usted conocía el plan, pero después de esa segunda puñalada ya no se atrevió a seguirla. Es comprensible. La pregunta ahora, Manuel, es por qué sigue protegiéndola después de todo lo que le ha hecho esa mujer. Dígame dónde la escondió los diez días que pasaron juntos en Madrid. Dígame qué le contó ella.

Le doy un golpe con la mano abierta a la ventana helada, en un punto a pocos centímetros de la cabeza de Valero, y me separo de él. Ya veo gente en la calle. Tengo el corazón tranquilo, es todo parte del espectáculo, todo está controlado: tiene que crearme peligroso, impredecible, un psicópata. Pronto dirá algo que será definitivo. Primero dirá que se marcha, pero después dirá algo definitivo y yo dejaré que se vaya o le pediré a Espacio que nos deje solos en el cuarto, todo dependerá de lo que diga. Sería la primera vez que abro el maletín desde que interrogué al yonqui de Bogotá, en agosto. Ese de Almada no tenía por qué saber nada, pero se había ido de rositas después de que detuvieran a su jefe por cargarse a Lucía Mirell, así que le fui convenciendo a hostias hasta que cantó todo lo que había pasado, el encuentro de Mirell y Almada en La Habana, el plan de los tres, del yonqui, la cría y Chucho Fuentes, para suplantarla y ganar un buen dinero con el disco, cómo se les fue de las manos en el hostel y acabaron los dos encima de la pobre niña. Un par de cobardes, y él, además, una rata. Nada que no hubiera sabido nada más verlo.

Pero no. Esta no sería la primera vez desde entonces. Me olvidaba. Aunque la última no sirvió más que para terminar de joderme la espalda.

—Me voy.

—No, Manu, pará, Tebaldi se puso nervioso, pero no pasó nada, ¿no? Era un juego.

—Ha sido un placer volver a verte, Leonardo —Espacio no parece darse cuenta del tono irónico, pero no sé si se da cuenta de nada con la cogorza—. Gracias por contarme la historia, ha estado bien. Pero es el pasado.

Valero se levanta y se palpa los bolsillos del vaquero, comprueba que lleva encima todo lo que traía, que no era demasiado, solo un tintineo de llaves, el golpe sordo de la cartera. No lleva teléfono. Bien. Yo estoy en medio, entre la mesa en la que Espacio sigue sentado y la cama, así que si quiere irse tendrá que apartarme. Saco la foto de Tere y la sostengo con las dos manos. Manuel Valero no sabe nada, pero yo sí sé lo que voy a tener que hacer en el momento en que se me encara y le digo:

—Manuel, siéntese.

—Apártese, Tebaldi. No tengo ni idea de qué coño haría Tania aquí en dos mil quince, pero desde que se fue a Nueva York la estuve esperando, muchos años. Y no apareció. Es todo lo que tengo que decir. Ahora, me voy.

Devuelvo la foto de Tere al bolsillo. Sonrío, en efecto, aunque sin alegría. Es solo un trabajo. Este no es un drogadicto de mierda como los dos últimos. Es un pijo de Chamberí. No voy a disfrutarlo. Y hoy no he pegado ojo, ninguno lo hemos hecho, y va a ser un infierno tener que dejar

el hotel a toda prisa después, pero es lo que hay. Manuel Valero es decente, y tiene gente decente alrededor que lo quiere y que cuidará de él. Y nosotros, cuando acabemos, iremos a Marruecos, y allí será otra historia.

—Leonardo —le digo, y no lo miro porque no hace falta, porque no es la primera vez y ya pasamos por esto en Lisboa—, dame mi maletín, por favor, y sal de la habitación. Manuel y yo vamos a tener una charlita en privado.

Pattern 57

Los negros pararon a orinar y echaron una siesta bajo las llantas del camión como dioses hindúes de piel azul, como azules bulbos de proteas en las lindes del Kalahari. Entre ellos había corrido el mucílago de hierro, la salmonela sideral, nadie socorrió a los heridos, nadie se expuso al VIH, y agonizaron la noche entera como siluros en tierra.

Tenían el tórax abierto para que los ciempiés pudieran habitarlos. En los agujeros de los neumáticos que sirven a luchadores clandestinos de dormitorio se hacinaban hechos un nudo, como una orgía de serpientes, como una camada de gatos, para darse calor en la abstinencia. Al atardecer uno me dijo: *mah favourite kleur oranje dit is, ma'am*.

Yo, desde una esquina, rompía el himen mental del aire viciado con mi versión psicodélica de «Sugar Man», un trompeteo que ahoga las lejanas, turbias sirenas de los cargueros: fruta extraña para el sacrificio ritual de los culpables, extraña fruta para salvarnos a todas de colgar del roquedal del Padre.

Veintiocho

*Apartamento de Jota, Lisboa, Portugal
27 de octubre de 2019. 10:00*

Jota, descalza, rodeó de puntillas el tendedero del salón. Procuraba pisar los tablones del parqué que a ella le parecían más sólidos, y esos tablones, ajenos a su cuidado, se quejaban bajo su peso como si fueran cachorros. No lo hacía por el visitante, sino para que Lucas, que seguía protestando, no se asustara más.

Jota llegó hasta la puerta y apartó la hoja de latón de la mirilla. Al otro lado, y muy cerca, vio solo una coronilla cubierta de pelo negro con algunos tirabuzones grises, caracoles grises como los violetas caracoles del pelo de Jota. Quienquiera que fuera el que estaba ahí, no era el hombre del ojo blanco. Miraba hacia abajo, al suelo, Jota no podía ver su cara y preguntó *quem é*. Le contestó en español una voz conocida, pero imposible. El extraño levantó la cabeza y miró los ojos de Jota a través de la mirilla, Jota vio los suyos y, aunque seguía sin poder ser, reconoció el azul tormenta de aquel entonces.

Estaba envejecido, con barba cenicienta de tres días y peste a *aftershave* y alcohol, una cicatriz nueva en la nariz, las ojeras de la cuarentena que evidenciaban al sindrómico de Peter Pan que Leonardo Espacio había sido siempre, desde que lo conoció con treinta años. Jota no abrió la puerta. No de inmediato. Quería saber qué hacía en Lisboa y cómo la había encontrado. Entonces Leonardo le mostró un libro. Procuró ponerlo lo más cerca posible de la mirilla y le dijo que lo estaba presentando en Portugal, y que se lo había traído a ella, firmado. Jota leyó el título y pensó en Tania Almada.

Le pidió que esperara. Cerró la mirilla. Cruzó la casa y sacó de la cuna a Lucas y, con él en brazos volvió al salón. Abrió la puerta sosteniéndola hacia arriba para evitar el roce en el parqué. Leonardo y ella se dieron un beso en la mejilla. Jota cerró tras él. ¿Tenés un nene?, le preguntó Leonardo. Jota dijo: algo así. Ella entonces puso la tele y soltó a Lucas, que volvió al sofá gateando por debajo del tendedero, evitando los barreños llenos de agua. Después, Jota se desabrochó la riñonera y la dejó sobre la mesa redonda del comedor, ahí mismo, al lado de la puerta. Se sentó. Leonardo lo hizo sin que nadie se lo ofreciera. Sí le ofreció Jota algo de beber, y él lo rechazó. Lo rechazó y le pidió perdón por la intromisión de su socio, así lo llamó, esa noche en el Burma. ¿El hombre del ojo blanco? Sí, ese; disculpá que te asaltara así en el trabajo. Le dijo que el tipo era de la discográfica de Tania, de Impulse, y que habían viajado juntos para presentar el libro, porque el libro tenía mucho que ver con la música de Tania. Y le dio el libro a Jota y Jota lo dejó a un lado, sin abrirlo, sin mirarlo, no comprobó siquiera si estaba firmado y eso a Leonardo le sentó un poco, solo un poco mal, porque, aunque había mentido y no lo había firmado, y aunque en su interior solo se encontrara la dirección de Jota anotada, eso Jota no tenía forma de saberlo.

No te asustaste, ¿no? Jota le dijo que sí se había asustado cuando ese viejo había empezado de la nada a hacerle preguntas sobre Tania, y que no hacía falta que la siguiera a su casa solo para eso. Leonardo agachó la cabeza. A propósito, preguntó Jota, ¿cómo está Tania? Leonardo le dijo que no lo sabía. Jota asintió y se recolocó el tirante del vestido. La mesa estaba frente a un espejo de pared antiguo, un poco oxidado, donde se vio y vio a Leonardo a su lado y por un momento volvió a estar sentada con él en aquella casa de Tirso en la que habían convivido, hacía muchos años, antes de que ella se mudara a Vallecas y antes, mucho antes, de que él se marchara a Estados Unidos con Tania. Solo se acostaron una vez, pero Jota sabía que Leonardo había estado enamorado de ella. Ahora lo veía mayor, y ella misma se veía mayor. El tiempo, pensó Jota, no había pasado por Tania, pero parecía haberse acelerado para todos los demás desde que dejó Madrid. Y todo vuelve al final, todo vuelve siempre. ¿Cómo es eso, Leo?, dijo Jota. ¿Cómo es que no sabes nada de ella? Leonardo no entendió el tono afectado de Jota, su intención corrosiva. A ella, solo a ella, Tania le había contado lo que sucedió en la gira. En el cenicero del centro de la mesa había un montón de colillas aplastadas y él se puso a removerlas solo por ocuparse las manos. Dijo: Tania me dejó, desapareció después de un concierto. Pero ahora llegamos a eso, es largo, dime mejor cómo estás tú.

Jota dudó, barajó la posibilidad de echarlo o de invitarlo a tomar algo por ahí más tarde, o de ofrecerle que los acompañara a Lucas y a ella al parque. Al final, le siguió el juego. Le habló del trabajo en el Burma Club. Le dijo que ya no traficaba ni consumía, aunque fumaba más y de clavo, que era peor para los pulmones —y señaló el cenicero—; le contó el problema que había tenido con el guardia civil de Madrid, pero no su posterior fuga a Marruecos ni lo del cambio de nombre. Le presentó a Lucas, dijo Lucas, ven, pero Lucas estaba obnubilado mirando los dibujos con la mano entera en la boca y ni parpadeó. Si hubiera sido un perro, ni siquiera habría movido las orejas. ¿Y el padre?, preguntó Leonardo. Jota no mintió: en el fondo del Tajo. Era lo único que Jota sabía del exmarido de Malena, aparte de que era blanco y de que daba clases en Maputo cuando se conocieron. Luego Jota quiso saber cómo estaba él y le preguntó por el hombre del ojo blanco; le dijo tú sabes, Leo, que ese hombre es poli, ¿verdad? Y entonces Leonardo Espacio le contó toda la historia. Le habló de Nueva York y de Impulse, del festival de San Diego y de Riverside, y de su paso por La Habana y del viaje de México a Argentina. Le habló de Bogotá, y de Valparaíso. Le contó la verdad sobre el doctor Santiago Tebaldi. Cuando hubo acabado, mucho más tarde, más de una hora más tarde, durante la cual, a menudo, Leonardo habló solo, mientras Jota llevaba a Lucas de un lado a otro de la casa, le limpiaba el culo, le daba galletas, sacaba y guardaba sus juguetes en el cuarto de la plancha y apagaba y encendía el televisor, Jota le dijo que había sido un gusto verlo de nuevo, pero que ahora tenía una vida distinta y que debía dar de comer al crío. Volvía a lloviznar. Jota dejó a Lucas en la trona en la cocina y estaba acompañando a Leonardo a la puerta cuando sonó el timbre. Lucas rompió a llorar en el interior de la casa. Leonardo miró a Jota. Jota miró la puerta. Los caracoles violetas de la nuca se le erizaron.

Por favor, tranquilízate. Solo queremos encontrar a Tania, sí fue poli, te dije, pero no pasa nada. Y una mierda, le dijo Jota. Le habría terminado de partir la nariz a Leonardo en ese mismo instante si él no se hubiera dado tanta prisa en separarse de ella y abrirle la puerta al hombre del ojo blanco. Romperle la cara, colaborar con la muesca que el tal Ian le había hecho en Riverside y que sin duda otra persona había agravado después, porque Jota reconocía la marca de dos heridas distintas a la altura del tabique, le habría encantado; pero no reaccionó a tiempo. El travesaño de la puerta arañó el suelo y el hombre del ojo blanco entró despacio en su casa, atravesó el umbral como se desborda una bañera, y la saludó, le ofreció la mano. Ella se la estrechó ardiendo de

rabia, porque sabía que algo malo estaba pasando en su propia casa, en la casa de Malena y de Lucas. Él la invitó a sentarse con un gesto parecido al que ella misma había evitado tener con Leonardo hacía más de una hora, pero Jota prefirió quedarse de pie, ahí, en la entrada, junto a la mesa en la que el hombre del ojo blanco había dejado ya un maletín con el que Jota no recordaba haberlo visto antes, en la calle o en el Burma. Les dijo: salid ahora mismo de mi puta casa. Apretó tanto los dientes, y los dos hombres desoyeron con tal descaro, que por un instante dudó de si había pronunciado las palabras.

El hombre del ojo blanco, después de algunos rodeos y del silencio tenso de Leonardo, le preguntó a Jota otra vez por Tania Almada. Jota dijo que no tenía noticias, la vio, un momento nada más, en enero de 2015. Se preguntó si era posible que el viejo tuviera alzhéimer o algún tipo de demencia y que por eso no dejara de repetirle las mismas preguntas. El hombre del ojo blanco la hizo sentarse en el sofá mientras el niño lloraba en el cuarto, esta vez sin invitaciones, casi arrastrándola. Se aprovechaba de que Jota estaba preocupada por el niño. Leonardo fue a consolarlo, pero no lo sacó de la cuna, y Jota, que no sabía qué estaba pasando allí, en el interior de la casa, llamó a Leonardo y le pidió que dejara en paz a Lucas. Él le gritó desde el fondo del pasillo que enseguida volvía, que no iba a hacerle nada malo al nene. Y lo cierto es que Lucas se calmó un poco con lo que fuera que estuviera haciendo Leonardo allí. El hombre del ojo blanco chasqueó los dedos para llamar la atención de Jota e insistió. Ahora Jota podía verlo mejor, más de cerca, bajo la bombilla y a la luz blanca del balcón a medio abrir. Era mayor, mucho mayor de lo que le había parecido en el Burma; rondaría los setenta u ochenta años. Jota hizo el cálculo a toda velocidad.

El hombre del ojo blanco le preguntó a Jota por el paradero de Tania, y Jota le dijo que se fuera a tomar por culo. Midió sus opciones. No tenían vecinos a los que avisar. No iban a venir refuerzos porque la familia de Malena rara vez se dejaba caer por la casa desde que el marido se había arrojado al río, por respeto al muerto. Tenía la riñonera sobre la mesa y la navaja en la riñonera, demasiado lejos. El hombre del ojo blanco se mesó la perilla y volvió a preguntarle a Jota cuándo había hablado por última vez con Tania Almada. Jota insistió en lo que ya le había dicho en el *club*: que Tania había aparecido en enero de 2015 en su piso de Vallecas para pedirle dinero y que no pudo ayudarla porque estaba planeando su propia fuga, ¿adónde?, a Portugal, donde tenía un contacto, ¿su nombre?, no lo recuerda. Cada una se fue por su lado, concluyó, e hizo amago de levantarse. Leonardo Espacio volvió a entrar en el salón. Le dijo a Jota que le había dado una galleta a Lucas y que de momento estaba tranquilo. Fue amable, sonrió, él también estaba nervioso, parecía asustado y eso asustó a Jota, que otra vez exigió a los dos hombres que salieran de la casa. Largaos de mi casa ahora mismo, gritó. El hombre del ojo blanco soltó una risa, una única risa como un picotazo, y le sugirió que llamara a la policía. Silencio. La impotencia, el asco. El hombre del ojo blanco sabía que Jota no iba a llamar a la policía. Jota no podía hacerles eso a Malena y a Lucas, y tampoco podía hacérselo a sí misma.

Jota miró a Leonardo, que estaba apoyado en el quicio del pasillo, detrás del hombre del ojo blanco, y le dijo: ¿puedo liarme un cigarro, Leo? Leonardo miró al hombre del ojo blanco, que se dio la vuelta para mirarlo a él y se encogió de hombros. Jota supo, todos sus instintos le dijeron, que tendría que haber aprovechado esa distracción, haber saltado sobre él como el felino que tantas veces le habían dicho que era, y después haber apartado a Leonardo de un empujón y haberse encerrado con Lucas en la otra ala de la casa, llamado a Malena, avisado así a alguno de sus primos mozambiqueños de Martim Moniz. Pero no lo hizo. Leonardo le dijo que sí, que se liara un cigarro. Lo tengo en la riñonera, dijo Jota. Así que Leonardo fue hasta la mesa y le lanzó

la riñonera y Jota la cogió al vuelo. Sentada en el sofá, sacó el tabaco y las cerillas, empezó a liarse el *kretek*. El hombre del ojo blanco dijo: no nos jodas, Julia, ¿vino contigo? Y Jota no respondió en el momento. Lamió el papel, lo enrolló con cuidado. El hombre del ojo blanco, al ver aquello, sacó del bolsillo de su camisa un cigarrillo electrónico y lo encendió. Led rojo, nicotina aguada. También Jota prendió el *kretek*, y a la luz de la llama sus caracoles violetas adquirieron un tono sangriento y fantasmal de amanecer suspendido. Con el primer soplido de los dos, el vapor de agua y el humo del tabaco se mezclaron en el punto medio de la distancia que los separaba. Fuera, la lluvia se recrudeció. Tiempo atlántico y bipolar. Entonces Jota dijo: no lo sé.

El hombre del ojo blanco asintió despacio y decidió, debió de decidir, que era el momento de ponerse serio. Le dio la espalda a Jota y empezó a rodear el tendedero. Estaba llegando a la mesa donde tenía el maletín cuando el grito de Leonardo le advirtió del peligro y él intentó darse la vuelta, pero fue demasiado lento porque ya tenía encima a Jota. Ella se abalanzó sobre él y le hundió la navaja en la espalda hasta el mango, a la altura de las lumbares. En el salto volcó el tendedero con los barreños, que llenaron de agua el suelo. Lucas rompió a llorar a pleno pulmón otra vez. El hombre del ojo blanco y Jota cayeron hacia la mesa por la fuerza del choque, pero él pudo apoyarse en el borde y mantenerse en pie. Leonardo corrió hacia ellos, había tardado en reaccionar pero quería evitar una nueva puñalada de Jota y enseguida la tuvo sujeta por la espalda, y tirando de sus brazos, inmovilizándola, logró apartarla del hombre del ojo blanco. Y el hombre del ojo blanco, Tebaldi, alargó la mano encorvado como estaba sobre la mesa, agarró el maletín, ese maletín de médico que lo llevaba acompañando más de cuarenta años, lleno de escalpelos, bisturís eléctricos, lancetas de sangrado, bajalenguas, tijeras, un catéter de drenaje y dos jeringas con agujas recambiables, cinta americana, alambre, el juego de pinzas y fórceps, los clavos y el martillo, y se giró y lo descargó sobre la cabeza de ella, que recibió el impacto de lleno en la frente. Al golpe sordo le sucedió el silencio, cuando Jota se vino abajo arrastrando a Leonardo al suelo mojado, aturdida, medio inconsciente entre los brazos de Leonardo Espacio, los dos tendidos en el suelo mojado, él con la cara descompuesta por pensar que el maletín podría haberle dado a él o que ella podría estar muerta, Jota con la frente abierta, sangrando, y Tebaldi con la navaja todavía hundida en la espalda, hasta el mango. Lucas volvía a berrear.

Leonardo y Tebaldi cargaron a Jota hasta el sofá y la dejaron tumbada sobre la pila de cojines que ella, no hacía tanto, había preparado para que Lucas viera la tele. Luchaba por recuperarse. Tenía la cabeza abierta y le ardía en torno a la herida, pero luchaba por recuperarse. Con los párpados apretados, en la negrura de una caída vertiginosa en espiral que se la iba tragando sin remedio dentro de su propio cráneo, todavía pudo oír a los dos hombres discutir y los chillidos sin consuelo del niño, en otro lugar. Reconoció, por último, la voz del hombre del ojo blanco. Sus palabras salieron a flote de la oscuridad como un pedazo de hielo en el agua. Leonardo, masculló, baja a la calle y vigila desde la esquina, no te acerques a la casa. En ese instante, Jota perdió el conocimiento. Si hubiera aguantado unos segundos más, habría oído el portazo de Leonardo Espacio al salir.

Poco después, Jota sentía en la planta de los pies el frío contacto del parqué encharcado. Abrió, con cierta dificultad, los ojos, y se encontró sentada en una de las sillas que habían tirado al suelo en la refriega, con el hombre del ojo blanco enfrente, sentado en otra. Sostenía en la mano la navaja ensangrentada. Fuera arreciaba la lluvia sobre Lisboa. Y Lucas lloriqueaba en las profundidades de la casa —*Ota, Ota*—. Pinchazos en la cabeza. Uno leve, otro fuerte después,

palpitaciones en la sien. Algo viscoso y caliente aglutinándose en su ceja derecha, incomodándola, y qué estúpido, se dijo Jota, incomodarse ahora por algo así. No ha sido para tanto, le dijo el hombre del ojo blanco, que dejó la navaja en la mesita, junto al mando de la tele. Ni lo tuyo, ni lo mío. Ella intentó revolverse, pero tenía las manos atadas a la espalda y al tronco entero, en una posición que le hacía daño en los hombros y en las muñecas, y también en el pecho, aplastado por varias vueltas de cinta americana. Una de esas vueltas la tenía sujeta al respaldo del asiento. También los tobillos los tenía pegados entre sí y a las patas de la silla, y la cinta le empezaba a picar. El hombre del ojo blanco la miraba con el maletín sobre las rodillas. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, preguntó Jota. El salón bailaba como si fuera el camarote de un barco. El hombre del ojo blanco, sin quitarse el cigarrillo electrónico de la boca, contestó: minutos. ¿Y Leonardo? Se ha ido. ¿Y Lucas? En el cuarto, no lo he tocado. Hace mucho que no hago esto, Jota, desde agosto; pero antes de agosto pasaron años y años, añadió el hombre del ojo blanco, y sacó un martillo del maletín. Después, unos clavos. Jota se revolvió sin éxito cuando vio los bisturíes, empezó a sudar, la sangre de la ceja derecha le goteaba ya sobre el ojo, sobre las pestañas, la cegaba. Le llegó un fuerte olor a orina que asoció con la humedad caliente de sus muslos. Jota, ¿dónde está Almada?, dijo el hombre del ojo blanco. No lo sé, dijo Jota. El hombre del ojo blanco sacó del bolsillo de la camisa la foto de una mujer y la dejó junto al resto de sus herramientas, en la mesa. Se quitó de encima el maletín. Se arremangó. Agarró, entonces, el martillo y se puso de pie. Julia, dijo, estoy muy viejo para estas cosas, así que voy a preguntártelo solo una vez más, invertida de mierda: ¿dónde está Tania Almada? Tebaldi tenía a Jota en la postura que en la DGS llamaban «del pato», una de las preferidas del Niño: se sienta al detenido y se le atan las manos a la espalda todo lo arriba que dan de sí los brazos, fijando bien las muñecas al tronco, solo un poco más abajo de la línea de los hombros, de tal forma que los codos quedan firmes y doblados hacia fuera.

No lo sé, dijo Jota.

El hombre del ojo blanco se cambió de lado el cigarrillo y soltó una bocanada de vapor por la nariz. Luego se tapó con una mano el ojo malo y apuntó con el bueno. Dijo: sabes cómo me llamo, niña; ya no tengo nada que perder, así que tú verás. Hizo dos amagos, aproximando la cabeza del martillo al codo y alejándola después unos centímetros, calculando la trayectoria del golpe como un golfista.

Y entonces Jota sintió el impacto. El crujido, el intenso dolor, como si una púa de cristal cada vez más gruesa se le estuviera abriendo paso por dentro del brazo. Las astillas del hueso le atravesaron la carne y se le dislocaron el hombro y la muñeca. Jota bajó la cabeza y se mordió el labio hasta la herida para callarse el grito, por Lucas, y vio las gotas de sangre caer y diluirse en el agua del suelo, junto a sus pies. Gritó sin remedio. Se le dispararon las pulsaciones, sintió náuseas y luego solo el dolor tremendo, el peso del brazo colgando como una aleta inútil. Y, sin ninguna lógica, en medio de aquello se preocupó por el vestido de Malena, por lo mal que estaría que lo manchara, y alcanzó a decirle otra vez al hombre del ojo blanco que ella no sabía dónde estaba Tania y que quería que se fuera de su puta casa. El hombre del ojo blanco le metió una de las camisetas que estaban en el suelo, empapadas, en la boca. Luego fue el otro codo. Dejó que Jota gritara y descansara, y volvió a hacerle la misma pregunta, y Jota volvió a decir que no sabía nada de Tania Almada. Entonces el hombre del ojo blanco, Santiago Tebaldi, le metió la camiseta en la boca otra vez. Ahí le partió de un martillazo una rodilla. La otra después, sin hacer más preguntas. Luego, cuando Jota ya le había hablado de Marruecos, le aplastó los dedos uno por uno.

Veinte minutos más tarde Santiago Tebaldi salía a la rua das Olarias con el maletín en la mano. Su camisa, a la altura de las lumbares, tenía un manchón seco de color oscuro, pero también las mangas estaban salpicadas. Arriba, Lucas todavía lloraba en su cuna, extenuado, y se le podía oír desde el portal. Tebaldi se reunió en la esquina con Leonardo Espacio y le dijo que había resultado que Jota no sabía nada. ¿Llamo a José María, preguntó Leonardo, para que nos prepare una entrevista con Manu Valero? Tebaldi asintió, seco, y sugirió que antes buscaran un buen lugar para comer.

Los dos, bajo la molesta lluvia, bajaron la calle en dirección al río, sin mediar palabra, sin mirarse, pensando el uno en las cerillas apagadas de Jota sobre el plato de la ducha de aquel piso que una vez compartieron, el otro nadie sabe en quién o en qué, y se perdieron juntos en los callejones de Alfama.

Veintinueve

Abro los ojos. El despertar es brusco y saturado de una luz gris que parece más inminente que real.

I-re-ne.

No te sobes, no te sobes, no te sobes. Me lo repito como un mantra mientras miro al techo, tendida en el sofá. Siempre hay una hora, por la mañana, en que la casa está más a oscuras que durante la noche, cuando apagan la farola. No te sobes. Una ducha ayudaría, me digo. Una ducha muy larga.

Me mareo un poco cuando me intento incorporar, pero quiero llegar al baño, espabilarme. Es como si estuviera teniendo un *déjà vu* del principio de la noche, cuando desperté hace unas horas, cuando hacía poco que Manu se había largado. Cojo de la mesa la ropa limpia que he dejado antes preparada para la entrevista, la camisa blanca, la blusa, los pantalones de pana que compré en una tienda de segunda mano y que son mis favoritos porque me están elegantes y anchos y con ellos sí que parezco una fotógrafa de acción, al menos en el rollo. Me desvisto. Mi cuerpo se parece al cuerpo de Francesca Woodman, un cuerpo pálido, sin rostro, siempre algo siniestro: un cuerpo. De niña, mi padre siempre me decía que las ojeras son pensamientos malos que se quedan bajo los ojos, y esta noche todos estamos ojerosos, todos en Madrid, los más de un millón de muertos del poema ese de Madrid que le gusta a Manu.

La luz blanca del cuarto de baño intensifica este sentirme en el fondo de un gin-tonic con mucho hielo que tengo desde que me he desvestido. No falta mucho para que salga el primer autobús a San Sebastián. Solo espero que no se me haga tarde. Que no se nos haga tarde a ninguno de los dos.

Y que no estés cogiendo frío ahí fuera.

Treinta

Soy un viejo achacoso. La puta de Jota terminó de joderme las lumbares, como si no las tuviera ya hechas una mierda. Y, a la distancia que lo tengo, si Manu me diera un cabezazo sin querer podría hasta matarme. Pero no lo hace, ni lo hará cuando Leonardo se vaya. Esto, se dice, ya no ocurre, no aquí, en Madrid, en 2019, siglo XXI, ya no ocurren estas cosas y mucho menos me ocurren a mí. No es necesaria la intimidación, solo el control de la situación, el control absoluto del otro, la ejecución de la partitura que me sé de memoria, nota por nota, y que al interrogado le pilla por sorpresa: el golpe del martillo, la cinta americana, y para Valero algo que no deje marcas, como en la época de las guías telefónicas en el centro de la calle del Barco. Sé perfectamente qué hacer. Hay que ir a Marruecos. Hay que seguir la pista de Jota. Pero no puedo hacerlo, sería el final.

Ahora trabajo solo y me conformo con que Leonardo se porte bien, y siempre se portará bien si de ello depende que encontremos a su amorcito. Ya no me dan las fuerzas para lo que me daban. En Chile empezó a costarme más, había demasiadas revueltas demasiado a menudo. Además, no me podía arriesgar a lo que viniera después, estaba cantado lo que iba a pasar con Pinochet, y solo por eso salí bien parado con Amaia Lobos cuando la cabrona me encontró en Valparaíso y me llamó por ese puto nombre que hacía casi veinte años que no oía. Chica lista. Sargento Matías Álvarez, me dijo cuando le abrí la puerta, y se me coló en la casa con dos cojones, aun sabiendo quién era yo. Pero es que esa mujer siempre los tuvo bien puestos.

Manuel Valero no está hecho de la pasta de la gente como ella o como Jota, que es también la pasta de la que estaba hecho aquel tarado que le pegó a un soldado en el *Esmeralda*. Se romperá pronto, no tendré que esforzarme mucho, así que, en efecto, le daré tres o cuatro hostias y todos contentos. Es la hora de ir al trabajo. También para mí. Muy pronto las calles estarán repletas, aunque no todavía. Todavía no. Espacio me pasa el maletín mirando al suelo, el nenaza. Valero lo mira a él y luego vuelve a mirarme a mí, a los ojos. Pero Espacio no se mueve. Me ha dado el maletín, pero no se mueve.

—Haz el favor de salir, Leonardo, no te lo repito.

—No.

Al principio no me creo que haya dicho eso. Vuelvo la cabeza y me sostiene la mirada con los ojos vidriosos, saturados de líneas rojas, venas de insomnio y alcohol que parecen a punto de reventar. Traga saliva con dificultad y lo repite:

—No me voy.

—Estás borracho. Hazme caso y sal de la puta habitación. Recuerda que es por Tania.

—No, me quedo. Prefiero quedarme. Manu ya me hizo la entrevista en el bar ese, en el Station o no sé ya cómo se llamaba, me olvidé, pero la entrevista me la hizo, ¿no me la hiciste, Manu?

—Sí.

—¿Viste, Tebaldi? Me la hizo, así que se va. Vete, Manu.

Valero y yo guardamos silencio, sin movernos. Espacio se recuesta contra la pared. Siento, junto al corazón, la foto de Teresa y pienso, por un momento, en mi hijo, que debe de ser solo un poco mayor que él. Me doy cuenta, ahora que lo tengo tan cerca, de que el propio Valero me recuerda un poco a mí cuando era más joven, con esa melena de *yupi*, con esas ojeras de haber trasnochado noche tras noche, y eso que en aquella época yo todavía no tenía pesadillas ni insomnios, ni glaucoma ni lumbago, ya puestos, y creía que el mundo era mío, nuestro, de los tres, de Martínez, del Niño, y mío, «los chicos de Conesa», los intocables de la Brigada de Roberto Conesa. ¿Y ahora? El descontrol. El tiempo. Qué pena das, Matías, qué puta pena. Espacio ya no parece tan borracho, aunque lo está, aunque seguramente podría terminar de joderle la nariz de una hostia sin que él después fuera a acordarse de nada, pero parece calmado como nunca, como solo lo está cuando escribe. Se convertía en otra persona cuando se sentaba a escribir *Yas* en Puerto Aragón. Casi parecía alguien respetable, de tanto en tanto.

A ese poeta del *Esmeralda*, a ese me recuerda. Los carabineros habían tirado sus manuscritos por la borda y él se echó al suelo de rodillas y nos suplicó que lo tiráramos a él también, detrás, para recuperarlos o morir con ellos. No lo hicimos, por supuesto, así que se le fue la cabeza y atacó al carabainero. Y algo así es lo que les pasa a estos dos con la dichosa trompetista, Tania Almada, la puta promesa del jazz, la niña mimada de todos los que se cruzaron con ella de Madrid a California. Llevan seis años pidiendo a gritos que alguien los arroje por la borda tras ella, porque ellos solos no se atreven a mojarse y juntar las piezas. Y, en el fondo, yo no debo de ser muy distinto. No me siento preparado para enfrentarme a Leonardo. Es la primera vez que me lleva la contraria. Puede que este sí sea el final, después de todo, y que ya sea suficiente y haya llegado la hora de asumir que no volveré a ver a mi hijo, y eso está bien, está bien que mi nieta piense que su abuelo murió, mejor eso, supongo, porque para el mundo, ahora, los que son como yo somos los malos. Valparaíso, Buenos Aires o Madrid, da lo mismo adónde vayas ahora, viejo Matías. Madrid no es tu Madrid. Los últimos cuarenta años han pasado y se han perdido como los poemas de aquel marica chileno entre las olas. En efecto, he cargado con cada uno de ellos como si fueran una herida en la puta espalda y ya es hora de cerrarla y de acabar con todo. Espacio le dice a Valero:

—Gracias por escucharte el cuento entero y por tomarte el trago acá. También fue un placer verte a vos.

Y se baja de la mesa. Se pone a mi altura. Los tres estamos ahora muy juntos, y el gilipollas coge y me pone la mano en el hombro y tira sin fuerza de mí hacia él, para que me aparte, para dejarle una salida a Valero. Ahora, en efecto, no mira al suelo. Tampoco nos mira a nosotros. Dirige su vista a la ventana, a la espalda de Manuel, al primer rayo de sol que surge tras los tejados de Tirso y se refleja en las antenas parabólicas y a mí me ciega el ojo bueno. Manuel Valero en realidad no sabe nada, me repito. Y le dejo paso. Él pasa. Cuando está llegando a la puerta, Espacio le dice:

—Solo una última cosa, Manu —y esta vez sí se da la vuelta y coge algo de la mesa. Se lo enseña, los dos se miran—. ¿Ponemos el disco de Tania antes de que salgas? Una canción nada más.

Valero se apoya en el quicio. Se lo piensa, y después dice que sí, que ponga el disco. Y siento que algo está llegando a su fin, y decido servirme, por primera vez en más de diez años, una copa de ese bourbon yanqui de mierda que tiene Espacio. Que le jodan al médico y que me jodan a mí. Tiro el maletín sobre la cama y cruzo el cuarto hacia la botella, mientras Espacio se las apaña con la música insufrible de Almada en el ordenador que tenía enterrado bajo los libros. Los tiempos

de la gramola terminaron. Arranca esa voz de niña tonta que tantas veces me desquició en Argentina, una voz oscura como el betún, negra como el café negro que me gusta, negra como el petróleo. Una voz que es como un sótano sin luz. Ruido.

Por fin se acaba esta puta noche de los cojones. Pronto Madrid estará repleto de gente yendo a hacer su vida. Pero no todavía. Y también pronto me quedaré solo, y me moriré, y ese día muy pocos se enterarán o me echarán de menos. Morirá Santiago Tebaldi, morirá Matías Álvarez, el Enfermero, y a nadie le importará una mierda. Pero ese día se acabarán las jodidas pesadillas, y se acabarán mi exilio voluntario y la nostalgia de todos los días que perdí lejos de los míos. Ese día llegará y será un alivio, en el fondo. Pero no todavía. Todavía no.

Tercera parte

*Avec le temps, va, tout s'en va,
on oublie les passions et l'on oublie les voix
qui vous disaient tout bas les mots des pauvres gens:
ne rentre pas trop tard, surtout ne prends pas froid.*

ABBNEY LINCOLN

Uno

Antes de salir, los miro por última vez. Tebaldi, de pie junto a la ventana, a contraluz, vierte un chorro de Wild Turkey en el vaso de Leonardo. Casi lo escancia. Él, sentado en la mesa, también me mira, aunque con el gesto ausente. Escucha «Els camps de cotó», se ha sumergido en «Els camps de cotó» hasta el cuello y le va a costar salir, nadar hasta la orilla, secarse al sol. Me doy cuenta ahora, después de seis años odiándolo, de que le tengo simpatía y de que hasta lo compadezco. Sé que es la última vez que lo veré, aunque le prometo que nos encontraremos pronto, que volveremos a hablar de los viejos tiempos, y él me sonrío y asiente, despacio, lento como la música que está sonando, casi al ritmo. Él también sabe que es la última vez que nos veremos.

Apoyado contra la puerta de la habitación, me sorprende pensando en que a ella le hubiera hecho gracia esta escena y en que, en otro tiempo, le hubiera gustado ver el amanecer desde una habitación así. Con uno de los dos. Me sorprende intentando recordar la primera vez que Espacio la ha nombrado esta noche. Al principio evitábamos su nombre. Lo evitaba yo también. Lo rodeábamos como se rodean los precipicios o las notas imposibles de las canciones que ambos cantábamos fuera del escenario, en bajito, acompañando a Tania, en las *jams* del Soul Station. Lo veo ahí sentado y lo veo en la puerta del restaurante senegalés hablando por teléfono, con toda probabilidad con Tania, la noche que —también con toda probabilidad— pasaron juntos antes de que ella me dejara y se marchara con él a Nueva York. Me sorprende también pensar ahora en aquello y sentir nostalgia por esa brevísima amistad que compartimos en las *jams*, los largos discursos en torno a la verdad y la mentira en el arte con los ejemplos constantes de Gamoneda y García Montero; toda esa camaradería extraña y como de cartón pluma, pero cálida, que hacen el jazz y la poesía en los bares y que yo olvidé y aprendí a odiar cuando me enteré de lo que había entre Tania y él. Cuando dejé de ir al Soul Station y al Libertad 8 y a todos los demás.

Pero no sé de qué me sorprende tanto. Digo adiós. Salgo sin mirarlos. Me digo que «nada une tanto a dos hombres como haber amado a la misma mujer y haberla perdido». ¿Es posible perder a una persona, como se pierden las llaves? No sé de dónde he sacado la frase, puede que lo haya leído en alguna parte, o que lo haya dicho antes Leonardo y se me haya quedado rondando, es una frase que le queda bien. No sé de qué me sorprende. Con el tiempo, todo se va. Es el título de una canción de Léo Ferré, la única que conocía —por Tania— de las que canturreaba Raúl Basarte en la librería; la única, por tanto, que me gustaba. También es una de las preferidas de Ire. Bajo las escaleras, cruzo la recepción más bien pequeña del hotel y salgo a la plaza. La estatua de Tirso permanece fría, a la sombra por ahora. Respiro hondo y exhalo una bocanada de vaho que es como el vapor de agua del cigarrillo de Tebaldi, y me giro, entonces sí, por última vez. Busco desde la plaza la ventana de la habitación y me despido con la mano aunque no sé si hay alguien mirando, Tebaldi o el propio Leonardo, por el reflejo del sol en el cristal.

Con el tiempo, todo se ha ido: la furia, la vergüenza, el sentimiento amargo de los años

perdidos. Los años sí que se pierden y nada une tanto a dos personas. El resto han sido solo el insomnio, la música y el bourbon. Y con el tiempo todo se va, pero también vuelve todo, todo vuelve, todo siempre está volviendo.

Pattern 62

El suelo del local está cubierto de cáscaras de cacahuete y de espinas de damba, un muladar de pequeñas columnas vertebrales aplastadas por los perros cimarrones que roen los restos de sal adheridos a las baldosas. Oasis y sabana, un zoco marroquí y una playa caribeña, el mundo por delante contenido en una nuez, así imaginaba la vida cuando empecé a tocar.

Ahora cojo el dinero y salgo a las calles umbrías cuando he terminado de cantar, me abro paso y desde el porche del local contemplo la gran planicie civilizada en la que habito y sé, recuerdo, que debo escribir la dichosa carta, tocar el bis de la canción de los campos de algodón: cada riachuelo tiene su fuente, siempre quien escucha sabe más que quien habla.

Veo el arrecife del Índico y el delta del Okavango, mi habitación es un cementerio de elepés, una dentellada de vinilos que exige distancia, desaparición, generosa genuflexión definitiva ante las puertas del cosmos que dan al barrio, a la deriva de hogares sin casa, a los ríos que se hacen grandes devorando pequeños arroyos.

Tres

El agua abraza mi cuerpo y cae en el plato de ducha con un repiqueteo que es otra forma de ruido blanco. También hay vídeos que lo emulan.

«Ten Hours of White Noise IV: Shower Sounds.»

Creo que es el único que entiendo que esté ahí y que haya gente que lo ponga para dormir. Debe de hacer sentir a muchos solitarios menos solos en sus casas, como si alguien estuviera en la ducha y no fuera a tardar en salir, y por eso también es un buen ruido blanco para las torturas chinas de las que hablaba Niebla del Bosque Marino. No es tanto la soledad lo que te puede volver loca, sino la espera, la esperanza de que alguien aparezca cuando más solo te sientes.

Necesitas a los demás.

Los necesitas. No los necesitas. ¿Los necesitas?

Fotografiar algo es inmortalizarlo. Una se condena a recordar la desaparición de aquello que quiso conservar una y otra vez cada vez que hace una fotografía. Por eso lo que se perdió, al final, siempre está volviendo en las fotos: lo que se perdió vuelve y saluda con una sonrisa en una gasolinera de Cantabria. Fotos que, a partir de hoy, cuando las vea, tendrán el efecto de este ruido blanco de la ducha que mucha gente se pondrá para sentirse menos sola antes de dormir. Un ruido diferente de cualquier otro ruido que puedan tener las fotos.

I-re-ne.

Mi lengua da los tres saltos de la punta de los dientes al fondo del paladar.

Me recuerdo quién soy. Me intento dar fuerzas.

El agua me entra en la boca y repito mi nombre con agua, a través del agua, entre agua, Irene, mi nombre, o como mínimo el nombre que me dieron, porque hay lugares como Nepal donde la gente tiene dos nombres. Uno es el nombre práctico, el que se usa en el día a día. El otro es el nombre verdadero, secreto.

Es como la doble identidad de los superhéroes.

También he leído en un *post* de Facebook que hay una tribu en África, los himba, que aparte de su nombre tienen otro nombre —el verdadero de cada uno— que es una canción, quiero decir, su nombre es una canción, no un nombre. O sea, no una palabra. Y cuando esa persona hace algo importante, bueno o malo, pero sobre todo malo, la tribu entera se la canta para recordarle quién es. Porque interpretan que cualquier desvío en su vida es solo un error en la canción, un acorde improvisado que no suena bien por lo que sea, y que así lo pueden arreglar. Y cuando se casan se juntan las dos canciones y se cantan unidas. Muy *flower power* el tema, por eso no termino de fiarme. Lo único que sé seguro de los himba es que los alemanes se los cargaron a casi todos a principios del siglo XX y que también estuvieron en medio de la guerra de la frontera de Sudáfrica, cuando fueron tiroteados por soldados sudafricanos y angoleños, por guerrilleros independentistas de la futura Namibia y por asesores cubanos, soviéticos, americanos, israelíes, iraníes, franceses y británicos.

Eso es lo que sí sé.

También Niebla del Bosque Marino tenía otro nombre antes de escapar de China. En algún momento alguien de la agencia le preguntó por su verdadero nombre y él dijo: Niebla del Bosque Marino. No recuerdo quién le pidió que no nos vacilara, y Niebla del Bosque Marino, molesto, quiso saber quién exactamente decidía cuál de los dos era su nombre verdadero. ¿Era más verdadero el nombre que él se dio a sí mismo o el que le dieron sus padres?

¿Tendré yo un nombre verdadero?

¿Será ese el problema, que no conocemos nuestro nombre?

Pattern 64

Es fin de fiesta y el suburbio parece un carnaval deshidratado. Yo empiezo a hacerme preguntas —cuánto duró ahí arriba la improvisación de los *temps perduts*, si fueron salvajes y hermosos como yo quería—. La música es un fénix, se consume en una llamarada, deja tras de sí el huevo cósmico intacto y algunas cenizas que cada cual se barre como puede.

Aún me entra hambre a la hora de cenar de mis padres. El calor africano de Las Ramblas en verano, cuando todavía no había ni tocado el pistón de una trompeta con la yema de los dedos y ya todos esperaban de mí que resucitara a los muertos e hiciera bailar a las ratas, se me pegaba al paladar. ¡*Mayibuye!* ¡*Khawuleza mama, mayibuye* jazz para salvarme!

Yo resurgía muy lejos, como una ignífuga memoria de mí misma, de la cáscara abierta del huevo de fuego que nadie quiso. Todos miraban expectantes al huevo cerrado y vacío sobre el escenario, yo fluía del que dejaron roto a mitad de camino. En esa cárcel de Joburg donde vería besarse a los últimos mandingos fugados de New York toqué viva de nuevo.

Cinco

Parece haber terminado la madrugada desierta de mi generación. Hay vida —escasa, sonámbula, pero vida— en las calles que desembocan en Tirso. Pasan sombras de un portal a otro, hombres que entran en los bares frotándose las manos, mujeres que taconeán con dificultad por las pendientes que descienden a Lavapiés y Embajadores. Pedro Mártir. La Espada. Jesús y María. El Bombay Blue parece siempre haber cerrado sus puertas de una forma drástica y tan bíblica como los nombres de las calles que lo rodean. Lo mismo ocurre más arriba con los cines Ideal que miran a Benavente y que hace poco compró Yelmo Cineplex. Digo hace poco, pero pudo ser hace décadas, porque a menudo hablo y escribo como un viejo y soy consciente.

Necesito airearme antes de volver. Antes de ver a Ire. Es temprano. Sabía cómo empezaba. Y ahora sé, por primera vez en seis años, cómo acaba: llego a casa, me quito los zapatos, entro al baño sin hacer ruido y paso por delante de la cocina a oscuras, y doblo el pasillo hasta la habitación donde la luz amarilla de la farola ya no está encendida, y me acuesto en el colchón junto a Ire, me acuesto a su lado mientras puedo, y la Tierra vuelve a ser redonda y el mundo es por primera vez en toda la noche algo más que un escenario, y rozo sus pies con mis pies fríos y la despierto antes de que note que me he ido. Acaricio entonces su espalda por debajo de la camiseta del pijama, caliente así mis manos, escalo, dedo a dedo, sus vértebras, y le digo he tenido insomnio, Ire, y Madrid está más vacía que nunca; he visto a Leonardo Espacio, ¿te acuerdas? El poeta, el argentino. Está bien, y yo también estoy bien. Lo he entrevistado para Chema y ya se ha terminado todo, ¿tú qué tal has dormido?

Pero antes necesito aire. Tania, cuando no podía dormir y necesitaba pensar, se levantaba y salía de madrugada, subía a Bailén callejeando por La Latina, hasta el viaducto, y pasaba por delante de la Almudena y se sentaba en el césped de la plaza de Oriente a ver amanecer. Yo lo hice una vez con ella, pero no pudo enseñarme lo que quería. Lo que Tania decía era que justo antes de que saliera el sol, cuando la plaza estaba desierta y allí estaban solo ella y, alguna vez, Vargas Llosa con el primer periódico del día, se le aparecía el fantasma de Larra fumando en pipa —no siempre se le aparecía, contaba, ni siempre fumaba en pipa— y se sentaba a su lado a conversar. Le preguntaba si había pasado una buena noche o, cuando ella llevaba su cazadora, si hacía frío. Tania lo reconocía por la estatua y por lo que había aprendido en su instituto de Sant Feliú, en Barcelona, porque leerlo no lo había leído en la vida; y esa era la prueba irrefutable — eso decía— de que se trataba del auténtico fantasma de Mariano José, porque Larra era el único escritor con el que ella tenía esa confianza que también tenía con los hombres y mujeres del jazz. Larra, pasados unos minutos, se levantaba, cortés, y le preguntaba a quién quería ver. Ella entonces lo pensaba y decía: a Bird, a Chet, a Zelda, a Sandoval. Con quien más hablaba era con Trane, aunque Tania prefería a los trompetistas. Por eso, Manu, uso su nombre de pila, porque qué clase de amiga sería si no. El jazz es como el vudú, una invocación, una familia.

Salgo de la plaza de Tirso hacia el oeste y camino por Colegiata hasta la plazoleta de Puerta

Cerrada. Después, subo por Cuchilleros hasta la calle Mayor. Allí tampoco hay policía, apenas quedan dos taxistas que fuman con la ventanilla abierta en un semáforo en verde y que solo arrancan el motor cuando un autobús vacío se les para detrás y el conductor, en vez de protestar, enciende su cigarro y los imita. Algunas sombras más, vestidas de oficina, cruzando de portal en portal, y una procesión de turistas japoneses que se dirige en grave silencio a la Puerta del Sol. Ire dice que los japoneses siempre viajan con dos cámaras, una a cada lado de la cintura, para compensar y por si les fallara una. En Ópera me desvío aun a sabiendas de que tendré que volver ahora para subir Santo Domingo, Gran Vía, San Bernardo, Chamberí, Canal, Cuatro Caminos. Pero no todavía. Camino con las manos en los bolsillos, vacilando insomne como recién salido de un naufragio de sangre, arrojado a la certeza —ahora sí, y como dice ese poema— de que no habrá paraísos. Y con el poema reacciona el nombre de Raúl en mi memoria. Hoy nadie se acercaría a mí. Hoy soy un náufrago ensangrentado y braceo a muerte para tocar la orilla.

Y cuando llego a la plaza de Oriente me siento en un banco entre el monumento a Felipe IV y la entrada al *parking* del Palacio Real con la mirada fija en el lugar donde Tania y yo nos sentamos a esperar al fantasma de Larra la noche aquella en que me pidió que la acompañara. ¿De qué hablamos entonces? No lo recuerdo. Yo estaba muy cansado, no habíamos pegado ojo. Fuimos a su casa directos desde el Soul Station, no debíamos de llevar mucho tiempo juntos porque todavía no me sentaba en la misma mesa que Chema ni habíamos conocido a Leonardo aún. ¿Qué me dijo? No sé cómo empezaba. Tanto tiempo esperándola para ahora no recordar nada. Y no vimos a Larra. Ni siquiera vimos a Vargas Llosa con su primer periódico del día tomando los también primeros rayos del sol de Madrid, en un banco de piedra como este, quizás este, quizá no. Pero nos daba igual, fue una noche en vela más de tantas, una noche juntos más, que si las contara ni siquiera serían demasiadas: menos que las noches que he pasado solo e insomne vagando por Madrid desde que se fue; muchas menos que las que he pasado con Irene. «Y aún te parecería poco el precio.»

Supongo que ahora será más fácil dejar de darle vueltas a esta historia. Ir pensando cada día menos en ti, Tania, hasta que la única forma que quede para contactarte sea preguntarle, con un poco de suerte, al fantasma de Larra. Y esperar aquí sentado a que el fantasma de Larra le pregunte por ti al fantasma de John Coltrane, y que el fantasma de John Coltrane le pregunte por ti al fantasma de Billie Holiday, que le preguntará por ti al fantasma de Dizzy Gillespie, que buscará a Risa Škvorecký, que preguntará a su hijo Ian, que preguntará a Ernesto Garriga, el Diablo Azul de San Diego, que le preguntará al fantasma de Chet en Santa Mónica a la primera oportunidad, hasta dar la vuelta al mundo y encontrarte otra vez aquí sentada, aunque tú no estés, porque uno siempre vuelve a los viejos sitios donde amó la vida.

Y no es tan grave. El sol ilumina ya la mayor parte de la fachada del Palacio Real y una cristalina brisa de amanecer de otoño mece las copas de los abetos que veo asomar por detrás del edificio, en Sabatini. Como en el poema de Antonio Gamoneda, al que tanto discutió Leonardo, siento ahora, aquí sentado, que la memoria es letal. Esta noche, Tania Almada, has puesto por última vez tu rosa enferma en mis oídos. Y no es tan grave. Empieza el día. Llegó la hora de volver a casa, estoy cogiendo frío.

Pattern 66

Antes de tocar riegan los escenarios con ginebra, se la ofrecen a los espíritus en son de paz, y al tiempo retruenan los tambores de guerra en el camino de vuelta a través de la insólita urbe que huele a suciedad, almendras, cardamomo y vainilla fresca, a vaca sagrada muerta que invita a su profanación de niños y avisperos.

Mi voz es un cuenco de harina, un pozo de miel colmado, te está llamando, escucha, os está llamando desde el rellano de una casa en Chamberí y desde el jardín de un *suburb* que brota como un cedro a los pies de Box Springs. En las paredes de la medina resuena como el chorro de la alberca, Jota, tú puedes oírla, tú puedes oírme, Jota, aunque no esté allí.

Aquí mi habitación está en la última planta, donde corre el aire. Mis botas huelen a Voortrekker Gin. Sobrevuelo los desvanes insolados y me zambullo en el bullicio de La Canya en verano, en algún momento del pasado que a veces abre sus fauces sobre mi cabeza, como una boca de ballena o de trompeta, rebosante del plancton luminoso de la infancia.

Siete

Me visto con la certeza de que podría desmayarme de puro sueño en cualquier momento, como si la ducha no hubiera servido para nada: alistada, sí, pero muriéndome de sueño.

Me meto la camisa por dentro de mis pantalones de la suerte y me pongo la blusa celeste que me regaló mi madre cuando me mudé. Después, echo al cesto la ropa que me había quitado, dándola por perdida. Estoy en penumbra, pero no durará mucho: la calle ya está iluminada y parece que vuelve a haber vida inteligente y sobria ahí fuera.

Después, cierro la cremallera del macuto y miro alrededor. Las estanterías, los cuadros, todo eso. También mis fotos. Nepal, Bogotá. Nuestras fotos. Cantabria, el Retiro, nosotros dos, aquí, en esta casa.

Esta casa. El amor: volver a casa.

No pensaba en la casa.

Cuando me mudé lo hice también huyendo de otro sitio, es casi siempre así, creo, cuando nos vamos de casa. Mi madre no quería quedarse sola, pero era mejor que tenerme en Bogotá o que no tenerme, como a mi hermana, y tampoco estábamos tan lejos del Pilar, cinco paradas y un transbordo, aunque no elegí el barrio por eso.

No me sobraba la pasta. La zona de Estrecho era barata. Tetuán, más.

Y punto.

Además, tenía línea directa con Tribunal y podía ir desde allí al curro en nada. Un lujo. Y no estuvo mal vivir sola durante ese año y pico, antes de que Manu se mudara conmigo, fue una época de liberación. Me dejé fluir, como dicen los taoístas. No todo el mundo está hecho de esa pasta; vivir solo a veces se hace muy cuesta arriba, y más si no tienes un excedente de amigos con tiempo libre. Y yo tengo buenos amigos, un puñado, como Garay, Carolina o MJ en Colombia, o Estela Fey y Marta aquí en España, pero ninguna tenemos demasiado tiempo libre. El tiempo libre se va perdiendo a la velocidad de la luz según te acercas a la treintena. Lo peor no es cumplir años, sino el tiempo libre que va quedando, medir los porcentajes. Los números exactos.

Y recuerdo el día de la mudanza por eso, por esta blusa celeste que antes era de mi madre y que me regaló como ofrenda de paz a los pocos días, después de ni siquiera despedirse de mí la primera vez. Desde la cocina, con un libro abierto delante de su cara, me dijo: te espero a la hora de cenar, Irene. Mi madre nunca leía en los espacios públicos de la casa. No sé si no se creía que me fuera a largar o qué, porque tampoco se había creído que hubiera conseguido trabajo nada más volver de la exposición de Santander —a la que fue a regañadientes y solo porque Lobos le pagó el billete—, pero yo hice caso y volví a la hora de cenar para esta vez sí despedirme, re brava, así lo diría Garay, y es mucho más exacto, porque no estaba cabreada ni enfadada ni nada, solo eso: brava. Me dijo que estaba engordando, que me veía más fea. Ella sí estaba rabiosa. Cenamos juntas, me dio las buenas noches y se metió en el cuarto, como si tal cosa, con sus dos ovarios. Así que yo volví a mi nueva casa y me lancé al colchón que había dejado en medio del salón, me lancé

en plancha, de lleno, y casi me aplasto la cara contra el suelo. Al parecer cuando compras un viscolástico hay que darle veinticuatro horas para que se expanda por completo después de quitarle el envoltorio; pero eso lo averigüé después de mi salto del tigre que casi me cuesta pasar mi primera noche de independencia real, sin becas y sin padres que se encierran en el despacho, en urgencias.

Dejé el colchón expandiéndose y me acosté en el sofá igual de emocionada, muy nerviosa, decidida de paso a retirarle la palabra a mi madre —otra vez; no pasó, claro, a los pocos días me llamó y yo fui a verla y de ahí lo de la blusa—. La luz inesperada y amarilla de la famosa farola me protegía de la oscuridad y me hizo sentir acompañada. Y ya a la noche siguiente estrené el viscolástico ahí mismo, en el salón, por todo lo alto, con un guiri al que conocimos en las fiestas de Malasaña.

Bebimos mucho, yo qué sé, lo pasamos muy bien.

También de todo esto tendría que despedirme ahora. Siento que estoy cerrando un ciclo. Como una temporada de serie. Una saga. Me da miedo pensar en qué pasará cuando entre por última vez en la casa de mi madre y recoja las cartas del suelo, y riegue la maldita sansevieria inmortal de la cocina y todo eso. Me da miedo. Puedo hacer una lista de lo que no me da miedo ahora mismo: ni las guerrillas, ni los asaltos, ni los leones, ni esos tiburones toro que en Mozambique remontan los ríos hasta la cuenca alta —tampoco pensaba bañarme— y se comen a la gente, ni los matones de Boko Haram, ni el ébola, ni el cólera, ni la malaria, ni el tifus, ni el VIH, ni los trenes que descarrilan, ni el índice de criminalidad de las ciudades de Sudáfrica, ni los hipopótamos, que son los animales más peligrosos del mundo, según parece, porque hasta tienen un apartado propio en el dossier que prepararon Estela y Lobos. Lo que en realidad me da miedo es regar una puñetera sansevieria.

Que de verdad la distancia sea el olvido.

Es una canción de Antonio Orozco, pero me importa una mierda.

No quiero olvidar a mi madre, ni a mi hermana. Ni a Manu. No quiero olvidarme de nada. No me voy por eso, para olvidar. Me aterra olvidar. No sentirme sola, sino que alguien pueda sentirse solo esperándome, que alguien se ponga diez horas de ruido blanco de ducha en el ordenador para sentirse menos solo mientras me espera. Eso me convertiría en cómplice de tortura. Y no será mi hermana. No será mi madre.

Recuerdo algo que Manu me dijo una de esas mañanas en la calle Luna, cuando le fui a buscar después del paseo, después del insomnio, a unas horas de entrar en la redacción: lo que uno ama es también lo que uno más teme, y por eso hay que cuidarlo. Me calzo en la habitación. Macuto al hombro. Estoy lista. Alistada. Sin excusas y sin coartadas. Ahora solo el café; será la última vida, Manuel Valero, como cuando jugábamos a la Nintendo. Dejaré la luz y la música, no tocaré nada, y después, qué quieres que te diga, saldré por esa puerta. Quién sabe. Quizás esta vez también yo deje tras de mí un rastro de humo de color azul.

Pattern 68

El pelo rapado como Tamar Sella o *garçon-von-Bülow*, la voz dislocada a lo Sara Serpa, *cool* como una chamana puesta de ayahuasca o como Okkyung Lee de fiesta en Estambul, la presencia líquida de Kavita Shah en una caída *bluesy* de Noa Lur, la amistad de las *jazzwomen* que dejé en el taller del JazzSí del Raval cuando me fui.

Así me hice a mí misma en cuerpo y alma y noche y día toqué saxofones rojos e instrumentos robados, para no caerme nunca de un balcón al que trepar buscando el mío, sin tener nada que fuera mío, sin ser nunca de nadie, solo de la conmoción, de la insensatez, de esta juventud en desfile hacia la risa vieja de las brujas que dibujan mitos en la tierra negra.

El aliento tierno de Nicole Mitchell y la curva de dientes de Miriam Makeba, la pestaña abierta de Jen Shyu y la garganta del blues que es Ella Fitzgerald más ese gemido salado de Silvia Pérez Cruz, un gemido, una voz, un bullicio de voces en estampida, un nombre falso: mi nombre de muchos nombres. Y detrás de mi voz mil voces, nunca mías.

Nueve

Me levanto. Vuelvo a casa. Porque ya no pienso tanto. Porque ya no pienso en nada. En ti solo un minuto, cada día, es cierto, pero un minuto nada más. Y un minuto no es tiempo. Esta noche te he olvidado, aunque te quise. Sin darme cuenta, te había olvidado justo como debía olvidarte, excepto al oír tu nombre.

Diez

El disco gira. El disco gira y una y otra vez vuelve al láser, a la misma aguja que nos va arañando en los mismos sitios, *honey*, hasta dejarnos el corazón en carne viva. La música sigue, el disco gira y gira.

Abro la puerta. El tirador está helado. El único consuelo que tengo es que todo se vaya con el tiempo. Que aunque un día me despierte sola y fría en un cuarto de hotel, aunque me sienta estafada por los años y mire atrás y vea que nuestros recuerdos tienen ya una pinta rara —serán fotos con ruido, gasolineras alunizadas, un colchón comprimido en el suelo del salón—, con el tiempo todo se irá.

O eso dicen. Que con el tiempo, poco a poco, dejamos de amar.

Pattern 71

Pare, mare:

Nadie me preguntó nada. En San Diego dejé de pertenecerme y todavía tuve que aguantar dos días más, dos días más, desberteneciéndome más y más en aquel hotel cuanto más y más me miraba. Mi lengua dejó de ser mi lengua, la trompeta me sabía a plomo porque mi boca ya era solo la boca que había usurpado y usado Joan, cuando nadie quiso preguntarme nada.

Ahora, desde esta terraza, escribiré esta carta que nunca enviaré, os diré que no os preocupéis, que todo va bien. Que canto solo cuando quiero cantar. Y que no ha sido fácil conseguirlo. Que pienso en vosotros y en los ojos marrones del *avi* cuando cae el sol. Cada día. Sabedlo. Porque aquí las colinas, al caer la noche, se vuelven de su color.

El tiempo irá poniendo las cosas en su sitio. Me va bien. Hay un cielo que no te lo acabas. Estoy donde quiero estar. Más tarde saldré y escribiré esta carta que nunca enviaré, pensaré en todos, me salvaré así en vosotros un minuto cada día, todos los días, mientras vuelvo a ser el *Yás* que hace tanto fuimos juntos, lenta, oscura, *blava de nit*.

—Yo te llamo. Tú respóndeme.

Doce

Llego a Santo Domingo y paso por delante del Station justo cuando el camarero de pelo engominado al que le pedí una tila, y que ahora no me reconocería, echa el cierre al final de una noche más, una noche vacía de martes más como otra cualquiera.

Pienso en los muertos. Pienso en el fantasma de Larra y en los fantasmas del jazz a los que Tania pedía consejo cuando en sus noches de insomnio iba a ver el amanecer frente a los jardines del Palacio Real. Me pregunto ahora si esa costumbre la tendría ya en Barcelona, qué lugar sería su lugar cuando la ciudad se quedaba sola, con el fantasma de quién se sentaría a charlar. Es una de esas cosas que nunca se me ocurrió preguntarle. Otro misterio, como su última canción. Cruzo la Gran Vía. Pienso en los muertos. En Raúl. En el cadáver ausente de Laura Merillo que pareció acompañarlo como envejeciendo a su lado desde el 68. Pienso en los fantasmas reincidentes de Tania Almada y de Leonardo Espacio que esta noche se han levantado de entre los muertos y me han visitado. Sus nombres suenan ahora más que nunca a frontera y fin del mundo, igual que los de las ciudades americanas que Leonardo recorrió Pacífico abajo buscando a esa chica, a Yas: San Diego, Tijuana, La Habana, Bogotá, Valparaíso. Es imposible recordarlas todas. Son ciudades de otra vida, una vida ajena y pasada que no es la mía.

Son las ciudades del Manu que salió a buscarla. El Manu que escuchó «Yas» en el concierto de San Diego. El Manu que no soy yo. He cruzado la línea de sombra y sospecho que Leonardo también lo ha hecho.

Subo por San Bernardo hasta Noviciado y aprovecho para llamar al telefonillo de la oficina de *Jukebox*. Chema se muere de sueño por las noches y se acuesta temprano, pero madruga mucho y vive para el trabajo, lo más normal es que lo encuentre solo en la oficina, recostado en el dichoso sillón de ese despacho suyo que es como el esqueleto de un despacho, mesándose los pocos cabellos que le quedan firmes, contándolos. Pronto entrarán Marta y el nuevo, y yo debería entrar poco después. En un día normal, al menos. Insisto un par de veces hasta que descuelga y al otro lado una voz amodorrada y robótica pregunta quién es. José María —le digo, y lo llamo José María para que sepa que voy en serio—, soy Manu; me entrevisté anoche con Leonardo. Me interrumpe: ¿Leonardo? Leonardo Espacio, el poeta; me entrevisté anoche con él y he terminado ahora la entrevista, no he dormido, ¿vale? Voy a ir a casa y desde allí te envío lo que tengo, ¿de acuerdo? Antes de colgarme me pregunta si quiero subir y tomar un café, si estoy bien. Yo no le contesto.

Cruzo el paso de cebra y, en la esquina, me paro junto al escaparate de La Pasajera, escaparate vacío que refleja todavía los verdes y rojos del semáforo como si fuera noche cerrada. Pienso — un segundo nada más, pero un segundo cada noche— en la luz de la ambulancia aquí parada y en la luz fría del hospital al que se lo llevaron. Pienso en la vez que le mencioné a Salva y se echó a

llorar, él, con su máscara de *mètèque* sin corazón, castigando las tapas de los libros con aquel plumero gris partido por la mitad que no le dio la gana cambiar en todo el tiempo que estuvimos trabajando juntos. Casi puedo oírlo canturrear, su voz como la voz de Tania sangrando en la memoria de esta ciudad cada vez menos vacía, cada vez más de vuelta a la normalidad, conforme voy subiendo Malasaña hacia Bilbao. Hay puestos de libros viejos desparezándose en el Dos de Mayo. Tiendas de tacos llenas de gente trasnochada en Tribunal, chicas más jóvenes que yo que han reptado afuera de esos *afters* que hace horas juré desiertos. Chicos de mi edad que las miran con los ojos enrojecidos, sentados en la acera, conteniendo las ganas de vomitar, haciendo cola para comprar tabaco. Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres, y todos se me parecen.

Cruzo hacia el norte Chamberí adentro, el barrio que no es frontera de nada, donde crecí, en el que me acosté con una neonazi de palo a cambio de un bisturí para cortar negros; aquí sigue la casa de mis padres, que es la casa de mi niñez y de la de mis hermanos. Mi madre debe de estar despertando ahora, pronto se quitará los taponos, encenderá la radio para que la acompañe a la ducha en un día más de jubilación que se le hará largo, muy largo, con mi padre recién operado. Él, como yo, sufre de insomnio, así que estará dando cabezadas en el salón, terminando el último partido de fútbol americano de la jornada, tal vez soñando con los años de veraneo con mis hermanos en el asiento de atrás del coche, cuando eran muy niños, antes de que yo naciera, la familia entera rumbo al sur, discos de Serrat y de Sabina, un instante de firmeza entre todo lo demás.

Subo por Fuencarral y luego, en Quevedo, enfilo Bravo Murillo, calle infinita. En Cuatro Caminos el sol de noviembre ya calienta las caras de la gente que se precipita adentro y afuera de la boca de metro, que sube a los autobuses que hacen la glorieta como en un rally, yendo y viniendo de Ciudad Universitaria a Nuevos Ministerios. Los coches se embotellan en Reina Victoria y en Raimundo Fernández Villaverde. Van a Ventas, Goya, Salamanca, Moratalaz, buscan la salida a la M30 por Vallecas y Las Tablas. Son adictos a la fuga de Madrid. Otros llegan de Santa Engracia, van a Plaza de Castilla, han dejado atrás Atocha, el centro, Chueca, Alonso Martínez, Iglesia y la plaza de Chamberí. El mercado de Maravillas abre sus puertas cuando paso por delante en dirección a Estrecho.

Los bancos helados siguen helados y vacíos. Lunáticos con ropajes hechos de bolsas de plástico procuran evitar gritar a los obreros latinoamericanos y se ensañan con las ancianas del barrio que pasean a sus perros diminutos, y que agradecen la presencia de los otros, por una vez, cuando los locos se les acercan. Los restaurantes chinos, Grandes Murallas, Budas Felices, están todos abiertos y huelen a fritura y Mercadona. Casi todo huele desde hace tiempo a lo que huelen los pasillos del Mercadona. Cerca, repican las campanas de una iglesia. Los *runners* me adelantan por todas partes.

Paso el metro de Estrecho. Se me hace tarde. Quiero llegar ya a casa, encontrar a Ire en la cama, despertarla. Serán pronto las ocho, pero no son las ocho todavía y es posible que siga dormida. Giro a la altura de la gasolinera de Lope de Haro, callejeo Tetuán hasta llegar a mi portal, nuestro portal. Y miro arriba. En el primer piso, la luz de la ventana del cuarto está encendida. Oigo la música en el salón. Llego tarde, está despierta. Güero, me digo, date prisa. Sube a casa.

Nota del autor

Creo que es cierto que a veces se tarda mucho en sonar como uno mismo. Lo que supongo que ocurre es que empezamos a sonar como otros hasta que llega el punto en que esa barahúnda suena, por fin, distinta. A todas las voces que ya forman parte de la mía y que en estas páginas aparecen de forma más o menos explícita solo puedo darles las gracias. Para bien o para mal, sin ellas no sería quien soy dentro y fuera de la escritura, y me emociona pensar que tal vez ahora sean punto de encuentro y complicidad entre nosotros.

Otras cosas hay que aclararlas, y por eso esta nota. Por ejemplo, es de justicia mencionar aquí a Juanjo Cubero, cuyo relato «La ruta cántabra de Quique González»[\[1\]](#), protagonizado por Arturo Belano y Ulises Lima, nos llevó a dos buenos amigos y a mí a emprender una búsqueda igual de vaga e infructuosa tras la pista del músico hace dos veranos. La idea de este viaje la rescato para la relación de Manuel e Irene. Te pido disculpas, Juanjo, por el robo de esa imagen maravillosa que es la gasolinera alunizada en Villacarriedo, eco de la gasolinera atracada de aquella canción de Quique (quien, por su parte, aparece en la novela convertido en Quique Morales, un viejo capo del blues ochentero). En el capítulo dieciocho de la segunda parte hay una breve descripción de Chet Baker. Para una más completa (y más bonita), hay que leer el artículo «Conozco a Chet Baker», de Belén Suárez Prieto[\[2\]](#).

La canción «Els camps de cotó» de estas páginas no la imaginé idéntica a «Lousiana o els camps de cotó», canción escrita por el grupo Els Amics de les Arts para su disco *Espècies per Catalogar*[\[3\]](#), pero esta bien podría ser la original. Además, el personaje de Tania Almada nació cuando la escuché por primera vez en la versión jazzera de Andrea Motis para su *Emotional dance*[\[4\]](#); y es que Tania le debe mucho a la figura y a la trayectoria artística de Motis. Quede aquí constancia de mi gratitud y admiración por estos músicos.

Quiero mencionar también que fue Angélica Liddell la primera en darse cuenta de que no hay ningún lugar para encontrarse a uno mismo como la cocina de madrugada. Que la certeza de que el amor puede ser «negro, pero siempre luminoso» me lo hicieron entender Lorca y Carlos Jiménez en una de sus adaptaciones para las sesiones de «Los martes milagro» del Fernando Fernán Gómez. Que el hecho de que los cuerpos se tocan distinto después de un funeral lo cuenta mucho mejor que yo Lucía Baskaran en su *Cuerpos malditos*. Y que el primero en ver al fantasma de Larra en la plaza de Oriente fue Antonio Castillo Algarra, maestro y amigo, quien además fue el primero en darme a oír una canción de Chet.

Espero, por último, que las discográficas estadounidenses y sus representantes sepan perdonarme lo que les he hecho en *Yás*.

Agradecimientos

Gracias a los que con su tiempo y esfuerzo hicieron posible que dedicara los míos a la escritura de esta novela: mi familia, primero y siempre, y la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores en el curso 2017-2018. Gracias a Antonio y José María Gala, a Enrique, a Rubén Jordán (que puso nombre a los *patterns*) y, con especial cariño a Javi, Paqui, Toñi, Nati y los Antonios; también a María Zaragoza, luz de Eärendil de nuestra estancia en Córdoba, y a mis once compañeros de la promoción XVI, «La Silenciosa»: los artistas Paula Suárez Aragón, Malek Sordo, Sheila Rodríguez, Ana Daganzo, Gabriel Camino y Alsira Monforte, y los escritores Guillem Santacruz, Miguel R. Minguito y Yolanda Trujillo. Mención aparte debo a la poeta Luciana Jazmín Coronado y el dramaturgo Diego Alba, que me enseñaron porteño y tijuánense.

Gracias a mis compañeras y compañeros de la librería Pasajes, amigos queridos, hermanos mayores: Jesús, María, Elena, Fede, Álex, Tana, Fernando, Irene y Charo. Gracias a Antonio Muñoz Molina por ofrecerme su lectura y consejo con generosidad. Y gracias, sobre todo, a quienes me habéis acompañado en la distancia durante la escritura de *Yás* y la habéis leído después con paciencia y afecto, ayudándome a mejorarla y a ver en ella lo que yo solo no hubiera sabido ver: Alicia Escarpa, desde el principio y con una paciencia sobrenatural, José Ignacio Pérez Romero, Charo de Pablo, Sara Rojo, Néstor Blázquez, Alba Carballal, Palmira Márquez, Pilar Álvarez y Daniela Forero, sin la que la novela no sería lo que es. Gracias por vuestro amor, confianza y honestidad, pues mi trabajo también os pertenece.

«We are ugly, but we have the music».

Notas

- [1] Publicado el 20 de septiembre de 2016 en CTXT.ES.
- [2] Publicado el 17 de octubre de 2017 en *Drugstore Magazine*.
- [3] Discmedi, 2012.
- [4] Impulse!, 2017.

**La nueva voz de la narrativa española.
Un debut coral lleno de ambición y pulso de un autor que ha escuchado mucho antes de
empezar a contar.**



Yas es el título de la canción perfecta. Y es también el apodo de la esquiwa Tania, una joven trompetista y cantante a la que buscan casi todos los protagonistas de este libro. *Yas* es además una forma más simple de escribir jazz. *Yas* solo tiene tres letras pero muchos significados.

En esta novela de debut se relata la noche de insomnio de Manu, un joven librero y periodista que recorre Madrid en una madrugada desierta encontrando o evocando a todos los que rodearon su historia de amor perdido, mientras su pareja actual, Irene, despierta a solas en la casa vacía. Aquí suena música, suenan pasos en la oscuridad, suenan las lecturas que laten tras este texto de madurez inesperada y arrolladora, y suenan también puertas que se abren y se cierran, en locales o en casas lejanas donde podría estar *Yas*, o el *yas*.

Sobre Eduardo de los Santos

Eduardo de los Santos (Madrid, 1992) es graduado en Filosofía y tiene estudios de Filología Hispánica. Librero en Madrid desde el año 2014, ha sido ganador de varios premios de narrativa breve y sus cuentos han aparecido en distintas antologías. Además, ha publicado en las revistas *Escritura e imagen*, *Suralia*, *Ámbito Cultural*, *Zenda* (con un relato premiado) y *Eñe, revista para leer* (como finalista del «Cosecha Eñe 2018»), y es colaborador en *Oculto Lit.* y *Drugstore Magazine*. Durante el curso 2017-2018 fue miembro de la XVI promoción de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores de Córdoba, donde escribió su primera novela.

Edición en formato digital: enero de 2020

© 20120, Eduardo de los Santos

Representado por la Agencia Literaria Dos Passos

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-3623-4

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Yas](#)

[Citas](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte](#)

[Uno](#)

[Pattern 2](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Pattern 8](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Pattern 15](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Pattern 22](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[Veintiocho](#)

[Pattern 29](#)

[Treinta](#)

[Segunda parte](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Pattern 35](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Pattern 43](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Pattern 49](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Pattern 57](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Tercera parte](#)

[Uno](#)

[Pattern 62](#)

[Tres](#)

[Pattern 64](#)

[Cinco](#)

[Pattern 66](#)

[Siete](#)

[Pattern 68](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Pattern 71](#)

[Doce](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Eduardo de los Santos](#)

[Créditos](#)